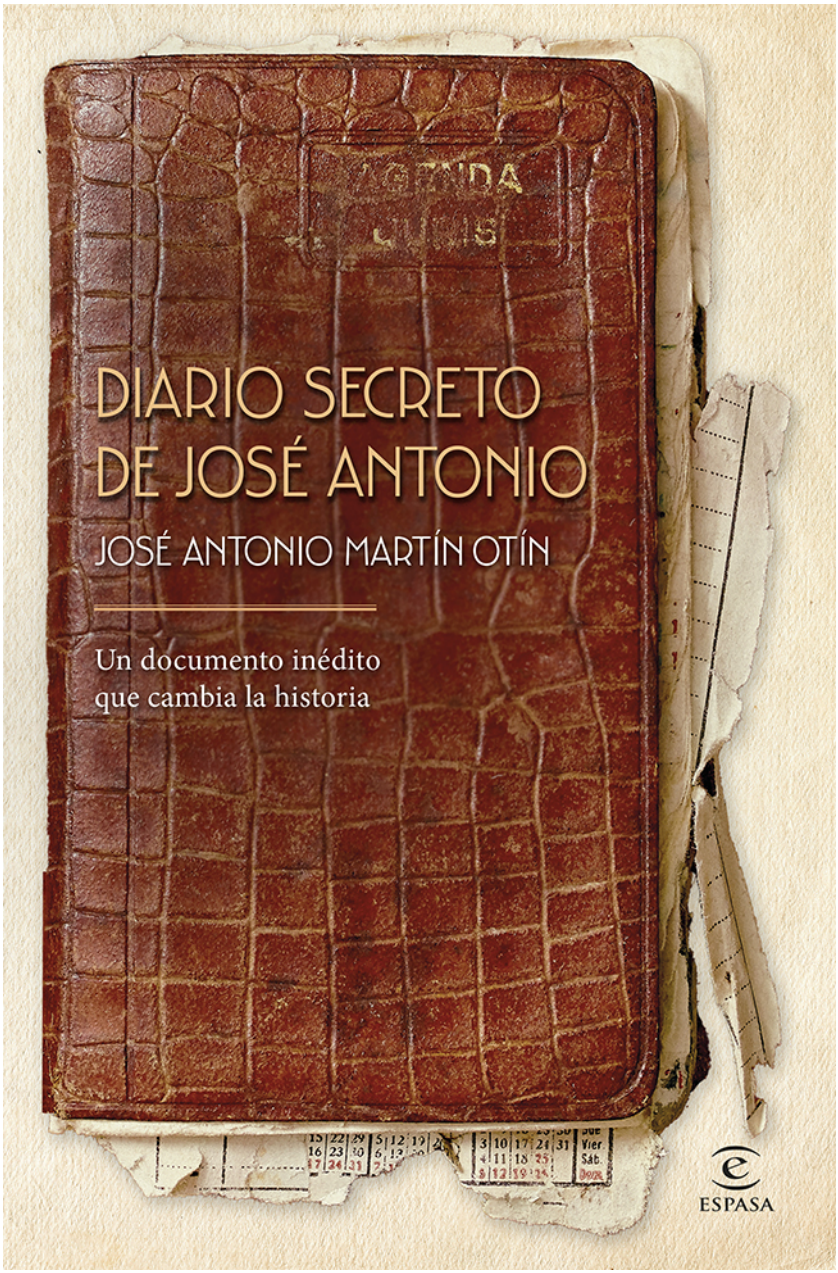

DIARIO SECRETO
DE JOSÉ ANTONIO
JOSÉ ANTONIO MARTÍN OTÍN
Un documento inédito
que cambia la historia
ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Cita

La agenda matemática

1 de marzo de 1936 – Domingo. Ruiseñada

8 de marzo de 1936 – Domingo. Panizo

9 de marzo de 1936 – Lunes. María Cristina Alonso-Quesada

10 de marzo de 1936 – Martes. Villapanés

12 de marzo de 1936 – Jueves. Marciano Durruti

13 de marzo de 1936 – Viernes por la mañana. La cita rota

13 de marzo de 1936 – Viernes a mediodía. Los estudiantes

13 de marzo de 1936 – Viernes por la tarde. Adiós a la libertad

13 de marzo de 1936 – Viernes por la noche. La puerta se cierra

14 de marzo de 1936 – Sábado. Cárcel

15 de marzo de 1936 – Domingo. Juzgado de Guardia

16 de marzo de 1936 – Lunes. Cárcel Modelo

17 de marzo de 1936 – Martes. Neurastenia

18 de marzo de 1936 – Miércoles. La princesa en su ajedrez

19 de marzo de 1936 – Jueves. Su santo en la cárcel y una duquesa

20 de marzo de 1936 – Viernes. La fuerza cipaya

21 de marzo de 1936 – Sábado. Campanas de boda

22 de marzo de 1936 – DomingoEl día del señor

28 de marzo de 1936 – Sábado. Tribunal de Urgencia

29 de marzo de 1936 – Domingo. Un golpe cada día

Listado de siglas

Bibliografía

Láminas

Notas

Créditos

Diario secreto de José Antonio

Un documento inédito que cambia la historia

José Antonio Martín Otín

Eduardo Ródenas sabía que José Antonio no era Dios.

(«De su enfado con José Antonio, porque José Antonio no era Dios». Lo cuenta DAVID JATO del joven barraco en *¿A dónde vamos?)*.

De José Antonio qué puedo decir. Veo en el hombre una verdad muy profunda, luego recubierta por errores externos ajenos a España
y propios de la época, del momento. De modo que por debajo de esa maraña de errores solo se ve una profunda realidad, muy magnífica y de gran calibre español… Dos cosas son increíbles; una que todo eso haya podido pasarme inadvertido a mí, en España, y otra que España y el mundo hayan logrado ocultarlo tan bien. Porque no me extraña que llegaran a matarle: estaba hecho para eso, para que después de muerto se haya hecho el silencio sobre su caso.

ROSA CHACEL, *En el exilio.*

La agenda matemática

Dos y dos siguen sumando cuatro como
desde el origen de la creación.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA, «La gaita y la lira»

La noche del 13 de marzo de 1936, José Antonio Primo de Rivera, un joven que era bastantes cosas a la vez, llegó a su casa y se puso a escribir todo lo que le había sucedido en esa fecha; lo hizo con letra diminuta, él, que si tenía un folio delante tendía al grafismo generoso, amplio y sencillo de entender. Lo hizo con la pericia de un miniaturista cantonés porque la agenda que utilizó para guardar su Diario era pequeña, de bolsillo, estrecha y no mayor a lo largo que una cajetilla de tabaco. Esa era la explicación práctica, pero es fácil deducir otra: puede que para guardar secretos no hubiera mejor arcón que ese de papel con tapas de piel de cocodrilo y una inscripción, Agenda Juris, que delataba el origen: un reciente regalo navideño del Colegio de Abogados a sus miembros.

El tamaño de su libretilla no daba para mucho texto; no daba para muchos días a poco que se explayara; no iba a ser el diario de la vida de quien lo redactaba sino una parte del mismo. No hay más que atender al cuidado que se toma en la forma de hacerlo, el estilo (no se permite una incorrección en la construcción de las frases), la minuciosidad en la narración de las escenas que le parecen importantes, la variedad de las mismas y la severa sinceridad con que describe zonas de sí mismo francamente defectuosas. Y otras que, sin serlo, a él se lo parecen. La conclusión es que un muchacho de treinta y dos años apunta lo que apunta porque está pensando ya en su biografía final, tanto si escrita por él mismo como si por otra persona de su confianza, a la que aportaría los datos minuciosamente

recolectados en blocs pequeñitos, fáciles de esconder[1].

No es José Antonio Primo de Rivera un hombre afortunado en la traducción que la letra escrita ha hecho de ese español que pasó por la vida un tiempo, corto, en el primer tercio del siglo XX. Son poquísimos los que se han acercado lo suficiente a todos los extremos del personaje como para conocerlo bien, y entre los que no saben nada hay bastantes que, sobre él, han escrito mucho. Entre los mitificadores de toda laya: aficionados y profesionales; el franquismo que acaparó su imagen de una manera fría, nada intuitiva, para inflarlo en la misma proporción que le despojaba de cualquier valor político; y el obediente historiador izquierdista grosero de trazo, gozosamente incapaz de estudiar al protagonista con algo de sutileza. Gente disciplinada. Entre todos ellos, han creado un José Antonio alejado de sí mismo, de sus opiniones, de su existencia. De la verdad, en fin.

De los primeros, los cultivadores del mito, hay verdaderos fenómenos, como el guionista uruguayo Joaquín Martínez Arboleya, que anduvo por el mundo como propagandista de Franco después de estar unos meses en la guerra de España y, veinticinco años después de la contienda, se embosca en un seudónimo, *Santicaten,* para inventarse una muerte en patota, todos contra el mártir, primero disparos a las rodillas en el afán sádico de doblarle y rematarlo lentamente luego, entre los alaridos de las arpías y el regodeo de los sayones. Todo lo cual sucede en el patio de la cárcel: «Al pié (sic) de la Fortaleza formó cuadro la muchedumbre de milicianos, hombres y mujeres, dispuestos a presenciar el espectáculo». Claro que si el muy desahogado Arboleya Santicaten hubiera estado una sola vez en Alicante con los ojos abiertos, sabría que el castillo de Santa Bárbara, la única fortaleza que hay en Alicante, no da sombra a la cárcel porque está a kilómetros de la misma[2] (por si fuera poco que a las seis y media de la mañana novembrina la sombra no exista porque todo es sombra), que en aquel patio carcelario no cabía ni con mucho cuarto y mitad de muchedumbre y que no hay un solo testimonio de los que allí estuvieron que viera mujer alguna en el escenario del acto criminal.

En el convento de los delirantes tiene plaza propia Francisco Bravo, periodista salmantino y luego alcalde franquista, que sin estar cerca de José Antonio tampoco estuvo lejos, por lo que alguna de las

conclusiones que extrae de la personalidad de su jefe, resulta abrumadora: «Emanaba un fluido especial, misterioso… —y prosigue Bravo—: acaso ese magnetismo, difícil de referir, era la causa de que no pudiera gastar reloj de pulsera, pues cuantas veces lo intentó hubo de desistir, según nos contaba un día en San Sebastián, porque la maquinaria se adelantaba o atrasaba al ponerse en contacto con su organismo»[3]. O sea, que la culpa no la tenía el Festina, sino el electromagnetismo no medible en valores humanos que emanaba del individuo. La deshumanización de José Antonio, de los de un lado, y su enclavamiento en un baldosín «fascista» por los del otro, eran objetivos semejantes y daban felicidad a las dos partes. El hombre resultante era exactamente lo que querían; no se parecía casi nada al que fue.

El testimonio que se extiende en este libro es el suyo propio, y hay pasajes que no necesitan análisis ninguno: se explican por sí mismos; se entienden solos, dar explicaciones sobre ellos no es más que enredar.

El paso del tiempo ha aliviado la máxima cautela que solicitaba para algunos de sus papeles. Con el mismo criterio de respeto al trato de documentos «de carácter personalísimo» se transcribirán algunos pasajes de la vida carcelaria que, como él mismo explica, nacen del agotamiento y la claustrofobia, pero se dieron. Con muchas menos dudas, entrará en toda su literalidad la realidad política de aquellas semanas decisivas en la historia de España, muy bien reflejada en las líneas que redacta José Antonio preso. Y veremos el afán golpista de la derecha, a golpe diario casi, y el anticipo certero de las matanzas que muy poco después se darían en la misma cárcel de la Moncloa madrileña.

Como afluentes al río central, acudirán historias inéditas que completan en investigaciones singulares las relaciones de José Antonio con personas que, sin duda, guardan médula para un libro propio por la fuerza de sus vidas y, casi siempre, de sus muertes.

La sincronicidad de la que tanto hablaba el maestro Jung para oponerla a la casualidad, hizo que la agenda personal de José Antonio llegara a manos del autor. Sirve para completar una obra empezada hace años y que tuvo un adelanto con otro libro, *El hombre al que*

Kipling dijo sí[4], falto de método, pero con hallazgos estimables, de edición muy agotada e irrepetible por voluntad de quien esto y aquello firma. Atento a que surgiera el momento para ampliar aquel primer texto con una manta de datos, entonces equivocadamente obviados, acrecentados más tarde por la investigación, y deshacer un par de juicios personales que hoy no sustentaría, vino en auxilio del propósito un guiño del personaje que en ocasiones se presenta a quien lo estudia. Ha sucedido. Párrafos del *Kipling* se repetirán aquí en su literalidad.

Igual que hay papeles de José Antonio y su organización de los que se habla como arcanos que alguien celó y luego se perdieron, pero por ahí andarán (el archivo secreto de militancias paralelas donde debía estar, por ejemplo, Ángel Pestaña), nada se supo de este Diario[5]. A su cuidada privacidad se añade el escudo de una lectura tan difícil y laboriosa por el tamaño de la letra que parece haber desalentado a cualquiera de las poquísimas personas que lo han tenido en sus manos, quizá dos o tres en todo este tiempo, desde que José Antonio se la entregara a su hermano Miguel. Pero entre los privilegiados, uno hubo que mutiló su contenido, arrancó páginas y nos privó de saber, aunque no del todo. Junto a unos cuantos documentos más se agrupó en una carpeta de cartón oscuro cerrada con gomas y estuvo arrinconada entre papeles hasta ahora. Una sola de sus hojas daría para un libro.

El diario de José Antonio que ahora abrimos se empieza a escribir en la medianoche del 13 al 14 de marzo de 1936 (aunque haya notas que nos lleven hacia atrás, hasta el primer día del mes); relata en primerísima persona todo lo que le ha pasado durante el día que acaba de morir. La suma de hechos distintos en la misma fecha es asombrosa. Es la jornada de la quema de iglesias y sedes de periódicos en Madrid; el día en que tirotean a un falangista en la cabeza en plena Gran Vía y apuñalan a otro en la calle del Barquillo[6], pero José Antonio, que refiere absolutamente todo lo que le pasa, no hace ni una sola mención a los asesinatos de sus camaradas, y fueron constantes en aquellas semanas. Parece como si los celara en un espacio que no se comparte ni con uno mismo. Ya lo sugería atinadamente el sagaz Josep Pla, al que el Diario también nos va a acercar: «Cuando le mataban un correligionario…»[7]. Ese mismo día, José Antonio vuelve a ofrecerle a Portela toda su Falange para dar la asonada que pueda salvar a la

República desde dentro. El Viejo no acepta.

Con lo que cuenta y con lo que no cuenta en la primera página de la agenda cabe pensar que no dedicaría al sueño demasiado tiempo. Son veinticuatro horas de un ritmo incomprensible del que por paradoja viene a sosegarle la cárcel a la que entiende en principio como un balneario. Esa percepción se le pasaría pronto.

Las veinticuatro páginas de narración clara no se alejan nada del estilo literario de José Antonio, lo que nos lleva a recordar algo por demás sabido: ¿si en la más recóndita intimidad es fiel a su forma de escribir, cómo no serlo en uno de los documentos más cruciales de su vida: el manifiesto de apoyo al alzamiento que le atribuyeron? Es antológico que no se le haya dado la suficiente importancia a la falsificación de su autoría, pese a que hasta juncos flexibles al franquismo se han avergonzado de ver unido su nombre a tan insólita redacción[8].

Que existió un manifiesto que fijaba las condiciones de apoyo por la Falange al alzamiento militar es probable, pero hubiera sido definitivo para entender la posición conocer en qué extremos se daba esa colaboración. En un plazo de cinco días, 24 y 29 de junio, aparecen dos circulares tan contradictorias que sólo podrían aclararse con una tercera definitiva: el manifiesto del 17 de julio que lanza definitivamente a los falangistas al combate. Los últimos que lo tuvieron en sus manos fueron el responsable de la edición, Mariano García, y el antiguo comunista Manuel Mateo, líder de la central obrera falangista, al que tenía refugiado en su propia casa, Ferraz con Ventura Rodríguez, el mismo chaflán de la imprenta su propietario, Enrique Garríguez[9].

Garríguez y Mariano García le narraron detalladamente al periodista Ceferino Maestú la novelesca historia del controvertido documento. Maestú fue un personaje singular, hijo del gobernador civil de Huelva nombrado por la República y fusilado por las tropas de Franco en 1936, lo que consolidaría su aversión al régimen del dictador que, sorprendentemente para muchos, plantearía desde una firme convicción joseantoniana. Maestú fundó Comisiones Obreras junto a otros falangistas y los comunistas Julián Ariza y Marcelino Camacho[10].

Manuel Mateo y quienes se lo cuentan a Ceferino eliminan el

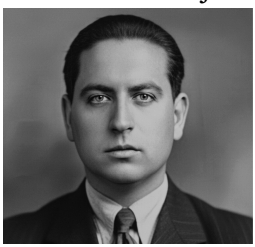
manifiesto tras librarse de un registro hecho por aficionados. Después del despiste inaudito lo quemaron y las cenizas salieron por el sumidero. «No pudimos reservar ninguno», concluyeron.

Unos meses después de acabada la guerra «aparece» el manifiesto de manera casi simultánea en dos escenarios bien diferentes: una enjundiosa declaración de la Causa General y un libro, al poco. Resulta que alguien ajeno a los impresores, y que no apareció por allí ese día, había tenido en sus manos el documento, lo había guardado pese al riesgo mortal y lo revelaba ahora de la manera más oportuna.

La comparación entre el estilo literario de José Antonio y el del autor del manifiesto es insostenible. Ni siquiera en los momentos más oscuros y depresivos de su encierro se permitió rebajar su respeto por el idioma. La redacción rococó de ese escrito no hubiera resistido el mínimo análisis. La solución fue convertirlo en documento definitivo, darlo por irrefutable y no volver a hablar de él durante décadas.

El libro es el de Francisco Bravo, *José Antonio. El hombre, el jefe, el camarada*.

El declarante por las mismas fechas en la Causa General es Rafael Garcerán, pasante de José Antonio y partícipe primero de las conspiraciones que acabaron con la sentencia de pena de muerte para Manuel Hedilla. Su desconocida declaración a la Causa General, que ahora aparece, merece el análisis que le haremos. Un artista de la defensa propia, Garcerán, siempre en la esperanza de no darse en el Más Allá con el jefe de su bufete. Como se encuentren, hay lío.



Rafael Garcerán (colección privada).

Además de su dedicación sindicalista, Maestú fue docente, escritor, periodista e historiador. Este pasaje de la vida de José Antonio, crucial en lo humano y en lo político, le inquietó siempre. Tenía la convicción de que el personaje volvía a ser víctima de un engaño interesado. Los

muertos no responden, salvo que los investigadores encuentren la verdad que les hurtaron.

La reiterada prestidigitación que mueve las cosas de José Antonio —aparecen papeles, desaparecen papeles, archivos, documentos, testimonios, fotos, historias personales…— se vuelve trágica a menudo. Azaña le detiene para protegerlo, lo cuenta Bowers, el embajador americano, y él mismo a la princesa Bibesco. Luego, Azaña le manda a su médico personal a la prisión alicantina con una misiva «secretísima» que José Antonio quema después de leer como le ha pedido el remitente. Sabremos cosas nuevas de la relación entre ambos en este libro, pero ningún dato saldrá de la alcancía del político republicano: igual que en sus *Memorias políticas y de guerra* alguien hace desaparecer la crónica de los días 19 y 20 de febrero del 36 y se lleva por delante la explicación, quizá, de la apuesta de José Antonio por el líder republicano efectuada ese mismo día, 20 de febrero, en la última Junta Política de la Falange[11]. Por si faltaban depredadores, la Gestapo recibe el encargo, pasa por los archivos cobijados en Francia y se los lleva en 1940. Aparecen en 1984 en la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol convenientemente rastrillados. El expolio de tanto escrito por Manuel Azaña se lleva por delante la explicación, quizá, de lo que encerraba la nota que envía al preso en la víspera de su ejecución y, con toda probabilidad, el análisis que le merecía todo lo que iba a significar su borrado del mapa político y de la vida misma.

Ricardo Gullón, a la izquierda (colección privada).

Lo mismo sucede con el sumario de su proceso final. El joven fiscal Ricardo Gullón, que fue el mejor narrador de lo que sucedió en aquel juicio según nos contaba su amigo Ildefonso Manuel Gil, se sorprendió toda la vida de lo que ocurrió, cómo llevaron a las sombras tanto de lo sucedido. En los dos bandos. Lo podía decir Gullón, que llegó destinado a los tribunales de Alicante tras el fusilamiento y se obsesionó con su investigación y en ella, muy especialmente, quien firmó el «enterado». Lo contó en tribunas señeras de la prensa española con cierta melancolía[12].

El franquismo se ocupó de mutilar a modo, lo que pudieron rescatar del texto taquigráfico. Durante años, la propuesta de un Gobierno de concentración nacional y el plan de urgencia para detener la sangría fue material clandestino que se pudo difundir porque alguien se alió con Rocambole y dio con lo ocultado. ¿Y dónde aparecieron los párrafos malditos? En la Biblioteca Nacional, claro. El censor había mutilado la edición, pero se le despistó el ejemplar modelo, mecanografiado tal cual, y lo almacenó en la Biblioteca Nacional. Una diablura, al fin, que sirvió al estudiante Francisco Martín Castillo, militante del Frente de Estudiantes Sindicalistas, para comparar el texto original con la edición cercenada años después y, armado de paciencia oriental, nada impropia de su carácter, gustos y fisonomía, contrastar página a página hasta dar con las que la tijera amputó para tomar nota sin más demora. Como apunta Jeroni M. Rigo, inmediatamente se empezó a difundir[13].

La anulación del individuo real por otro imaginario, cercano al poder que reclamaba su figura, llega hasta la censura *post mortem* de sus lecturas. No fuera a ser. Tiempo después de acabar la guerra aparecen las fichas de los libros que había seleccionado en el curso de 1935. La relación se encuentra en una de las bibliotecas que frecuentaba, la del viejo Instituto de Reformas Sociales; la otra era la del Ateneo, y la guarda una veterana funcionaria que dio con ella en un rincón de los archivos, cartulina a cartulina. El hallazgo es importante, una aportación intelectual valiosa para conocer la profundidad del personaje, y se la muestran al jefe de la cosa en

Madrid, Manuel Valdés, que al verla se horroriza: «Esto hay que quemarlo inmediatamente. Si se entera Franco, pensará que José Antonio era comunista…». Valdés se quedó con las fichas[14].

De todas las omisiones, de todos los secuestros, el de sus estudios políticos es el más perspicaz. Claro que nada combate el dato salvo otro dato posterior que lo rectifique, nada elimina la contundencia de un documento sin otro que lo anule, pero la construcción del «anti-personaje» se levanta desde la repetición de la mentira tanto como desde la ocultación del dato cierto. Así, la falsificación se torna eficaz; el último paso de los deformadores es obviar el proceso deductivo. Para entender la evolución de José Antonio Primo de Rivera, que pasa del manierismo fascista con el que llega al teatro de la Comedia en otoño del 33 a la descalificación rotunda del fascismo por «fundamentalmente falso» sólo tres años después, es imprescindible conocer sus influencias personales y, mucho más, las intelectuales. Carecía del sereno tacticismo de Ruiz de Alda. Su adentramiento en el plano revolucionario nace del análisis de la realidad y del constante estudio. Eso que Valdés oculta para que no se asuste Franco, ni lo conozca nadie que quiera escribir la historia desde los hechos, es en conjunto, con su nacionalización de la banca, con su reforma agraria, con el adelantamiento del pobre frente al rico, la tesis adversa de lo que Acción Española va a convertir en el armazón del nuevo régimen. Quedan preservados el *Cara al Sol,* pobre, y los gritos de rigor.

La tala del sucedido llegó a la apoteosis del ridículo en la ocultación tenaz de sus relaciones con las mujeres. Stalin eliminaba de las fotos grupales a los viejos camaradas que iba purgando; el franquismo quitaba del álbum de José Antonio las fotos de las señoras, regaba el jardín de un serafín asexuado que elevaba a la cima política colocándolo en la fotografía que colgaba de las paredes de las escuelas y en la covacha donde apuntaba sus cosas, en la mitad del andén, el gestor del metro. Ahí también calzaban el cuadro, a pares con la foto del Caudillo. El perfil fue destrozado por Elizabeth Asquith cuando entrado el siglo XXI conocimos el romance que ambos mantuvieron y que le da para escribir en 1933 algún apunte sobre el adulterio y poco después una novela que concluiría en la cárcel[15]. En la prisión escribe a su antigua amante la carta más larga que se le conoce; recuerda

atormentado a su amor imposible; manda un tarjetón a su última novia y entre visitas femeninas vuelve a escuchar «campanas nupciales» tras la sonrisa de una de ellas.

Los apuntes de José Antonio no empezaron y acabaron en la Agenda Juris. El modo de hacerlo induce a pensar que apuntaba todo con una minuciosidad extrema. O casi todo. Que José Antonio llevaba un diario lo ignoraba hasta su familia. Quizá en algún lugar yaga arrumbado un cuadernillo mordisqueado por pececillos de plata que aún no hayan devorado todo su apasionante papel. Por ahora, tenemos este.

1 de marzo de 1936 – Domingo.

Ruiseñada

Sé que la cita es un riesgo, pero uno de los que
entendió mejor,
y en circunstancias muy difíciles, a Cataluña
fue José Antonio Primo de Rivera.

JORDI PUJOL

---

1 t. Ruiseñada. Bar Club.

Antes de decidirse a reflejar en la agenda las notas de su vida, José Antonio ha empleado el regalo del Colegio para apuntar la hora, el sitio y el nombre de algunas personas con las que va a encontrarse. No se le vaya a olvidar. Es interesante saber con quién se vio y a quién dio largas tras quedar.

La primera de esas reuniones previstas en la agenda es del domingo 1 de marzo (las páginas correspondientes a los meses anteriores están arrancadas; puede que las que faltan, correspondientes a enero y febrero, se pegaran a la cara interna de la tapa, que tiene muestras de papel adherido y luego despegado a tirones). Va a señalar unas cuantas citas en ese par de semanas. Lo hace, como con todas las demás, en la parte superior de la hoja; seguiría anotándolo de un modo parecido cuando empiece con el Diario: fija nombre y hora y traza debajo una raya horizontal para separarlos de su resumen del encuentro.

Hay un Ruiseñada que era Juan Antonio Güell y López[1], primer barón de Güell, marqués de Comillas y conde de Ruiseñada, cántabro de nacimiento, catalán de ejercicio, personaje indispensable en la

enjuta trama que soporta e impulsa el golpe del capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, para elevarse a Dictador. José Antonio le denomina por su título, rescoldo del exclusivismo antipático en el que había crecido, del que no termina de desprenderse y que alguna amiga le afearía con puntiaguda y certera mordacidad[2].

Quedan a la una de la tarde en el Bar Club, que antes se llamó Sakuska, Alcalá 60, junto a Correos, uno de los lugares de moda de Madrid, como Cock, Bakanik o Chiki-Kutz. A ese aperitivo se presentaría Güell con sesenta y un años, la presidencia de varias empresas, gran influencia en la economía nacional por tenerla superlativa en Cataluña y peso en la Lliga de Cambó que le hizo alcalde de Barcelona. Con el prócer catalanista comparte admiración por Marcelino Menéndez y Pelayo, que, si en el origen cántabro del financiero tiene cierta raíz, sorprende más en el político, atraído por la obra de Menéndez y Pelayo desde el mero estudio de la misma.

Don Juan Antonio lleva también un afecto indisimulado por el joven con el que va a estar y que comparte con toda su familia, ajeno en parte al que tuvo por el padre. Sentía, lo contó luego en un manuscrito conocido tras su muerte, que el general no le había devuelto en términos políticos la confianza que él sí le mostró al apoyarle en el momento crítico. No lo hizo sólo empujándole a la asonada; le quitó de un golpe el importante agujero que una deuda de juego había hecho en la alforja del militar. Güell acabó con el débito y la vergüenza de caer en la ruina por causas jugativas. Un moroso del casino no puede gobernar la nación. A pesar de esa íntima sensación de menosprecio que manifiesta en los días finales, el primer conde de Ruiseñada, apoyó en sus escritos públicos la obra del Dictador como regeneradora, sólo derrotada en la batalla final por la fricción de los egoísmos sociales y los territoriales de vascos y catalanes.

Juan Claudio Güell Churruca, conde de Ruiseñada (colección privada).

Y, sin embargo, aunque no podamos descartarlo, lo más probable es que este Ruiseñada no sea el Ruiseñada que ha quedado para el aperitivo con el jefe de la Falange, sino su hijo, Juan Claudio Güell Churruca[3], el hombre que acompasa a Cambó con sus viejos conocidos, los alfonsinos de Acción Española, y el que desde 1918, año en el que su padre viene a ostentar el condado de Güell, se queda con el título y da a conocerse como Ruiseñada en los ambientes.

Ruiseñada se ve con José Antonio justo cuando el Frente Popular acaba de ganar las elecciones. ¿Qué les reúne? ¿Sólo las ganas de verse? Puede ser, pero Cambó, que había tenido como compañero a Julio Ruiz de Alda en el Centro Constitucional que fundó con Gabriel Maura, mantenía viva la relación con José Antonio, seguramente el político que mejor entendía la sentimentalidad catalana desde Madrid, y quizá precisara avanzar en el entendimiento sin desdeñar la información que le hacía llegar su amiga cercana desde la adolescencia, y amiga de José Antonio, Leticia Bosch-Labrús, y la que le aportaba otro de sus leales, Josep Pla, incipiente colaborador del falangista.

Leticia era una madrileña de raíz catalana que trocó su libertad por la boda con un primo del rey, Fernando Sebastián de Borbón, duque de Dúrcal: esas permutas siempre tienen mal final. Del matrimonio nacieron dos hijas, María Cristina y Leticia, pero el marido rompió pronto en casquilucio y charrán, un truhán, un señor, que un verano, el del 27, no dejó hotel sin estafar en toda la Costa Azul. Hartita de lo

caro que le estaba saliendo el expediente penal del cónyuge, ese mismo verano lo mandó a esparragar, lo que aprovechó el duque para seguir trompicándose hasta morir veinte años después. La minuta del hotel en el que pensó por última vez la pagó otra mujer excepcional y de apasionante vida: Pastora Imperio, madre silenciosa de una hija secreta del de Dúrcal, llegada cuando el duque ya era un apestado para la alta nobleza del país. Algo debió hacer bien aquel aristócrata sin gracia aparente para que le despidieran los ojos color esmeralda de Pastora. Leticia, aplomada, en lugar de apuntarse al escándalo contrapuesto, cargó su esfuerzo en la política, con sigilo, y abiertamente en la cultura. Al Madrid de la segunda mitad de los años veinte donde mujeres como María de Maeztu o Carmen Muñoz Rocatallada ganaban posiciones en un ambiente vedado a lo femenino hasta entonces, se incorporó Leticia Dúrcal como presidenta de la Sociedad de Cursos y Conferencias, también en el orbe de la Residencia de Estudiantes.

La sabia dirección del malagueño Alberto Jiménez Fraud con su paisano Moreno Villa en la ayudantía, la influencia de Ortega y Marañón, la presencia como inquilinos temporales de Juan Ramón Jiménez y Eugenio D'Ors, buscaba una excelencia cultural que encontró un carril perfecto en la Sociedad encomendada a Leticia Bosch; entró donde nadie se había atrevido y regó Madrid con una imparable lluvia cultural. Los más brillantes conferenciantes subían por la cuesta del Pinar procedentes de todo el mundo: de Louis Aragon a Chesterton y de Le Corbusier a Stravinski, de todas las artes, de todas las corrientes, de todos los países. Algo así no tenía precedente en España y colocaba a la capital en la médula del circuito cultural. El logro correspondía en exclusiva al carácter indesmayable de la catalana en el ámbito de las ya citadas promotoras de la Institución Libre de Enseñanza, pero la irrupción de la mujer en las élites, aún suave y tan minoritaria, en general era aceptada condescendientemente por los señores. También con mordacidad. Alguien de tan reconocido buen gusto y espíritu liberal como el aristócrata Agustín de Figueroa, hijo del conde de Romanones, entendía esos afanes como la última manía de las señoritas caprichosas: lo llama «snobismo intelectual a través del cual muchas damas han disimulado estoicamente su tedio ante las digresiones de

Keyserling o las teorías de Einstein», cita a dos de los conferenciantes en el Salón de la Residencia de Estudiantes, y se queda tan tranquilo, su puro en el cenicero, el *ABC* desplegado y la tertulia burguesa jaleando el parrafito, a ver qué se han creído. La aludida sin nombrar del suelto leía estas cosas, sonreía ante el pesado lastre de su época y anunciaba la presencia de otra figura igual de potente. Promovía cultura… y conspiraba. Leticia Dúrcal formaba en el *lobby* catalán que, antes de que se utilizara la palabreja, había montado en Madrid el avispado negociante Francesc Cambó, también mecenas y político avezado. Un tipo difícil de sorprender[4].

Josep Pla tuvo una relación con José Antonio Primo de Rivera algo parecida en la forma a la de Jacinto Miquelarena, Pedro Mourlane Michelena o Agustín de Foxá, menos interesados en el movimiento revolucionario, en la nacionalización de la banca y la reforma agraria que en la personalidad de su fundador. Atraídos por el personaje, formaron lo que décadas después fue denominada «corte literaria de José Antonio»: escritores que venían definidos por una idea de España más o menos común, pero sin el afán militante de José María Alfaro, Rafael Sánchez Mazas o Dionisio Ridruejo, escritores y jerarcas. Los dos se descubren pronto, José Antonio y Pla adquieren una cercanía que va de la redacción de *El Sol* a la casa del joven político; de la tertulia intelectual de la redacción a las charlas particulares[5]. Esa proximidad y la disciplina obligada al jefe de la Lliga llevaron la pluma anónima del corresponsal a colaborar en el precedente de *Arriba, FE,* semanario del arranque falangista. La prensa de la época cuenta en catalán que por orden de Cambó[6].

Los artículos que va entregando Pla tienen como fondo la política nacional a pesar de que el supervisor de la publicación, el poeta burgalés José María Alfaro, asegure tiempo después que sus entregas versaban sobre la actualidad internacional. Pero cuando Alfaro comenta eso han transcurrido treinta y dos años y muchos azares; en las mismas líneas olvida a Dionisio Ridruejo como uno de los creadores del *Cara al Sol*[7]. Pla, que le mandaba lo suyo en cuartillas con membrete del hotel Palace, no es el autor de la sección «Ventana al Mundo», tampoco el otro Pla, José Pla Cárceles, periodista murciano que vivía en Suiza por aquel tiempo y al que se le atribuye la misma

autoría[8].

Ni un Pla, esta vez, ni el otro. «Ventana al Mundo» es el título que se le ocurrió a Felipe Ximénez de Sandoval, que mandaba sus crónicas desde Ginebra, donde trabajaba como funcionario de la Sociedad de Naciones. De su antiguo compañero de curso y doctorado en la Facultad de Derecho recibía José Antonio extensos análisis sobre la tensión entre naciones que entonces se vivía. Para pasar esos trabajos a lenguaje común, lo único que le pidió José Antonio a Ximénez de Sandoval, escritor amigo de las vanguardias por aquel entonces, es que a la sección no le pusiera un nombre cubista[9].

Todo había acabado —la Falange, José Antonio— cuando redondea Pla su opinión sobre el joven político desaparecido en tres artículos firmados por dos equis mayúsculas que no disimulan ni en la menor frase su autoría inconfundible. En el primero de ellos, noviembre del 38, habla Pla de las horas postreras de José Antonio antes de su muerte y de cómo la trascendencia del último minuto kiplinguiano[10] eleva las palabras finales escritas de José Antonio a la más alta categoría de su estilo. Sólo un talento como el de Pla podía permitirse la crítica al personaje glosado dentro de la glosa y que pase inadvertida para sus fanáticos. Josep Pla resalta la autenticidad de José Antonio en sus párrafos postreros, cuando ya no son necesarios los lugares que ha hecho comunes en la retórica falangista: «Quedan a un lado como testimonios de días insignes, “lo vertical”, “lo tenso”, “las jambas con ángeles”, “el histórico tropo de la guardia sobre los luceros”; y nace ese fluir sereno y religioso del Testamento, esas palabras que a fuerza de ser claras, luminosas y sencillas, parecen misteriosas»[11].

En el segundo de los tres artículos que le dedica, Pla defiende la condición entera del José Antonio que conoció, lo contrario de un ser primario, un kantiano al que la duda acompaña y, especialmente en las decisiones graves, fía «a sus perplejidades incesantes y continuadas». El perspicaz escritor avisa del peligro de convertirlo en mito desde el mismo título: «¡Ante todo era un hombre!»[12].

El tercero de los que le publica *El Diario Vasco* tiene mucha importancia política[13]. Pla, que es unas cuantas cosas más que un periodista, se ve con José Antonio en la cárcel Modelo. De la frase «la

última vez que lo vi en la cárcel» puede deducirse que fueron varias las veces que se vieron allí; se apunta incluso la fecha del 27 de marzo[14].

Y aquí aparece uno de los incontestables enigmas del Diario: ¿se arrancaron a voluntad las páginas que faltan del periodo carcelario e incluso las anteriores? Es difícil pensar que se desprendieron solas, y han sido poquísimas las manos que abrieron el librillo. Menos aún los ojos que se detuvieron a traducir la miniatura. El autor, Prieto, alguno de los celadores que lo transportaron de México a España… La del 27 de marzo no está; justamente el Diario vuelve el 28 a su ser. Y en la hoja siguiente escribe el escéptico preso que les han vuelto a avisar de que esa noche llega la asonada, pero se van a dormir porque no se lo creen. No se lo creen. Desde el día 8 estaba el golpe en marcha.

El Diario nos va a contar que sin la Falange[15].

Pla, por su lado, mantendría a José Antonio en un rincón inamovible de la memoria afectiva. Llegando al final, volvió a hablar de él: «Prefiero no entrar en juicios políticos. Era muy buena persona este hombre; yo tengo un gran respeto por él. Políticamente no me parecía muy admirador de su padre, él quería hacer otra cosa»[16].

Su jefe político también se refirió al desaparecido José Antonio: Cambó concluyó en su dietario, ya fuera de la España a la que nunca volvería: «Ante la tragedia española, él habría tenido una sensibilidad que no han tenido ni tienen los dirigentes de la España blanca. Si él viviera ahora, sería partidario de la paz»[17].

Güell padre elige un camino semejante al de Cambó y vive hasta el final de sus días en un catalanismo suave defendido desde sus escritos en el extranjero. La distancia también le alcanza en lo familiar: vuelve a casarse y deja de ser amigo de su hijo y heredero, el conde de Ruiseñada.

Güell hijo actúa en la máxima cercanía de la Casa Real hasta su último día; la muerte fulminante le asalta en un tren, cerca de Tours, cuando volvía de acompañar a la reina Victoria Eugenia al bautismo de Alberto de Mónaco. Su necrológica de *ABC*[18] dice que empezó a morir años atrás de sus cincuenta y uno, cuando junto a uno de sus mejores amigos, Henry Ford, se impuso en Nueva York un régimen de trabajo sobrehumano: «Murió a fuerza de redoblar su vida». El corresponsal Carlos Sentís[19] que la firma, otro que pasó por la «zona Cambó», lo

resumen bien. Sabía quién era Ruiseñada.

Quién era Ruiseñada lo sabían aún mejor los gentilhombres de Alfonso XIII que al cobijo de Ramiro de Maeztu alumbraron con Pedro Sáinz el núcleo de la sociedad cultural Acción Española, que a la postre se convertiría en la almendra del régimen franquista, su pragmático soporte y, sobreponiéndose al efímero Serrano Suñer, el pilar de su Estado. Entre ellos, muy cercano a Güell, estaba el marqués de la Eliseda, Francisco de Asís Moreno Herrera, *Paquito Andes,* en la jerga de la crema, por el condado de los Andes que luego heredaría. Eliseda se afilió a la Falange y duró un año que vivió aterrorizado cuando advirtió que lo de la revolución no parecía ser retórica. Encontró un argumento de salida que le ganó la enemistad de José Antonio: la Falange era herética en su punto 25, lamentaba en su carta de adiós[20]. Pero un mes antes de su partida, el 7 de octubre de 1934, salieron varios cientos de falangistas, no muchos menos de los que había, de la sede de Marqués de Riscal, que junto a la Castellana había conseguido el mismo Andes para el partido. Al llegar a la Puerta del Sol eran miles las personas que llenaban la plaza y las calles por las que se desemboca a ella. Roberto Bassas, el jefe de la organización en Cataluña a la que había llegado desde la izquierda nacionalista, levantaba sobre la multitud un cartelón junto a la bandera de España. Roja, amarilla y morada. Al mes siguiente, José Antonio habló en el Parlamento sobre Cataluña en un discurso que años después leería perplejo el segundo presidente del Gobierno catalán, Jordi Pujol[21]:

> Hay muchas maneras de agraviar a Cataluña, como hay muchas maneras de agraviar a todas las tierras de España, y una de las maneras de agraviar a Cataluña es precisamente entenderla mal; es precisamente no querer entenderla.
>
> Lo digo porque para muchos este problema es una mera simulación; para otros este problema catalán no es más que un pleito de codicia: la una y la otra son actitudes perfectamente injustas y perfectamente torpes. Cataluña es muchas cosas, mucho más profundamente que un pueblo mercantil; Cataluña es un pueblo profundamente sentimental; el problema de Cataluña no es un problema de importación y exportación; es un problema dificilísimo de sentimientos.
>
> Pero también es torpe la actitud de querer resolver el problema de Cataluña reputándolo de artificial. Yo no conozco manera más candorosa, y aún más estúpida, de ocultar la cabeza bajo el ala que la de sostener, como

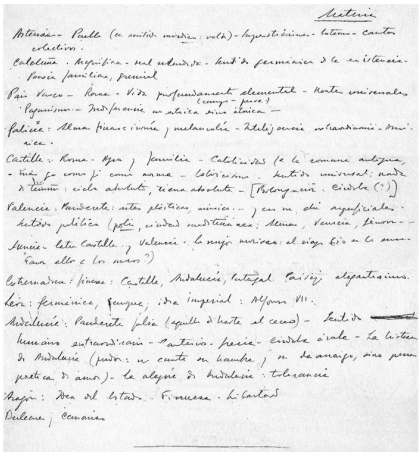
> hay quienes sostienen, que ni Cataluña tiene lengua propia, ni tiene costumbres propias, ni tiene historia propia, ni tiene nada. Si esto fuera así, naturalmente, no habría problema de Cataluña y no tendríamos que molestarnos ni en estudiarlo ni en resolverlo; pero no es eso lo que ocurre, señores, y todos lo sabemos muy bien. Cataluña existe con toda su individualidad, y muchas regiones de España existen con su individualidad, y si queremos conocer cómo es España, y si queremos dar una estructura a España, tenemos que arrancar de lo que España en realidad ofrece; y precisamente el negarlo, además de la torpeza que antes os decía, envuelve la de plantear el problema en el terreno más desfavorable para quienes pretenden defender la unidad de España, porque si nos obstinamos en negar que Cataluña y otras regiones tienen características propias, es porque tácitamente reconocemos que en esas características se justifica la nacionalidad, y entonces tenemos el pleito perdido si se demuestra, como es evidentemente demostrable, que muchos pueblos de España tienen esas características.
>
> Por eso soy de los que creen que la justificación de España está en una cosa distinta: que España no se justifica por tener una lengua, ni por ser una raza, ni por ser un acervo de costumbres, sino que España se justifica por una vocación imperial para unir lenguas, para unir razas, para unir pueblos y para unir costumbres en un destino universal; que España es mucho más que una raza y es mucho más que una lengua, porque es algo que se expresa de un modo del que estoy cada vez más satisfecho, porque es una unidad de destino en lo universal.

Una unidad de destino, en lo universal, añade. La frase fue aniquilada por el franquismo, agotada a fuerza de repetirla sin reflexión: otro refrán. Se le ha buscado un vínculo sensato con el «proyecto sugestivo de vida en común» orteguiano. Lo hay. Y a Ortega se le encuentra en Otto Bauer, faro del austromarxismo con su «comunidad de destino» en definición de 1924. Pero la literalidad, aprendida o retenida en el desván memorístico por José Antonio, corresponde al prototipo ejemplar del patriota español, Francisco Giner de los Ríos[22], que la venía pronunciando mucho antes de que nacieran Bauer u Ortega y al que los conmilitones del joven Ruiseñada motejaban de «patriota geológico»[23]. Juan Ramón Jiménez lo advierte y los enclava juntos, Giner y José Antonio, entre los «espinazos verticales de España»[24], al lado de Besteiro y pocos más. También de Giner le viene a José Antonio la oposición entre nacionalismo y patriotismo, nacionalismo y nacional, desdeñable el primero como hijo de la corriente romántica[25]. José Antonio se pronuncia contra los

nacionalismos, el catalán y todos los demás, sin cobijarse en el nacionalismo español que perece por los mismos defectos que cualquier otro. *Versus* Giner de los Ríos. De las entrañas del krausismo surge, como la Institución Libre de Enseñanza, el concepto de unidad de destino en el ser nacional. Y su autor, «sed lo que he sido entre vosotros: alma», descansa esa idea en el machadiano verso final: «Allí el maestro un día soñaba un nuevo florecer de España». A su sombra, el institucionista Claudio Sánchez Albornoz, repite el concepto en un momento importante: la aprobación del Estatuto de Cataluña en 1932 que Cambó ve extramuros del Parlamento recuperándose de un cáncer de laringe. El que luego fuera presidente de la República en el exilio, concluye su alegato defendiendo que España, plural, es una unidad de destino[26].

Don Claudio observaba con interés la evolución del diputado Primo de Rivera. Durante la sesión en la que José Antonio exigió la más radical reforma agraria que se presentó en las Cortes, interviene Sánchez Albornoz para sustentar la misma tesis. Lanza una profecía[27]:

> […] Se habla de que la reforma agraria, sin un empeño económico grande, fracasará, porque es necesario dotar a los campesinos de los elementos indispensables para su trabajo. Y yo añado, cread el Banco Agrario, indispensable para evitar que caigan en manos de los usureros, esa plaga nacional que se extiende desde el Cantábrico hasta el Mediterráneo. Pero, Sres. Diputados, eso no es más que un argumento más a favor de la tesis que nosotros sostenemos, y al decir nosotros incluyo al Sr. Primo de Rivera *(rumores);* al Sr. Primo de Rivera que un día estará muy cerca de los hombres que se sientan aquí *(nuevos rumores)*. Sí, Sres. Diputados, por su talento, por su espíritu liberal, a pesar de todo liberal a la moderna *(más rumores),* por su concepto de la vida política de hoy…
>
> […] El Sr. Primo de Rivera hace muy bien en colocarse en la postura en que se coloca.



«Cataluña: Magnífica – Mal entendida – Sentido germánico de la existencia – Poesía familiar – Gremial». *Escritos Políticos desde la Cárcel de Alicante,* junio de 1936 (archivo familiar Primo de Rivera).

Desde la derecha, sin entender nada, se levantó la voz de Honorio Maura para apostillar: «Pues a ponerse la camisa azul, Sr. Sánchez Albornoz», pero no estaba en la atmósfera del palacio de la Carrera de San Jerónimo un vaticinio sobre el maduro humanista, sino sobre el futuro de un joven que llevaba dos años de carrera política. Al terminar, en los pasillos, don Claudio se acerca a José Antonio y le avisa de que con discursos como el de la reforma agraria en el Parlamento sus amigos de la derecha le van a dar la espalda; el joven diputado le sonríe agradecido y adelanta los tiempos: «Ya me la han dado, Albornoz, ya me la han dado»[28].

Ruiseñada, compañero de Honorio Maura en Acción Española, ha querido despistarse de sus amigos y se ha tomado un vermut con José Antonio en el Bar Club. A la una del 1 de marzo. Domingo.

8 de marzo de 1936 – Domingo.

Panizo

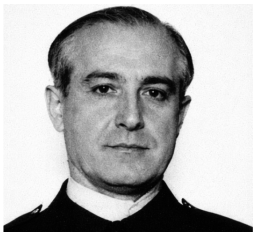
De Franco me dijo que era un ser para él extraño,
que su conversación no le interesaba y le aburría.

RAMÓN SERRANO SUÑER

Despacho. Panizo.

No hay hora, José Antonio está en el despacho. ¿El suyo, el de la sede del partido? Panizo ya llegará. Viene de Oviedo Leopoldo Panizo Piquero, el jefe de la Falange asturiana, aunque tiene medio levantados a los militantes gijoneses, eso tan hispano de las rivalidades locales. Ayuda a Panizo su condición de carnet número 13 del partido y la Palma de Plata, máximo reconocimiento de la organización[1], que le dieron por su arrojo en los sucesos de octubre del 34. José Antonio pondera su temple de navegante que al veterano marino profesional le hace mantener la calma en situaciones límite. Lo demostraría una y otra vez en el primer año de la Guerra Civil que le atrapa en Madrid. Ahí concluye lo mejor de su historia personal. Pero igual que hay un minuto glorioso en la vida de cada cual, la primera semana de mayo del 37, su huida de la embajada de Paraguay poco antes de ser allanada, los cinco días en la británica con documentos falsos a nombre de Luis Xarrien, su caminata junto a Concha Valdés Larrañaga entre calles enemigas, el viaje hasta Valencia en el último autobús que no fue parado en Tarancón para identificar a cada pasajero por si se

parecía al peligrosísimo fascista Leopoldo Panizo, jefe de la Quinta Columna, donde le veáis acabáis con él en cuanto diga buenas tardes… ese breve eterno espacio novelesco valdría para que Panizo hubiera sido más reconocido de lo que en sus filas se le recordó luego[2].



Leopoldo Panizo Piquero (colección privada).

Y, sin embargo, una anécdota revelada por Ramón Serrano Suñer, le saca un algo de su irrelevancia posterior. A veces, la historia utiliza peones dispensables para ubicar del todo las piezas mayores. Lo cuenta así el cuñado de Franco y albacea de José Antonio:

> Los jefes provinciales o locales de la Falange tenía (sic) grandes dificultades para encontrar un piso, un local, donde instalar las oficinas y el que era jefe de la Falange de Gijón, Leopoldo Panizo, logró, disimulando un poco la finalidad de la oficina que iba a instalar allí, logró hacerlo, repito, en piso propiedad de la esposa de Franco, y enterado este ello le produjo gran indignación y preocupación, pensando como siempre en su carrera y el perjuicio que podría perjudicarle, y entonces me pidió a mí que le dijera de su parte a José Antonio que ordenara al jefe de la Falange que desalojara el piso, lo que José Antonio cumplió dando la orden con gran disgusto e indignación. Aumentó la antipatía entre José Antonio y Franco[3].

No dice surgió, Serrano. Aumentó, dice.

José Antonio Primo de Rivera Sáenz de Heredia y Francisco Franco Bahamonde habían coincidido como testigos en la boda de Ramón Serrano Suñer con Ramona *Zita* Polo, de la alta burguesía asturiana y hermana de Carmen, esposa de Franco. José Antonio acreditaba a su amigo Serrano, Franco era testigo por su cuñada. De la sacristía salieron ambos, Franco y José Antonio, sin cercanía alguna como nos va contando el recién casado. No la van a encontrar nunca, ni cuando en la casa de Ramón Serrano en Madrid se ven los dos a instancias del falangista, algo antes de las elecciones de febrero del 36. Ante la

realidad política que se avecinaba, peligrosamente escindida en frentes que se aborrecen hasta el extremo, José Antonio busca tender lazos con todo aquel en el que vislumbrara un liderazgo capaz de abanderar el proyecto de síntesis que defendía. La vaporosa intentona de alianza con la derecha dentro de un Frente Nacional electoral no tenía la mínima posibilidad de prosperar. Era un reto a la metafísica intentar cuadrar un proyecto revolucionario con Gil Robles, Antonio Goicochea y el sello lacrado de Acción Española. Jamás llegó a intuir lo que analistas más avispados divisaron desde el profundo estudio de las maniobras que se estaban dando a la vez. Sobre el terreno le avisa Sánchez Albornoz; lo va a empeorar su voluntad de constituirse en una tercera vía semejante a la de los inconformistas franceses que identifica el riguroso politólogo galo Arnaud Imatz. Gente sospechosa para los conservadores.

Convenientemente despreciada por la derecha cualquier opción de pacto con FE de las JONS, José Antonio fía la solución a su instinto político. Presume lo que se acerca y corre agobiado al encuentro de un taumaturgo salvador. No sin cierta candidez va de Portela Valladares a Azaña con parada en Indalecio Prieto, ya lo veremos, y busca entre los generales un trasunto de su padre, capaz de atemperar las pasiones y acabar con una guerra que aún no ha empezado, igual que el Dictador liquidó la agotadora contienda marroquí; y luego, apaciguada la nación y encaminada radicalmente su regeneración, sublimar lo que Miguel Primo de Rivera anunció y no ejecutó: depositar el poder en la Carrera de San Jerónimo a favor de las Cortes de todos.

Quiere saber si Francisco Franco es el militar capaz de mejorar a su padre al frente de un nuevo Directorio. La decepción viene contada por el anfitrión:

> Fue una entrevista pesada y para mí incómoda. Franco estuvo evasivo, divagatorio y todavía cauteloso… José Antonio quedó muy decepcionado y apenas cerrada la puerta del piso tras la salida de Franco se deshizo en sarcasmos hasta el punto de dejarme a mí mismo molesto. […] Mi padre, con todos sus defectos, con su desorientación política, era otra cosa. Tenía humanidad, decisión y nobleza. Pero estas gentes…[4].

Con una perspectiva de medio siglo el sociólogo Amando de Miguel resumiría en un párrafo la diferencia de talante e ideas de los dos

personajes:

> De las grandes paradojas, de las grandes contradicciones en la Historia de España, es que Franco se situara como líder del movimiento que fundara José Antonio Primo de Rivera, lo cual es un absurdo porque no hay dos personajes más contradictorios que José Antonio y Franco, y sin embargo van unidos en el mismo cajetín de la Historia[5].

El 8 de marzo es domingo, así que es obligatorio imaginarle a mediodía en el Cristo de la Salud, o en la Concepción de Goya, o en San Manuel y San Benito. En misa. O llevando el paseo un poco más allá, hasta Santa Bárbara, en las primeras filas de la derecha junto a la pila de su bautismo[6]. Luego echa el rato con Panizo en su despacho para despejar los líos de la Falange asturiana. Si el despacho es el de su casa, Serrano 86, que también utilizaba para las cosas del partido, tardarían diez minutos a su paso para llegar al número 19 de la calle General Arrando. El tic del historiador nos dice que en ese edificio tiene su casa el agente de Cambio y Bolsa José Delgado —en alguna de las citas más recientes ya le llaman bróker—, pero en realidad el primer narrador le adelanta una profesión que no ejercerá hasta que apruebe las oposiciones en febrero de 1943[7]. Sin excepción lo repiten luego todos los que le mencionan.

José Manuel Delgado Hernández de Tejada es abogado y diputado de la CEDA recién electo y ese día ha convertido las escaleras que dan a su piso en un ascendente desfile de espadones. Muy cercano a José María Gil Robles, tanto que jamás se atrevería a organizar una tenida de generales sin contar con la anuencia de su líder político, a pesar de que podría ampararse para convocarlos en que todos conocen a su padre, el vasco Marcelino Delgado, respetado compañero de armas. Ese cónclave se ha entendido como el origen del levantamiento militar de julio. No va a ser una de las recurrentes intentonas que han ido muñendo los enemigos de la República desde la primavera de 1931.

En la reunión conocieron algunos de los presentes que Sanjurjo por su cuenta ya estaba adelantando su particular conspiración; el cruce de informaciones sirvió para contener su afán y encuadrarlo en un mismo plan. Muy pronto se añadirán mandos del Ejército que se sospechaban dudosos, entre los madrugadores, Gonzalo Queipo de Llano,

republicano y consuegro de Niceto Alcalá-Zamora. Se toman las primeras decisiones, Delgado se ocupa de levantar acta política que inmediatamente van a recibir alfonsinos de Renovación Española, legitimistas de Acción Española, carlistas y, en resumen, las fuerzas que han dado vida al bloque de las derechas. La Falange ni se entera.

Por la conocida ley de la tergiversación se ha llegado a escribir que Franco se fue a ver a José Antonio nada más acabar la cumbre del generalato el domingo 8. Otros historiadores se llevan el encuentro de Francisco Franco y José Antonio Primo de Rivera al 13 de marzo de 1936[8]. La diferencia de fechas no es anecdótica; de existir esa reunión el convocante hubiera sido Franco y no José Antonio y, más que por voluntad propia, por delegación de la élite militar reunida en el hogar del cedista Delgado. Precisar que se vieron el 13, o el 11, como afirma Gibson[9], es sugerir que Franco introducía a José Antonio y su organización en lo que empieza a prepararse el 8. Hay quien va más allá y dice que José Antonio se ve con Mola, no sólo con Franco, el mismísimo 8[10]. ¿En reuniones aparte pero quizá simultáneas? No es únicamente el magnetismo sobrehumano; nuestro protagonista también está dotado del seráfico don de la bilocación.

Por su Diario sabemos con quien estuvo y, seguramente, con quién no estuvo. No hubo generales en su vida el 8 de marzo de 1936.

Y el 13, su último día completo en libertad, estará con alguien que le gusta mucho más que Franco.

9 de marzo de 1936 – Lunes.

María Cristina Alonso-Quesada

El soneto se eleva y se eterniza, / dispara a la justicia, es más directo. /
Derecho es ley, poesía que idealiza.

ANTONIO ÁLVAREZ SACRISTÁN

---

11 m. Despacho. Sra. Alonso-Quesada.

Es una consulta profesional la de María Cristina Alonso-Quesada. Con el tiempo, el pleito que le lleva al bufete del prestigioso abogado pasaría a los anales del Derecho[1].

El padre de la visitante era comisario de Guerra, octogenario y antiguo compañero de armas del padre de José Antonio[2]; María Cristina, la mayor de sus hijos, había pasado en 1906 por la iglesia castiza de San Ginés para ser desposada con un otorrino de Bilbao, Mario Orive Ontiveros, que andando el tiempo salió por libertarias. El hombre era un desventajado seguidor de su padre, el genial y progresista Salustiano Orive, dentista, ganadero, publicista y empresario que inventó el Licor del Polo. Este Salustiano es un personaje curiosísimo, con un pie en Valle-Inclán y el otro en las boticas de Pérez Galdós. Huyó del seminario en el que andaba desasnando su talento natural y se plantó en una fonda de Madrid con siete pesetas y un rencor a lo religioso que va resumido en la última frase de su testamento: «Quedará excluido de mi herencia el heredero que profese en orden o congregación religiosa; al que todo lo espera de ultratumba, nada necesita del mundo terrenal»[3]. Era infatigable,

ingenioso y audaz. Sobre cualquier otra cosa, lo que más le gustaba en el mundo era pleitear. Litigó con todos sus hijos a los que deshereda con frases violentísimas en la redacción de sus últimas voluntades y deja como único depositario de sus bienes a un hijo natural habido con su criada y al que otorga su nombre de pila.

Entre los desposeídos está Mario, el pinturero médico anarquista que, a la cuarta pregunta tras anular su matrimonio con otra aceptable fortuna, la de María Cristina Alonso-Quesada, deja de cumplir con la obligación de pasarle la pensión pactada. La morosidad le va a dar un disgusto serio; la prensa madrileña nos cuenta que el antepenúltimo día de 1923, el hermano de su mujer, Dámaso, capitán del Ejército, le mete tres tiros sin enmendarse. A conciencia, donde duele, pero no mata, tres en las piernas, tres, que dejan al vizcaíno tendido en la calle Montesa mirando a Manuel Becerra. Orive, a lo suyo, sale presidente del sindicato de sanidad de la CNT, se presenta a las elecciones del 31 junto a Ramón Franco y un año después fracasa en el atraco a una posta económica en la Estación de Atocha. Sería oficial médico del Ejército republicano en la Guerra. El divorcio, consumado legalmente a principios de los treinta, llevó consigo una demanda contra todo lo que se movía con apellidos Orive Ontiveros de parte de la cliente del bufete en la mañana del 9. No le debió de ir mal la orientación del letrado porque, con el tiempo, María Cristina Alonso-Quesada aparecería en esos lugares reservados para las damas de la adinerada burguesía madrileña tras las mesas petitorias que brotaban por las calles en los días de colecta.

María Cristina Orive Alonso-Quesada, hija de María Cristina Alonso-Quesada, con un broche de Falange (colección privada).

La definición como abogado de José Antonio es inescindible de su modo de entender la vida. Contra la familiar llamada de las armas que apartó pronto de su camino y un curso dedicado al estudio de las Ciencias Exactas[4], surgió una vocación firme encarnada en el Derecho concebido como garante de la Norma, amado como un Arte, ordenado y lógico al modo de un teorema matemático que explica así: «Mas como el Derecho es casi una ciencia exacta, ninguna argumentación jurídica puede permitirse sombra de vaguedad»[5].

Sin embargo, tan potente reclamación personal fue desoída durante un tiempo por el jovenzuelo recién doctorado que vive en la desorientación su futuro cercano. Por días no se fue a vivir a Estados Unidos y antes de eso estuvo a sueldo de su padre en una sociedad familiar llamada Compañía Nacional de Comercio, gemela de otra cubana con el mismo nombre y dedicada a la misma tarea: la importación de automóviles.

Tenía veinte años recién cumplidos y estaba muy cómodo traduciendo pliegos del inglés y cobrando unos centenares de pesetas a fin de mes como sus cinco compañeros de oficina, primo hermano alguno de ellos, mientras esperaba el servicio militar.

En qué andaría, aparte de esas dedicaciones rutinarias, un recién doctorado con matrícula de honor en todas las materias para no moverse del camino diario a Príncipe de Vergara esquina Alcalá, cuando cumplidos ya los veintiuno, que era la edad mínima para ejercer, prolonga un año su inacción profesional. Una parte se responde en su deseo de aprender más y por eso ruega a su maestro, Sánchez Román, que le permita seguir asistiendo a sus clases dos cursos más para perfeccionar la materia[6]; otra, por su frustrada relación con la ITT americana en su intento por emplazarse en España. Hubiera terminado en Nueva York, según aclaró él mismo[7], de no ser porque los americanos decidieron optar por presentarse al concurso telefónico y José Antonio, con su padre, tomaron la suya de anteponerse a cualquier conflicto de intereses aislándose de la compañía que luego haría gigante el edificio de la Gran Vía[8].

No se molestó en colegiarse siquiera. Del marasmo en el que dormitaba le sacó el tío Antón, que le obligó a pasar por el Colegio de Abogados para registrarse, gran paradoja porque el tío Antón no era muy partidario de trabajar[9]. Cuenta la familia que, cuando le enviaron a Cuba para cuidar de los ingenios azucareros que por allá quedaron, hizo el viaje de vuelta en el mismo navío que le llevó de ida. De elegancia natural, como su hermana Casilda, a su alrededor girovagaba un rey cazador lo mismo que un sobrino despistado. Su tío Antón, el que le prestaba dinero, el que le dejaba la casa para reuniones «especiales», fue en su vida el amigo padre al que pudo llamar de tú. A don Miguel Primo de Rivera jamás le apeó el tratamiento, siempre de usted. José Antonio tuvo en el tío Antón a un compinche mayor con el que no le costaba nada congeniar porque la sangre les enlazaba. El sobrino era más Saénz de Heredia que Primo de Rivera y esa inclinación a la rama maternal se afianzaba en notables rasgos de carácter que en el muchacho eran acusados y de los que el tío Antón se guardaba con elegante cinismo de profesional.

La crónica de las andanzas de aquel joven abogado, pintón y jaranero, que alternaba el éxito en su bufete con el éxito en los salones más algodonosos de Madrid, podía haber continuado en segunda entrega instalándose para los restos en el palacete de alguna aristócrata con apellidos más largos que los suyos, tan largos de por sí

que le servían para embromarse, aparecer en la esquina sepia de la foto de familia altoburguesa y salir de ella para ir corriendo a cenar con Míster Bowers, el embajador estadounidense, que en sus memorias le quería recordar cómo le vio la primera vez: «Joven, pueril, cortés, riendo y bailando aquella tarde en la quinta de San Sebastián»[10]. No. Algo bullía en el alma de aquel hombre que le aproximaba sin remedio a la lucha por las causas en las que creía.

Colgada la placa, llegaron esa mañana a su recién estrenado bufete unos conocidos millonarios madrileños, opulentos joyeros que andaban multiplicando sus ganancias con la especulación de grandes fincas. La agricultura era contra la triste actualidad un valor seguro por entonces; las fincas, señal de distinción que daban al burgués condición de terrateniente y al recrearse en ellas cumplían del todo el anhelo del nuevo triunfador: tener y parecer. Los más listos, además, acrecían sus beneficios jugando al palé en competencia con sus pares. Esta vez la partida era en Malagón, Ciudad Real. El tesoro, tal cual, una hacienda que se había quedado Hacienda, la finca de la Estrella y unas cuantas más por toda la comarca. El organismo recaudador detectó horrorizado que los campesinos de los terrenos que en tiempos fueron los singulares Estados de Malagón no pagaban el diezmo a la Administración. Aquellos agricultores no eran contribuyentes. En realidad, tampoco eran propietarios directos; el primer deudor del Fisco era el poseedor de aquella parcela en el Registro, un rico venido a menos que en los días de abundancia se la compró al duque de Medinaceli, entre otros centenares de títulos, también marqués de Malagón.

En el acto de venta aparecían los derechos de los labriegos incursos en el papel escrito; se reconocían así sus históricas atribuciones fijadas en la Escritura de Concordia desde el siglo XVI. Digamos que por uso, trabajo y vivienda, tenía que admitirse su prioridad para recuperar el suelo, pero, sin reparo en la queja de quienes demandaban esas tierras por un secular derecho de esfuerzo sellado con sudores, Hacienda subastó. No tenemos datos de las pillerías que, propias del sector, pudieran utilizarse; no encontramos la descripción en el estudio final con el que se cerró años después todo este asunto por la mano sabia del catedrático aragonés Sanz Jarque, que ordena todo el proceso[11], ni

en el primer avance que le leímos a Ángel Carreras en *Patria Sindicalista* o en el excelente trabajo de Carlos Caballero Jurado[12] que ha seguido en la tarea; tampoco en los seriales que *El Sol* y *La Libertad* le dedicaron en el segundo semestre de 1927. El diario de Urgoiti y José Ortega y Gasset envió a la comarca al político y periodista Rafael Salazar Alonso; el prolijo despliegue de *La Libertad* dio para un libro que editó el mismo periódico: el opúsculo *Los Estados del Duque. Una cuestión de interés nacional.*

Esa parte golfa y novelesca, su movimiento entre bastidores políticos y administrativos, la inexplicable coyunda de los latifundistas con el jefe de la UGT del lugar, matarife que luego sería amnistiado para volver a la sangre, tiene sitio hasta hoy en la mirada hispana desde que en el Siglo de Oro los costumbristas más brillantes repararon en la ejemplar fuerza narrativa que encierra la picaresca, criminal cada vez que corrompe a un ser humano o a la interpretación de una ley. La actitud de José Antonio en este caso revela bien su dimensión ética y la necesidad de arquetipos así para responder a semejante deformidad de la vida hispana. Los cronistas del caso se limitaron a la descripción de los hechos y en todo caso a referir un episodio de lucha social; no repararon en que lo que estaba pasando en la comarca manchega daba para un relato de atorrantes y guitones que se quedara desde la historia en la literatura. Una eterna fábula moral de humor, vecindario y muerte.

Pero no hubo novelista ni autor teatral para aquella hazaña popular que lideró un par de jóvenes: la andanza judicial que ganó la nueva Fuenteovejuna pasó inadvertida para todos, excepto para los vecinos, diez mil familias y unos cuantos investigadores con memoria. Lo que sabemos por ellos es que los adinerados madrileños ganaron la puja, la voluntad del registrador después, y también que ese logro iba a ser respondido con vigor por los labradores. A menudo, la ignorancia de la gente del campo fue su condena. Gentes sumidas en la incultura y el analfabetismo que aceptaban cualquier decisión si venía sellada con lacre. Esta vez, no. Para abrir el sobre y responder en nombre de los paisanos, había un médico en el pueblo, don Epifanio, Epifanio Sánchez López, que agrupó a todos y les dijo la verdad: os expolian, amigos, para que se lo lleven unos señorones de Madrid. Esos

señorones eran los mismos que aquella mañana estaban en el despacho de José Antonio, solicitando del nuevo abogado la defensa de sus intereses. Habían ganado en primera instancia en Ciudad Real, perdido en la Audiencia de Albacete y elevado al Supremo. Del lado de los aldeanos, letrados como Maura, Alcalá-Zamora y Tomás Martínez se habían repartido la tarea. Para contrarrestar, además de una intensa campaña de prensa en los diarios madrileños, pretendían los negociantes la guinda de un apellido influyente ante el más alto tribunal; y el de aquel licenciado era el más influyente, según su opinión. José Antonio leyó el expediente y lo previsto resultó al revés. La escena se la contaba él mismo a los campesinos de Malagón tiempo después:

> Me mostraron la sentencia de Albacete que yo leí con la atención más escrupulosa, y tan certera y sólida la encontré, tan firmes e irrebatibles sus fundamentos, que no vacilé en dirigirles una carta manifestándoles que no solamente no podía encargarme del asunto, sino que sus argumentos me habían convencido de lo contrario… Yo no titubeo ni titubearé porque de la legalidad de vuestros derechos me han convencido precisamente con la argumentación contraria. Tenemos razón. La Providencia está con nosotros. Luchemos bajo la emoción del lema histórico «Dios y nuestro derecho»[13].

José Antonio ganó el pleito en el Supremo al histórico decano de los abogados madrileños, Francisco Bergamín —«estamos ante una auténtica gloria del Foro», dijo el maestro del precoz letrado— y los vecinos de Porzuna, Fuente el Fresno y Malagón, Los Cortijos y Fernán Caballero. Los mismos que se habían amotinado en 1925 para defender sus tierras volvieron a reunirse, pero esta vez para homenajear a un muchacho de veinticuatro años que había llevado su causa hasta la victoria. José Antonio presidió la fiesta del alborozo y meses después la ceremonia de la tristeza tras el féretro de don Epifanio, el médico de treinta y tres años que abanderó la protesta, asesinado en diciembre de 1927 a instancias del siniestro capital derrotado que utilizó la mano criminal del campesino socialista Gregorio Quílez, aliado a los caciques. La joven viuda del doctor subastaba en anuncios de prensa los útiles profesionales de su marido para poder subsistir. Quílez fue condenado a veinte años que no cumplió. En la Causa General aparece en diferentes hechos como implicado en la muerte de vecinos de

Malagón dentro de la matanza que se dio en el pueblo, crueldad extrema, en los primeros meses de la guerra[14].

El amor por su profesión llega hasta los últimos papeles que escribe en la celda de Alicante, a su defensa con la de sus hermanos en el juicio de aquellos días y que narraba emocionado en su búsqueda infructuosa del «quién dio la orden» el ya citado fiscal Ricardo Gullón. Era seguramente la menos contestable de sus facetas, pues el rigor con el que vistió la primera toga le acompañó sin arruga hasta que descolgó la última. Había ido desde el concurso de personajes peculiares —«Tengo una clientela de locos que apenas dejan dinero. Pero estoy contento, y los prefiero, desde luego, a los excesivamente cuerdos, a quienes tengo que echar del despacho cuando se muestran extrañados de que no me ponga de parte de la iniquidad», le cuenta por carta a Serrano Suñer en su primer año de ejercicio[15]— a la defensa de sus camaradas, que aceptó como primera tarea en detrimento de un bufete que ya facturaba treinta mil duros antes de nacer la Falange, según su colega profesional Raimundo Fernández-Cuesta. Entre el principio y el fin, tuvo juicios bastantes como para ganarse el respeto de la abogacía española, nada distinto a lo que pretendía con el mayor empeño. De ese afán, aunque él no verá el fin del proceso que esa mañana inicia, va a salir bien parada su cliente María Cristina Alonso-Quesada, y peor Orive, despedido por su padre Salustiano de los beneficios de Licor del Polo y exiliado tras la guerra en la América española.

De la calle Doctor Epifanio Sánchez a la calle Abogado José Antonio hay tres minutos caminando. En Malagón.

10 de marzo de 1936 – Martes.

Villapanés

España es un país bronco y desértico, tierra
partida entre unos millones de proletarios a
menudo rugientes de hambre
y de cólera y unos millares de *beatis*
possidentibus.

JOSÉ ANTONIO PRIMO DE RIVERA

---

2. Villapanés almorzar (con Pilar).

No indica el sitio, pero sería de los habituales y pagaría José Antonio, que se lleva a su hermana Pilar, muy apegada al mayor, que le dispensaba un afecto de padre quizá acrecentado por la comprensión de una muerte infantil: a Pilar se le murió de muy niña su gemela Angelita de la que era inseparable, lazo extremo que es común en esas parejas de hermanos.

El otro comensal es Juan Antonio Duque de Estrada y Moreno, conde de Villapanés, con palacio viejo en Jerez de la Frontera, el pueblo de los Primo de Rivera, y otro espléndido en Sevilla, que levantó su patio sobre columnas traídas de las ruinas de Itálica. Esos pilares indemnes al paso del tiempo, no a la avidez de los rateros del patrimonio, resistieron también la bomba que unos cuantos anarquistas les lanzaron en mayo del 33 mientras dormía el pequeño de la familia, José, conocido activista político, un albiñanista radical que había salido de Madrid por pies. Alguien informó de que en la primera planta del palacio se refugiaba un agitador de la extrema derecha y le

metieron un explosivo por la ventana. Directamente. En aquella agotó el benjamín de la saga su séptima vida como por milagro.

El mayor y heredero de los títulos, Juan Antonio Duque de Estrada, Villapanés, hombre más tranquilo, pertenecía a una cuadrilla que distribuía sus fines de semana entre cacerías, el Club de Campo o Zarauz, dependiendo de la época del año. José Antonio no los tiene en sus oraciones, ha elegido otra vida lejos del zangoloteo. ¿Por qué dedica el mediodía a uno de ellos? «Porque sí», sería una respuesta, pero probablemente encontremos alguna mejor.

Villapanés era primo hermano de Francisco Moreno, *Paquito Andes,* o Eliseda (conde de los Andes y marqués de la Eliseda), en la terminología pisaverde de la que no abjuraba todavía José Antonio. Moreno fue tímido militante de la Falange en sus primeros meses y hasta cedió su firma para asegurar el chalet de la calle Marqués de Riscal que acogió al grupo inicial. En cuanto pudo encontrar una excusa —miren ustedes, es que he leído sus estatutos y son poquísimo católicos, eh, prácticamente nada. Y yo así…— devolvió el carnet y cambió la cerradura del casoplón, no fuera a ser que le asignaran a él los cuantiosos desperfectos. Lo más probable es que al marqués de la Eliseda se le hiciera bola la detención masiva que vivió en junio del 34 y de la que se salvó por la inmunidad que le otorgaba su condición de diputado. Lo siguiente fue huir de aquel sitio tan peligroso.

Cuarenta falangistas fueron detenidos acusados de reunión ilegal. Finalmente saldrían absueltos por la habilidad de José Antonio como abogado y la rápida astucia de quien fue a abrir la puerta aquella mañana, hizo esperar cuatro minutos a la Policía antes de franquearles el paso, distribuyó a los militantes entre el jardín y las cuatro plantas en estancias distintas, e incluso metió a tres debajo de una camioneta que había en la trasera como si la estuvieran reparando. El informe de la Audiencia recoge la mejor descripción de cómo fue el primer local de la Falange y elabora un retrato de la extracción social de su militancia, que sería inamovible mientras el partido vivió, es decir, hasta el 20 de noviembre de 1936. El resumen judicial define la profesión de los falangistas de primera hora detenidos. De los que van a prisión hasta el juicio hay diecinueve estudiantes, la mayor parte de los cuales sólo tienen ficha del SEU, no de la Falange oficialmente; hay

representantes comerciales, empleados, ajustadores, zapateros, mecánicos, forjadores, jornaleros, metalúrgicos, impresores, tipógrafos, viajantes, torneros, jardineros, un par de militares retirados que abandonarían pronto el partido; Camilo Olcina, radiotelegrafista de la Marina Mercante; el escritor José María Alfaro y un médico, Elías Palao, recién doctorado. Tipos extraños a la condición social de la que se iba desclasando su jefe. Obreros y estudiantes.

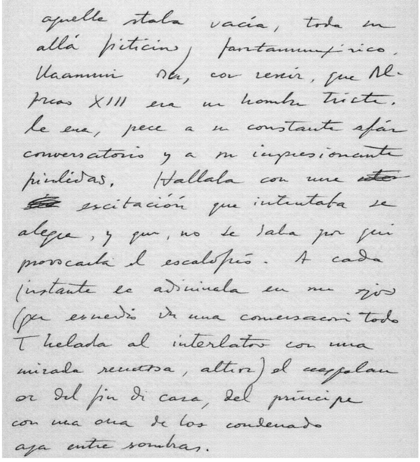
Con Eliseda y sus amigos hacía Villapanés pandilla en lo político y en lo social, las conjuras y los saraos. Eran los fundadores de Acción Española a la sombra de Ramiro de Maeztu, pero con la inspiración propia que atesoraban inteligencias nada desdeñables: Pedro Sainz, Eugenio Vegas, Jorge Vigón, José María Pemán… La cobertura violenta correspondía a Juan Antonio Ansaldo, que activaba elementos de choque allá donde podía desde que fuera expulsado de la Falange. El abrigo periodístico se lo daba la propia revista de *A.E.* al alimón con el diario vespertino *La Época,* de idéntica línea desde que en 1933 se hiciera con el control José Ignacio Escobar y Kirkpatrick, hijo del propietario de la cabecera y marqués de las Marismas.

Todos ellos habían sido cortesanos como el mismo José Antonio, pero su entendimiento de la vida era diferente. El avance imparable del falangista a posiciones revolucionarias atentaba contra los primeros intereses del grupo conservador. Se añadía una evidente antipatía personal de José Antonio hacia José Calvo Sotelo, líder sobresaliente de Acción Española y la última persona fuera de sus hermanos que vio a su padre, Miguel Primo de Rivera, horas antes de que la muerte le sorprendiera en su lecho parisino. La distancia se hacía insalvable con la negación de la monarquía que José Antonio Primo de Rivera insistía en proclamar, incluidos los discursos públicos. En privado la condena aún era más severa; se introducía una aversión rotunda a quien había llevado el último cetro: Alfonso XIII. Se lo dice, «yo soy republicano», a quien lo quiera escuchar, como Juan Simeón Vidarte, diputado de la izquierda radical[1], y lo escribe de propia mano en un texto inédito que sobrecoge por su dureza con el rey desterrado:

> […] aquello estaba vacío: todo era allá ficticio y fantasmagórico. Unamuno dice, con razón, que Alfonso XIII era un hombre triste; lo era, pese a su constante afán conversatorio y a su impresionante frivolidad. Hablaba con

una excitación que intentaba ser alegre y que, no se sabe por qué, provocaba el escalofrío. A cada instante se adivinaba en sus ojos (que en medio de una conversación abierta helaba al interlocutor con una mirada rencorosa y altiva) el resplandor del fin de raza, del príncipe con una vena de loco condenado a vagar entre sombras.

Con esto que escribía (pensaba y sentía) era difícil mantener una relación simpática con la gente de Acción Española, aunque alguno se escabullera en recuerdo de la vieja amistad. Como Juan Antonio Villapanés. El rencor mutuo se iba a desbordar tras las alusiones de José Antonio a Calvo Sotelo y su grupo en una carta lanzada a la militancia desde la cárcel Modelo en junio del 36: «VISTA A LA DERECHA. Aviso a los “madrugadores”: la Falange no es una fuerza cipaya». Está en las notas al final del capítulo y es obligatorio leerla para entender la posición de José Antonio y la Falange ante el alzamiento próximo a menos de un mes de su estallido[2].


aquella sala vacía, toda en
allá [illegible], [illegible].
[illegible] [illegible], con reñir, que Al-
fonso XIII era un hombre triste.
Lo era, pese a su constante afán
conversatorio y a sus impresionantes
[illegible]. Hallaba con una
excitación que intentaba ser
alegre, y que, no se sabe por qué
provocaba el escalofrío. A cada
instante se adivinaba en sus ojos
(que en medio de una conversación todo
helada al interlocutor con una
mirada rencorosa, altiva) el resplandor
del fin de raza, del príncipe
con una vena de los condenado
a vagar entre sombras.

Texto manuscrito e inédito de José Antonio (archivo familiar de Primo de Rivera).

Aquella andanada de José Antonio se movía en el baldío de la contienda ideológica y estratégica, pero fue aprovechada por sus íntimos enemigos, quienes más le aborrecieron, para propinarle un ataque de perfidia refinada y carácter personal que puede calibrarse como el de la vileza suprema entre los que padeció. Fue publicado en uno de los billetes insultantes que incluía *La Época* en sus ángulos

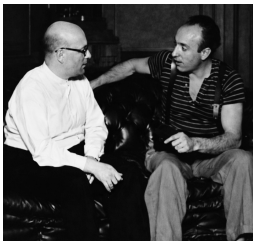
superiores y se debe a la pluma de Jorge Vigón, ministro de Franco luego, y a la inspiración del mentado círculo egregio encabezado por el editor José Ignacio Escobar, ya está dicho que marqués de las Marismas, y sus amiguetes.

En la familia Primo de Rivera había cierta tradición en la forma de responder a la ofensa, una clara preferencia por los duelos. Así, el mismo José Antonio abrió la elevada cabeza, tenía la coronilla sobre el 1,90, del general Gonzalo Queipo de Llano y, por el tiempo de la agonía de su padre en París, su hermano Miguel batió al capitán de Aviación Antonio Rexach[3] en el Moderno, un frontón pamplonés acomodado en el Rincón de la Mañueta. El pleito —a sable, punta, filo y contrafilo— y cómo derrotó en segunda sangre al pendenciero piloto de azarosa vida y predecible muerte está muy bien contado en el borrador de la crónica histórica que esbozó Miguel Primo de Rivera y Sáenz de Heredia para un libro inacabado cuyo material permanece inédito.

Frontón Moderno, lugar del duelo. Desapareció en 1953 (colección privada).

Conocida la costumbre de los Primo de Rivera podía empezar a asustarse el autor del libelo que se libró de un mal final porque Escobar Kirkpatrick no le confesó el nombre al pequeño de la fraternidad, Fernando Primo de Rivera, que en cuanto leyó lo escrito se presentó en el despacho de *La Época* a la tradicional manera del apellido: un reto formal donde el calumniador quisiera y con el arma

que le resultara más manejable. Y conmigo enfrente, que mi hermano está en la trena y no le dejan salir para estas cosas. Sólo el tiempo y la cárcel Modelo que esperaba ya a Fernando evitaron el probable funeral de Jorge Vigón, que entre otras cosas se habría perdido las reuniones de gabinete en El Pardo.



Alonso Mallol (con gafas) hablando con el capitán Antonio Rexach (colección privada).

Hemos tenido acceso a la nota vilipendiaria gracias a Ian Gibson, que la rescató de la Biblioteca Británica en Londres, porque no existe colección de *La Época* en España que haya guardado ese suelto ni los de los tres últimos meses de su vida editorial en la primavera del 1936[4]. Con José Antonio preso desde hace meses, la información le pudo llegar al recluso gracias a uno de sus leales emboscado en la redacción del periódico, el joven periodista Emiliano Aguado, que le hizo algunos servicios en aquel tiempo y, seguramente, también el de avisarle de lo que finalmente publicaron; su lectura detenida permite calibrar el tamaño de la villanía. Dice entre párrafos, aludiéndolo, pero sin nombrarlo: «… Cuando quiere bañar el alma en el gozo de un elogio que estima, en busca de él se evade de los suyos hacia el grupo de las amigas más inteligentes y bellas o de los adversarios menos enconados. Adversarios y amigas cuyo contacto difícilmente le perdonarían esos otros admiradores a quienes en el fondo él quiere poco».

El dardo es un dardo deforme, pero está lanzado con tino y lleva veneno, porque viene de sus antiguos compañeros de andanzas, gentilhombres de cámara con el rey, niños de papá que conocían sus movimientos (calcan sin nombrarla la historia de Elisabeth Bibesco y la presencia de Azaña), contrastaban con fastidio la relación creciente de José Antonio con literatos y artistas, intelectuales que a menudo

pasaban por izquierdistas. Muy molesto todo ello para los que no podían ocultar un tufillo envidioso. Por eso, el tamaño de la réplica, siendo formidable, no parece desmedido. Recoge el guante y lo devuelve inflado: «Así sois todos: vencidos, resentidos, envidiosos…», y dice del firmante: «… Mil veces derrotado en empresas amorosas…»[5]. El derrotado era el marqués de las Marismas; ya pueden advertir que el triunfante era el de Estella. Primo de Rivera alude también a una línea sucesoria bastante deficiente que empieza en el señor padre del marqués marismeño, marqués antes que el marqués, al que el duelista caligráfico, ya lanzado, recomienda no evocar.

El rencor, al fin, fue rencor mudo porque, descontado el desafío con florete, la réplica no encontró espacio para ventearla: se quedó entre los papeles de Alicante que terminaron en poder de Indalecio Prieto. Su lectura tanto después sirve para saber en qué grado de estima tenía a los de Acción Española, a la postre verdaderos ganadores de la guerra y soporte indiscutible del régimen que de ella surgiría.

Villapanés sobrevivió a la contienda y llevó hasta el final, 1991, la vida aristocrática en la que nació. Del barreno que le lanzaron en Sevilla se libró su hermano José, el albiñanista furibundo, pero a la orillita del Guadalquivir estaba agotando el comodín. En Madrid 1936 no era fácil sortear las cárceles, las checas, las visitas nocturnas y los autobuses con destino a Paracuellos o Aravaca, y José, que creía haber burlado a la Guadaña, fue muerto de la malísima muerte que se dio a los engañados en el túnel de Usera. En la misma trampa criminal cayó Jorge Manteola, jefe de una centuria falangista, estudiante gaditano en Madrid, tipo de una simpatía patentada en Puerta Tierra[6], que en la expedición mortal iba atado de la muñeca con alambre a Valero Ribera Ridaura, tesorero del Real Madrid y primer esposo de la mujer de Santiago Bernabéu, María Valenciano, junto a la que está enterrado por expreso deseo de esta. Un poco después, en la misma sima del extrarradio, y del mismo modo, dejaron la vida los hijos del presidente y promotor del Sevilla Fútbol Club, el catalán José María Miró Trepat, también falangistas, y el titular del Atlético de Madrid Manuel García de la Mata. Otros futbolistas de los que hablaremos iban a jugar con José Antonio en poco tiempo. Seguro que a la hora de la comida el sábado 10 de marzo el ciudadano que había acudido con su hermana a

la cita estaba lejos de pensar que muy pronto iba a desempolvar las botas de tacos para volver a los campos.

La navaja de Ockam o teoría de la parsimonia nos enseña que, ante la duda, la acertada suele ser la solución más sencilla. ¿Cuál fue el motivo de aquel almuerzo?

El secreto del encuentro vino a caerse de una estantería cuando este libro se iba para máquinas. Muy cerca de donde comerían los tres aquel día, en un interesante sótano abovedado del centro madrileño, espigábamos con el investigador José Martínez los archivos de José María Alfaro, el escritor falangista y miembro de la Junta Política, dueño de cientos de intimidades que se llevó con él, aunque algunas asombrosas van a aparecer en este libro. En un recorte de periódico guardaba una entrevista de Marino Gómez Santos a Francisco Moreno, conde de los Andes. La doble página se desprendió de la carpeta y voló al suelo del pequeño cuarto. Lo primero que leí fue la pregunta del periodista:

—¿Reanudó su amistad con José Antonio?

—Sí, poco antes de su encarcelamiento…

El 10 de marzo de 1936 es poco antes de su encarcelamiento. Muy poco antes. Villapanés ha cumplido. Y seguramente una comida de su primo —que hace de mediador— ha debido de servir para que muchos años después Paquito Andes diga que volvió a ser amigo de José Antonio.

Andes, José Antonio, José Cuevas, Pemán y García Atance. Mitin de

Arcos de la Frontera, noviembre de 1933 (colección privada).

12 de marzo de 1936 – Jueves.

Marciano Durruti

> No tenemos ningún punto de contacto con los nacionalismos, pero somos patriotas del pueblo español, y sentimos como una herida mortal toda invasión extranjera, en tanto que fuerzas militares o en tanto que ideas no digeridas por nuestro pueblo. Se llaman tradicionalistas justamente los que menos se apoyan en la tradición española, los partidarios de las monarquías importadas, Austrias o Borbones, los partidarios del catolicismo romano, y nos presentan como anti-españoles a los que reivindicamos lo más puro y más glorioso de la tradición ibérica. Si hay tradicionalistas en España, los que van a la cabeza de la tradición somos nosotros, que no vemos para nuestros viejos problemas más que soluciones españolas, tan lejos del comunismo ruso como del fascismo ítalo-germánico o del fofo liberalismo francés.
>
> DIEGO ABAD DE SANTILLÁN, *Por qué perdimos la guerra*

---

6 t. Marciano en el despacho.

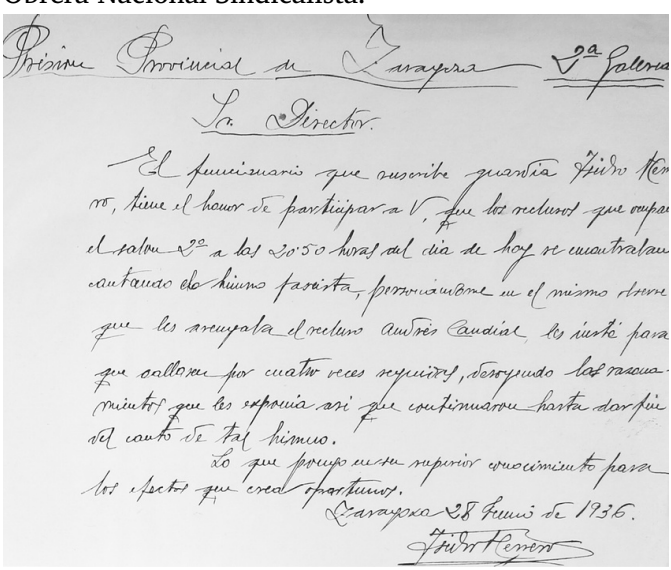
Atención: el 12 de marzo de 1936 José Antonio Primo de Rivera va a tener la última reunión personal en su despacho. Nunca más va a encontrarse a solas con un camarada ni con un cliente, una mesa de por medio y unos cuantos papeles para trabajar. Son las seis de la tarde

y llega a su casa uno de esos tipos de nombre particular, de un santoral que sólo existe en Castilla la Vieja. Entra el falangista Marciano Durruti.

Marciano, qué interesante personaje y cómo de profunda es la lectura de esta cita. Marciano, Marciano Durruti, Marciano Pedro Durruti Domingo. La suya no sólo es una incorporación llamativa por la fuerza del apellido, sino un ejemplo repetido de militante, lo que el poeta republicano Victoriano Crémer definió como «anarcofalangista», individuos de formación libertaria que eligen a la Falange como herramienta política sin dejar de trabajar en los dos frentes hasta que la fuerza de los hechos les decanta. Juntos asaltan, atracan y desbaratan las defensas policiales perplejas ante esa alianza no prevista. Esos grupos de acción conjunta en los que todos eran libertarios y falangistas serán rotos por la guerra, pero en la Falange permanece la mayor parte de los que iniciaron esa parte ignorada por la historia. Unos y otros de quienes los formaban coincidieron en lo sustancial: vidas entregadas a la acción directa, un patriotismo básico (bastantes de estos anarquistas que pasan a la Falange habían sido legionarios) y un desprendimiento generoso que les hace llevar una vida de privaciones por principios morales: sólo con haberse quedado con un botín de los que entregaron a la causa hubieran dejado de tener apuros para toda su vida.

Marciano Durruti (colección privada).

Marciano, hermano pequeño del legendario anarquista Buenaventura, había cumplido una semana antes veinticinco años. Era mecánico chapista y en su experiencia de combate tenía enfrentamientos y detenciones por participar en huelgas revolucionarias como militante de la FAI. Pasó directamente del ateneo de los trabajadores a la Falange leonesa y en febrero del 36, después de haber sido puesto a prueba como mediador ante las organizaciones libertarias de las que provenía, entra con honores en la Falange, respaldado personalmente por José Antonio. Al jefe de la Falange se lo había presentado Sinforiano Moldes, uno de los más activos luchadores del movimiento anarquista, con pasado en el comunismo, mil veces detenido en la lucha obrera. Un hombre con historia, Moldes. Sinforiano es encarcelado en 1933 por el asalto revolucionario al Cuartel de María Cristina, en Madrid. En julio del 34 va preso por última vez como libertario y, en la cárcel, detenido junto a la redada de falangistas que se ha hecho por esas fechas, se incorpora del todo a la organización. A partir de entonces, Sinforiano Moldes ocupa un papel distinguido en la Primera Línea, directamente relacionado con José Antonio Primo de Rivera. En otoño del 34, este lo envía a Zaragoza, tierra que conoce bien de su experiencia confederal; lo que hace allí explica el modelo replicado en toda España por la Central Obrera Nacional Sindicalista.



Prisión Provincial de Zaragoza — 2ª Galería

Sr. Director.

El funcionario que suscribe guardia Isidro Herrero, tiene el honor de participar a V, que los reclusos que ocupan el salon 2º a las 20'50 horas del dia de hoy se encontraban cantando el himno fascista, personándome en el mismo observe que les arengaba el recluso Andrés Candial, les instó para que callasen por cuatro veces seguidas, desoyendo las razonamientos que les exponia asi que continuaron hasta dar fin del canto de tal himno.

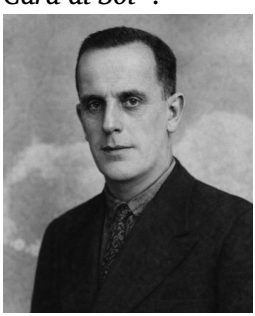
Lo que pongo en su superior conocimiento para los efectos que crea oportunos.

Zaragoza 28 Junio de 1936.

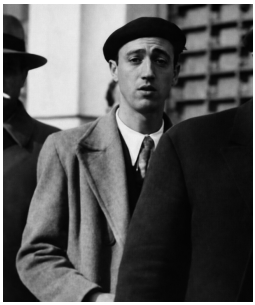
Isidro Herrero

Expediente penal de Andrés Candial (© Archivo Histórico Provincial de Zaragoza).

En muy poco tiempo, Moldes fortalece la estructura a partir de antiguos compañeros de la CNT espigados entre los más combativos. Al llegar a Aragón le ayuda un jonsista de primera hora llamado Andrés Candial, que proviene de la Unión General de Trabajadores, aunque todas las fuentes le dan un mismo pasado libertario difícil de contrastar. En 1932 Andrés es elegido presidente del Sindicato de Guarnicionería de UGT[1]; es fácil imaginar que durante un tiempo compatibilizaría las dos militancias, en el nuevo partido de Ramiro Ledesma y en el sindicato socialista. Candial tardó poco en respaldarse con dos hermanos del tipo perdulario que ante cualquier tumulto gustaban del brillo navajero que desprendía su cabriteña de trece muelles: Pascual y Agustín Guerrero Marco, destacados en la acción directa de la FAI aragonesa y que con otros militantes cercanos deciden seguir al jefe de los sindicalistas guarnicioneros. De la capacidad de convicción de Andrés Candial da idea la denuncia que presenta la Guardia Civil contra él en junio de 1936, porque desoye la orden de sus números en la cárcel y junta a los presos de la segunda galería en un salón donde han decidido quedarse hasta aprender el *Cara al Sol*[2].



Ángel Inglés Rigal (colección privada).



Melchor Rocatallada (colección privada).

Con su ayuda, Moldes capta a Ángel Inglés, secretario del Sindicato de la Madera de CNT en Aragón, detenido y encarcelado en innumerables ocasiones, la última, como anarquista a finales del 34, tras la revolución de octubre; allí es torturado y pasa a la enfermería con varias costillas rotas por las palizas[3].

Aguanta todo y lo hace cuando ya andaba en el tránsito a la Falange —estamos a primeros del 35—. Pocos meses después dirigía uno de los cuatro sindicatos de su central obrera. A su jerarquía se añaden otros hombres de Moldes. Uno de ellos era Melchor Rocatallada, de historial paralelo al de Inglés y de peripecias peliculeras, algo que se repite constantemente en las vidas de los «anarcofalangistas».

Rocatallada venía de un solar hidalgo en el Pirineo, Casa Lirón de Aragües del Puerto, en el que soñaba aventuras y romances. De las dos cosas nos avisan las crónicas de la época. Se hizo músico y a los veintitrés años ya estaba en los papeles porque le meten un tiro en la frente que le atraviesa el ros y le rasga en sedal mientras daba un concierto con su banda en las Fiestas del Pilar. Se libra de milagro de no se sabe quién. Quince años más tarde trabajaba en el Café Concierto de Barcelona: le encaloman dos cuchilladas en la puerta por defender a la antigua novia de un boxeador que la estaba usando de *sparring* a la puerta del garito. La cabaretera le acompañó al hospital, cuenta *El Día Gráfico* del editor Pich y Pon. Por aquel entonces el caballeroso Melchor también estaba en andanzas con el sindicato obrero; repartía afectos. Retornó luego a su tierra aragonesa; adelantó en la CNT, secretario de su Sindicato de Hostelería a partir de 1933; entró y salió de la cárcel como libertario primero y como falangista en marzo del 36

con Candial e Inglés. En los turbulentos inicios de la guerra, Zaragoza pendió de la voluntad del general Cabanellas, que no era la más predecible de los sublevados dada su proximidad a la masonería; una vez consumada su presencia en el golpe, se inició una fulminante represión. Rocatallada cobijó en su casa a algunos de sus viejos camaradas cenetistas hasta que una delación le puso en riesgo[4].

Después de la contienda, el alegre músico libertario de la Falange tuvo un pasar discreto, no duró mucho. Le sobraban comportamientos acomodados alrededor y le faltaban emociones. Dejó de haber alicientes para el bohemio audaz que una noche de la farándula barcelonesa, década y media atrás, decidió aceptar el reto del misterioso faquir Blacaman: un manojo de billetes al ciudadano que aceptara entrar desnudo en la jaula de sus leones y amansarlos con la mirada después de haber sido convenientemente fustigados por el pérfido hindú. Sólo entró Rocatallada[5].

Si Melchor vivió poco, aún menos su inseparable Inglés, que cayó en los primeros días de combate, dando formalidad de accidente a lo que con toda probabilidad era un tiro en la nuca. Se lo descerrajaron desde sus propias filas por anarcofalangista, un clásico. Y a la fosa común[6].

Los demás coincidieron en su afán revoltoso y volvieron a las cárceles; lo mismo Candial, al que algún enemigo interior le tiende una celada de la que le liberan los camisas viejas una semana después, que el mayor de sus prohijados, Guerrero, Pascual, que a finales de los cuarenta se fue a por tabaco, encorbatado en un traje de rayadillo y calcetines de colores, y no volvió a cenar nunca más.

El delegado que José Antonio mandó a Zaragoza para seguir la tarea de acuerdo con Moldes, Valentín Medina, fue represaliado con Hedilla tras la Unificación y terminó de alcalde de un pueblo de los Monegros. Fue encarcelado por un extraño suceso y pasó del consistorio al calabozo sin solución de continuidad.

Esas vidas coincidentes, esas militancias compartidas, se repiten en todas las provincias. Algunas de una manera idéntica a Zaragoza: Valladolid, Sevilla, Málaga… Hay una lista larga de falangistas llegados del movimiento libertario, Guillén Salaya, Gutiérrez Palma, José Olalla, que antes había sido presidente de los albañiles socialistas; Camilo Olcina, secretario de la CNT en el sector de la Radiotelegrafía

de la Marina Mercante y delegado de la Federación Internacional; Pascual Llorente, Fernando Zamacola[7] o Álvarez de Sotomayor, que venía de ser máximo responsable de la Confederación en Madrid; estos y otros como ellos son adelantados de una transición que se da en toda España.

Por las mismas fechas de Moldes, Sotomayor incorpora a Ramón Cobeta Moreno, uno de sus fieles en la CNT, tipógrafo de treinta y dos años que vive en la calle de la Igualdad de Tetuán. Cobeta responde al repetido perfil de aventurero fascinante: alistado en el tercio, poeta, guardia civil y terrorista bakuniano hasta llegar al sindicalismo revolucionario de los falangistas. Sale de la cárcel tras pagar dos años y medio de pena por encender un par de bombas en nombre de su grupo, el anarquista de Los Intransigentes y se calza la camisa azul. Uno más de la serie sin explicación. Pocos meses después, y tras algunas detenciones más, a Cobeta se lo traga la tierra o cruza los mares. Desaparece[8].

También hubo travesías en sentido contrario, de la Falange al anarquismo. Uno de los cenetistas que dirigen el piquete de la matanza de los presos de la cárcel de Ventas en Aravaca, Mariano Cabo, deshace la tesis que incluye a Ramiro Ledesma en esa cuerda de asesinados. Su declaración nos lleva hasta el Ateneo de la Fundación Caldeiro. Ledesma le toca de cerca: Mariano de Cabo Pérez estuvo con él cuando fundó las JONS, luego fue falangista y asegura que mantiene invariables sus principios: no es de izquierdas ni de derechas y cree haber servido a la causa. No le valió de mucho; fue fusilado a los pocos meses[9].

De León, Marciano Pedro, Perico Durruti, es el arquetipo. El avalista del joven Durruti es el propio José Antonio, lo mismo que con Moldes, lo mismo que con Manuel Mateo, el secretario de la CONS que ha sido dirigente del PCE. Por todos ellos responde el jefe de la Falange.

El menor de los Durruti es un revolucionario interesado en aprender; mecánico chapista, gran lector, habla fluidamente francés y tiene ideas propias que a menudo contrasta en cartas con su hermano Buenaventura. En esos primeros meses del 36 sigue siendo una de las piezas fijas del Ateneo Obrero de León, de claro dominio libertario, sin el menor reparo en la convivencia con su actividad falangista[10].

La familia le llama Perico y de ninguna otra manera. Aunque no oficializa su ficha hasta el 5 de febrero de 1936, a comienzos del 35 ya está en la Primera Línea, viaja a Barcelona y prepara las reuniones que busca José Antonio con su paisano Ángel Pestaña y el cenetista Diego Abad de Santillán, también leonés. Al núcleo sindicalista revolucionario de la vanguardia falangista llegan con Perico Durruti los hermanos Velázquez y Tarascón Ferrer, históricos del anarquismo catalán provenientes del grupo Los Macabeos.

José Antonio comprendió pronto lo valioso de aquellas incorporaciones. Por un lado, empezaba a dar forma al sueño de Ramiro Ledesma, ya con el jonsista fuera del partido: la adición de fuerzas llegadas del anarcosindicalismo que permitieran alianzas posteriores con las organizaciones obreras. Hasta que eso se diera, y en ello estaba, como demuestra su aproximación a Pestaña y a los cenetistas barceloneses, los elementos llegados de ese mundo ferozmente anticapitalista iban a aportar sus herramientas de combate, físico y dialéctico. Para ellos no suponía un cambio de ideología, sino de velocidades: tuvieron la convicción de que por el camino falangista se llegaba antes a la revolución:

> Una y otra vez, aquel Durruti sorprendente intentó explicarme el proceso no de su conversión, que no aceptaba, porque en el fondo continuaba nutriéndose de sus ideologías fluctuantes entre el anarquismo clásico y detonador de su hermano Buenaventura y la atracción que la espectacularidad de los fascismos le producía… Convencido de que ambas fuerzas o versiones de un mismo principio revolucionario —explicaba— antimarxista y anticapitalista podían conjugarse, se entregó al juego, siempre peligroso, de las connivencias. Y dado que de su radicalismo revolucionario nadie tenía derecho a dudar, conocidos los orígenes y biografías familiares y también su anterior militancia cenetista, entendió que debía predicar con el ejemplo, insertándose en las filas de Falange como signo de la posible y conveniente fusión que, por cierto, el propio José Antonio contemplaba con ilusión, pues que de esa manera se vendría a dotar de sangre proletaria, de verdad revolucionaria, el cuerpo teórico de un movimiento de señoritos (sic)… Y le acogieron con los brazos abiertos. Y Pedro Durruti comenzó a desplegar actividades en los distintos campos, convertido en conspirador de la fusión o de la confusión. Y fue de José Antonio a Buenaventura y de este a Ángel Pestaña. Y a punto estuvo de ser estrangulado por su propio hermano cuando le llegó con la embajada del desaforado contubernio.

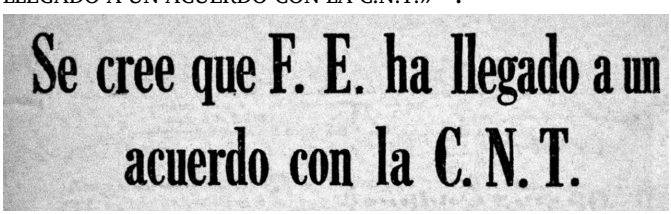
—No tiene visión de la realidad —me explicaba—. Juega a revolucionario de novela rusa. Los tiempos han cambiado y las tácticas revolucionarias han de ajustarse a los tiempos nuevos…

El que decía eso de su hermano era el benjamín de los Durruti, Perico.

El «revolucionario de novela rusa», Buenaventura.

Quien certificaba esa declaración de compromiso con la idea era un compañero de Perico Durruti en el Ateneo y en el penal, el poeta de ojos claros Victoriano Crémer[11].

Hubo quien sí advirtió cierta matemática en la repetición de acciones que firmaban juntos anarquistas y falangistas: esa entente fue comprensible para la Policía. Tuvieron la certeza de que todo aquello no era la casualidad asombrosa de unos cacos que habían coincidido a la vez, a la misma hora y en el mismo sitio, para desvalijar el mismo banco. Otra vez la cordura de Guillermo de Ockham: si se juntan unos tipos para asaltar juntos las cajas fuertes es porque forman un equipo disciplinado. Son la misma cosa. Hasta que un periodista bien informado cuenta en titulares lo que piensa el comisario Antonio Lino, que es el jefe de la brigada de investigación: «SE CREE QUE F.E. HA LLEGADO A UN ACUERDO CON LA C.N.T.»[12].


Se cree que F. E. ha llegado a un acuerdo con la C. N. T.

Muy poco tiempo después, el mencionado historiador Diego Abad de Santillán, que lo vio todo desde el escenario, escribía sobre lo que pudo ser de haberse escuchado mutuamente con unos cuantos cafés de por medio, sin prisa y sin temblores. También decía que José Antonio llegó más al fondo que la propia Policía, que despistada no andaba:

A pesar de la diferencia que nos separaba, veíamos algo de ese parentesco espiritual con José Antonio Primo de Rivera, hombre combativo, patriota, en busca de soluciones para el porvenir del país. Hizo antes de julio de 1936 diversas tentativas para entrevistarse con nosotros. Mientras toda la policía de la República no había descubierto cuál era

> nuestra función en la F.A.I., lo supo Primo de Rivera, jefe de otra organización clandestina, la Falange Española… ¡Cuánto hubiera cambiado el destino de España si un acuerdo entre nosotros hubiera sido tácticamente posible, según los deseos de Primo de Rivera![13].

Lo que hemos aprendido es que había militantes que iban por delante de sus cuadros organizativos, impacientes que no aguardaban a que los jefes decidieran la acción conjunta y pasaron a ejercerla. Eran los sindicalistas revolucionarios que entendieron la camisa azul como el acelerador de un sueño justo. Marciano Pedro Durruti decidió gritar que eso era lo último que había escuchado de José Antonio en una tarde de marzo, uno frente al otro, y le costó la vida.

El destino acercaba sus caminos. La reunión del jueves 12 cuando el día empieza a declinar es muy reveladora; indica bien por dónde se orientaba la Falange en ese momento y hasta qué punto controlaba José Antonio cada vez más personalmente todos los resortes de la organización, excepto los del sindicato universitario, que consideraba fiables. Despacha en solitario con Marciano e incrementa el grado de confianza con ese militante pasional que, ya lo sabemos, anhela la alianza sindicalista y se atreve a ir a ver a su hermano mayor para ofrecerle un pacto que una parte de la militancia cenetista no vería mal. Buenaventura huye del lío con una nota en la prensa del sindicato rehusando cualquier vínculo político con Marciano en cuanto empieza a saberse que el benjamín de la familia crece en la Falange. Pero para entonces este ya ha puesto lo suyo en la preparación del encuentro en Barcelona entre José Antonio y dirigentes de la Confederación, que sólo las altas temperaturas impedirán: unos cuantos anarquistas enterados del contacto dieron fuego en la Plaza de la Universidad al quiosco de Antonio Zalabardo, el militante de la CNT encargado de representar a la organización obrera. Abad de Santillán cuenta que lo entendieron como un aviso; las bases faístas aún no estaban preparadas para aceptar el acuerdo y lo dejaron para más adelante[14]. No daría tiempo.

Parece que con el disidente Ángel Pestaña tuvo más fortuna el falangista Durruti, si damos por bueno el testimonio de Miguel Primo de Rivera: asegura haber visto un fichero secreto de la Falange que guardaba en un sobre marcado con el rótulo «RESERVADÍSIMO» la

adhesión de Ángel Pestaña, líder del Treintismo y del Partido Sindicalista, que comprometía su presencia en la ocasión de mayor importancia[15].

José Antonio no lo sabe, pero la de esa tarde es la última reunión que va a tener en su vida fuera de la cárcel.

Lo que presume con nitidez es que la Falange y él están en riesgo inminente. A la búsqueda de refugios donde ocultar documentación, encarga a Perico Durruti la tutela de una parte importante de los archivos de la organización. El 13 de abril de 1936, Moldes y Perico son detenidos en la casa de una veterana anarquista; nada nuevo[16]. Ocupan a ambos una parte del fichero de la Falange e íntegro el del Sindicato de la Construcción. Con las fichas en la masa, Sinforiano Moldes no puede negar su condición política; Perico lo intenta, asegura que es de la FAI y añade su relación familiar con Buenaventura. No le vale el argumento y se va a la Modelo en el mismo transporte que Sinforiano. Moldes permaneció en prisión tras el 18 de julio; su nombre aparece entre los acribillados en la saca de los últimos días de agosto en la cárcel Modelo. Ojalá hubiera sido así; es uno más de los infinitos lugares comunes que las confusas investigaciones sobre la guerra española pretendían perpetuar hasta que se aclararon desde la crudeza documental en el ensayo *Violencia roja antes de la Guerra Civil*[17]. La realidad es que separan de la fila a quienes tenían pasado en organizaciones de izquierda. Con otros tres —dos son Enrique Matorras y Juan Orellana, falangistas excomunistas— se los llevan a la checa de San Bernardo, donde les espera la brigadilla de la tortura. Les ahorraré detalles. Por esas fechas detienen a Manuel Mateo. Tampoco quieran conocer de qué manera fue su final.

Durruti salió de prisión un poco antes del 18 de julio por la mediación de su madre, Anastasia Domingo, que llama a Ángel Pestaña para que conduzca un escrito de súplica que le ha redactado José Antonio, según declara Marciano en el proceso que le hace el franquismo. No estuvo libre mucho tiempo; en la primavera del 37 hizo dos cosas relevantes: recuperar del todo la salud perdida en la cárcel y apoyar a Manuel Hedilla. En agosto fue asesinado por los franquistas ante una tapia de El Ferral de Bernesga; mantenía el tono crítico con la presencia militar al frente del golpe, persistía en la

incorporación de los izquierdistas al nuevo proyecto nacional que iba a necesitar comprensión antes que fusilamientos. Argumentos suficientes como para que le llevaran al paredón.

El sumario del juicio por el que le condenan a muerte agrupa mentiras y verdades en una mezcolanza obscena. Es verdad que Perico ha repetido por todas partes lo que compartía con José Antonio en sus charlas, que la Revolución ha de desprenderse de los militares e incorporar a la tarea de la nueva España a toda la masa obrera que necesita realidades más que lemas. Es mentira, crimen del fiscal que el juez bendice, que Moldes y él entregaran los archivos al enemigo. Es verdad que, igual que su hermano Buenaventura, Perico participó en acciones directas, tal como dice el informe que busca su muerte; «atracador», le llaman. Pero no sabemos si esa verdad alcanza al tiempo en el que un grupo de luchadores que venían del anarquismo pasaron al combate falangista en su Primera Línea. Sólo falta el dato concreto que corrobore que el atraco que preparaban cuando fueron detenidos por primera vez juntos Sinforiano Moldes y Antonio Gonçalves Pereira, *El Negro,* y algunos que sí se consumaron en el año posterior sin paternidad de la acción, eran en realidad financiación de un partido que defendía desmontar el capitalismo como una alta tarea moral.

En la hoja de defunción de su camarada aragonés Ángel Inglés, llaman «hemorragia interna por fractura base del cráneo» al tiro en la nuca que le descerrajan; el juez Francisco del Río, que firma la defunción de Marciano Pedro Durruti, asegura que proviene de una «parálisis cardíaca». Tenía todas las razones para que se le parara el corazón.

A su protector y abogado, su camarada José Antonio Primo de Rivera, se lo habían llevado por delante otras balas del odio.

En la madrugada del 20 de noviembre del 36.

Lo entendió bien el hermano de Perico, Buenaventura. Por su hermano, que le hablaba de él. Por su madre, que le contó cómo había preparado un escrito irrebatible que le había devuelto al hijo pequeño. Por su claro alcance de la realidad española, Buenaventura Durruti avisó a los representantes de los ateneos libertarios madrileños de lo que pensaba sobre la presumible ejecución:

Considero una insensatez y un error capital condenar y fusilar a José Antonio en estos momentos… Sinceramente, y hablando entre nosotros, no reconozco ninguna razón o pretexto que aconseje, y mucho menos justifique, tan precipitada e insólita decisión.

Más que una gravísima falta de tacto político, de cara al mundo interior y exterior, de nuestro Gobierno, la condena de Primo de Rivera tiene todas las trazas de obedecer a una turbia maniobra planeada por una camarilla de individuos de indudable peso político en las altas esferas del Ejecutivo republicano, interesados en echar más leña al fuego de la discordia civil; en exacerbar aún más las pasiones ya desatadas y desbordadas hasta límites inverosímiles en los cuatro cuadrantes de nuestra España en llamas. Y estoy de acuerdo con los militantes libertarios de Madrid en que, al sentenciar a José Antonio, el Tribunal Popular ha sentenciado, irremisiblemente, a muchos españoles antifascistas de la zona franquista, por cuyas vidas yo no apostaré un solo céntimo a partir de mañana.

Con la muerte de José Antonio, si llega a consumarse, morirá también toda esperanza de reconciliar a los españoles antes de muchas décadas. Pero, en esta guerra, cada día menos civil y más internacional, se ventilan muchos intereses extraños a los propios españoles que ni el mismo Gobierno de la República está en condiciones de desestimar o combatir. Asesores militares, políticos y policiales soviéticos están arribando en número creciente a nuestra zona, al amparo de la interesada aportación del Kremlin a la causa republicana. Los manda Stalin, y no precisamente para ayudarnos a ganar la guerra, sino para ayudar a los comunistas españoles a hacerse con el control absoluto de los recursos del poder político y militar de la República[18].

Buenaventura ha entendido todo y tiene un problema que desconoce. De lo primero, su clara comprensión del futuro, la historia responderá calcando lo que predijo. El profesor Emiliano Aguado, literato e historiador, resumió a tiempo pasado lo que significó para el débil la aniquilación de José Antonio tras la victoria de Franco:

Leyendo sus discursos con poca atención parecen debeladores de la libertad y de la democracia; pero si se leen con calma se echa pronto de ver que, más que acusaciones, lo que hace es lamentarse de que ciertas cosas, como la libertad y las reformas sociales, no puedan tomarse en serio en una sociedad convulsa en que nadie respeta ni las decisiones del sufragio ni el orden, necesario para gobernar de manera eficaz y para vivir tomando el sol. Miren, esa frase que se repite tanto y que, ciertamente, es muy poco afortunada, la de la dialéctica de los puños y de las pistolas, se la encasquetó a José Antonio un viejo anarcosindicalista, Guillén Salaya, que vino a las JONS con la frasecita desde la CNT. Cualquiera que se haya tomado la molestia de leer con sosiego los escritos de José Antonio, los que

> se han publicado y los que no se han publicado, verá que el primero que no sentía entusiasmo por esa dialéctica era él. Un hombre abierto a las corrientes del pensamiento, metido siempre entre libros, que ponía cerco implacable a sus ideas, no era el más idóneo para emplear la violencia. Y no lo fue nunca. Al caer asesinado, se hizo en España ese silencio atroz que tanto temía Ortega a la muerte de Unamuno. ¿Quién iba a protestar en adelante contra las injusticias? Falange hizo muchas cosas estimables, heroicas. Pero no pudo romper el silencio atroz. Se avino con todo, elogió todo lo que se hacía o se quería hacer y no fue nunca mirada por nadie como escudo contra una injuria o contra un atropello. La indolencia con que asistió a la persecución de los liberales, y el buen ánimo con que acudió a la persecución de la masonería, fantasma de otros tiempos resucitado por los partidos más arcaicos, fue un signo de ese silencio atroz que José Antonio hubiera roto…[19].

Pues sí, como su hermano, Buenaventura lo sabe; lo dice y luego sucede. Su problema, el que desconoce, es que él mismo está sentenciado: que la muerte tiene mil disfraces, algunos son muy parecidos a su uniforme y una descarga trasera (¿has mencionado a Stalin, Durruti?) va a liquidar su vida.

En la madrugada del 20 de noviembre del 36.

A la misma hora de los disparos del Levante español, a la misma de los de la Casa de Campo, llaman a la puerta de una casa madrileña. Abre Manuel Font de Anta y preguntan por Juan Font. Juan Font soy yo. Pues tirando, Juan Font. Lo encajan en una de las camionetillas fatales y caminito del último minuto. A los grandes músicos la cabeza no les habla, les silba. Seguro que Font de Anta va recordando alguna de sus célebres composiciones, una de sus marchas procesionales. La que está naciéndole en los últimos días o la que tiene enamorada para siempre a Sevilla, *Amarguras*[20]. Va seguro de que son sus últimos compases. Y tranquilo porque su hijo Juan, Primera Línea de la Falange, dieciocho años, de esta va a salir.

Detienen el coche en un rincón apartado.

Los que le van a meter tres tiros en la cabeza no lo ven, pero llega por el fondo un paso implacable y silencioso. Un Crucificado, una Dolorosa, una música definitiva y la Semana Santa trianera en el otoño de Madrid. Manuel Font de Anta. Amarguras.

En la madrugada del 20 de noviembre del 36.

El cuerpo atravesado de Buenaventura Durruti va a desfilar por

Barcelona en un catafalco con la bandera rojinegra sobre la madera. Va en la mitad de un desfile inacabable. Lo preceden y cierran las columnas libertarias. Cientos de miles de personas calladas le flanquean a derecha e izquierda por las avenidas. Sobre el mutismo surgen unos compases que crecen hasta llenarlo todo. Una música definitiva. La marcha preferida de Buenaventura Durruti Domingo, anarquista, revolucionario social, español.

Como un quejío perfecto suena al cielo mediterráneo *Amarguras*. De Manuel Font de Anta.

En la madrugada del 20 de noviembre del 1936.

La tarde del 12 de marzo de 1936 y la alborada del 20 de noviembre del mismo año están perfectamente cosidas en la existencia de José Antonio Primo de Rivera con la cárcel de por medio.

El Solista de una música igual canta su canción en Madrid, Barcelona y Alicante.

El mismo Cristo melodía caminante sobre los rumores del cortejo que acompaña al hermano de Perico Durruti va apretado en la mano izquierda de José Antonio camino de la Esperanza en la que cree.

13 de marzo de 1936 – Viernes por la mañana.

La cita rota

Ayer se fue; mañana no ha llegado.

FRANCISCO DE QUEVEDO

---

11 m. Arauz de Robles.
7 t. Embassy. [Tachado] I.

Pereza por la mañana – Telefoneé a Araoz (sic) que no podía ir a verle, que iría mañana. Infinidad de visitas y ajetreo. Julio me ofrece que vaya a su casa después de almorzar para escribir tranquilo. Voy y durante hora y media casi acabo el manifiesto que vamos a dar. Vuelvo a casa y tengo una reunión con estudiantes: los nuestros del S.E.U. y los católicos, representados por el presidente de la Confederación, que es el hijo de Pradera, y unos independientes entre los que figura el hijo de Marañón. Se proponen formar un único sindicato con el nombre del nuestro pero no ligado a la Falange por la designación del mando. Los católicos quieren un triunvirato o cosa así. Yo les aconsejo un cuerpo, incluso deliberante, pero mando único en lo ejecutivo. Pradera alarga y dice que hay que hacer ambiente previo. La cosa queda para principio del curso próximo. La conversación ha sido grata y con un cierto acercamiento atractivo por todas partes. Por la tarde logro eludir mi vigilancia y doy una vuelta en coche con I. Poco a poco se va tendiendo un fluido y consiente por la boca y la acaricia. La última invitación ha sido: “Lo mereces todo, aunque solo sea para divertirte”. Después de llegar a casi todo siento una infinita vergüenza. Ella, vertical, ¿qué

pensará mañana de mí? Le digo humildemente que nuestra amistad necesitaba esta prueba: la de que ella me conozca en mi aspecto peor para que no sea un afecto nutrido de fantasía. Encuentro una frase: "Ahora estamos más unidos por la humildad de haber caído juntos en la misma flaqueza". No quiere ir conmigo a parte alguna; me dice luminosamente: "No hace falta que hagamos participar a nadie más en nuestra humildad". Mientras tanto han quemado dos iglesias (San Luis y San Ignacio) y "La Nación". Todos los de la Falange están en movimiento y empleo la tarde y la noche en mensajes y disposiciones. Mando uno al viejo, con ofrecimiento de llamada si algo pasa. Lo agradece pero no quiere. A la noche con Julio y otros doy unas vueltas por la ciudad, ya tranquila.

Este día 13 es definitivo en la vida de José Antonio Primo de Rivera. Es el último que va a pasar en libertad, lo cual merece un punto y aparte.

El 13 de marzo retrata bastante bien su vida. No se puede ir más deprisa. Distribuye la jornada entre citas profesionales, reuniones políticas, redacción de manifiestos, un encuentro amoroso previa huida de sus guardaespaldas, la convocatoria de las milicias ante la quema de conventos e incluso un ofrecimiento de fuerzas a Portela Valladares, *El Viejo,* para dar una asonada y restablecer el orden que se había perdido. Todo escrito por él y para él, para nadie más. De ahí que elijamos el término «asonada» para interpretar su llamada a Portela como revuelta y no como golpe de Estado, aunque la intención no fuera muy distinta.

Todo lo de este día o es nuevo y jamás tuvimos noticia, o es distinto de cómo nos lo habían contado. Para empezar, la reunión con los estudiantes. No se encuentra historiador que dé una versión coincidente con la que él resume en su agenda. O sea: con lo que sucedió. Se nos ha vendido (vendido es la palabra) que aquel encuentro en el despacho concluyó con un acuerdo entre falangistas y las demás fuerzas universitarias no adscritas a la FUE (Federación Universitaria Escolar). A partir de ese momento, nacía el Frente Nacional Universitario, que iba a unir a todos ellos en una nueva

organización a la que el SEU (Sindicato Español Universitario), el sindicato de los estudiantes falangistas, se incorporaría.

Falso. No sólo es incierto que los de la Falange renunciaran a la denominación sindicalista, sino que son los de la Confederación de Estudiantes Católicos quienes proponen, así lo escribe literalmente José Antonio, que la alianza se haga bajo las siglas del Sindicato Español Universitario. Lo que late en el fondo de aquel encuentro de mera aproximación de posturas es la recomendación del jefe falangista: incorporaos al SEU y venid aquí, que estaréis mejor. Sin fusiones ni otros aparatajes.

Todos los cronistas del asunto, los de aquel momento y los sobrevenidos, de cualquier escuela, derechistas, izquierdistas, franquistas, marxistas y algún falangista que sobrevoló el asunto, o mienten o se equivocan. No es necesaria ninguna interpretación; cuando José Antonio escribe que hay buen rollo, pero se pospone cualquier conversación al siguiente curso, lo que dice es eso: que seguirán hablando, que no es urgente. Y si dice que todo será bajo las estimadas siglas del SEU es que ni Frente Nacional Universitario ni gaitas. Respecto a lo que sugieren los católicos de un mando colegiado, José Antonio es tajante. Le han mentado la bicha de tres cabezas. A Juan José Pradera se le ha ocurrido un triunvirato en la dirección y la respuesta que recibe raya en la condescendencia, peor que el reproche: para que algo funcione, mando único, viene a decirle, aunque ese mando no sea designado por la Falange, añade con cierto cinismo[1]. José Antonio se ha percatado rápidamente de que los independientes que acompañan a Pradera se muestran sensibles a su capacidad de captación, en eso se sabe fuerte, y, de hecho, menos Gamero del Castillo, a los pocos días se incorporan todos a la Falange con el hijo de Marañón al frente.

¿Qué razón hay para que se haya impuesto la mentira durante tanto tiempo? Hay que citar a la extraordinaria Mercedes Formica que acertó con el sustantivo: el Albondigón. Así llamaba al Movimiento Nacional:

> Aquella amalgama monstruosa, aquel gigantesco albondigón, estranguló la ideología, y todo quedó en una especie de cristianismo obligado, como el impuesto por Roma en el decreto de Constantino. La tragedia del pensamiento joseantoniano fue detenerse en plena evolución. Si Dionisio

alzó la voz, a José Antonio le cerraron la boca los que dispusieron su muerte[2].

El engendro que nace en abril de 1937 *manu militari* y con varias penas de muerte para aliviarlo, las dos de Hedilla a la cabeza, necesitaba justificaciones históricas. Esta de una alianza previa a la guerra entre los jóvenes de la Falange y las demás fuerzas que se unifican junto a los tradicionalistas es la metáfora perfecta: lo que Franco impone ya lo habían pactado entre sí los que ahora estaban en las trincheras como antes en las universidades, los hacedores del futuro. Y con la bendición de José Antonio, que les dio el hisopazo en su propia casa. Al Albondigón la alegoría de los heroicos chavales le venía al pelo.

¿Y la izquierda? ¿Qué razón tenía la historiografía marxista para asentar lugares comunes inventados en la otra trinchera? Un truco simple y pertinaz. Se llama estrategia coincidente. Es oportuno difundir en los primeros tiempos de la posguerra que el golpe militar también estaba gestándose entre sus alevines. Lo que unos cuantos generales y las fuerzas de la derecha aliaban por arriba lo muñían desde abajo estos jovencitos burgueses por el retorno del orden viejo. De acuerdo con episodios que presentaban como meritorios los escribanos del franquismo, aherrojaban a la Falange original en la mazmorra derechista por los siglos de los siglos. Lo que no se ponía en duda es que hubiera sucedido así y no al revés, como ahora descubrimos. Y, otra vez, todo en Serrano 86, residencia y despacho de José Antonio Primo de Rivera.

Cariñoso con sus invitados y firme en la defensa de lo que quería su núcleo joven de confianza, a media tarde despide a todos, que hay pocas horas en las veinticuatro del día 13. Dividiremos la jornada en cuatro entregas: mañana, mediodía, tarde y noche.

* * *

El 13 de marzo de 1936 era viernes. Un día en la semana que por aquel tiempo no tenía el prestigio del que goza en la actualidad y recordarlo sirve, de entrada, para solicitar del lector que fije cada uno de los sucedidos revelados en este dietario dentro de aquel contexto y no en el propio de hoy. Será el único modo de dar justicia a la

interpretación. Los viernes no eran como los de ahora porque los sábados se trabajaba igual que cualquier otro día de la semana; los niños iban al colegio por la mañana y volvían por la tarde; usted podía llamar a la fontanería y le mandaban un operario para arreglar el grifo; a los católicos no les valía con ir a misa la víspera para cumplir con el precepto y el fútbol se jugaba a su hora, las cuatro de la tarde. Los domingos.

José Antonio decide empezar en 13, lo cual descarta inclinación a lo supersticioso, y se ajusta a la exigencia que le fija el guarismo del encabezamiento y su propio carácter. Podía haber tirado de hojas anteriores que esperaban, albas, el rasgado de una pluma y aprovechar así el material, pero decide seguir el orden y justo debajo de las rotundas indicaciones, 13 en grande y viernes en mayúsculas, fija dos citas: una con el tradicionalista José María Arauz de Robles a las once de la mañana y otra con una señorita a las siete de la tarde en Embassy, la añorada cafetería donde igual se solazaba la burguesía más puesta que mataba su necesidad de chocolate don Manuel Azaña Díaz, o, pocos años después, se organizaba una red de salvación de judíos en las mismas barbas de los espías alemanes que tenían la embajada frente al establecimiento[3]. Embassy era uno de los lugares predilectos de José Antonio, por los emparedados y por la cercanía a su casa del barrio de Salamanca. Bajaba por Ayala y, justo en el chaflán con Castellana, se daba con el letrero blanco sobre verde oscuro que una mala tarde despareció de la capital. La calle Serrano tenía alguna vaquería, dos cafés, Roma y Jorge Juan, la cervecería El Águila y casi ninguna tienda, los bajos eran viviendas familiares. Circulaban con menos agobios que en los barrios populares los tranvías de la línea 3. Apenas pasaban coches y su notable anchura se caminaba tranquila[4].

La entrevista con Arauz era muy importante, pero la suspende. No da. La otra no la suspende, sólo nos la oculta. Con notorio desgaste del plumín, cruza una y otra vez el nombre de la citada hasta que le parece ilegible y, para darle un vuelo romántico, lo suple con una «i» mayúscula y un punto a continuación. Pero narra lo que pasa, en una mezcla de arrepentimiento talmúdico y orgullo conquistador, líneas más abajo. Arauz era el jefe de la minoría tradicionalista en el

Parlamento, uno de los que se había reunido con los militares cinco días antes y, lo más importante para el líder falangista, seleccionador de candidatos de la lista en las elecciones de Granada que parecían llamadas a repetirse y donde José Antonio pensaba recuperar la inmunidad parlamentaria emboscado en una lista ganadora. Como en Cuenca.

Lo que debe de fatigar el panorama para posponer un encuentro que le puede garantizar la libertad. Traza una raya bajo las dos citas y empieza por confesarlo. He aquí la línea inicial:

«Pereza por la mañana».

Pereza es la primera palabra que utiliza el dueño del Diario. No es uno de sus rasgos característicos, sí lo es la autocrítica, la censura, «poner en solfa de continuo lo que piensa y lo que hace»[5]; carece por completo de la peligrosa confianza desde la que dirigen multitudes los conductores de masas con vocación de dictadores; lo supo con agudeza Miguel de Unamuno tras pasar juntos un día en Salamanca. El hijo del Dictador con el que había estado tan enfrentado le parecía muy inteligente y aseguraba que no daba para líder fascista porque no era epiléptico. Esa ausencia de enfermedades nerviosas es el colofón que pone Unamuno a su artículo «Otra vez con la juventud», publicado en *Ahora* y donde escribe: «Es un muchacho que se ha metido en un papel que no le corresponde. Es demasiado fino, demasiado señorito y, en el fondo, tímido para que pueda ser un jefe y, ni mucho menos, un dictador». Y añade: «Por lo demás, ese muchacho tiene mucho talento y una cabeza que funciona perfectamente. Llegará hasta donde quiera, porque, además, es un carácter de cuidado»[6].

José Antonio Primo de Rivera es lo contrario de un líder populista. La primera característica de los acogidos a esa catadura es su desprecio por la verdad y la proposición de soluciones fáciles en el plazo inmediato; desdén por los principios y anulación del adversario. Jamás busca la síntesis el caudillo populista. Desde la primera línea de su primer discurso en el teatro de la Comedia anuncia como valor básico la exaltación de la verdad[7]. Y concluye tres años después en sus últimas palabras con una apelación al entendimiento del otro, inescindible de la España que defiende más allá de su muerte.

De sus comportamientos no sobresale ningún rasgo extravagante; un

joven bastante normal que si puede se divierte. Como constataremos a lo largo de su propia narración, José Antonio daba menos importancia a algo tan decisivo como noticias sobre su libertad que a un galanteo o a un partido de fútbol al que atender de delantero centro. Sólo aceptando esa inclinación puede entenderse que lo único que aplaza en todo el día 13 sea el encuentro con el hombre que le podía incluir en una lista donde tenía asegurado el éxito y la inmunidad parlamentaria. Que le hubiera dado una baza para salvar la vida.

José María Arauz de Robles, diputado a Cortes por Granada desde un mes antes, estaba organizando al mismo tiempo la Junta Nacional Carlista y una nueva candidatura para la repetición de las elecciones por su circunscripción. Y, sin embargo, José Antonio hubiera perdido esa primera hora; la pereza le vino bien. Se asustó la derecha ante la tensión impuesta en las calles de Granada, que concluyó en quema de edificios y violencia consentida por el Gobierno Civil y renunció a una segunda convocatoria en la que los indicativos recientes le daban una quintuplicación de los votos contrarios; su cálculo basado en la abrumadora mayoría de no votantes se frustró por la masiva falsificación de las actas que perpetró el Frente Popular con su gobernador civil como pretor[8]; la rabia del manejo padecido y su propia ceguera alimentaron el rencor de una derecha, la granadina, muy oscura como pronto se demostraría.

La llamada de Arauz tiene un fondo generoso que José Antonio no interpreta inmediatamente; luego le dará su justo valor. El diputado carlista debe revalidar su escaño en la segunda vuelta que ha conseguido forzar el Frente Popular, pero cede su plaza al confinado general Varela, a fin de que obtenga una inmunidad salvadora mediante las urnas. Piensa en José Antonio, que está en una situación semejante, y propone la inclusión del jefe de la Falange en la lista que ayuda a formar; también va a ir en ella Julio Ruiz de Alda. Y Barrado con Fernández-Cuesta. Finalmente, Primo de Rivera va por Cuenca y cede su puesto en Granada a Manuel Valdés. Todos en busca del pasaporte parlamentario para recobrar la libertad.

De la celeridad de José María Arauz a la busca de un acuerdo rápido da idea el que sólo ha sido la semana anterior que se ha conocido la intención de impugnar las elecciones en Granada. Esa actitud de

simpatía y colaboración con los falangistas volverá a demostrarla Arauz en sus acuerdos con Hedilla, ante el peligro de unificación que impondría Franco para hacer desaparecer —sumidas en otra cosa— las dos organizaciones que defendían[9]. Tres semanas después de las elecciones de febrero hay que organizar una candidatura exprés. Entre los incluidos aparece una pieza fija de la derecha, Ramón Ruiz Alonso, que va a pasar a la historia por su siniestra participación en el asesinato de Federico García Lorca poco tiempo después.

Ruiz Alonso aguanta ceñudo el éxito de una chanza con la que José Antonio le ha retratado en los pasillos del Parlamento: «El obrero amaestrado de la CEDA». El sarcasmo viene desde arriba, se lo ha propinado José Antonio; lo que va a llevar peor es que la tropa le pase por la quilla. El sarcasmo de la plebe es otra cosa: en abril llega a Madrid una delegación de la Falange granadina. Entre otras cosas para perfilar la candidatura y estructurar la cabeza de la organización que está creciendo en Granada. Ruiz Alonso se ofrece a hacer de chófer con su propio coche; está pensando que va a perder el salario y que, si se queda fuera de los sueldos oficiales, va a tener que volver a la linotipia. Muy incómodo. Su idea es ofrecerse a la Falange a cambio de que le garanticen las mil pesetas que cobra como diputado, por si se queda fuera en la próxima cita.

En el automóvil van, junto al conductor, los falangistas José *Pepiniqui* Rosales, José Díaz Pla y Enrique de Iturriaga. Al llegar a la cárcel, José Antonio recibe a Díaz Pla y a Rosales; le están poniendo más dificultades para entrevistarse en el torno y apelan a la condición de abogado de Díaz Pla, que allí mismo nombra pasante a José Rosales. Entran los dos. Le cuentan en un momento la petición de Ruiz Alonso y despacha el asunto con economía de palabras: «Es un limón exprimido, ese hombre es una cáscara»[10]; y a otra cosa. En el inmediato viaje de vuelta, Ruiz Alonso sigue con la matraca de los doscientos duros porque yo los valgo. Sin bajarse de su insistente porfía les llega a Jaén. Paran a echar gasolina y en la estación encuentran a un amiguete de Granada con su «haiga». Mandan a Ramón Ruiz a por aceite, estamos donde estamos, y Pepiniqui, que se ha ganado un sitio en la galería de los chungones del Darro, un bromista profesional, le quita una pieza del motor al coche de Ruiz

Alonso, sube con los otros al auto grandote del paisano, y a Graná. Gracioso, muy gracioso… menos para el agraviado. Y en esta anécdota que reveló décadas después el pintor y director de cine Luis Torroba[11], y su supuesto recorrido posterior en los ambientes, amplió la puerta del odio. El que lo propina no suele ser capaz de intuir el tamaño del agravio en el alma del ofendido. A veces es inabarcable.

Los acontecimientos se precipitan: el Frente Nacional prepara la lista electoral y confirma cuatro sitios para los de Falange de los diez establecidos. La Junta nombra apoderados: Hedilla, Panizo, los pasantes de su bufete, los jefes locales de Cuenca y la limítrofe Toledo, y dos para Granada. Junto a un abogado falangista que ha defendido a militantes granadinos, Santiago Cardell, en la lista de los encargados aparece Ruiz Alonso:

> En Madrid, a veintiuno de abril de mil novecientos treinta y seis. Ante mí, don Manuel González Rodríguez, notario del Ilustre Colegio de esta capital y en ella residente, comparecen don José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia, mayor de edad, soltero, abogado, vecino de Chamartín de la Rosa, calle de Luis Guillou, 43, con cédula personal de tarifa 1ª, clase 2ª, número 951.803, fecha 19 de noviembre de 1935; don Raimundo Fernández-Cuesta y Merello, mayor de edad, casado, marino, vecino de Madrid, calle de Oruro, 6, con cédula personal de tarifa 1ª, clase 9ª, número 350.725, expedida el 28 de diciembre de 1935; don Julio Ruiz de Alda y López, mayor de edad, casado, militar retirado, vecino de Santibáñez (Navarra), con cédula personal de tarifa 3ª, clase 9ª, número 7, expedida el 1 de abril de 1935; don Manuel Valdés Larrañaga, mayor de edad, soltero, estudiante, vecino de Guecho (Vizcaya), calle de Zugatzarte, 31, número 9, con cédula personal de tarifa 3ª, clase 9ª, número 9, expedida el 30 de septiembre de 1935; y don Augusto Barrado Herrero, mayor de edad, casado, médico, vecino de Madrid, San Millán, 6, y provisto de cédula personal de tarifa 2ª, clase 10ª, número 629.947, expedida el 18 de noviembre de 1935.
>
> Tienen, a mi juicio, capacidad legal para este acto y dicen que conceden poder a don Anselmo de la Cuerda y López de la Torre, vecino de Madrid; don Ramón Ruiz Alonso, vecino de Granada; don Aníbal Sánchez Garcerán, vecino de Madrid; don Amadeo Hedilla Larrey, vecino de Santander; don Antonio Cardell y Pualte, vecino de Granada; don Manuel Sarrión y Sanmartín, vecino de Enguera (Valencia); don Leopoldo Panizo Figuero, vecino de Oviedo; don José Sainz Notario, vecino de Torrelavega; y don Teodoro Ruiz, vecino de Ultzama (Navarra), para que solidariamente, todos ellos o cada uno por separado, ejerciten las siguientes facultades: representar a todos, a varios o a cada uno de los otorgantes en el acto de la

proclamación de candidatos para Diputados en Cortes por las circunscripciones de Cuenca y Granada, en las elecciones convocadas por decreto de 8 de abril corriente; ejercer en nombre de los mismos otorgantes como candidatos, una vez que hayan sido proclamados, cuantas facultades de apoderamiento, nombramiento de interventores y participación en todas las operaciones electorales concedidas a los candidatos por la legislación vigente; pedir la proclamación de Diputados ante la correspondiente Junta Provincial del Censo y ejercitar en el acto de dicha proclamación todos los derechos que tuvieran los candidatos electos; y sustituir este poder en todo o en parte en favor de las personas que tengan por conveniente.

Así lo otorgan siendo testigos instrumentales, idóneos y de esta vecindad, don Federico Rancaño López y don Joaquín López Cáceres. Presentes otorgantes y testigos leo a todos esta escritura por renunciar ellos a hacerlo, y enterados, prestan los primeros su consentimiento y firman con los segundos. De conocer a los comparecientes y del contenido de este instrumento público, yo, el notario, doy fe.

José Antº Primo de Rivera – Julio R. de Alda – Raimundo Fdez. Cuesta – Manuel Valdés – A. Barrado López-Cáceres – F. Rancaño López – Signado: Manuel González Rodríguez – Rubricados. Está mi sello[12].

Arauz se ha movido bien. Sin que descarte emboscar al protegido de Gil Robles, Ruiz Alonso, en alguno de los puestos ofrecidos a los falangistas, busca trabar una relación que en realidad es imposible y que se concretará en nada. De paso alivia algo la situación de un individuo señalado. Con la lista sin presentar, finales de abril, la izquierda ofrece un sorprendente pacto a las derechas: si retiran de su candidatura a Ramón Ruiz Alonso, cederán tres puestos en el Parlamento a sus adversarios. Como si fueran sofás. Roza el límite de lo creíble si no lo respaldara el documento que pasó por la sesión correspondiente de las Cortes el 22 de mayo de 1936. Gil Robles escribe a Portela Valladares en defensa de su hombre de confianza, el obrerista de la CEDA que estará con él hasta el final:

Madrid, 23 de abril de 1936.-Excmo. Sr. Don Santiago Casares Quiroga, Ministro de la Gobernación.-Mi distinguido amigo: Estoy en estos instantes al habla con los amigos de Granada, para preparar la candidatura que ha de luchar por aquella circunscripción, y ante las noticias que me llegan me creo en el deber de comunicarle algunas impresiones y salvar mi responsabilidad. Elementos neutrales que por su propia iniciativa se han puesto en contacto con el Sr. Otero, elemento directivo socialista de Granada y director de los actos vandálicos allí cometidos, nos han venido a comunicar que los socialistas de Granada estarían dispuestos a luchar por la

mayoría y dejarnos los puestos de minoría, a condición de que no figurara Ramón Ruiz Alonso, Diputado que fue en las Cortes pasadas y triunfante por gran mayoría legítima en las del 16 de febrero. Para el caso de que no acceda a eliminar a este amigo, anuncian que irán al copo y que lo obtendrán por los medios que sean precisos. Ante una coacción de esta naturaleza, no he querido siquiera seguir escuchando. La más elemental dignidad me impide escuchar una proposición que implica la intromisión abusiva de un partido en los asuntos de otro, al amparo de una velada amenaza de terrorismo que, por desgracia, puede convertirse en realidad.

Para contestar debidamente a esta actitud, es lo más seguro que se forme una candidatura de coalición de mayorías, a la cual me veré forzado a admitir toda clase de elementos que no se dobleguen a la tiranía socialista. Lo que va allí a ocurrir no lo sé, aunque lo presumo. No se recatan los elementos directivos socialistas para decir que cometerán los atropellos que sean necesarios para la total destrucción de las derechas en la provincia. Seguramente obtendrán el triunfo electoral completo. Lo que veo ya más difícil es que logren el aplastamiento de las derechas, a las cuales no se les puede pedir que se decidan a morir sin defenderse. Esto se lo comunico oficialmente, no sólo al amigo, sino sobre todo, al Sr. Ministro de la Gobernación, para salvar desde este momento mi responsabilidad por lo que allí pueda ocurrir. No se diga que esta es una posición de ilegalidad y de rebeldía. Si en toda España, pero principalmente en algunas provincias, se vive en una vacación de ilegalidad y el Gobierno no ampara los derechos ciudadanos, no se puede pedir a los atropellados que bajen resignadamente la cabeza.

Jamás he incitado a la violencia; pero, llegado el momento actual, no me encuentro con fuerzas para rogar a los amigos que renuncien al derecho indiscutible de legítima defensa. Usted puede hacer cambiar ese panorama con sólo dar la sensación de que el Gobierno lo es para todos, amigos y enemigos.- A diario se siguen practicando detenciones, imponiendo multas, atropellando a nuestros amigos. Puede usted dar una espléndida muestra de imparcialidad, que particularmente me ha prometido, obligando al Gobernador sencillamente a que cumpla la ley. Atentamente le saluda s.s.q.e.s.m. José Mª Gil Robles[13].

La defensa enfadada del preboste de la CEDA tiene su qué: Ramón Ruiz Alonso juró siempre por el mismo jefe, su compañero de estudios en los Salesianos de Salamanca, José María Gil Robles. El líder de la derecha le protegió siempre, le estimó siempre: un hombre que «surge de las entrañas del pueblo», pensaba de él. Y lo puso por escrito en el prólogo de *Corporativismo,* el libro que escribió Ruiz Alonso en 1937. Por esas fechas, Ramón Ruiz estaba a las órdenes de Vicente Gay, un nazi anti-falangista, según Dionisio Ridruejo, que había prohibido la

emisión del discurso del cine Europa en el que José Antonio reclamaba el desmontaje revolucionario del capitalismo. La Falange de Castilla no sólo desobedeció la orden; además, difundió el texto por las ondas y lo replicó en un manifiesto con veinticinco mil ejemplares. Andino, Antonio Tovar y unos cuantos más, a la trena. Entre ellos, Dionisio, que pocos meses después recupera la postura y es nombrado jefe nacional de Prensa y Propaganda. Se lleva a Luis Rosales. Rosales le cuenta que en el edificio, y trabajando a sus órdenes, está el promotor de la muerte de Lorca. Le llaman inmediatamente al cuartucho en el que está instalado el despacho del nuevo jerarca. Dionisio le echa del Servicio y de Salamanca. La escena es de una violencia espiritual feroz. Luis Rosales rogó a Dionisio estar presente con el compromiso de no hablar. No pudo. La última frase fue suya[14].

Es posible que en esa entrevista todos llevaran camisa azul. Hasta Franco se la puso y dejaba asomar el cuello sobre la guerrera. Mientras vivió en Granada, Ruiz Alonso, que jamás acudió a una reunión falangista por aquellas fechas, se puso la camisa azul una sola vez: fue el 19 de julio de 1936, cuando desde un balcón del Gobierno Civil decidió arengar a las Juventudes de Acción Popular situándolas en un plano preferente ante las de Falange allí presentes. El jefe de estas, Patricio González de Canales, salió a contradecirle desde el balcón apartando a los falangistas. Una vez dentro arrancó la camisa a Ruiz Alonso. Lo contaron todos los asistentes y lo confirma el mismo Patricio a Eduardo Molina Fajardo en *Los últimos días de García Lorca*[15]. El que mejor describió todo aquello fue Narciso Perales, que vivió todos los acontecimientos en primera persona, y desde su arrojo personal —era Palma de Plata de la Falange— salvó la vida de Luis Rosales, dos días después del asesinato de Lorca. Narciso aseguraba: si llego dos días antes a Granada, a Federico no lo matan; si llego un día después, Luis Rosales está muerto.

José Antonio iría por Cuenca: lo que pasó en esa elección extraordinaria fue un guantelete de piedra contra el rostro de la democracia. Pasa de Arauz y lo apunta para el sábado a las once.

Dedica toda la mañana a sus asuntos, «infinidad de visitas y ajetreo» se lamenta. Profesionales, podemos imaginar, porque de esas visitas no hace más referencia que la fatiga que producen. Necesita un paseo, un

refugio, un plato de sopa y un aire de familia que le dé respiro. Va a cruzar la Castellana.

13 de marzo de 1936 – Viernes a mediodía.

Los estudiantes

> Allá en el abril del Renacimiento italiano, hubo un día, feliz entre los días, en que los estudiantes de Bolonia, hartos de Pandectas y de menudas aburridas glosas, irrumpieron en las aulas dándole al aire este grito divino: «¡Habladnos de Platón! ¡Por lo que más queráis, habladnos de Platón, por Dios y por la Virgen!».
>
> EUGENIO MONTES, 24 de febrero de 1935

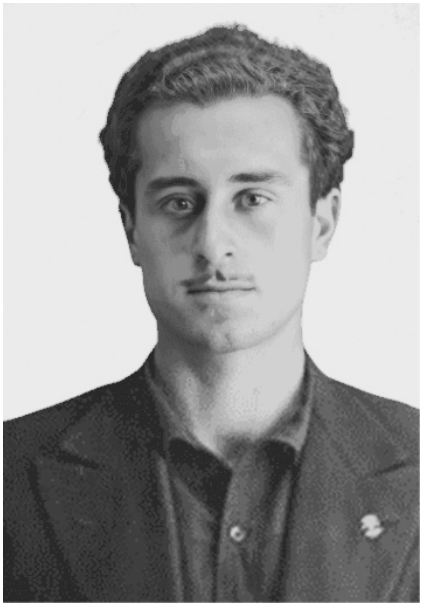
Julio le ofrece su hogar para escribir tranquilo. Va a Abascal 43 y casi acaba el manifiesto; le ha ayudado la tranquilidad de una casa amiga. Julio es Julio Ruiz de Alda. Llegarán días en los que su extrema proximidad nos obligue a explicar muy bien quién fue.

Ha regresado a su despacho de Serrano; ya hemos explicado la trascendencia histórica de estas líneas en la introducción. Tiene una reunión con su gente del SEU, los católicos y unos cuantos independientes. Se ve que el salón era grande. Entre estos últimos acude Gregorio Marañón Moya, el hijo del sabio doctor tan renacentista. Aún alejado de la FUE de la que ha sido activo militante, todavía no ha roto su ficha, pero le quedan tres minutos. Sale de ese primer piso con balcones a la calle fascinado por la personalidad del tipo que acaba de conocer. Pediría su ingreso en el sindicato falangista de estudiantes un par de días después. No lo hizo el presidente de la Confederación de Estudiantes Católicos, Juan José Pradera, «el hijo de Pradera», Víctor Pradera, paladín de los tradicionalistas y hermano de Javier, asesinados los dos al comienzo de la guerra en San Sebastián.

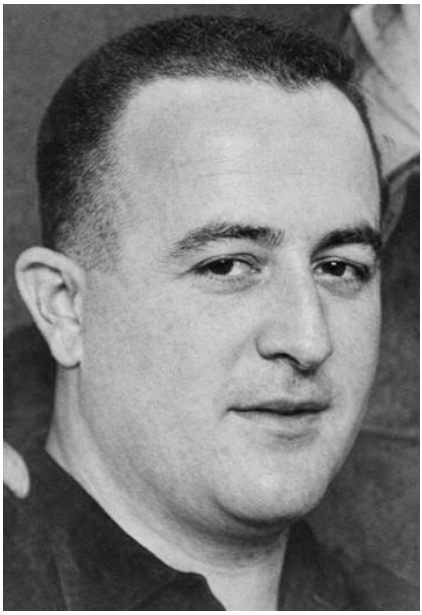
Juan José jamás fue falangista; dilecto de Raimundo Fernández-Cuesta caminó por la política como la encarnación andante del Decreto de Unificación de abril del 37.

Los del SEU: a fecha de la velada que comentamos, el sindicato de estudiantes era una fuerza de potencia indiscutible en las universidades españolas y creciente en las enseñanzas medias. El Diario desmiente lo que quedó para la historia: la intención de crear algo que se llamaría Frente Español Universitario. Eso no sucedió, lo constatamos aquí y tiene toda la lógica; hubiera sido de una osadía bastante estúpida solicitarle su suicidio a una organización que dominaba clubes deportivos en las facultades, atraía por su empuje a miles de estudiantes y era capaz de parar la universidad si la ocasión lo exigía. La integración en el SEU, que incluso las otras asociaciones proponen, venía amortiguada por la sugerencia de un mando colegiado, un triunvirato a los que José Antonio era tan poco aficionado y que, relata, cortó de un tajo con sus primeras palabras. Entre los asistentes tuvo que estar Alejando Salazar, jefe nacional, porque hasta el primero de abril no lo detienen. Posiblemente le acompañara un consejero nacional del sindicato que le pasaba los apuntes en la Facultad de Filosofía y Letras, Eduardo Ródenas, máximo opositor a la fusión. Ródenas había escandalizado en el Congreso Nacional del SEU con una ponencia en la que defendía la guerra como empresa revolucionaria al modo trostkista, en consecuencia había sido protagonista de alguna dura misión en los primeros tiempos cuando todavía no se contaban los muertos.

Alejandro Salazar era un muchacho rubiato, almeriense, infatigable, levemente estrábico, nunca desprendido de cierta ingenuidad y, por aquellos días, algo desorientado. Tras la última junta nacional, el 20 de febrero, había escrito asustado que José Antonio se estaba haciendo azañista[1]. Y en la anterior tuvo que soportar que su jefe, que le distinguía con su aprecio, le abrumara a sarcasmo limpio tras dejarse convencer por el lado conservador de la Falange que quería pactar con la derecha. Si no es por Julio —Ruiz de Alda—, ese día abandona. Mejor le hubiera ido, seguramente. El 1 de abril le encarcelaron y, cuando salió, el destino se llamaba Paracuellos[2].



Eduardo Ródenas (archivo familiar Ródenas).



Vicente Gaceo (colección privada).

Eduardo Ródenas es el falangista que más me interesa de todos los

que he ido conociendo. Conozco bastantes. Y me interesa sobre los demás, aquellos que murieron jóvenes y que formaban la Primera Línea casi al completo. Eran estudiantes, algunos muy brillantes, con la vida por desarrollar y un camino político que en aquel minuto que vivían tenía sólo la base, nunca el fin. Son los que hubieran saltado de las universidades a las cátedras y a los puestos de dirección en la obra común del futuro. Que ellos eran la levadura no lo ignoraba José Antonio; en los inmediatamente anteriores por edad, incluidos sus compañeros de dirección, tenía una fe más limitada: lo mismo le decía a Roberto Reyes que le elegía para dirigir el equipo de abogados de la Falange porque era el menos bruto, que soltaba a alguno de los afectados: «De triunfar la Falange algunos de los más relevantes camaradas no tendrán espacio ni como concejales de su pueblo». Y pensaba en el que miraba.

Ródenas era lo contrario a todo eso: incluso fue por delante de su jefe en la asunción de posturas más políticas que estéticas, puede que de manera intuitiva o por la marca de su formación en la Institución Libre de Enseñanza. Por ejemplo, el alejamiento del fascismo. Eduardo Ródenas unía a su clara divergencia ideológica respecto a los jóvenes conservadores la facilidad con la que los había manejado en las luchas universitarias. En la última experiencia que le había llevado a batir a la FUE en las elecciones de diciembre del 35 a la Asociación Deportiva de Estudiantes, no tuvo más que incorporar sin el menor esfuerzo a un par de católicos que compensaba el otro dúo que había colocado la Juventud Socialista Unificada, Carmen Parga y *Pájaro* Castedo, Leopoldo, velocistas destacados en la prueba de cien metros a los que se asignó la delegación de atletismo.

Castedo era amigo de Eduardo desde la infancia, vecino y compañero de clase en el Instituto Escuela. Además de correr, jugaba al fútbol en el Atlético de Madrid y alardeaba en su exilio de haberle marcado un gol a Zamora. Mira que lo he buscado, pero aún no hallé el tanto colchonero del Pájaro Castedo. A lo suyo, Ródenas colocó a todos sus amigos en la Junta de la Asociación Deportiva de Estudiantes de Filosofía y Letras, sus camaradas Alejandro Salazar, Justina Rodríguez de Viguri, José María Usandizaga, Eugenio Lostáu, y se permitió el toque humorístico de colocar al escritor Samuel Ros de

delegado de *basket* (Samuel, como Federico García Lorca, se había matriculado en la flamante facultad de García Morente, Dios sabrá porqué) y a otro de la pandilla, Julián Marías, como vocal. Marías siempre estaba rodeado de chicas, las Galvarriato, falangistas, y la extraordinaria ensayista Lola Franco Manera, con la que se casaría, también falangista y autora de *La preocupación de España en su literatura*[3]. De presidente puso a un católico y jefe de los *boy scouts,* Víctor Jiménez Malo de Molina, que no mandaba nada. El que dirigía era el secretario. El secretario era Eduardo Ródenas.

Alejandro Salazar, Ródenas, Vicente Gaceo y otro Vicente, Cadenas, eran los «discípulos muy predilectos de José Antonio», si nos fiamos de lo que escribió Cadenas mucho tiempo después al publicar las Actas del último Consejo Nacional[4]. Para esta fecha, a Cadenas ya le habían florecido preposiciones entre los apellidos y se le miraba como al más reputado genealogista del siglo en España. Tenía buena memoria, pocas ínfulas aparentes y una prudencia que le salvó la vida varias veces. No era un tipo de acción directa; lo era de acción constante. Remangado y con un lapicero de dos colores en la oreja izquierda, se le podía ver en los despachos menos concurridos entre números y papeles, o en la imprenta de Mariano García, las manos engrasadas y al borde del saturnismo por el plomo de la linotipia. José Antonio se fijó en la eficacia del joven pelirrojo que llegó a las JONS desde la FUE y no quería fusionarse con la Falange, alargado, fusiforme y silencioso, y pasó a encargarle cada vez más tareas hasta que le nombró jefe nacional de Prensa y Propaganda en sustitución del arquitecto José Manuel Aizpurúa. Le acompañaba a menudo un estudiante de Ingeniería muy avispado al que José Antonio le encargaba tareas de información; se llamaba Carlos Juan Ruiz de la Fuente y era catecúmeno de la grafología.

Mas el contrapunto de Cadenas hasta por aspecto, y al tiempo su complemento en la tarea, era su tocayo Gaceo, un atleta bajito de origen aragonés que vivía con su hermano Gaspar y sus padres en el 7 de la calle Hernán Cortés. De ahí sacarían a los otros dos varones en el verano del 36. A Vicente Gaceo le impuso José Antonio un lastre para la historia en su última carta desde la celda alicantina. Tiene un recuerdo para «el pequeño y valeroso Gaceo», y con ella dejó de

llamarse Vicente Gaceo del Pino para denominarse el Pequeño y Valeroso Gaceo. A Pequeño y Valeroso le partió un obús por la mitad en Rusia. Hasta allí había llegado sorteando la pena de muerte que le impuso Franco por oponerse a la unificación en abril del 37 y unas cuantas desgracias más. Desde la cárcel marchó a la redacción de *Arriba* y estuvo unos meses, justo hasta que fue a Rusia la División Azul. Una tarde le dijo al director, Julio Fuertes, antiguo camarada del clandestino piso de la calle Sagasta, que se iba a Rusia a morir —a que lo mataran— porque ya no podía seguir viviendo[5].

Gaceo estaba en Leganés con Cadenas el 20 de noviembre de 1936. Supieron ese mediodía dos cosas: que había muerto José Antonio y que con esa noticia la Falange había concluido. Por pura mediocridad circundante.

13 de marzo de 1936 – Viernes por la tarde.

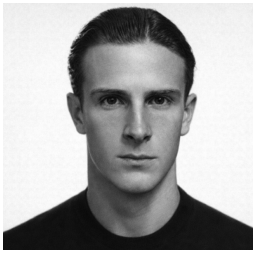
Adiós a la libertad

Dame la castidad y continencia, pero no ahora.

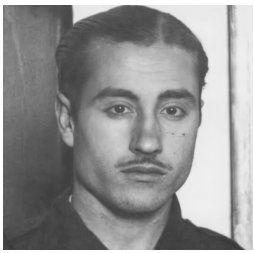
SAN AGUSTÍN, *Las Confesiones,* capítulo VII

El franquismo decidió que a la composición de la imagen cerúlea de José Antonio le venía bien un aura de asexualidad que rematara el diseño del mito. Un tipo que no iba al baño. No pillaba la gripe ni se dejaba atrapar por cualquiera de las debilidades humanas. O de las fortalezas, también peligrosas. Un ser neutro que ni siquiera tenía instintos. Cuando miró a una mujer, fue para cederle el paso o el asiento. Todo regado con Álvarez Gómez, que era la colonia del barrio.

Así, sus biógrafos accedieron con alguna dificultad a aceptar que tuvo una novia aristócrata de la que le alejaron y nunca más. Eso fue todo. La omisión es una media verdad ejemplar: convenía mentir por omisión, lo exigía la arquitectura del nuevo José Antonio. Un poco más y convierten eso en el José Antonio eterno. La variante izquierdista de los años noventa era desarrollar la tesis de un José Antonio homosexual[1]. Todos en la melé. Otro capítulo nos dará medida del tamaño del invento y de la naturaleza del personaje que esta tarde del 13 cede a su condición y se escapa de la vigilancia. Va a encontrarse con una chica a la que protege ocultando el nombre con un tachón concienzudo. Por si un día se le pierde el Diario que escribe para sí mismo.



Vicente Cadenas (colección privada).



Alejandro Salazar (A. Ramos).

Su vida política ya está organizada en círculos de los que él es el centro. Lo es por la noche en su tertulia de intelectuales, la «Corte Literaria»[2]. Lo es del grupo cerrado anarcofalangista que sólo se relaciona con él. Lo es de Prensa y Propaganda con sus cuatro actores al mando de Vicente Cadenas, y lo es menos del SEU porque los estudiantes buscan vida propia, aunque el secretario del sindicato, Alejando Salazar, y uno de sus elementos más influyentes, Eduardo Ródenas, están en el cuarteto de Prensa a su alrededor. Y lo es, sobre todo, de la guardia personal que le acompaña a todas partes ya, con Luis Aguilar al mando. Aguilar es un gaditano alto, seco, sarmentoso, alejado del estereotipo de los nacidos en la Bahía que encarna uno de los militantes más populares de la Primera Línea, el arrollador Jorge Manteola. Los seleccionados por Luis han de ser como él, la sombra de su jefe. Discretos, serios, eficaces. Algunos de sus nombres nos llegan por lo que nos cuenta la Causa General, malo para ellos, muy malo.

Eladio Fernando Trapiella es chófer, su cuerpo de veinticuatro años va a aparecer en La China, un moridero de la checa de Fomento en el mes de septiembre de 1936. Trapiella es un conocido campeón de remo que está viviendo de prestado. En el 35 había sido detenido con

un arsenal y se hizo pasar por traficante de armas, un minorista que puede conseguirle a usted un bastón-escopeta y un alfanje como los que lleva en el maletón, asunto menor. La añagaza funcionó y siguió paseando con la novia por su barrio: el Puente de Vallecas[3].

Alfonso Álvaro del Olmo, diecinueve años, que había estudiado en el Instituto San Isidro, como Tomás Borrás, como Cela y Víctor Hugo, tuvo que irse de su casa después de las elecciones de febrero del 36 porque vivía en la calle Toledo, demasiado cerca de la checa de Antillón, un matadero inaugurado antes de la guerra. Entre un compañero de clase que dio el cante y El Antoñito, un librero de viejo con ínfulas de escritor que editaba la revista *Campo Libre,* se lo llevaron de su escondite a una checa rural que El Antoñito tenía en El Quinto, por Canillas. El Antoñito, que era práctico y le puso al predio el nombre de la revista, tenía en la finca una piara de cerdos bastante hermosos, no pasaban hambre. El cuerpo de Alfonso Álvaro nunca apareció[4].

Joaquín Cabronero Jiménez, un tipo afanado de veinte años, tiene repartido el tiempo entre sus obligaciones falangistas, la carrera de Medicina y un trabajo como auxiliar de emigración que, sin duda, le ha conseguido su padre, uno de los mayores especialistas en censos migratorios de España al que el 12 de junio de 1940 el franquista Tribunal para la Represión de la Masonería y el Comunismo expulsa del Cuerpo de Inspectores de Trabajo. El represaliado Joaquín Cabronero Uribe va a tener tiempo para su primera ocupación: buscar el cuerpo de su hijo desaparecido desde el 12 de octubre de 1936. Había pasado por su casa Baltasar Eusebio Gordo, la peste que habitaba en la checa del Cuartel de la Montaña[5].

Baltasar Eusebio Gordo (colección privada).

El 20 de noviembre de 1936 no quedaba ninguno, todos habían caído antes que el jefe al que protegían. Menos esta tarde en la que estamos, que se les escapó. Se escabulle y… ¿eso cómo se resuelve después?: ¿el escaqueador les echa una bronca por no vigilarle bien, o les premia por la complicidad? Que se ocupe Luis Aguilar; José Antonio se va a encontrar con la chica del nombre tachado.

El coche les aleja hasta encontrar un lugar de dos.

«Le digo humildemente que nuestra amistad necesitaba esta prueba». Estamos en los años treinta del siglo XX y lo escribe un católico practicante y pecador que mezcla el orgullo, la alegría de lo vivido y la culpa en una interpretación escrupulosa del sexto mandamiento. Guardaba la vigilia los viernes y avisaba con una sonrisa a los comensales: «¡Hombre!, que por una rubia estupenda se pierda el cielo está muy mal, aunque pueda explicarse; pero, que lo pierdas por una chuleta…». Entre los que estaban en la mesa de aquel restaurante barcelonés atendía sin perder detalle el historiador José María Fontana, que lo contó después[6]. Su debate interior cedía a la tentación a menudo y los amigos de vida más larga, como el conde de Montarco,

Eduardo Rojas, añadieron curiosos capítulos en algunas fascinantes tertulias de los primeros años de este milenio.

Quién era esa muchacha, quién está debajo del tachón; no va a ser fácil de adivinar, pues además de ocultar el nombre, el narrador coloca trampas en la redacción para que las claves sólo pueda entenderlas él mismo si pierde sus papeles… Pero más complicado era descubrir el peligroso romance que construyó con la princesa Bibesco, Elizabeth Asquith, y un viaje a Oxford sirvió para abrir la puerta de una historia dramática de la que nadie conocía la profundidad, aunque unos cuantos, que se quedaron en la espuma, engrasaron los goznes para que entráramos[7].

Elizabeth Asquith (© Library of Congress).

Esta agenda, y las cosas que pasan por ella, nos llevará a profundizar en la vida sentimental del personaje y su tendencia irrefrenable a la conquista. En la melancolía que anuncia su mirada y describieron hasta el lugar común sus biógrafos, hay una parte que se corresponde con la nostalgia del padre que no fue, del marido que no fue, nacida el mismo día que acabó su relación con Pilar Azlor. A partir de ese momento siempre tuvo una mujer al lado. Como mínimo. Lo contaba muy bien Emiliano Aguado, ya hemos dicho que agente personal de

José Antonio al que encargaba tareas de la máxima confianza: «Lo que les voy a decir jamás lo conté antes, aun cuando lo sabemos varios: José Antonio tenía dos amantes, una soltera, la otra no. Eso, aparte de algunos idilios más o menos conocidos. Hagan el uso que quieran de lo que acabo de decirles. Y digan que se lo escucharon a Emiliano Aguado». Lo dijo, con seriedad inolvidable, caminando de subida frente a la iglesia de la Ciudad Universitaria de la Complutense madrileña, invierno de 1975[8].

A la chica del Diario le habla ladinamente de amistad, un término que podemos interpretar como romance falto de compromiso. A la busca de justificaciones, ya se ocupa de recalcar que ella es la primera interesada en que no se les vea juntos. Para su recuerdo quedan entre las rayas de la hoja, en su agenda, las caricias secretas y la —casi— plenitud del encuentro. Y algo mucho más importante que quiere fijar para siempre con la palabra exacta: consiente, su amiga. Se llama respeto. La tarde tiene toda la importancia, claro, porque como pasa con otras intimidades que ahora conocemos gracias a sus propias crónicas, no va a encontrarse con una mujer en un rincón invisible nunca más. La ausencia de libertad también devasta la más libre de las manifestaciones humanas.

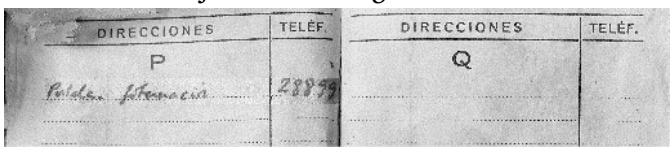
13 de marzo de 1936 – Viernes por la noche.

La puerta se cierra

Señor, vino la noche, el alma es vil.
¡Tanta fue la tormenta y la esperanza!
Nos restan hoy, en el silencio hostil,
el mar universal y la nostalgia.

FERNANDO PESSOA

Acaba su aventura romántica cuando atardece. Mientras tanto han quemado dos iglesias y el edificio del periódico *La Nación*. Abrasan la de San Luis en la calle de la Montera y la de San Ignacio. Los vecinos del barrio se plantan ante el Cristo de Medinaceli y evitan que lo arrastren a la pira. Arde el diario del periodista canario Delgado Barreto, cercano al doctor Albiñana y su Partido Nacionalista. Pasa al mando y despliega a la Falange por los barrios de Madrid. Cae la noche. Llama al Viejo y le ofrece sus fuerzas por «si algo pasa». El teléfono del Viejo está en la agenda: 28899.



Está a punto de cumplir sesenta años El Viejo, aunque un cabello blanquísimo y aleonado le avejenta lo suyo. Si con disimulo insertas su figura en una foto coral del Parlamento inglés, nadie repara en el engaño: al aspecto ayuda el atavío. Un *lord* de la parte anglosajona de Galicia; masón con mando; priscilianista, ninguna tontería: tal condición acumula cultura aventajada, sensibilidad, inclinación a lo esotérico y aprecio por el don del carisma; también uso del misterioso

obispo como si el ascetismo fuera virtud limitada al término municipal. Es un equilibrista de la política, El Viejo, alguna vez rescatado en plena caída y capaz de escribir la misma carta a Franco y Largo Caballero ofreciendo sus servicios con la guerra empezada. Los aceptó el segundo, pero poco[1].

El Viejo es Manuel Portela Valladares y esa noche del 13 de marzo, con los templos calcinados, dice no. Que muchas gracias, pero que no. Sólo un mes antes, Portela era el poderoso presidente del Consejo de Ministros; un mes después, se convirtió en una suerte de esperanza para los que veían llegar el fin de la República por la presión de los extremos. Un demiurgo; pobre Portela, lo que pretendían endosarle para su disminuida ración de coraje… un dios jupiterino que embridara desde su carro morado con una mano a la recua derechista, con la otra a las izquierdas sueltas de todas las cinchas menos una. Portela Júpiter era más bien el diosecillo Pan con su parte mansa, muy mansa. Le caía bien José Antonio a Portela, ignoraba que le iba a presentar una propuesta aterradora…[2].

La llamada se acompaña de un enviado que el líder falangista le pasaporta al hotel Palace, donde habita junto a unos cuantos selectos clientes que tienen trato especial y domicilio fijo. Como Josep Pla o como Julio Camba más tarde, podría poner en su tarjeta, junto a su nombre ilustre, la dirección: Plaza de las Cortes núm. 7, 3.º izda.[3]. El cónsul que le envía José Antonio es el secretario del partido, Raimundo Fernández-Cuesta, un perfil psicológico no muy distinto al del político gallego que le va a recibir. Luego contaría Fernández-Cuesta que Portela le abrió la puerta de la suite en batín de seda, su mujer al fondo con bigudíes en el pelo y una botella de champán en un cubo con hielo.

La interesante descripción del encuentro viene con la firma de Manuel Portela Valladares en sus memorias:

> Aún he de recordar mi sorpresa cuando aquella amistad (con José Antonio Primo de Rivera) más estimada cuanto menos declarada, me sorprendió, la noche de la quema de iglesias en Madrid, en marzo de 1936, enviándome a Fernández-Cuesta, para comunicarme que Falange se lanzaría a la calle antes de la madrugada para un golpe de Estado. Pregunté al enviado cuántos eran los falangistas con que contaban. Contestóme que unos tres mil. ¿Qué armas tenían?, inquirí de nuevo. Díjome que unas dos

> mil pistolas. Pues bien, si yo estuviese en Gobernación me bastaría con una compañía de Asalto para hacer frente a Vds.; con los que hoy mandan necesitarán acudir a toda aquella fuerza; pero aún les quedará de reserva la Guardia Civil. No piensen en eso, porque es una locura. Y tuvo la gentileza José Antonio de enviarme de nuevo a Fernández-Cuesta a decirme que no harían nada, siguiendo mi consejo[4].

Conocida la forma de proceder de la historiografía franquista, no sorprende que, al descolgar la fecha del calendario, esa reunión sea presentada por Fernández-Cuesta en su autobiografía como si se hubiera celebrado en el mes de febrero, justo después de las elecciones, y con un contenido que raya en el malabarismo explicativo: convencer a Portela para que no dimitiera de su responsabilidad en el Gobierno oficialmente derrotado en las urnas, y eso —no me dimita usted, alma de cántaro— cuando el matrimonio está a punto de acostarse, la noche entrada, no es posible esperar al desayuno. Cabe la interpretación recurrente: de nuevo conviene que José Antonio no ofrezca una salida política distinta, muy distinta, a la que desde días antes han puesto en marcha los generales con elementos de la derecha. Por eso, la velada del Palace, en la noche de las quemas, mitad de marzo, se adelanta un mes en la versión de Raimundo Fernández-Cuesta, hasta febrero, para que el relato no se nos despiste. A ver si va a resultar que José Antonio va a pasar a la historia como un tipo que iba por libre, lejos de la conjura que originó el nuevo régimen, partidario de alzarse por una momentánea dictadura republicana[5].

Sin embargo, eso era lo que pretendía *in extremis* Primo de Rivera. Pese a que no acaba de aceptarla en su literalidad, se aproxima a una tesis que había encontrado su adalid en el republicano conservador Miguel Maura: la Dictadura Nacional Republicana[6].

En la idea está el catedrático oscense Agustín Viñuales, ministro de Hacienda con Azaña. Por esa afinidad, a los dos, Maura y Viñuales, va a incluirlos en el Gobierno de Concentración Nacional que sugiere desde la cárcel de Alicante para detener la guerra.

Que José Antonio camina por senda parecida lo ratifica alguien que va a tener su importancia en el conflicto que viene, el jefe de la Unión Militar Española, comandante Hernández Barba, en su declaración a la Causa General: «En otra de las entrevistas, como le anunciase el

declarante que iba a Barcelona a preparar el Alzamiento le contestó (Primo de Rivera) que era enemigo de militaradas y que la única solución que veía era una dictadura de Portela Valladares»[7]. Maura había explicado cómo tenía que ser esa fórmula transitoria, desde luego no personalista ni encarnada en una minoría: «La dictadura que España requiere hoy es una dictadura nacional, apoyada en zonas extensas de sus clases sociales, que llegue desde la obrera socialista no partidaria de la vía revolucionaria hasta la burguesa conservadora que haya llegado ya al convencimiento de que ha sonado la hora del sacrificio y del renunciamiento en aras de una justicia social efectiva que haga posible la paz entre los españoles». La propuesta de Miguel Maura aparece en la portada del diario *El Sol* el martes 23 de junio de 1936: «Nos equivocamos... La salvación está en una dictadura nacional republicana». Es el artículo central de una serie de seis que fue publicada entre el 18 y el 27 de ese mes previo a la contienda[8].

Una dictadura republicana para recobrar el orden. A Portela Valladares le sugerían la hermosa misión histórica de salvar la República aunando en su torno un constructivo equipo de paz. Cuando terminó de explicar que no tenía el temple para levantamientos, y menos a esas horas, cuenta Raimundo que El Viejo señaló la cubitera y le ofreció una copa. La rechacé, concluyó Raimundo[9].

14 de marzo de 1936 – Sábado.

Cárcel

La libertad, Sancho, es uno de los
más preciosos dones que a los hombres
dieron los cielos.

MIGUEL DE CERVANTES, *Don Quijote de la Mancha*

---

11 m. Araoz [sic] de Robles.

Un poco antes de las once llegan a casa unos policías y me detienen. Voy a los calabozos de la Dirección de Seguridad donde encuentro a bastantes camaradas, alegres y seriamente capitaneados por Valdés, que incluso ha montado turnos para dormir. Hay unos tradicionalistas con aire grave, cuya gravedad hemos desinflado con nuestra desenvoltura. Luego traen a Julio, Rafael, Raimundo y Barrado. Al salir a ver a Goicoechea, que viene a visitarnos, le digo, que acaso los precintos de la Falange clausurada los haya roto con los cuernos el Director general de Seguridad.

DETENCIÓN DE LA JUNTA POLÍTICA DE LA FALANGE

Andrés de la Cuerda es el secretario personal de José Antonio Primo de Rivera y, como Sarrión en pasantía del bufete, camarada falangista. No lo es, no es falangista, el tercero de sus ayudantes, el abogado Rafael Garcerán. Aún no son las once de la mañana. Andrés baja con José Antonio y los agentes que le han apresado. En la puerta del 86 de

Serrano está distribuido en semicírculo un grupo de la misma brigada que asegura la salida del jefe de la Falange ante la posible respuesta de sus amigos, que pueden llegar a ser bastante vehementes.

Quedan unos minutos para las once, nuevo quiebro a la cortesía: Araúz, mala suerte otra vez. Tampoco va a ir a la cita. No está de Dios que despachen y el hecho de quitárselo de encima el viernes para llevarlo al sábado presumía que el asunto se podía posponer, pero poco. Lo evita con una firma el director general de Seguridad, José Alonso Mallol, pilar de la Logia Constante Alona, flor de la masonería alicantina, destacado militante de Izquierda Republicana y miembro del Colectivo Antiflamenquista sin la garantía de que entendiera del todo la idea de Raza de Eugenio Noel, su quijotesco oráculo[1].

Alonso Mallol está vivo porque los anarquistas de Asturias y Sevilla no se salen con la suya, que era quitarle de la circulación a la brava. Sucede en sus respectivas gubernaturas civiles, fue poncio en ambas, y se libró con apuros de los libertarios trianeros, más insistentes. Pepe Alonso no era un incapaz, ni un cobarde ni un desorientado. Mal enemigo. Su cercano Carlos Esplá, uno de los buzones más importantes de la posguerra española, repleto de correspondencia valiosa, siempre le representó bien[2]; con Esplá ascendió cerca de Azaña y por Esplá llegó a los servicios de inteligencia americanos que le salvan de la Gestapo poco después de concluir el drama español. Los dos, Esplá y Alonso Mallol, tendrán mucho que ver en que el destino carcelario de José Antonio sea su plaza controlada, Alicante[3]. Como responsable de su área en Gobernación, fue un adelantado: Alonso Mallol es el primero en la historia en intervenir líneas telefónicas, pincha más de quinientos aparatos cuando sospecha que hay un golpe en marcha[4]. Y un sectario importante que trilla el desastre insinuado por la omisión de Azaña, el principio de un dramático final que el presidente de la República va a ir narrando: la sinfonía del error que sobrevuela *La velada en Benicarló* y concluye en las *Memorias* al abrigo de un maravilloso castellano.

José Alonso Mallol consiente la violencia del Frente Popular y tuerce la necesaria política de equilibrio hasta volver la situación inaguantable. No hay un solo encarcelado de una gruesa serie de asesinos que incluye los que bajo su mandato abrieron la primera

checa en esa misma primavera; muerte lenta, torturas salvajes, ninguna respuesta policial[5].

Respecto a la Falange decidió proscribirla con tan inexistente apoyo en el Derecho que un mes después la organización fue declarada legal. A los miembros de la Junta no les valió la rectificación del alto tribunal; una orden gubernativa los mantuvo a la sombra y en el caso de su jefe, esa inoportuna chanza de la cornamenta que le suelta a Antonio Goicoechea sirve para que sus enemigos den otra vuelta al candado carcelario. Retando las leyes de la física, brota luego la posesión ilegal de un par de pistolas que duermen en una estantería desde hace meses, según el informe de los agentes que van directos a la balda; señalan, dicen aquí va a ser, levantan dos revólveres que no tienen polvo ni dejan una huella de haber estado dormitando en el polvoriento estante, milagro de la limpieza telepática… y otra causa más en los juzgados. Todo en Alonso que se la guardaba al del Diario. Vamos observando que la historia, en general, se complica cuando viene irritada por cuestiones personales.

Que había un fondo moral en José Alonso Mallol —y que tenía mucha información sobre quién organizaba de verdad el levantamiento — se manifiesta para su dignidad en agosto del 36, cuando una llamada suya pone en movimiento a la Presidencia del Gobierno republicano: los comunistas de Alicante van a la prisión provincial para sacar —utilicen las dos acepciones— a los hermanos Primo de Rivera y asesinarlos en las afueras de la ciudad so pretexto de trasladarlos al Penal de Cartagena. Es una orden de Rafael Millá, el pope comunista del lugar, que la recibe de su superioridad y la delega en un destacado militante del partido, Vicente Alcalde, que se incauta de una furgoneta de la Guardia de Asalto en la que va a trasladar a los reos. Él mismo está encargado de ejecutar el crimen. Todo ello bendecido por una Junta de Gobierno del Frente Popular alicantino en la que falta su presidente, sustituido por el sinuoso Lorenzo Carbonell, que años después se borraría de la preparación de la matanza en la que aparece su rúbrica[6]. Mallol y su compañero Agustín Mora telefonean urgentemente a Madrid, hablan con Giral, con Azaña y este con Prieto. Los dos se activan y detienen el plan *in extremis* tras una conversación de don Manuel con Millá en la que le hace responsable de esas vidas

con su cabeza… Pero la camioneta ya ha llegado al barrio de la Florida, les salva que el director no está en la cárcel y sin su permiso ningún preso puede salir del recinto. Eso da el tiempo suficiente para que se frene la muerte de los Primo de Rivera. Y para que haya un sepulcro menos al final, el de Miguel.

En las páginas del Diario descubrimos respuestas del subconsciente a preguntas no hechas. En las pocas líneas con las que recibe al día 14, José Antonio establece una relación ordenada de la jerarquía falangista: «… luego traen a Julio, Rafael, Raimundo y Barrado». Está enumerando por orden de importancia a los miembros de la Junta Política de Falange Española de las JONS que han sido localizados en Madrid. Todos ellos, y dos mil falangistas de a pie, son apresados en una redada para la que no son necesarios los requisitos legales. La voluntad del Gobierno está por encima.

La negritud del horizonte que se les presenta va orientando al personal. Salir de prisión es lo que se tercia y la mayor parte de los detenidos esa mañana pudo disfrutar de permisos carcelarios; sólo José Antonio entró para no salir. Era pieza mayor y había en el Frente Popular quien pensaba no en quitárselo de en medio, que estaba previsto, sino en la manera más inteligente de hacerlo.

Valdés salió por una decisión del juez, y por una decisión del juez volvió a los pocos días. No se resistió. Sí se resistió Rafael Sánchez Mazas, poseído de una interesante bipolaridad: era un cobarde valiente. José Antonio le prometió al director de la Modelo que Sánchez Mazas retornaría después de besar a su hijo recién nacido, y lo hizo, besarlo, pero anda que volvió.

Raimundo tenía una otitis avanzada, era necesaria la consulta al otorrino. Al día siguiente durmió en su celda y cuando le concedieron la prisión atenuada se quedó en su casa sin rechistar; Fernández Cuesta pertenecía a la especie de los seres formalistas.

Augusto Barrado, médico, estaba tan enfermo que su colega de la prisión le firmó el certificado de atención externa sin ponerle un fonendo encima.

Roberto Bassas, el interesante jefe de la Falange catalana, salió del brazo de un anciano muy sabio, extravagante, libertario de maneras, con casa de escudo viejo en Castelló de Ampurias, su pueblo. Y el de

Bassas.

Eduardo Ródenas recibió autorización para hacer sus exámenes de fin de carrera, y Julio Ruiz de Alda… Julio supo por su mujer la noticia: la familia Azarola, preñada de destacados republicanos, había conseguido su libertad. El temple del navarro se deduce de la conversación que dejó escrita Mercedes Formica tras conocerla de la propia Amelia Azarola:

—Habrás logrado también la libertad de los otros.

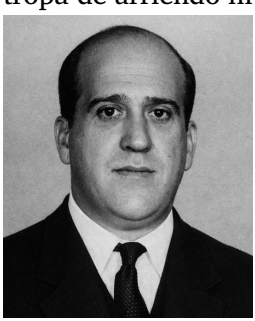
—Sólo he conseguido la tuya.

—En este caso guárdala. Yo no puedo traicionar a mis camaradas[7].

Julio va por delante. Lo sabe José Antonio.

JULIO RUIZ DE ALDA MIQUELEIZ

Julio es el primero. Julio Ruiz de Alda contará con la admiración de José Antonio hasta el último día de su vida. Admiración alguna vez frustrante y que sobrepone a la simpatía. No es el que mejor le cae de sus conmilitones, es al que respeta y al que sigue en todas las decisiones importantes; se demuestra en los momentos más críticos, en los de no ir con la derecha a las elecciones, en los de no prestarse como tropa de arriendo ni a la derecha ni a unos cuantos espadones.



Julio Ruiz de Alda (colección privada).

Dicen Julio César y uno piensa: el emperador romano. Si eso se da, si un nombre identifica a una sola persona postergando a todos los que se llaman igual, el individuo ha dejado de ser famoso para ser célebre. Hasta luego, juliocésares del mundo. Y Julio César seguirá imperando

salvo que un futbolista carismático con el mismo nombre, en el futuro, le dé sombra. Más mérito aún tiene el hacerse dueño de un oficio. En la España de los treinta, *El Aviador* era Julio Ruiz de Alda. Adorado por sus compañeros de vuelo, del extremoso republicano Ramón Franco al violento monárquico Juan Antonio Ansaldo, el navarro era un líder natural, silencioso y justo. Estellés de nacimiento, los primeros músculos se le tensaron en el taller de curtidores que la familia tenía a unas manzanas de la casa solariega donde vivían los doce hermanos, los padres, a días el abuelo Pablo, la abuela, algún familiar itinerante, el último arriero de los que traían piel y se llevaban cuero, y el párroco cuando era menester, no tantas veces que el paterfamilias, Silvio, era el jefe de los liberales del pueblo antes de acercarse a los nacionalistas vascos, de cuyo centro llevaba la secretaría su hermano, el tío Cesáreo. De la docena de críos, cuatro no se hicieron mayores y así aprendió Julio que la muerte camina al lado. Decidió vivir del todo por si había que vivir rápido.

Lo suyo empezó pronto. El desfile partió solemne de la calle Zapatería 1 y subió por la médula de Estella, Burgo de San Martín arriba, hasta el pie de la iglesia de San Pedro de la Rúa, donde esperaba el abuelo Pablo. Al frente del cortejo marchaba un dingolondango fornido y marcial tocando un flamante tambor. El músico sin charreteras cumplía ese día un año y, claro, era el jefe del festejo. Al bamboleo se chupó un kilómetro sin parar y alguien de la comitiva soltó: «Es Julito, el de los Alda». Se rieron mucho. Cuando a los doce años la familia le oyó abrumar a un viejo soldado con sus conocimientos del Ejército alemán, la cosa dejó de hacer tanta gracia: «me parece que nos ha salido un españolazo y además uniformado». Y tanto; a esas horas andaba desasnándose en los Escolapios del pueblo, pero una tarde avisó:

—El año que viene me apunto a la academia militar.

Tras un tiempo en Logroño concluyendo el Bachiller, con quince viajó a Madrid. Preparó el acceso en la Academia Iriarte, se decidió por el arma de Artillería, sacó el número uno en el examen de ingreso… y se dio a la vida segoviana dejando lo justo para pasar de curso. Contaba su hermano Pablo que aún se recordaba en la ciudad del Acueducto el pasar de un cadete navarro que en clase «contestaba las

lecciones sin leerlas». Querido de todos, añadía[8].

El teniente Julio Ruiz de Alda Miquelaiz afianzó su convicción de que la patria es un común por encima de la verde pradera que pinta tu pueblo, tu danza, tu acento y tus olores nativos, la tarde en que una fuerza europea, la que él mandaba, entró por primera vez en la Ciudad Santa del Misterio, la Xauen marroquí. Inesperadamente, de entre las callejuelas blancas, surgió un eco cantado del ayer: en español sefardí, la comunidad elegida brotaba de la Judería con un grito insólito: «¡Viva la Reina Isabel!». España guardada en la lealtad de sus almas como la llave de hierro que un día abrió sus casas y seguía esperando, sagrada en la alacena sobre el ajuar de la hija, para volver a hacerlo.

Así como al desgaire, cuando cumplió veinticuatro, el flamante capitán Julio Ruiz de Alda hizo llegar a la familia que se pasaba a la recién estrenada arma de Aviación. Puede imaginarse el desasosiego del hogar estellés. El padre cavilaba cómo convencer a un hijo mayor que de niño se tiraba al río Ega desde los balcones traseros de la casa y con trece años había decidido su futuro. Que esa era otra. Ellos, los Ruiz de Alda, alaveses y euskaldunes de toda la vida, con mando en el vasquismo del pueblo, en el PNV, en Egaechea[9], en el Centro Navarro y en todas las hijuelas que le salieran en la comarca al partido aranista. Ellos, que tenían hasta concejales abertzales entre los hijos, habían de aguantar que el mayor les saliera más español que el rey Sancho el Fuerte, y ahora, para mayor empedramiento, aviador, o sea suicida.

Ni el padre ni el mayor de los hijos eran de muchas palabras. Don Silvio creyó zanjar el asunto con una línea de telegrama:

—Renuncia aviación o familia.

Y Julio lo liquidó con otra:

—No renuncio aviación ni familia.

Ganó El Aviador, claro. Los padres no sobrevivirían mucho tiempo, pero Julio transformó el negocio de la casa en una moderna empresa, de taller a factoría, y se ocupó de todos sus hermanos, que uno tras otro fueron incorporándose a su causa política. Todos menos la más parecida a él en la obstinación, María del Puy, amiga de Irujo y nacionalista hasta el fin de sus días.

El 14 de abril de 1931 se desbordó por Madrid, por España, una alegría casi infantil de puro esperanzada. En la glorieta de San

Bernardo, un chaval de quince años alumno del Instituto Escuela, llamado Eduardo Ródenas, entonó *La Marsellesa* y la multitud le siguió atronadora; a su diestra avanzó ágilmente una joven alta de bonito perfil. La chica, estudiante de los últimos cursos de Medicina, alzó una enorme bandera tricolor en la que se leía: «Universitarios de Madrid», y pasó al frente de la multitud, plaza abajo camino de la Puerta del Sol. En octubre de ese año se casó con Julio Ruiz de Alda. Con esa misma bandera de alegría republicana, roja, amarilla y morada, salió Julio a la calle al frente de la manifestación que él mismo promovió para defender la amenazada unidad de España, tres años más tarde. Eran un par de centenares cuando partieron de Marqués de Riscal, esquina a la Castellana, y 25.000 al llegar a Sol. Cumplía treinta y seis ese día; tenía un hijo de un año que se llamaba Juan Antonio. Siete de octubre.

Amelia Azarola y su hijo, Julio (colección privada).

La muchacha que alzaba la bandera republicana era Amelia Azarola, hija del alcalde de otro pueblo navarro, Santesteban, y sobrina del almirante y ministro de Marina Antonio Azarola, fusilado por los franquistas al comienzo de la rebelión; Amelia, una mujer decidida, dispuesta a proclamar bandera arriba su afán por un gobierno de todos. Y capaz también de enfrentarse a las carceleras de Porlier en el mortal Madrid del 36 con el 37, y frenar una matanza general

imponiendo el miedo entre las gobernantas[10]. Amelia era una de las discípulas predilectas de Juan Negrín, excelente catedrático de Fisiología. Entre los gananciales del matrimonio, Amelia aportó al profesor canario con el que Julio se encontraba privadamente para hablar de política, un entendimiento difícil de asimilar hoy por la cantidad de silencio interesado que sobre este tipo de amistades guardaron los redactores de la historia. No Mariano Ansó, que ni lo disimula ni lo calla en su libro de memorias, *Yo fui ministro de Negrín*[11]. Una atención mayor a lo que contaron actores cercanos, como Ansó o Zugazagoitia, quizá hubiera podido servir para explicar lo que tuvo que ver esa relación con la firme toma de postura de Ruiz de Alda en contra de la colaboración falangista con el alzamiento militar. Sabía Julio que ante ese hecho la Falange se partía en dos; sólo la Guerra Civil evitó que se consumara esa partición. Se lo había explicado a su mujer la última vez que la vio, el 28 de julio, iniciada la guerra: los alzados ganan y la Falange se puede dar por muerta. Pero yo no lo veré, estos me matan antes y puede que aquí mismo, estoy seguro[12].

Ruiz de Alda acertó en las dos fatalidades que descolgaron el telón de su vida. Por esa capacidad para enunciar ideas que se convertían en hechos, por su cercanía al sindicato de estudiantes que había originado y hecho crecer, pero, sobre todo, por su parte en la hazaña del Plus Ultra, los jóvenes falangistas encarcelados en la misma galería buscaban su proximidad. Apoyados en la pared que daba a la Moncloa, cediendo a la solana o de paseo circular por el patio, escuchaban reverentes las frases cortas de El Aviador que explicaba el traqueteo del Dornier 16 sobre el Atlántico. De los cuatro o cinco jóvenes falangistas aficionados al paseo volador en el varado hidroavión de la Modelo, junto al comandante Ruiz de Alda, un par salió aviador. Alfonso Stefaniai se mató en el 37 en combate aéreo. Eduardo Fioravanti, en un lugar perdido del Amazonas que se tragó su vida en 1960.

El último instante de Julio Ruiz de Alda está en una foto de la matanza de la Modelo, 22 de agosto del 36. La serenidad de su rostro sin vida le define. Lo último que hizo antes de la descarga fue pisar la colilla del cigarrillo que estaba fumando[13].

Rafael Sánchez Mazas

Rafael Sánchez Mazas (colección privada).

Rafael va detrás de Julio, pero su influencia es definitiva en la traslación de la idea, y en parte de la idea también. Todo lo que tiene que ver con la abominación del romanticismo y la defensa de lo clásico, la imposición de los valores permanentes —la verdad, la ética…— sobre el relativismo roussoniano y la concepción del imperio espiritual ya iluminaba la Escuela Romana del Pirineo del primer maestro de Rafael, Ramón de Basterra; los afirma a su paso de estudiante por El Escorial y acaba de consolidarlos en su epifanía d'orsiana cuando conoce a Eugenio, que le deslumbra. Fue en 1915[14]. En la retórica falangista, suya y muy suya, va a la descubierta toda esa parte de la ideología, afianzada en Rafael Sánchez Mazas mucho antes de que el partido existiera; el influjo de Xenius a su través conforma una parte notable de la actitud joseantoniana. Su parte filosófica era en ocasiones sobrevenida: Sánchez Mazas, un escritor soberbio, era capaz de saltar de alegría cuando encontraba una palabra redonda, musical. De llenarla de contenido, de poner la letra, ya se ocupaba él luego[15].

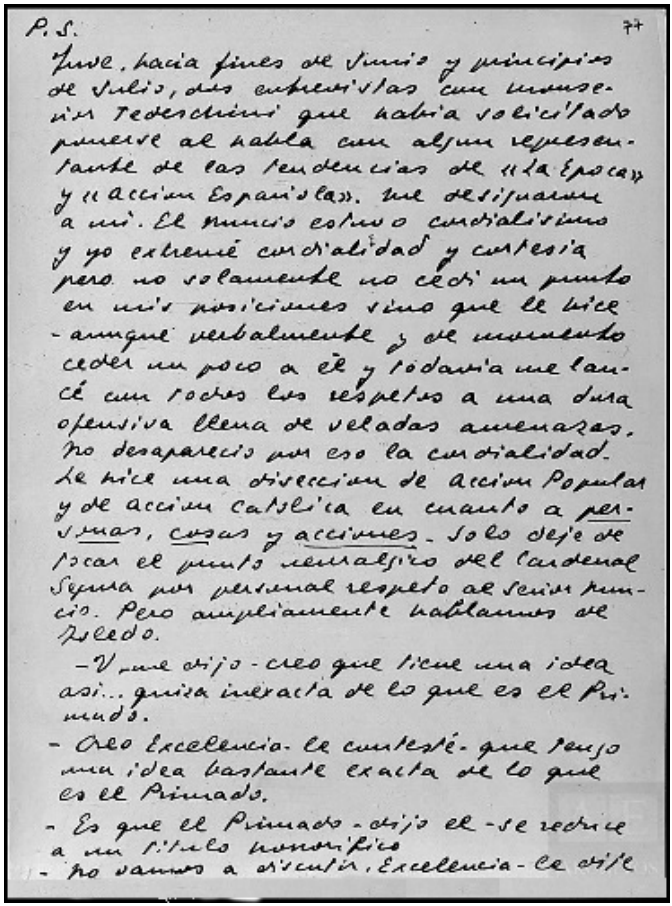
Rafael y José Antonio se conocieron al comienzo de los años treinta. Una tarde, en el Ateneo de Madrid, Eugenio Montes le comentó que el hijo de Primo de Rivera le quería conocer. José Antonio seguía yendo

al hogar ateneísta, aunque no tanto como en sus tiempos de estudiante, inquilino fijo de la biblioteca al salir de la universidad. Al final sería Juan Ignacio Luca de Tena el que haría de introductor.

Montes acompañó a Rafael al bufete de José Antonio en Alcalá Galiano y, al entrar en su despacho, observó tras los saludos que bajo una reproducción enmarcada del *If* de Kipling descansaba en sitio preeminente una foto de don José Ortega y Gasset, el enemigo de la Dictadura. A Rafael —de Unamuno y D'Ors, muy poco de Ortega— la foto le irritaba y cada vez que pasaba por allí preguntaba si «la estampita» iba a durar en la repisa[16]. Desde esa tarde se hicieron asiduos a las mismas tertulias, con los mismos contertulios en los lugares señeros. José Antonio llegaba sobre las once, dormía poco.

La influencia de Sánchez Mazas declina a medida que el tiempo consolida en el partido otras posiciones dominantes. Su presencia sigue siendo útil en un plano estilístico, pero son sabidas sus aficiones vaticanistas que fatigan en una organización donde empieza a mandar la pujanza de un SEU armado ideológicamente en la lucha revolucionaria con la izquierda, sin tiempo ni ganas para debates teológicos, riñas de sacristía. Ese desinterés, tan ajeno a la vocación de Rafael, iba resumido en la frase con la que José Antonio, un católico auténtico, explicó a Manuel Mateo su lugar en el mundo «yo soy misionero de España, no misionero de Dios». En la correspondencia que Rafael Sánchez Mazas mantiene a finales de 1934 con el cardenal Gomá no menciona ni una sola vez a la formación de la que es directivo, pero sí lo hace como representante de Acción Española mientras solicita la colaboración del rey en el exilio.

me ha sido posible por separarla.
En torno a la causa del Primado y
las posiciones que son a ella ane-
jas quisiera unificar cuantas fuer-
zas me sean posibles tanto monar-
quicas como no monarquicas,
españolas como exteriores. Tengo
ya un plan de conjunto que le
expondré. Quisiera también antes
de marchar tener una nueva entre-
vista con S. M. el Rey haciendole
hincapié en un solo punto o sea:
que haga cuanto pueda para que
todas las organizaciones monar-
quicas de prensa y propaganda
en materia de política religiosa
procedan según las instrucciones
de Goicoechea o las directas de
S. M.. En ambos casos la orien-
tacion seria excelente. O aquí o
ahí veré también a Pita Romero.
En ninguna de las dos Embajadas
de España las corrientes de Accion
Popular y de Herrera tienen buen
ambiente. He trabajado para de-
mostrar sus concomitancias con
Vidal y Barraquer. También he es-
crito cartas a Madrid para ver si pue-
den trabajar en romper la unidad de



P. S. 77

Fuve, hacia fines de Junio y principios de Julio, dos entrevistas con monseñor Tedeschini que había solicitado primero al habla con algun representante de las tendencias de «la Epoca» y «Accion Española». me designaron a mí. El nuncio estuvo cordialísimo y yo extremé cordialidad y cortesía pero no solamente no cedí un punto en mis posiciones sino que le hice - aunque verbalmente y de momento ceder un poco a él y todavía me lancé con todos los respetos a una dura ofensiva llena de veladas amenazas. No desapareció por eso la cordialidad. Le hice una diferencia de Accion Popular y de Accion Católica en cuanto a personas, cosas y actitudes. Solo dejé de tocar el punto neurálgico del Cardenal Segura por personal respeto al señor Nuncio. Pero ampliamente hablamos de Toledo.

– Y me dijo - creo que tiene una idea así... quizá inexacta de lo que es el Primado.

- Creo Excelencia. le contesté. que tengo una idea bastante exacta de lo que es el Primado.

- Es que el Primado - dijo él - se reduce a un título honorífico

- No vamos a discutir, Excelencia - le dije

Correspondencia de Rafael Sanchez Mazas con el cardenal de Toledo, Isidro Gomá (Archivo Histórico Nacional).

El sitio de Sánchez Mazas en la Falange de 1936 encuentra su metáfora el 2 de febrero. Delegan en él la cabecera de cartel del mitin que se va a celebrar en el cine Padilla, un local relativamente pequeño del burgués barrio de Salamanca por el que José Antonio va a pasar diez minutos para ponderar al tribuno y saludar a la afición. La fuerza y el empeño se van a Cuatro Caminos, populoso cine Europa, al que acude el jefe falangista flanqueado por su pelotón spengleriano. Los discursos serán escuchados simultáneamente en los dos locales. Es el último de los actos públicos en la historia de Falange de las JONS[17].

Ya en prisión, Rafael es el que no juega al fútbol ni hace gimnasia; se

entrena en otro menester: la manera de pirarse y no volver. Luego contaría que el alcaide le deja caer que, si se va, él no hará nada para ir a buscarlo. Pero suena a explicación estudiada, justificativa. Hay que atender más al enfado de José Antonio, que le avaló ante el director y luego envió algún propio a ver si daban con el huido. El enojo le duró lo que le duró a Primo de Rivera que, en sus vísperas alicantinas, muy olvidado el episodio de la fuga sin retorno, enviaba una carta entrañable a Rafael, su amigo y camarada. Pero la historieta permaneció y la fuerza de la pedrada llegó hasta Valdés, Panizo y Veglisson, los mandos de la Falange clandestina en la Quinta Columna. Nos lo recuerda Javier Cervera: «Cuando Félix Ciriza le hizo llegar a Félix Campos una carta dirigida a Rafael Sánchez Mazas, refugiado en la embajada de Chile, para que este se integrara en la organización, Campos la rompió indignado, por indicación de la cúpula de FE, afirmando que Sánchez Mazas había traicionado a FE»[18].

En la descripción de la personalidad de Rafael Sánchez Mazas tuvieron cabida todos los sinónimos de cobardía, muy especialmente atizados por los que fueron sus camaradas y de una manera bastante neutra por los que observaban desde cerca y sin pasiones, como Carlos Morla Lynch. Más sutil y atinado es el juicio de su biógrafo, Maximiliano Fuentes, cuando lo define como poseído de un carácter contradictorio[19]. Sánchez Mazas era miedoso, seguro que muy miedoso, pero ese es un lastre que pesa antes del hecho. Cobarde es el incapaz de resolver el hecho que le provoca miedo, el individuo que se congela al actuar. Su presencia de ánimo ante el conocido fusilamiento en la montaña catalana ya valdría para definir su capacidad de respuesta en situaciones límite. Pero si esa actuación pudiera entenderse como una suma, sólo, de difíciles azares, hay más episodios que revelan una insólita serenidad en el momento extremo.

Fue detenido en su primer intento de huida de Madrid: callejeaba para dar con su contacto cuando le apresaron. Aseguró a sus apresadores que era un agente personal de Indalecio Prieto —contrasten con él, les pidió—, y dio una clave que sólo debía recibir el ministro: una palabra, «cota», y un número. Era el del montículo donde peleaba el Ejército español en la guerra de África y al que los dos periodistas de Bilbao asistían como corresponsales. Díganle que de

parte del hombre de pantalones blancos que estaba con él en la barca. Prieto le identificó, reflejos rápidos, pidió que le pusieran con él y le aconsejó que se asilara a la carrera en una embajada. Lo hizo en la de Polonia, que al poco fue asaltada; saltó por una ventana cuando todo era caos dentro. Una vez más, cabeza tranquila. Y se fue a la de Chile[20].

Raimundo Fernandez Cuesta

Raimundo Fernández Cuesta (colección privada).

La figura de Raimundo Fernández Cuesta llegó a la Falange desde la infancia de José Antonio, añadida a la vida personal de su fundador: era el hijo del médico de la familia Primo de Rivera, vigilante de la pandilla y puente entre mayores y pequeños, pues iba en años por delante de todos. Por carácter, convicción y tendencias, no podía evitar alejarse todo lo posible del abismo. Sin esfuerzo no se puede entender lo que le debió costar alinearse con un grupo humano que podía propender a la alteración del orden. Eso era Raimundo Fernández Cuesta: gente de orden. Más fácil verlo firmar la Ley de Sociedades Anónimas que imaginarle poniendo su rúbrica al pie de otra que impusiera la nacionalización del crédito o la sustitución de los latifundios por cooperativas de campesinos, revolución patria. Un *señordederechasdetodalavida* al que sacó de su casilla la fidelidad a un amigo del que tenía una parte de responsabilidad preceptora. El muchacho sensato al que las familias entregaban el cuidado de la grey cuando la tropilla se juntaba. Casi siete años de diferencia a esa edad

es la que hay entre el parvulario y la senectud, y seguramente desde esa perspectiva vio José Antonio siempre a Raimundo, el amigo provecto y cuidadoso en el que tenía delegada la secretaría general a título provisional[21]. Por la misma razón, de las doce cartas que le entrega a su cuñada Margot en la vigilia alicantina, la que dirige a Raimundo desliga del contenido su condición de camarada y se la envía compartida con Ramón Serrano Suñer, albaceas ambos de su testamento ológrafo. Esa era la relación, más afecto familiar que brío.

Con Raimundo entra en la galería de los políticos de la cárcel Modelo de Madrid un tipo con un humor serio y un punto socarrón que no se suele asociar al personaje, un señor de convivencia poco estridente. De todos los relatos que luego hicieron los supervivientes de su estancia en el «hotel de la Moncloa» es el de Fernández Cuesta el que mejor combina el dramatismo con algo de sal. No lo hace tanto en sus memorias como en una entrevista memorable que le arrancó el periodista donostiarra Alfredo R. Antigüedad, a lo largo de la cual, y tras la cremosa introducción de rigor, el falangista se suelta y mezcla recuerdos con curiosos juicios personales sobre las habilidades de José Antonio y algún otro recluso, además de admitir que Julio Ruiz de Alda y él hicieron el canelo por no aprovechar la vía de escape que con toda la intención les ofrecieron los policías encargados de conducirles a la Dirección General de Seguridad. Como que le dijeron a Raimundo que subiera a buscar a Julio para que los acompañara mientras ellos se iban a dar una vuelta, «les esperamos en el Pórtico de la Bolsa», anda que no[22].

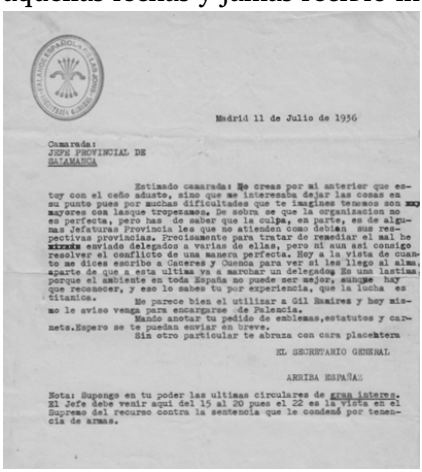
Ese tono ligero, gracia particular, va incluso en su correspondencia formal con los jefes provinciales. Después de ponerle los puntos al salmantino Francisco Bravo le despide con una frase inexplicable: «Sin otro particular te abraza con cara placentera. El Secretario General».

Pero vayamos a la almendra del arrinconado documento que está en la nota final: «Supongo en tu poder las ultimas (sic) circulares de gran interés (sic). El jefe debe venir aquí del 15 al 20 pues el 22 es la vista en el Supremo del recurso contra la sentencia que le condenó por tenencia de armas».

Las circulares de referencia son enérgicas para garantizar la independencia de la Falange respecto a cualquier intentona que se esté

muñendo. La fecha en la que informa su secretario general es el 11 de julio: a una semana del golpe los falangistas ignoran cualquier activación de lo que denominarán el Alzamiento y esperan ilusionados el retorno de José Antonio.

Aquí aprieta el papel guardado, no hay manera de rebatirlo. Raimundo Fernández Cuesta tendía al olvido, olvido «constructivo», en ocasiones. Seguramente le apetecía añadir a su historial que él, también, se complicó en la organización de la guerra y que el 12 de julio de 1936, un día después de abrazar con buena cara a Francisco Bravo, rompió la pena domiciliaria y se fue a la calle Velázquez a ordenarle a Hedilla que subiera a Galicia a preparar todo. Lo cuenta un poco tarde, veintitrés años después, en el diario *Pueblo,* y lo lee pasmado Manuel Hedilla, que nunca vio a Fernández Cuesta en aquellas fechas y jamás recibió indicación suya respecto al lance[23].



Madrid 11 de Julio de 1936

Camarada:
JEFE PROVINCIAL DE
SALAMANCA

Estimado camarada: No creas por mi anterior que estoy con el ceño adusto, sino que me interesaba dejar las cosas en su punto pues por muchas dificultades que te imagines tenemos son mayores con lasque tropezamos. De sobra se que la organizacion no es perfecta, pero has de saber que la culpa, en parte, es de algunas Jefaturas Provincia les que no atienden como debian sus respectivas provincias. Precisamente para tratar de remediar el mal he enviado delegados a varias de ellas, pero ni aun asi consigo resolver el conflicto de una manera perfecta. Hoy a la vista de cuanto me dices escribo a Caceres y Cuenca para ver si les llego al alma, aparte de que a esta ultima ya a marchar un delegado. Es una lastima, porque el ambiente en toda España no puede ser mejor, aunque hay que reconocer, y eso lo sabes tu por experiencia, que la lucha es titanica.

No parece bien el utilizar a Gil Ramirez y hoy mismo le aviso venga para encargarse de Palencia.

Mando anotar tu pedido de emblemas,estatutos y carnets.Espero se te puedan enviar en breve.

Sin otro particular te abraza con cara placentera

EL SECRETARIO GENERAL

ARRIBA ESPAÑA!

Nota: Supongo en tu poder las ultimas circulares de gran interes. El Jefe debe venir aqui del 15 al 20 pues el 22 es la vista en el Supremo del recurso contra la sentencia que le condenó por tenencia de armas.

Antonio Rodríguez de Aldecoa. Salamanca (archivo familiar Bravo).

Raimundo caminaba por el lado derecho del partido, orilla diestra que conjugaba dos cosas: espíritu conservador y argumentos suficientes como para ser distinguidos por el afecto personal de José Antonio. Sin estruendo, marcaba el paso de los «más amigos» del joven político; en ese sector bullía su pasantía. El ardoroso Andrés de la Cuerda, un tipo cabal que compartió celda con Raimundo, estaba aterrado ante la posibilidad de que el partido encontrara rendijas fuera del despacho y sacara la cabeza más allá de sus ventanas (algo que no

se puede afirmar sin la documentación que ampare semejante aserto, pues de la posición política de Andrés de la Cuerda intramuros falangistas se sabe poco). Vivía preocupado por el afán conciliador de José Antonio e iba muchas leguas por delante de él en joseantonianismo: excesivo. Adoraba a su jefe; corajudo y decidido echó arrestos siempre hasta su muerte temprana. Igual que el otro falangista de la casa, Sarrión. Del tercero de sus empleados, Garcerán, ya hemos leído suficiente como para saber que los archivos no obran a favor de lo que hizo muertos todos sus compañeros de trabajo, incluida la usurpación del último manifiesto groseramente atribuido al preso de Alicante. Y que la genialidad del antiguo comunista Manuel Mateo, «cuando vea a José Antonio le voy a decir que en Madrid no se ha levantado la Falange sino su bufete», resumía con tino una forma de hacer desalineada.

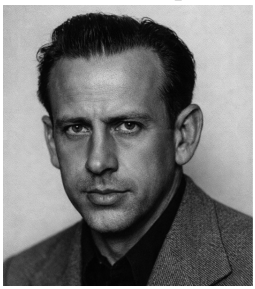
José Antonio Primo de Rivera junto a Andrés de la Cuerda (colección privada).

Fernández Cuesta encabezaba este grupo acrítico con pretensiones de clan cortesano. Lo vio con perspicacia Ramiro Ledesma, que ya fuera del partido insistía en significar el daño que hacía al jefe de la Falange la camarilla que le rodeaba. La opinión del jonsista no pasaría inadvertida para José Antonio, que entendía la duda como una manifestación de la inteligencia. Especialmente si se cernía sobre uno mismo.

En ese grupo más unido por la relación personal con el líder que por la ideología, flotaba destacado Manuel Valdés.

Manuel Valdés Larrañaga

Cuando habla del grupo de detenidos, luego reclusos, José Antonio exceptúa a Valdés, que siempre gozó de renglón aparte; desde 1931 era su compinche, su otro yo de los fines de semana, copas con las amigas, confidente de pocholeos, buena conexión personal, el tipo con el que iba al Metropolitano los domingos y al Canoe para entrenar en días sueltos. Seis años más joven que él, vizcaíno de la parte chic del Bocho, licenciado en Exactas y doctor en Arquitectura, de cuya escuela madrileña era profesor agregado por aquellas fechas, había algunas coincidencias en sus vidas que les acercaban aún más. Una de esas era que —con un lustro de diferencia— habían sido veinteañeros en Barcelona en el mismo contexto, las mismas familias y la misma raíz social, burgueses y monárquicos, fines de semana en la costa, fiestas en Pedralbes, meriendas en el Club de Tenis. Un círculo no tan amplio. Es fácil deducir que simpatizarían al momento.



Manuel Valdés Larrañaga (colección privada).

La evolución política de ambos no fue la misma, más al contrario. El ejemplo de Valdés es el que patentiza con mayor fidelidad la paradoja suprema de aquel grupo encerrado en la prisión de la Moncloa: de copas con Manolo Valdés a la revolución con Julio Ruiz de Alda. Los más afines en lo personal habían quedado rezagados en lo político. Julio, Manuel Mateo, que andaba por ahí fuera, doctorado en clandestinidad, y los estudiantes en bloque, el bloque del futuro,

habían detectado la lucha de las dos potencias en el interior de José Antonio, y le daban poca importancia mientras la primera, la personal, siguiera sin afectar a la política, la que les interesaba. Ya se había dado una muestra práctica de esa realidad: Manuel Valdés Larrañaga fue el primer jefe del Sindicato de Estudiantes Universitarios (y dígame usted cuántos miembros del sindicato no eran militantes falangistas; de su Primera Línea en tropel).

Los estudiantes se le plantaron cuando José Antonio ensayó una mínima reticencia al cambio de dirección que le estaban solicitando —junto a unos cuantos matices no leves relacionados con el empuje, el espíritu de combate y la dedicación, debía tocar bastante las narices que el sindicato ¡de los estudiantes! fuera gobernado por un profesor— y de ahí en adelante galopó Alejandro Salazar de aula en aula, de facultad en facultad, de escuela en escuela, con una cartera de cuero viejo que encerraba amaneceres, decía algún poeta que le pasaba los apuntes de Filosofía. Y que mandó a Valdés a una zona más confortable de la actividad falangista mientras el SEU crecía imparable hasta dominar por entero la universidad. A la cita carcelaria acudió pronto Salazar y se ha resaltado poco que José Antonio, que había entendido antes la necesidad de relevar a Valdés, decidiera que la vacante fuera ocupada por una mujer: Justina Rodríguez de Viguri. Manuel Valdés y Alejandro Salazar tuvieron una buena sucesora[24].

Ya presos, la cohabitación de la Junta fue la misma que se le supondría a cualquier grupo directivo que fuera encerrado entre cuatro paredes durante meses: nada sencilla. Sin duda, las diferencias políticas mellaron las relaciones personales y, si no se evidenciaron del todo en aquellos momentos, porque compartir el creciente riesgo de perder la vida debe unir muchísimo, concluyeron por rebrotar al cabo del tiempo. La pegada de Julio Ruiz de Alda, la fuerza de su discurso, penetró en la voluntad de José Antonio por mor de la sencillez: tenía razón y sus pronósticos se cumplieron. En todas las decisiones graves se impuso el criterio de Julio por el apoyo de Primo de Rivera. Eso no lo llevó bien Valdés y lo dejó por escrito cuando en sus *Memorias* acusó a Julio de haberse negado a apoyar el golpe de los militares y la derecha. Y de haber tenido a la Falange en esa posición hasta que lo asesinaron:

> La última Junta Política que se celebró en la cárcel era para resolver un tema trascendente como el de participar, o no, en el Movimiento. Me voy a explicar. Según iban desarrollándose las cosas, y según iban tomando parte grupos ajenos a la Falange en lo que podíamos decir el Movimiento, dentro de la dirección de la Falange hubo un sector que opinó que debíamos abstenernos de participar. Este sector presionó sobre José Antonio, y este, entonces, sometió el tema a consulta de la Junta Política. Se discutió ampliamente y, como consecuencia de la discusión, hubo dos cartas dirigidas a José Antonio. Una carta de un camarada que no menciono, de gran importancia en la Falange, ya muerto, que opinaba que la Falange debía abstenerse públicamente de participar porque se consideraba que iba a ser totalmente mixtificada por el Movimiento. En contra de esa carta hubo otra, que redacté yo, y que dirigí a José Antonio, en la que hacía un conjunto de consideraciones y aconsejaba la participación efectiva en el Movimiento. Yo estoy seguro de que este hecho, tan transcendente, lo desconocen todos esos que se titulan miembros adjuntos de la Junta Política. Julio Ruiz de Alda había pronosticado que la Falange desaparecía[25].

Manuel Valdés Larrañaga reunía, a su modo brillante, la vieja aspiración de unir acción y pensamiento, aunque la mezcla fuera más hacia dentro que expuesta. De su clara inteligencia da cuenta el doble expediente académico y, llevado a lo práctico, el entendimiento del instante crítico, la capacidad para resolver en una descarga de la inteligencia la situación más adversa.

La aspiración del clasicismo heleno, el atleta que debate en el ágora con los maestros en pie de igualdad, empezaba por cumplirlo Manuel Valdés gracias a unas condiciones físicas extraordinarias. Rápido, más que resistente, coordinado al máximo, destacaba en todos los deportes. Podía practicar cualquiera y los socios del Club Bilbao lo supieron muy pronto[26]. Corría, tenía buena relación con los juegos de raqueta, se movía con garbo en el frontón, dominaba la pelota vasca y jugaba al fútbol. En 1926, el Atleti de Madrid —Aléti, a lo castizo, como lo llamaba el poeta Alfonso Pérez Gradolí[27]— llega a su primera final de Copa ante el Barcelona. Naturalmente le guindan un gol legal en el último minuto, pero eso ni viene al caso ni es novedad. En el banquillo de los rojiblancos, según cuenta el periodista e historiador Julián García Candau, había un futbolista deustotarra de diecisiete años llamado Valdés Larrañaga, Manuel[28].

Pero donde Manolo Valdés ganaba silbando era en natación.

Mientras quiso fue campeón de España de 100 metros, individual y por equipos, pieza estelar en el Canoe, gloria del *sport* madrileño que era cantera de falangistas. Nadadores destacados de la piscina canoísta eran también Luis Aguilar y Vicente Gaceo, del círculo próximo a José Antonio desde el teatro de la Comedia; asesinado en la Modelo, el *recordman* Carlos del Moral; otra estrella, Luis Sanford, de la primera hora también, caería en la División Azul; los hermanos Piernavieja, Miguel y Carlos, inspirador del INEF el primero junto a su amigo José María Cagigal, y el deportista más completo en la historia del deporte hispano el segundo, Carlos, dueño de una marca que nadie batirá: defendió la camiseta de España en cinco deportes distintos. Además de competir con la selección de natación, fue internacional también en waterpolo, en baloncesto, en rugby y en balonmano, capitán del Atlético de Madrid. Campeón nacional en todas esas disciplinas.

El alma y presidente de la institución, falangista destacado, era Julián López Yarto, campeón piragüista, encargado de una sastrería y dotado para organizar y dirigir grupos, su club ya era paladín en la natación española. El ambiente jovial y abierto expandía la acción de las diferentes secciones que iban del agua a la montaña y del atletismo a los deportes de balón, incluido el ovalado. Gente joven de espíritu audaz. Quien fue a por el Canoe al comienzo de la guerra entendía que el club era una amenaza; el estilo lo delataba. La razia venía dibujada por el eficaz Agapito Escanilla, federativo del ramo, vocal del Colegio de Árbitros y cerebro con su hermano Carlos de la red de checas comunistas, todas interrelacionadas en un macabro ejercicio de conexión cruel[29].

Escanilla atrapó el archivo del Canoe y lo convirtió en sangre. Al modo tan profesional de las checas del Partido, fueron repartiendo víctimas por los diferentes mataderos, sin prisa para acabarlos, sin tasa para eliminarlos. El descabezamiento empezó por López Yarto y acabó en otro campeón, Manuel Bello Lasierra, hermano de Pepín, que salió de casa, tan elegante, aire de caballero joven y optimista, cigarro humeante, un carnet de estudiante de último curso de Arquitectura, andar elástico, risueño… y con una leve cicatriz en la frente que anunciaba una edad mental de ocho años tras el accidente que destrozó el cráneo del nadador poco tiempo atrás. Pero… era socio del

Canoe; lo demás debió dar igual. Quizá pensaron que aquellas respuestas ingenuas eran un vacile. La familia lo buscó sin parar y sin respuesta. Algún dato le alargó la vida hasta Paracuellos, nadie se lo confirmó a los suyos.

De la parte intelectual, Valdés extraía en su beneficio una potente capacidad organizativa que nacía sin duda de su romance con las matemáticas. De ello se benefició el partido que le delegó el montaje de un buen número de actos; no perdió su sentido del orden en tiempo de cautiverio y lo comprobará cualquiera que se quiera acercar a sus documentos; queda de manifiesto en el legado que cedió a la Universidad de Navarra, cribado sin duda por el donante, pero guardián de cartas enjundiosas.

A lo largo de la guerra, el compinche de José Antonio tuvo tanto arrojo como fortuna; que sobreviviera se debió al capricho del dado que en los momentos críticos siempre le dio un seis. A su aplicación de la lógica y estudio del adversario, también. Cuando supo que se habían calcinado los archivos de la cárcel, para la nueva ficha cambió el nombre. Pasó a llamarse Jose María Batllé Larrañaga, ninguna improvisación. El nuevo ciudadano provenía de Bilbao, donde trabajaba como aparejador, su materia, y si le preguntaban por el evidente origen de su apellido, Manuel podía defenderse en catalán tras su paso por aquella universidad; el Batllé estaba sagazmente escogido, tenía semejanza fonética con el suyo: si alguien le llamaba Valdés podía girarse sin problema. Le evitó cualquier percance hasta que fue trasladado a la cárcel de Porlier y allí es donde la historia parece narrada por Alejandro Dumas; en el peor momento todo ayuda a Montecristo y Valdés remonta. Irujo le ayuda; los vascos daban importancia a la connotación local y los antiguos lazos taponaban diferencias[30].

Esas conexiones dieron con él en un hospital, el hospital Prisión, que era el del Niño Jesús de toda la vida, y ahí cambió el viento gracias a Batista, un funcionario de prisiones que simpatizaba con la causa. Juan Batista Gutiérrez era amigo de viejo con Melchor Rodríguez, *El Ángel Rojo*. Se había convertido en protector del anarquista en los tiempos en los que Melchor pasaba tanto tiempo en la trena que los de dentro le apodaban con todos los honores *El Decano*. No hacía tanto. En el

verano del 36, El Decano acogió bajo el ala libertaria a Batista, a sus familiares en el palacete que ocupó para cobijar perseguidos, y convirtió al antiguo carcelero en su «respaldador», que no quería guardaespaldas[31].

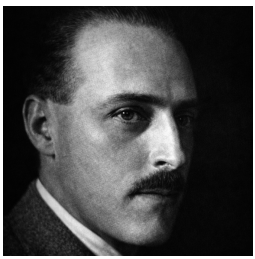
Con la ayuda de Batista —seguro que con la de Melchor— la vida de Valdés cambió para siempre, desapareció la angustia perenne y muy poco después compartía despacho con el plácido director del hospital; uno se dedicaba a los enfermos y el trasiego médico-farmacéutico, el otro a organizar la Quinta Columna. Tiempo después, escribió sobre lo que vivió, habló de los coprotagonistas, también de Melchor Rodríguez. Aparece ahí un tic inevitable, se deja llevar por pequeñas miserias para aminorar la talla moral de Melchor. Admite la justicia del apelativo, un ángel, parece que se arrepiente y disminuye su categoría en los párrafos siguientes. Queda feo. El Valdés memorialista repite ese patrón una y otra vez con personajes muy distintos; lo hace sin razón y con ella (Arrese, Garcerán…), es coherente con lo que piensa hasta el final y, pese a fallos de memoria, lo que escribe ha de tenerse en cuenta para el estudio de los personajes que le rodearon.

A Valdés lo resumió José Antonio en el final de su vida como «mi profesor de cultura física, mi compañero de solterón de por las tardes», en el párrafo que le dedicó desde Alicante y si Dios hubiera concedido al firmante lo que le pidió en el penúltimo momento, más vida, es sencillo imaginarlos juntos cazando y jugando al golf como hizo Manuel Valdés casi hasta el final de sus días. Un deportista. De política no hablarían; defendían cosas distintas[32].

Augusto Barrado Herrero

El 11 de enero de 1938 llovía en San Sebastián con el fino goteo de los adioses donostiarras. Un séquito fúnebre despedía a Augusto Barrado, que había muerto el día anterior con cuarenta y cinco años. Presidía el cortejo Raimundo Fernández Cuesta; en la instantánea que retiene el momento camina al lado de un niño rubio con un desproporcionado emblema del yugo y las flechas en el pecho. Sus últimas fotos muestran la imagen de un hombre devorado por la

enfermedad: a su figura enjuta le ha recortado volumen un cáncer de pulmón. No pudo engañarse respecto a su mal: Barrado era médico y la función de dirigir el servicio sanitario de la Falange le había llevado a la Junta que regía la organización como responsable de un servicio requerido a menudo. En las fotos de la cárcel se le ve paseando junto a sus camaradas. Detrás de su pisada flaca hay un personaje superlativo, de esos tipos que se diluyen como extras sin relieve en el total de la película; no hay un plano que se detenga para reconocer su fuerza. Un error.



Augusto Barrado Herrero (colección privada).

Con dieciocho años, Augusto Barrado era el presidente de los estudiantes de la Universidad de Salamanca; alumno de Medicina y Derecho, terminaría la primera y se quedaría a unas pocas asignaturas de la segunda licenciatura. Se doctora con sobresaliente general y comparte matrículas con un amigo, compañero de promoción, Pablo Beltrán de Heredia, personaje singular en la cultura española de posguerra.

A principios de 1919 le había montado un follón importante al gobernador salmantino por el uso de las clínicas públicas que sobrevivían merced a la caridad popular. Barrado levantó a la tropa estudiantil aliado con sor Rosa, una monja guerrillera que dirigía el Hospital de la Santísima Trinidad y doblaron el brazo del poder charro. Quizá por eso tomaron nota en la capital: unos meses después se presentó Barrado en la estación con gran deportividad para despedir a su adversario, el romanonista Rafael Mesa de la Peña, al que le había llegado desde Madrid un telegrama que le indicaba la puerta de salida del Gobierno Civil.

Promotor de festivales, cantante, actor y periodista, *La Esfera* le

encarga reportajes sobre la aviación sanitaria e idea artilugios industriales, demasiadas cosas en espacio corto, precisa aire… Cuando llega el verano de ese año coge el tren de la noche y se despide de Salamanca camino del Foro[33]. No han pasado dos meses desde su partida y ya tenemos al recién escudillado galeno como director del balneario de Corconte, en Burgos, y casa en Madrid.

FIGURA 5-11 Anuncio aparecido en El Mundo Gráfico de julio de 1922 donde se recomiendan las aguas mineromedicinales del balneario de Corconte (Burgos) para enfermedades nerviosas en general.

Archivo procedente de la Biblioteca Nacional de España.

Dedica el siguiente año a estudiar las técnicas innovadoras en el tratamiento de las enfermedades nerviosas, viaja por Bélgica, Alemania y Francia, y a su retorno abre un consultorio en la calle Santa Brígida… Y no mucho después las puertas de un histórico café reformado en la calle Toledo, el Nuevo Café de San Millán. Es su barrio. Durante la infancia la familia vivió un tiempo en la calle Lavapiés, los padres y los ocho hijos, y esa querencia le lleva a implicarse en la política municipal hasta llegar a la Tenencia de Alcaldía de Latina. Con el fin de la Dictadura se acerca al Partido Reformista de Melquiades Álvarez, y está en el círculo íntimo que asiste al prócer asturiano cuando en la mitad de un discurso le da un parraque que casi le saca del Registro. Si aquel día deja de respirar se habría evitado el horror de una muerte encanallada entre asesinos un lustro después.

Por esa época Barrado exagera su tendencia a la ubicuidad: se ha casado, es padre y, además de sus tareas como médico, político y restaurador, al Café de San Millán añade la propiedad de otro con usía: el Café de Levante, en Arenal 5. Es presidente de la Unión General de Empresarios y presidente nacional de la de su gremio, activo en todas. Sus apariciones constantes son tratadas con un sorprendente mimo en

las tribunas de la izquierda *La Tierra* y el *Heraldo;* así se explica mejor que Largo Caballero firme su nombramiento en octubre de 1931 como vocal de la comisión mixta de la Industria Hotelera y Cafetera de Madrid[34].

Ya estamos en la República. Una tarde llega al Café de Levante un grupo de amigos que piden de lo barato y se pasan la tarde entre risas y dicterios, bronca clara en algún momento. En el Café de Levante, entre palmas y alegrías, cantaba la Zarzamora, pellizcaba Lola Flores, desgarraba Carlos Cano. Uno de los dos dueños del local se acerca a la mesa. El ojo del amo… evita la ruptura de la vajilla. Escucha; hablan de política, a veces son siameses y a veces Belcebú y Miguel Arcángel. El curioso Barrado solicita permiso para sentarse mientras pide una ronda de lo mismo para todos; convida a tabaco, mala suerte, le han salido fumadores, no importa, lo hace de corazón, se ha ganado la fama de generoso. Son todos jóvenes, son de la CNT, son de las JONS, y alguno de la CNT va a ser de las JONS muy poco después. Uno de esos es Guillén Salaya, que describe aquellas tertulias guerreras en su libro *A la sombra de nuestras vidas:*

> Recuerdo que había en aquellos años una tertulia característica de esta fusión combativa anarcojonsista. Era el madrileñísimo Café de Levante. Los asiduos contertulios de este café podían ver y oír a diario a las figuras representativas de la CNT, dialogando —a veces gritando desaforadamente — con elementos destacados de las JONS o de la novata Falange Española… Los anarco-sindicalistas vociferaban como energúmenos o asentían sumisos… había una cosa en la que todos estaban conformes, en la lucha contra el comunismo…[35].

Cuando Augusto Barrado desapareció aún faltaban décadas para que un grupo de investigadores escoceses diera con el «síndrome de la vida ocupada», pero tanta actividad dopada con nicotina le estaba canjeado el billete a la estación terminal. A todo lo conocido añadió un incremento feroz de descargas adrenalínicas: entró en la Falange y de inmediato pasó a ocuparse de su atención sanitaria, que era llevar la clínica con él veinticuatro horas al día. Creó una Mutualidad Nacionalsindicalista de Asistencia Médico-Farmacéutica en consonancia con la atrevida línea solidaria de la que participaba[36]; curaba a la muchachada y una vez de pie se iba con ellos a apedrear

grandes almacenes que explotaban a las trabajadoras[37].

Augusto Barrado entró en la cárcel con menos peso, había enflaquecido y eso le asemejaba en el aspecto a su hermano Ignacio, filiforme, de cabello escaso, miope de gafas para todo y dos años mayor que él. Su hermano cercano por delante en la lista familiar. Ignacio era cojo y periodista. Sobrevivió a la guerra. Augusto le quería mucho. Periodista de trinchera antifascista siguió en el frente cuando los demás ya no estaban. Con apuros, huyó en el último barco que zarpó de Levante, pero sobrevivió. Ignacio quería mucho a Augusto. En el exilio se difuminó su rastro hasta perderse del todo[38].

Sí, en el penal de la Moncloa ya acompañaba a Augusto Barrado el mal que le liquidaría, aunque quizá los dos años que le quedaban se los regaló el carcinoma pulmonar que le consumía: por la enfermedad le dieron un permiso carcelario para visitar a un colega y no volvió, encontró refugio y luego el modo de salir de aquel Madrid que le aherrojaba. Más de la mitad de sus camaradas de la prisión cayó ese verano. Como Eduardo Ródenas.

Eduardo Ródenas Llusiá

Vestía una chaqueta azul de lana en lugar del traje con corbata que inexcusablemente uniformaba a todos los estudiantes de Filosofía y Letras. El bolsillo derecho de su gabardina clara se abombaba por el peso de un artilugio sospechoso, sin duda metálico: era la tremenda llave del portón de la casa donde vivía la familia Ródenas, frente al Retiro. Amagar con echar mano de la falsa «pusca» le había sacado de unos cuantos apuros. Tenía una novia protestante[39]. Con sus camaradas del SEU de Filosofía encabezaba la corriente más audaz del sindicato que había terminado por imponerse, literaria, humanista, heroica y revolucionaria; le habían tildado de trostkista en el último consejo del sindicato; en el primer día de su convivencia en la Modelo avisó, bastante en serio, a Villapecellín, un exuberante crítico taurino con el que compartían celda, que la Falange al llegar al poder estaría obligada a acabar con los fascistas[40].

Venía de la Institución Libre de Enseñanza y lo hacía notar[41].

Seguramente esa formación explicaría que un chico de quince años pudiera escribir la crónica, asombrosa si consideramos su edad, de una de las jornadas más decisivas en la historia española del siglo pasado. Aquella en la que —comentábamos— Amelia Azarola alzó la bandera en el centro de la leyenda.

DIARIO DE EDUARDO RÓDENAS

Día 14 de abril de 1931 - Martes - Proclamación de la República en España:

El día 12 hubo elecciones municipales, el triunfo fue completo en casi todas las capitales de provincia para la conjunción republicano-socialista. La propaganda fue fantástica y la que más abundó fue la de coalición monárquica. Yo pasé el día en El Pardo pero volví a las 5 y 30 y me enteré de todo, todo el mundo iba con los lacitos tricolores rojo, amarillo y morado. El día 13 lunes se pasó en continua inquietud, se habló mucho de crisis, de dictadura y de república.

En los periódicos afirmaron los ministros Romanones, Aznar, Bugallal, Gascón y Marín, etc., etc., que estaban altamente sorprendidos pero que no habría abdicación hasta que hubiese elecciones generales. Los periódicos de la noche hablaron de grandes acontecimientos y no pasó más, digo sí hubo algunas cargas de la fuerza pública con la multitud. La mañana de hoy ha aparecido espléndida ¡buen día para la proclamación de la república!… A la salida de clase: Ortega (F), Alex Somolinos y yo vamos hacia Cibeles, en Alfonso XII la primera noticia afirmativa; pasan dos autos con banderas republicanas que todo el mundo aplaude y vitorea. Bajamos a Cibeles, allí vemos en Correos la bandera republicana a la que aplaudimos con frenesí. Subimos Alcalá y encontramos una manifestación con los gritos «FUE, FUE, FUE ¡Viva la República! ¡Hurra! ¡Ra! ¡Ra! ¡Ra!», así nos unimos a un grupo que lleva grandes cartelones y gran número de banderas.

Con los mismos gritos y ¡ya se ha «marchao» ¡ya se fue! ¡lo hemos echado! volvemos a bajar a Cibeles, torcemos por Recoletos hasta Colón, a mí se me ocurrió entonar «La Marsellesa» y al poco rato toda la manifestación la cantaba. Seguimos por la calle de Génova, siendo muy aplaudidos mientras vitoreábamos la República de todos los balcones y torciendo por varias calles llegamos por Barquillo a Alcalá, cada vez se engrosan más nuestras filas y los gritos son más numerosos. Surgen muchos espontáneos que son aplaudidos. De repente voces: ¡Paso el nuevo gobierno!

¡Paso al gobierno republicano! Se abren las filas, un automóvil rodeado de la muchedumbre avanza, en él se distinguen a Alcalá Zamora, Fernando de los Ríos, Lerroux y otros, pasa el auto dirigiéndose a la Puerta del Sol mientras arrecian los vivas y mueras, vivas a la naciente república y mueras al viejo régimen.

Casi sin poder avanzar llegamos a la Puerta del Sol, están poniendo la bandera republicana en el Ministerio de Gobernación, muchos aplausos, la plaza está materialmente llena, los techos de los tranvías y la marquesina del metro repletos, muchos obreros suben por la fachada del ministerio para aclamar mejor al nuevo gobierno que asomado a los balcones saluda al pueblo y proclama la república en Madrid. De aquí salen otras varias manifestaciones, nosotros que ahora somos Manolo Zabala y yo pues los otros se han marchado y a Manolo me lo he encontrado, seguimos con una que al frente de una hermosa bandera tricolor va calle de Casetas arriba…

El entusiasmo es enorme. Todo Madrid parece que se ha hecho republicano. Muchachas y señoritas en automóviles que llevan grandes banderas tricolores y retratos de los héroes de Jaca aclaman a la república. Pequeños grupos de manifestantes a pie se forman y vitorean. No se ve nadie triste, todo sonríe hoy y al ver esto una sonrisa asoma a nuestros labios al hacernos la siguiente pregunta: ¿y los albiñanistas dónde se habrán metido? En fin: la República es un hecho, ahora al tiempo que escribo estas líneas estoy oyendo los vítores y gritos de entusiasmo que dan desde lo alto de los tranvías todos: muchachos estudiantes y obreros y llegan a mis oídos estos gritos en algunos tiempos no muy lejanos llamados subversivos y ahora podríamos decir redentores: ¡Viva la República! ¡Abajo la Tiranía! ¡Fuera Berenguer! ¡Viva Alcalá Zamora! etc., etc., ahora a esperar a ver si el insigne presidente arregla España, nuestra querida España, del estado en que la han dejado los caciques y gobernadores dictatoriales que siempre la han oprimido.

¡¡Viva la República!![42]

El Diario que una tarde emocionante nos legaron sus descendientes hila la adolescencia de un tipo especial. También lo fue alguno de sus amigos, Leopoldo Castedo, Somolinos, exiliados de España pronto, de los que habla en sus páginas[43].

Estudiante aventajado, escribía bien, leía mucho; de cada película de cine, de cada obra de teatro, nacía una crítica semanal. A tales

inquietudes añadía un don: buen oído, voz agradable y cierta facilidad para dominar sin alardes los instrumentos musicales. Muy partidario del galanteo, aprendió prontísimo que en una reunión de chicos y chicas manda siempre el que toca la guitarra. *Pateras,* el mote que hizo prosperar alguna novia, podía cantar un bolero en español y una balada en inglés; los dos últimos veranos del Bachiller los pasó en Inglaterra becado por la Institución Libre de Enseñanza, dada su habilidad para aprender idiomas. Buena planta, ni demasiado tímido ni demasiado fresco, ojos melancólicos que de algo ya avisaban, deportista y músico, ignoraba que cuando esas cosas se juntan es probable acabar sobre el escenario.

El más joven de los miembros de la Junta Política, Eduardo Rodénas

Llusiá, cumplió veinte años en la cárcel (archivo familiar Ródenas).

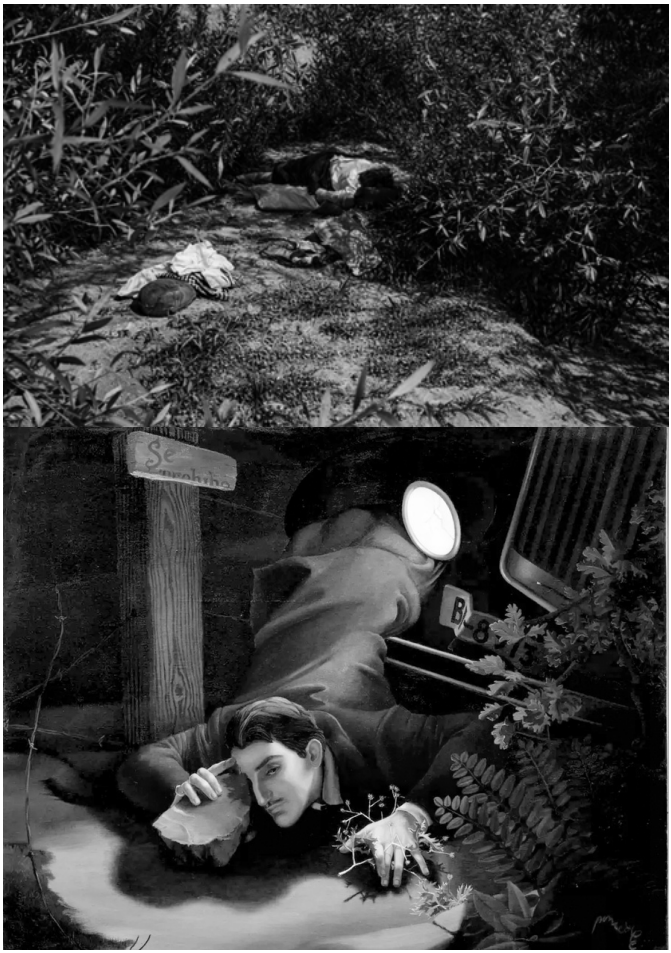
El mejor camino para formarse le pareció el que le llevaba a Filosofía y Letras. El expediente de Eduardo le permitió engrosar el reducido núcleo de los que por entonces llamaban «adelantados», y con dieciséis años disimulados por su porte de mocetón, entró en la facultad como matriculado en Historia Moderna y Contemporánea e inauguró la nueva facultad instalada en el repliegue de la meseta de Moncloa mirando a Guadarrama. Sus compañeros eran uno y dos años mayores que él, pero la formación del Instituto Escuela le abrigaba. Fiel a su latido, Eduardo había decidido ser escritor. Entre sus asignaturas, el conocimiento de la realidad viva tenía un espacio. En el penúltimo curso escolar, Eduardo estudió Terminología Científica Industrial y Artística ¿a quién se le ocurriría un nombre tan pomposo para semejante hallazgo académico? La materia adentraba al joven en pueblos y comarcas para conocer sus labores y sus comidas, sus fábricas y sus trillas, sus huertas y sus secanos, sus fiestas y sus costumbres, sus cantos y sus leyendas. Para conocer España.

Esa pasión antropológica que le sugería el Instituto marca definitivamente su mañana en el que intuye ligadas letras y regeneración española. El mediano de los Ródenas había llegado a la universidad con compromisos: se hizo sindicalista y se hizo comediante en el último año del Bachiller, aún en el Instituto Escuela. Durante ese curso Eduardo tomó dos decisiones que cuadraban con su temperamento: se apuntó a La Barraca, se apuntó a la FUE. Justo cuando comienza su vida actoral, recibe el primer nombramiento en el sindicato de estudiantes. Contra lo que se ha escrito alguna vez, Eduardo Ródenas se afilió a la Federación Universitaria Escolar antes de entrar en la universidad y posiblemente de la mano de Castedo, que era atleta destacado y dirigente precoz[44]. En abril del año anterior, Ródenas ya era delegado de varios deportes, béisbol y natación, en la organización estudiantil. Eduardo sentía la FUE y lo que representaba: el combate juvenil contra lo antiguo, la renovación del viciado aire carpetovetónico, un galope revolucionario. Ese afán espiritual de agitar el fosilizado esqueleto nacional le acercaba a Federico García Lorca, el joven poeta cargado de encantos y éxitos que anhelaba llevar el teatro

a los pueblos de España animado por un amor infinito a sus gentes, la mayor demostración de patriotismo. En eso, en el patriotismo crítico que les acercaba a los desposeídos, también coincidían Federico y Eduardo, el chaval alto y adolescentemente desgarbado que entraba cantando en su acelerada vida de hombre subido a la camioneta de La Barraca.

Luego conoció la Falange. Por la radio. Ni él ni su amigo Rafael estuvieron en la Comedia el 29 de octubre; andaban cerveceando aquella mañana de domingo, pero en el receptor del bar sonaba la voz del hijo de Primo de Rivera. Esa misma semana se sumaron a la causa. Desde ese momento reclamó Eduardo Ródenas las tareas más difíciles y la crítica revolucionaria. Le atraía el comunismo y por su estudio supo que sólo se le derrotaba para siempre, no para medio año ni para medio siglo, superándole en la conquista social. Su militancia falangista le costó la expulsión de la FUE —que no aceptó— y por añadidura la salida de La Barraca.

Otros falangistas siguieron en el grupo teatral, pero retrocediendo a la segunda línea del partido. Con un artículo en *HAZ,* en el que identificaba la idea patriótica de La Barraca con la del SEU, Eduardo Ródenas se ocupó de fulminar cualquier crítica que algún despistado con camisa azul hubiera tenido intención de airear después de leer *El Debate.* Luego llegó la cárcel repetida, la extrema tensión militante y, en la víspera de las elecciones de febrero del 36, una bronca épica en Negresco mientras repartía propaganda. Acabaron los dos en la casa de socorro y en la comisaría. El otro era Luis Quintanilla, pintor, escultor y notable grabador, socialista al abrigo del manteo de Araquistain; boxeador, memorioso, precursor del yoísmo y dipsómano por la absenta[45], una botella de ajenjo le vale para abrirle la cabeza al falangista, y la derecha del joven, peso claramente superior, le hace una brecha a Quintanilla. Por el parte que se abre, Luis Quintanilla Isasi, domiciliado en la calle Fernando el Católico 80, conoce que el joven que le ha noqueado con una derecha fulminante se llama Eduardo Ródenas Llusiá. No olvidó el directo al mentón cuando se encontró con la checa del Cuartel de la Montaña en su poder[46].



Eduardo Ródenas tumbado entre la maleza de una ribera madrileña. La foto tiene el mismo tono premonitorio de *El accidente,* cuadro de Alfonso Ponce de León, también falangista, también de La Barraca y amigo de Lorca, asesinado de manera semejante a Eduardo y por las mismas fechas (archivo familiar Ródenas y Museo Nacional Reina Sofía; © Artelan/ Album).

Eduardo Ródenas abandona la cárcel Modelo en los primeros días de julio para presentarse al examen de licenciatura en el Centro de Estudios Históricos junto a uno de sus mejores amigos, Alonso Zamora Vicente; le pidieron la documentación al salir, no le detuvieron, era la tarde del 17, se escondió después… Pero le queda poco de libertad;

perseguido, se entrega el 7 de agosto para canjearse por su madre y Julio, su hermano menor, a los que han retenido en prenda. Iban a por él y su destino es malo; la conexión que nace en el matadero de Quintanilla le lleva a una covacha de especialistas: la checa del Asilo de la Paloma.

Al final de su diario, el joven actor de La Barraca Eduardo Ródenas dejaba escrito: «¿Cuándo, cómo y dónde acabaré?». A Alfonso Ródenas Arregui, padre de Eduardo, le va a costar la misma vida responder a las tres preguntas. Identifica el cuerpo de su hijo en el Depósito del Este el día 11 de agosto de 1936: «Presentaba un aspecto horroroso, le habían deshecho la cabeza a culatazos, le habían sacado un ojo y presentaba señales de que el asesinato había sido efectuado con ensañamiento». Lleva un tiro en el pecho. El crimen termina de consumarse en la ermita de Valverde, carretera de Fuencarral.

Eduardo caminaba hacia el final silbando por las calles *Stormy Weather*. Era tiempo de tormenta, sí. Se lo contó a Rafael García Serrano en una carta postrera: intuía su muerte torturada.

Una semana después, asesinos paralelos acaban en un barranco de Víznar con la vida de su amigo Federico[47].

Roberto Bassas Figa

Madrid, Cárcel Modelo, 19 de mayo de 1936.

Un abrazo. Aquí tenemos a Roberto, cazado sin comerlo ni beberlo por las celosas autoridades policíacas. Como está en calidad de preso gubernativo (que es como estar prisionero de un jefe del Congo), la duración del encierro es imprevisible. Como la del nuestro. Así, pues, hasta el valle de Josafat.

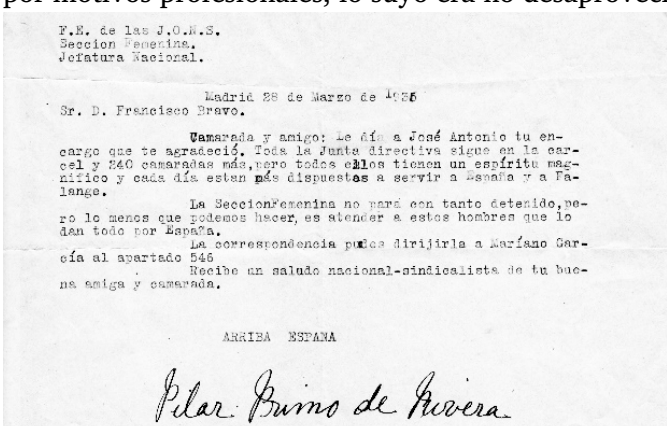
JOSÉ ANTONIO

Postdata de José Antonio en una carta de Roberto Bassas a sus camaradas de Barcelona[48].

Roberto Bassas (archivo familiar Ródenas).

No sabía José Antonio hasta qué punto iba a ser de premonitoria su frase final. Se despedía hasta el valle de Josafat y lo cuadró.

A Roberto Bassas lo detienen en Madrid porque pasaba por allí. Había 240 escuadristas repartidos por las diferentes galerías, así que, teniendo a mano al jefe territorial de Cataluña, viajero en la capital por motivos profesionales, lo suyo era no desaprovechar la baza[49].



F.E. de las J.O.N.S.
Seccion Femenina.
Jefatura Nacional.

Madrid 28 de Marzo de 1935

Sr. D. Francisco Bravo.

Camarada y amigo: Le día a José Antonio tu encargo que te agradeció. Toda la Junta directiva sigue en la carcel y 240 camaradas más, pero todos ellos tienen un espíritu magnífico y cada día estan más dispuestos a servir a España y a Falange.

La SeccionFemenina no parú con tanto detenido, pero lo menos que podemos hacer, es atender a estos hombres que lo dan todo por España.

La correspondencia podeis dirijirla a Mariano García al apartado 546

Recibe un saludo nacional-sindicalista de tu buena amiga y camarada.

ARRIBA ESPAÑA

Pilar Primo de Rivera

Archivo familiar Primo de Rivera.

Bassas convivió con José Antonio durante un mes en la cárcel Modelo, cómoda relación, pues compartían rasgos: intelectualmente formados, podían deslizar sus conversaciones por diferentes campos; les gustaba la filosofía y, en el caso del catalán, sobre una base académica abrillantada con una licenciatura en la materia plena de sobresalientes. Ambos dominaban otros idiomas; tenían tendencia a dudar de ellos mismos; preterían la violencia al último recurso y eran tan pulcros que llegaban a la aprensión. Los dos eran abogados, buenos

abogados. Y entendían su empeño ante los tribunales como una prolongación de la tarea social que se habían impuesto. Conocimos el papel de José Antonio en el proceso de los Estados del Duque, en Malagón; Bassas accedió a la Presidencia de la Junta Consultiva de la Asociación de Abogados de Barcelona y de inmediato crea un consultorio jurídico gratuito para los desfavorecidos[50].

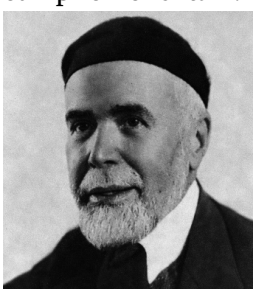
Es de imaginar lo que debieron divertirse en el patio pentagonal de la Modelo a la búsqueda de argumentos que justificaran la bondad de los cuernos en algunas culturas a la que pretendían sumar la nuestra en un alarde de optimismo. Estuvieron días estudiando juntos la tradición de la cornamenta como signo de autoridad[51]. Con un ciento de razones hilarantes y un par de silogismos ingeniosos, esperaban abrumar a los jueces del caso Alonso Mallol y los precintos. Error, pero pueden seguir concursando, que los procesos van a llegar en cadena.

Es verdad que de José Antonio no se conoce afición al automovilismo (Roberto era hombre fuerte en el Autódromo de Sitjes) ni al esperanto, y Bassas, con su hermano Andrés —una especie de gemelo con cinco años más— fue uno de los impulsores en Cataluña de ese idioma que regaban los espíritus libertarios enemistados con las torres de Babel[52]. Afanado en la defensa de una lengua universal, podía esperarse un abandono rápido del nacionalismo en el que comenzó su actividad política: también coincidía con José Antonio en la interpretación de los nacionalismos, catalanes, españoles, como un retorno a lo primario desde lo excluyente[53].

Entre las cosas que constantemente debieron analizar iba por delante el estudio del futuro inmediato y la manera en que la Falange debía acometerlo. Roberto Bassas sabía exactamente lo que pensaba José Antonio sobre eso un mes y medio antes de que todo estallara. No coincidía con él; menos arrojado que su jefe, prefería ampararse en la posición maximalista que defendían Valdés y Raimundo, y les apoyó con ocasión del choque de posturas que patentizaba la comentada división en la altura del partido.

A Roberto Bassas lo sacó de la cárcel madrileña un amigo viejo, Luis Ruiz Contreras, curioso ejemplar de setentón que acudía cada mañana al torno para saludar a su paisano ampurdanés. Lo hacía con el mismo protocolo: entraba tocado por un sombrero de ala generosa y cuando

se sentaba frente a Bassas se despojaba y lo sustituía por un casco de seda idéntico al de Anatole France, el escritor francés de cuya traducción había vivido lo que llevaba de siglo, según aseguraba el propio Contreras[54]. Don Luis era buen amigo de Federico Urales, el santón anarquista, y mantenía la relación con su hija, Federica Monsetny; eso pudo servir para liberar a Bassas, un chaval de su pueblo que le organizaba las cosas de Valle-Inclán en Cataluña, pero pareció no valerle cuando un pelotón de la FAI lo encontró en la calle con el gorrillo, que parecía un bonete, y una extraña prenda, mitad túnica, mitad guardapolvos, que le cubría el traje. 182 centímetros indisimulables. Este es un cura y no se hable más. Intentaba hacerse entender, pero iba en la camioneta para la Casa de Campo y, en un ratito, hasta luego. La providencia en forma de un conocido que esperaba al piquete le sacó de una despedida que no llegaría hasta que cumplió noventa[55].



Luis Ruiz Contreras (colección privada).

Su protegido tuvo peor destino. Roberto Bassas, jefe de la Falange catalana, cerró a su espalda la puerta de la Modelo cuando todo olía a pólvora, primeros de julio del 36, y al llegar el 18 se refugió en casa de su hermana Francesca, siguiendo la última orden que había recibido directamente de José Antonio: la Falange no se une al Alzamiento. El mensaje se lo da de viva voz un enviado de José Antonio, Juan Vidal Quiles, un viajante comercial que como Bassas ha llegado ese día a Barcelona. Vidal Quiles viene de la cárcel de Alicante, donde ha visitado a José Antonio Primo de Rivera, un amigo; le ha prometido llevar su mensaje al jefe de los falangistas catalanes y ha cumplido: lo primero que hace en la atardecida del 12 es acudir donde le dicen y

trasladar en persona la orden que lleva (la historia es larga y compleja, incluye el enfrentamiento del mensajero con Luys Santa Marina y está bien explicada en el libro de Carlos Rojas *La guerra en Catalunya*[56]).

Roberto Bassas obedece, se aísla y va saltando de guarida en guarida. Hasta el valle de Josafat. Primero, los refugios familiares y, al final, junto a su inseparable Andrés, en una buhardilla de la calle Cortes 541. La portera que les protege desde hace tiempo les comenta que un conocido puede contactarles con una quintacolumnista llamada Victoria Sales Pedret, de las que mueve gente al otro lado. Roberto acepta; conoce a esa mujer que fue directiva de la Unión Patriótica, burguesa con aspiraciones aristocráticas (Ramona Victoria Aurelia) y casada con un apellido ilustre, Paulí, que durante un tiempo añade al suyo. Hasta 1930 pasó por escritora y llegó a reunirse con Bassas en la casa castelloní de Ruiz Contreras.

Sales disfrutaba de extraños posibles, entre ellos, una ruleta con apuestas en su propia casa y un manicomio en Mataró[57]. Dos años más tarde es detenida como cómplice de la sanjurjada[58], se muda a Madrid y poco después firma un escándalo de portada; la prensa anuncia su detención por estafa y cohecho: se llevó cien mil del ala por garantizar al abogado de una empresa barcelonesa en apuros que eso lo arreglaba ella con un juez amiguete. De ahí en adelante todas sus apariciones, repartidas por diferentes lugares de España, tienen que ver con el delito, incluido el fallido robo de un niño sevillano que aseguraba haber engendrado de un noble del lugar[59]. A cambio de algo que la beneficiara era capaz de cualquier cosa y Bassas fue su siguiente cambalache. O no, que ella se tenía por profesional y puede que estuviera trabajando por patriotismo catalán. Medio en broma, un semanario barcelonés había grabado en tinta la advertencia que una noche la Sales dejó caer ante su público en el café más pipi de la Ciudad Condal: «Pregunten a Pérez Farrás por la Mata Hari catalana»[60].

Victoria Sales (colección privada).

Victoria Sales Pedret se entrevista en su escondite con los Bassas; le acompaña un individuo que dice ser barón, el barón Rissler[61]. Todo va a ser rápido, organizan la evasión para el 9 de enero. Sales ha hecho lo suyo: a Cortes 541 no llega el enlace de la resistencia que ha de sacarles de Barcelona. Quien se presenta es una brigadilla de agentes del SIM que se los llevan a la checa de Vallmajor y de allí a Santa María del Collell, Josafat.

Roberto Bassas Figa fue asesinado junto a su hermano Andrés en la matanza del 30 de enero de 1939 al pie del santuario. Los nacionales habían entrado en Barcelona cuatro días antes; Dionisio Ridruejo abría con su gente repartiendo octavillas en catalán, luego se las quemarían los que iban detrás de él.

Victoria Sales Pedret fue localizada y encarcelada de inmediato. Sus penas fueron conmutadas una tras otra, libró el cadalso y salió a la calle en marzo de 1946[62].

Roberto Bassas tuvo un silencio denso desde el Régimen y una calle en Barcelona. Ya no tiene nada.

15 de marzo de 1936 – Domingo.

Juzgado de Guardia

Marzo ventoso y frío.
Marzo que duda todavía
entre el invierno y la vida.

ANTONIO MACHADO

De madrugada nos han conducido al Juzgado de Guardia. Los calabozos aquí son limpios, con azulejos blancos, no como los infectos de la Dirección. Pero en aquellos hay un poco de cemento, inclinado, ancho como dos metros, sobre el que se puede dormir, mientras que aquí no hay más que el suelo. Como en la Dirección solo pudimos dormir dos horas, tenemos tal sueño que nos dormimos en los calabozos del Juzgado, o mejor dicho en el pasillo al que todos salen. Muy de mañana me llevan al despacho del Juez D. Ursicino Gómez Carbajo que me toma declaración por aquello de los cuernos del director de Seguridad. Después me dejan solo en el despacho del Fiscal, con una ventana sin rejas a dos metros del suelo. Se me ocurre escaparme y siento una gran emoción. Pienso que comprometería al Juez —que ha estado amable— y a la guardia civil. Por esto, pero también por indecisión, decido quedarme. Volvemos —los otros declaran después— a los calabozos. Conservamos bien el ánimo. A la tarde me llevan a la cárcel a mí solo, con otros camaradas apenas conocidos de los treinta que nos hemos ido reuniendo en el jdo (sic, por juzgado). Al separarme de Julio, Rafael y Raimundo siento la primera depresión, que nadie me nota, en la cárcel, tras larguísima espera, me meten en una celda, completamente solo. Antes oficiales y presos que hacen de

ordenanzas me han arreglado el cuarto. Me parece reconocerles a todos. Cuando me han dejado solo me echo en la cama y, rendido, me acuesto.

Lo sustancial de este día es lo que encuentra el lector en las páginas del Diario; la transcripción de lo que escribe el dueño de la Agenda Juris precisa de muy poca contextualización, como la mayor parte del libro en realidad. Es verdad que para que el río fluya con el caudal suficiente es obligado que los afluentes aporten lo suyo. Hay personajes que desembocan en el río José Antonio imprescindibles en esta historia. Y signos, señas, apreciaciones propias, confesiones hacia dentro, que acuden como colores necesarios al retrato más aproximado que del protagonista se haya conocido. Sencillamente porque lo hace él, para él, sin más pretensión que no olvidarse. No lo escribe un hagiógrafo, no lo redacta un adversario que entiende la devastación del personaje como misión política, más o menos disimulada según de inteligente sea el hacedor. No, lo dicta él mismo sin hurtar un detalle de su personalidad, que cuestiona a cada instante. No mentirse tiene lo suyo de valentía.

«Siento la primera depresión». En la cárcel. Se repone pronto, pero detecta el bajonazo, la vieja sensación que le acompaña desde que recuerda sensaciones. La tendencia a la melancolía; ánimo negro, quiere decir la palabra melancolía. Eso no es un matiz, un soplo; es la durísima carga que padecen miríadas de seres humanos, casi siempre invisibles y en aquellos tiempos, más. En su almacén de correos aparece una carta a Marichu de la Mora, ya desde Alicante, donde cuenta a su amiga —que alguna vez se hizo llamar María Santos Kant — lo contento que está de haber eliminado la feroz alternancia de tristeza y entusiasmo[1]. No tiene reparo en admitirle a alguien querido lo que sin duda se entendía como debilidad. Sabe que la confidencia va a ser recibida con cariño y respeto. Inter nos. Pero en el Diario lo que se detecta es severidad y disgusto con lo que entiende como una flaqueza de su ser. En el juicio que se da, se confunde, pero para distinguir entre debilidad y fortaleza propias tendría que haber vivido más años, y eso que sus últimos meses contemplaron un asombroso

proceso de maduración ante la inevitable sospecha del fin próximo. Hubiera sabido entonces que eso que llamamos debilidad es a veces la fortaleza extrema.

Ha tenido la posibilidad de saltar por el balcón. Callejear luego a la carrera no habría sido ningún problema; conoce todos los secretos del barrio: frente al ventano que puede abrir desde dentro, plaza de Salesas de por medio, está la casa donde nació y aprendió a andar. Si decide correr hacia la izquierda, le camuflará la calle del Almirante, la del caserón de puerta noble donde vivió un tiempo, y si va en sentido contrario, en un minuto llega al chaflán de Monte Esquinza donde también habitó y aún reside algún pariente. Pero no se justifica, viene a decir que en el fondo es falta de decisión.

Esa repulsa a la huida se debe a otra razón muy poco práctica que se repetirá más veces en contra de su supervivencia. Sucede otra vez en la mañana del 5 de junio de 1936. Está en Salesas, el mismo lugar, para la vista que confirmará la legalidad de la Falange; palo al Gobierno que tiene dispuesta para esa misma tarde una respuesta que todos ignoran: le van a aislar en Alicante. La razón por la que José Antonio renuncia a saltar por el balcón, en un plan que a ellos mismos les parece rocambolesco, es la auténtica: no puedo carecer de gallardía en un momento crítico, no puedo huir con todos mis camaradas dentro. Se avergüenza y se queda; peor para él[2]. La misma condición moral de Julio Ruiz de Alda ante la misma encrucijada.

Cuando cae la noche del 5 de junio le meten en un coche atado de manos, y con su hermano Miguel se lo llevan a Alicante. La restricción íntima con la que se había conducido esa mañana, ignorante de su destino inmediato, desaparece del todo al vislumbrar lo oscuro del horizonte —está convencido de que el coche en el que viaja le acerca a la muerte— e intenta persuadir a sus vigilantes para salir de naja todos juntos, que de la protección de los guardianes devenidos cómplices ya se ocupa él; no consigue la libertad porque de los tres agentes que acompañaban a los hermanos sólo el superior se niega a cambiar de ruta y cruzar la frontera de Portugal en compañía de los detenidos. Luego, el comisario prefiere olvidarse de todo y que se olviden sus subordinados. Será Miguel, en su bosquejo de memorias, quien cuente el sucedido[3].

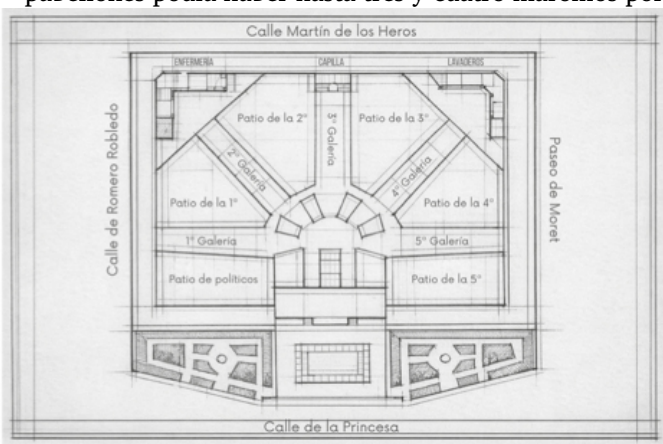
Miguel es un temperamento distinto al de José Antonio. Durante un tiempo el mayor, sustitutivo del padre en una familia muy paternalista, se ha desencontrado con Miguel, falangista más de apellido que de acción, y ciudadano entregado a la jarana, sensible al lío y a la aparatosa conquista femenina. No perdonaba ni parentescos reales ni matrimonios consumados. Nada torpe, dueño de un notable encanto personal y aplicado a los asuntos que de verdad le interesaban cuando le interesaban; así la carrera de Derecho que fue despejando, a su ritmo, detrás de su hermano. De la familia es el que más se parece a su padre; cuando reflexiona sobre esa semejanza con una cuartilla delante, Miguel hijo se emociona y recuerda la especial relación que tenía con «mi General», que esa era su forma de llamarle: «Me quería mucho. Creo que era el predilecto en su cariño paternal, tal vez porque mi carácter era muy semejante al suyo», escribe cuando recuerda el último abrazo de padre e hijo, dos amigos, dos camaradas que habían vivido juntos sin el resto de la familia durante la última década[4].

José Antonio era más Sáenz de Heredia que Primo de Rivera, Miguel no. Es necesario marcar tal diferencia para entender el armazón sicológico de ambos[5]. En el intento de debate respecto a la cantidad bruta de influencia que deslizó la memoria del Dictador sobre el proyecto de José Antonio, lo menos fatigoso es eludir opiniones sobre hechos que nunca sucedieron; lo contrario juguetea con el riesgo de incurrir en la presunción y caer en el dislate. Cabe, sí, estimar lo difícil que es imaginar al general Primo de Rivera subrayando párrafos de Berdiaev —luz de párrafos tan parecidos en discursos propios— o explicándole a un joven amigo, la mirada perdida en la sierra del fondo, el maravilloso silencio que cabe entre dos versos de Ronsard[6]. (Lo hace más sencillo Pla, más cazurro, más exacto, los ojillos maliciosamente dirigidos a los ojos de todos nosotros: «Políticamente no me parecía muy admirador de su padre, él quería hacer otra cosa»[7]).

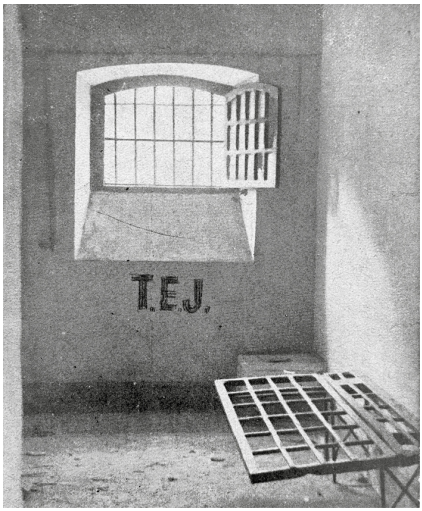
Por indecisión, por bizarría, o por ambas cosas que en su carácter conviven, el hecho es que a la hora de la siesta le meten en un furgón camino de la Prisión Celular de Madrid. El penal está colgado en la esquina de la capital, sobre una meseta que concluye en los llanos de la nueva Ciudad Universitaria. Es la vieja finca de la Monclova a la que

el casticismo le limpió la uve para hacerla suya. De cómo era el atosigante edificio nos da una idea cierta la crónica del escritor e historiador José Ángel Mañas referida a ese mismo invierno, un poco antes de las elecciones de febrero:

> La cárcel Modelo, conocida popularmente como el Abanico por su forma panóptica, tenía cinco galerías radiales que convergían en un pabellón o rotonda central poligonal de vigilancia. Eso daba al edificio un aspecto inconfundible en plena plaza de la Moncloa. A las doscientas celdas por galería, escalonadas en cuatro pisos y planta baja, se sumaban los pabellones centrales de los presos políticos. En total, un millar de celdas individuales con militares detenidos, presos sociales o comunes, comunistas, anarquistas y vagos mezclados en la quinta galería con condenados por delitos de sangre. Cada celda era un micromundo con retrete de tapa de madera, cama de hierro y algún colchón echado al suelo. Pese a que a la Modelo se la conocía también como cárcel Modular, porque cada recluso disponía de su propia celda, lo cierto era que, como todas las prisiones españolas, acogía más población de la debida y en ciertos pabellones podía haber hasta tres y cuatro maromos por celda[8].



Plano de la cárcel Modelo de Madrid (colección privada).



Celda común de la cárcel Modelo (Boletín TEJ, núm. 10, colección privada).

La celda en la que José Antonio está redactando contra el cansancio los hechos del día es la misma —lo veremos— en la que le encerraron cuatro años antes tras detener a los dos hermanos por la asimilación que Ángel Galarza, director general de Seguridad, hizo del apellido Primo de Rivera con los intereses reaccionarios de José Sanjurjo. Sin la mínima prueba, sin un ridículo soporte siquiera que sustentara la aprehensión, el joven primogénito se zampó casi dos meses entre barrotes que llevó al principio con indignación, luego con paciencia y rebasado por lo absurdo; al fin, con humor[9].

La Concha, Zarauz, Fuenterrabía, eran el lado este de la Modelo en aquel estío equivocado. Contra la tapia improvisaba versos satíricos, el género poético que le sacaba su mayor agudeza.

CARCELERA

Las rejas de esta cárcel son como una parrilla
donde se asan mis horas melancólicamente;
es estrecha esta cárcel como es ancha Castilla;
la esperanza está lejos como el sol en Oriente.

Oh, turrón de Jijona, oh, yemas de Sevilla,
oh, pavo con castañas, oh, roscas de aguardiente,
oh, manjares que alegran la Navidad sencilla,
¿os probará en la cárcel mi gula impenitente?

La conjetura horrible me tiene sobre un ascua,
pues si ya, por desdicha, nos hicieron la Pascua,
mal será que nos la hagan en la Pascua de veras,

o que los Reyes Magos, montados en camellos,
se encuentren con que al África fuimos en busca de ellos
no en cunas infantiles, sino en sucias literas[10].

Desde que el preso rapsoda pusiera toda su sorna en rima consonante, la Prisión Celular de Madrid no ha cambiado tanto como para no reavivar lo ya pasado en ella. No ha cambiado nada. Mejor de ese modo, nada sorprende, ni el método, ni las paredes, ni el olor ni la luz parda de las bombillas laterales de los pasillos. El ambiente no le es extraño y hasta los presos de confianza que con los funcionarios entran a arreglar su celda le parecen conocidos. El cansancio le favorece, le rinde, dice. Está bien dicho.

16 de marzo de 1936 – Lunes.

Cárcel Modelo

«Alguien sacó unas naranjas
y las fue repartiendo entre todos».

GEORGE ORWELL, *Homenaje a Cataluña*

Por la mañana abren con estrépito la puerta de mi celda, que es de paso, la 11 de la galería primera, y entra Julio. Él, Raimundo, Rafael y Barrado ya están aquí. Su presencia me devuelve la alegría, pues ya contaba con estar 72 horas incomunicado según el reglamento. Estamos alegres. Comemos naranjas que tenemos todos y en trámites internos nos llegó la hora de almorzar. Bajamos al patio, lleno de sol, donde nos hacemos muy amigos de cuatro hombres de Arganda, pertenecientes a A. P. y procesados por el supuesto delito de desorden público. Son llanos, simpáticos y se les encandilan los ojos cuando hablan de la Falange. Por la tarde nos trasladan al departamento de Políticos donde estuve la otra vez. Nos instalamos. Conservamos bien el espíritu y el apetito. Solo por la noche siento cierta melancolía.

Antes de lo que prevé llega su tropa. Los detenidos de la Junta Política abren con estrépito la puerta de la celda y le alegran la mañana. Vienen los veteranos que a Ródenas, un chaval, le mandan a otra con unos cuantos estudiantes atrapados en la redada. Comparten el morral de fruta que alguno de ellos, más avisado, aporta a la comunidad y luego bajan al patio. Al trasiego de la jornada incorporan el cambio de habitáculo, salen ganando, les van a mandar a la zona noble que

pisaron los golpistas de octubre del 34 y el Gobierno de Cataluña con Companys en lo más alto del Castellet; en la esquina, Ventura Gassol, aferrado a los barrotes como un violinista que ha perdido el instrumento, pero mantiene la melena y el corbatín, que aquí no se salva nadie y sólo depende de quien se sienta en el primer sillón para que pacten contigo o te manden a galeras.

El Gobierno de Cataluña en la cárcel Modelo de Madrid. Alfonso Sánchez Portela, mayo de 1935 (Museo Nacional Reina Sofía; © Sydney Morning Herald/SuperStock/Album).

Cuando a media tarde los saquen de la primera galería para enviarles al Departamento de Políticos les van a regalar comodidad y riesgo, mucho riesgo. Lo ignoran por el momento, claro; aún es pronto hasta para la intuición.

A alguno de sus camaradas le van a compadecer porque no le sacan del recinto de los comunes de ningún modo, no hay recurso que valga; el tipo grandote con gafas, por ejemplo, que sólo les puede saludar en el patio, cachazudo y al fin resignado. A José María Goya le va a salvar de la matanza de verano poder confundirse con sus compañeros de habitación, rateros, chorros, el barbero de la prisión que oficia dentro porque degolló a su novia, descuideros, timadores y el resto de la cuadrilla, delincuentes cotidianos, sus amigos de a diario desde hace meses. Los presos comunes. La suerte le abandonó en Salamanca en abril del 37: Alonso Goya cayó asesinado por los balazos de alguien con el que había compartido el rigor del presidio y sólo unos meses antes llamaba como amigo al teléfono 56850 que el seuista cántabro poseía en su casa madrileña de Claudio Coello 28[1]. Nunca se sabrá ya si el criminal que le descerrajó los tiros a quemarropa fue Sancho

Dávila o el mandado de Sancho Dávila. Hedillista, Alonso Goya.

De esos primeros días iluminados por un sol optimista son las fotos de los paseantes uniformados al modo de su jefe, si pueden, con mono. Excepto dos: Barrado, que está muy malito ya y no le apetece ponerse uniformes, y el impecable y fidelísimo Gómez, que adora a José Antonio como adoraba a su padre, al que le cumplía tareas de chófer que no necesitaba el presidente de la Federación de Propietarios de Automóviles de Alquiler de Madrid: al jefe y al hijo del jefe les conducía por afición.

Con traje en la foto, de izquierda a derecha, José Gómez y Augusto Barrado. Con mono, Andrés de la Cuerda y José Miguel Guitarte (archivo familiar Illanas Gómez).

Desde su posición en el sector laboral al que se debe, José Gómez Fernández anticipa principios que su joven jefe va a desarrollar muy pronto. Mientras, va haciendo camino, funda una de las primeras cooperativas de España y agrupa al incipiente sector del taxi en una que aún vive, la Mutua. La Mutua Madrileña del Taxi acaba de nacer, escuchad taxistas: «Fijaros (sic) bien, que esta Sociedad es de vosotros mismos. ¡Taxistas todos, a Mutualizarse!, y conseguiréis tener un seguro muy económico sin lucro para nadie, nada más que para vosotros mismos»[2].

Fue el año 1932. A Gómez, Pepe Gómez, no había que animarle a repartir la plusvalía entre los trabajadores agrupados por su gremio o sindicato. Sabía que era lo justo y tenía para defenderlo legitimidad de

ejercicio. Con la Falange, vale decir con José Antonio Primo de Rivera, se alineó desde el primer minuto; de este recibió las tareas de máxima confianza, las que se ceden a los imprescindibles, y estaba entrenado: antes de dedicarse a la automoción había sido agente de policía. Por su lado, Gómez respondía con una entrega que superaba la militancia normal, y un sentido de la responsabilidad sobre la figura humana de José Antonio que parecía directamente heredada de una orden que al oído le hubiera dado don Miguel antes de despedirse para siempre.

José Gómez Fernández formaba ardorosa parte del controvertido círculo íntimo de José Antonio, autonombrados guardianes de sus pasos por un arrogado derecho de cercanía. Su indudable entrega le había llevado a las prisiones gaditanas tras una refriega en 1934, que le pilla en la provincia por encargo de José Antonio[3].

Sale baleado de la gresca y no se queda para siempre frente a Trafalgar porque estaba de Dios que viviera un par de años más y muriera en otra cárcel, la del agosto madrileño del 36 junto a algunos de los suyos. Se estaba reponiendo de las heridas cuando recibe en el penal una carta de Andrés de la Cuerda, de sus íntimos el más cercano; de haberse conocido su texto décadas antes, hubiera ahorrado trabajo a los topos de la archivística que se ganaron varias órdenes de mérito buscando ratificar lo sabido: que de la manga de José Antonio tiraban por un lado, de la de Ramiro Ledesma por otro y aquel liderazgo repartido no había manera de digerirlo; sólo cabía en un plano superior al de un partido político, rayano en la Teología. Entramos en la lectura de un documento extraordinariamente revelador en la historia de la Falange Española de las JONS.

Madrid 5-agosto/1934.

Querido amigo Gómez:

Supongo que ya estarás curado de tus heridas y habrás pasado a veranear a lo "fresco" que dicen los castizos. Yo te contesté a tu última carta y no he recibido contestación. ¿Es que no la has recibido?

Por aquí han ocurrido graves acontecimientos desde que tú no estás. Ha habido una conspiración para echar al Jefe y se había pensado, inclusive, en suprimirlo. Todo esto lo dirigía Juan Antonio Ansaldo en inteligencia, a mi juicio, con Ruiz de Alda y Ledesma. Tenían minada la organización y si nos descuidamos un poco nos encontramos con una sublevación completa. Ansaldo está ya expulsado y la cosa, aunque no ha terminado del todo, parece que está cortada. Ya te imaginarás lo que he tenido que bregar en este tiempo. Yo incité al Jefe; ~~[illegible]~~ a que tomara resoluciones enérgicas. Tuve que [illegible] de lo lindo para que se diera cuenta de que esto se nos iba de las manos.

Ledesma es un perfecto sinvergüenza—

que a toda caya. Yo le he dicho horrores, desde que era un vendido a los monárquicos, hasta que le iba a saltar los sesos de un tiro si hacía tonterías. Pues se ha quedado tan fresco. Es de una cara dura que espanta. Ruiz de Alda está fuera, pues cuando descubrieron los explosivos en Falange le buscó la policía y puso tierra por medio.

No sé si sabrás que ya están empezando a funcionar los sindicatos de obreros. Los dirige Nicasio Álvarez de Sotomayor. ¿Le conoces? Es el que fue secretario de la C.N.T.

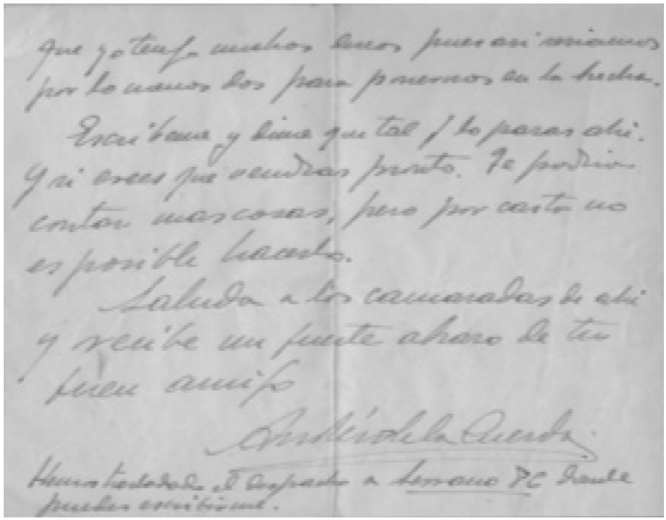
y luego se hizo de la J.O.N.S. Parece buena persona y sobre todo es listo y se ha dado cuenta de que lo único serio que hay aquí es el Jefe. Yo creo que le será fiel. La casa sindical parece que empieza a marchar y este hombre lo entiende.

Figúrate si me acuerdo ahora de ti. Harías mucha falta aquí, pues yo estoy casi solo con esta gente a la que hay que tener a raya pues son unos granujas.

A mi juicio si queremos que esto salga adelante, hemos de poner mano sobre ello muy en serio.

El Jefe necesita gente muy fiel pues de lo contrario lo aniquilan. Hay muchas personas interesadas en hacer pasar a este hombre y le combaten en todos los terrenos. No ya solo los de la izquierda, sino las gentes que se dicen amigas estan haciendo una campaña espantosa contra él. El caso de Ansaldo y otros complicados se debe a ofrecimientos de dinero por parte de los monárquicos para poner a falange a su servicio y como saben que el Jefe es incapaz de una cosa así, tratan de eliminarlo como sea. Claro que nosotros no nos dormimos. Yo te aseguro que estos dias he hecho restallar bien el látigo. El Jefe tambien se movió y la organización ha ido otra vez a sus manos. Pero es preciso que no se descuide ni un momento, pues estamos rodeados de enemigos. De todas maneras yo confio en que a palos o a tiros hagamos entrar en razón a cuatro idiotas y franujas. —

Dime como van las cosas por ahi y en que situación te encuentras. Si piensas venir pronto. En fin ya puedes imaginar



Archivo familiar Illanas Gómez.

Madrid 5 – agosto 1934

Querido amigo Gómez:

Supongo que ya estarás curado de tus heridas y habrás pasado a veranear en la «trena» que dicen los castizos. Yo te contesté a tu última carta y no he recibido contestación. ¿Es que no la has recibido?

Por aquí han ocurrido graves acontecimientos desde que tu (sic) no estás. Ha habido una conspiración para echar al Jefe y se había pensado incluso en suprimirlo. Todo esto lo dirige Juan Antonio Ansaldo en inteligencia, a mi juicio con Ruiz de Alda y Ledesma. Tenían minada la organización y si nos descuidamos un poco nos encontramos con una sublevación en regla. Ansaldo está ya expulsado y la cosa, aunque aún no ha terminado del todo, parece que está cortada. Ya imaginarás lo que he tenido que bregar en este tiempo. Ya conoces al Jefe, enemigo de tomar resoluciones drásticas. Tuve que moverme de lo lindo pues me dava (sic) cuenta de que esto se nos iba de las manos. Ledesma es un perfecto sinvergüenza que a todo caya (sic). Yo le he dicho horrores, desde que era un vendido a los monárquicos, hasta que lo iba a saltar los sesos si hacía tonterías. Pero se ha quedado tan fresco. Es de una cara dura que espanta. Ruiz de Alda está fuera, pues cuando descubrieron los explosivos en Falange le buscó la policía y puso tierra por medio. No sé si sabrás que ya están empezando a funcionar los

sindicatos obreros. Dirige Nicasio Álvarez de Sotomayor. ¿Le conoces? Es el que fue Secretario de la C.N.T. y luego se hizo de las J.O.N.S. Parece buena persona y sobre todo es listo y se ha dado cuenta de que lo único serio que hay aquí es el Jefe. Yo creo que le será fiel. La cosa sindical parece que empieza a marchar y este hombre lo entiende.

A mi juicio, si queremos que esto salga adelante, hemos de poner mano sobre ello y en serio.

El Jefe necesita gente muy fiel pues de lo contrario lo aniquilan. Hay muchas personas interesadas en hacer fracasar a este hombre y le combaten en todos los terrenos. No ya solo los de la izquierda, sino las gentes que se dicen amigos están haciendo una campaña espantosa contra él. El caso de Ansaldo y otros complicados se debe a ofrecimientos económicos de los monárquicos para poner a Falange a su servicio y como saben que el Jefe es incapaz de una cosa así, tratan de eliminarlo como sea. Claro que nosotros no nos dormimos. Yo te aseguro que estos días he hecho restallar bien el látigo. El Jefe también se movió y la organización ha ido otra vez a sus manos. Pero es preciso que no se descuide, pues estamos rodeados de enemigos. De todas maneras yo confío en que a palos o a tiros hagamos entrar en razón a cuatro idiotas y granujas.

Dime como van las cosas por ahí y en que situación te encuentras. Si piensas venir pronto. En fin ya puedes imaginar que yo tengo muchos deseos pues así seríamos por lo menos dos para ponernos en la lucha.

Escríbeme y dime que tal lo pasas ahí. Y si crees que vendrás pronto. Te podría contar más cosas, pero por carta no es posible hacerlo.

Saluda a los camaradas de ahí y recibe un buen abrazo de tu buen amigo

Andrés de la Cuerda

Hemos trasladado el despacho a Serrano 86 donde puedes escribirme[4].

Por encima de las enemistades que aparecen tan marcadas, hay en estas líneas apuntes sobresalientes que merecen pausa. Es curioso observar cómo la potente personalidad de una persona puede influir en la de otra hasta modificar sus gestos, entonaciones e incluso la letra y la firma. Nos faltaría aquí la autoridad de Carlos Juan Ruiz de la Fuente, el joven falangista que trocó su desencanto político por el

estudio de la grafología, para interpretar el extremo parecido de la escritura de Andrés de la Cuerda, su caligrafía y su rúbrica, a la de su mentor José Antonio Primo de Rivera.

La carta concluye con un par de líneas enigmáticas en las que avisa el firmante de que hay cosas que no puede contar por escrito. Debemos preguntarnos de qué tamaño serían si lo que puede narrar es lo que hemos leído: ruptura del partido y eliminación del líder, entre otras menudencias. Mientras esperamos a que un regalo de la historia, como esta misma carta, nos revele los secretos de los que no habla, es obligado detenernos en lo que sí escribió.

Analiza bien De la Cuerda, describe a la izquierda como adversario natural y a las derechas como el enemigo real. La verdadera amenaza que empieza a percibir lo errado de su cálculo inicial. Pensaban que el de los apellidos largos era por eso uno más del clan. Ni coincide en lo ideológico, y acaba de empezar el despegue, ni mucho menos en lo moldeable de su ánimo; este muchacho… si es que no nos deja otra solución. La salida es sencilla y de tradición goda, en último caso sólo hay que decidirse por el método de eliminación. Sobrado de desparpajo, Ansaldo no tiene reparo en largárselo cuando se despide.

Se equivoca en otras, Andrés. Duda de Julio, que tiene las cosas muy claritas. Ansaldo es un amigo histórico para él, su hermano es socio en la compañía telemétrica que promovieron y vuelan juntos a veces. Pero pisan distinto. Ruiz de Alda no confunde vida personal con misión política, y aumenta el compromiso a partir de ese día. Firma la carta de expulsión de Juan Antonio Ansaldo y le explica a la cara su motivo; gana importancia en el partido, los jóvenes le siguen, va a ser decisivo en la reestructuración del SEU que incluye la salida de Valdés. Andrés de la Cuerda le ha menospreciado; su afán por consolidar el bloque amiguete en torno a José Antonio se hará pedazos al chocar con el navarro, dueño de las estrategias a partir de ese momento.

A Nicasio Alvárez de Sotomayor le quedaba en la Falange el mismo tiempo que a Ramiro, un trimestre. El antiguo cenetista de vida azarosa tendía a la doblez y el engaño a De la Cuerda era fácil, pues en ese punto quería creerle. El papel que le correspondía no era tan distinto del elegido por el secretario de José Antonio —uno junto a Ledesma, al lado de Primo de Rivera el otro—, con una diferencia

moral importante: el ayudante de José Antonio aspiraba a proteger al suyo; Sotomayor buscaba influir. En lo poco que les quedaba de vida a los cuatro, las lealtades y los egoísmos se marcarían claramente[5].

Lo que sí podemos constatar es el desprecio con el que Ramiro Ledesma atendía a las furiosas admoniciones del escudero de su rival, que se resolvieron cuando José Antonio entró directamente en liza y acabó con el conflicto sacando del listado al carnet número uno de la Falange, Ledesma Ramos. Era complicado que el carácter de Ramiro aceptara el nombramiento de José Antonio como jefe nacional de Falange Española de las JONS, pero aún más peliagudo que constatara hipotenso su creciente pérdida de influencia en una organización a la que nadie había aportado tanto como él. De ahí la ruptura, hosca, más abrupta que otras de las que hubo en la Falange, y hubo varias notables, debidas a ambiciones cruzadas y en la misma medida a la juventud extrema de los dirigentes, que simultaneaban la conducción del grupo con su propia evolución (aunque en todos los partidos se daban defecciones, los falangistas y los comunistas que carecían de «material provecto» fueron por delante en la movilidad de sus cuadros). La salida de Ramiro fue árida porque se descargó en la prensa con un par de notas opacas, sin mucho estilo, más tendentes a confundir que a aclarar. La respuesta de José Antonio fue peor, uno de los trazos más desafortunados de su obra: despachó la réplica mediante un artículo, «Arte de identificar revolucionarios», que ridiculizaba un leve defecto de Ramiro, pues contra él jugaba un hablar gutural, a la francesa, que falseaba sus erres y las trocaba en ges. José Antonio vierte ácido sobre Ramiro Ledesma, pero en el mismo gesto la quemadura le abrasa a él.

Ramiro Ledesma Ramos —«no han asesinado a un hombre, han matado un entendimiento»—, dijo de él José Ortega y Gasset, es el primero en traducir a Heidegger al español y el primero en interpretar el fascismo en clave hispana hasta encontrar la diferencia: «más cerca de las camisas rojas de Garibaldi que de las camisas negras de Mussolini», su conclusión. Al contrario que José Antonio, de esa línea nunca se desprendió. Llevó a la política y a sus comportamientos un carácter radical que se significó en el último momento, muy otro al que la propaganda del régimen anterior aceptó; no estaba demasiado

interesado el franquismo en la exaltación de su figura. Se dio por buena la versión que le incluía en la cuerda de la cárcel de Ventas, conducida al paredón del Cementerio de Aravaca junto a los hermanos Borbón y Maeztu. También se aseguró que había intentado levantarle el arma al miliciano que ordenaba la fila al grito de «me mataréis donde yo quiera y no donde vosotros queráis». Ni una muerte ni la otra.

Semanas después de lo de Aravaca, Ramiro Ledesma y otros tres reclusos de Ventas son trasladados una noche hasta el cuartel que había en el antiguo Asilo Caldeiro, algunas de cuyas estancias estaban reservadas para el Comité del Barrio. Esa misma noche convocan a los militantes del distrito para hacer un juicio público. Sacan de la prisión a Ledesma y a tres más. Los conducen a una sala de la fundación. El local de la Avenida Julián Marín está lleno; al fondo espera el jurado popular. Empieza por Ramiro; Desiderio Recio, secretario del Ateneo, preside el tribunal e inicia el interrogatorio. No dura mucho: en el debate político que se suscita, Ramiro salta al cuello de Desiderio y se acabó. La descripción general es coincidente: le apartan de Desiderio Recio a navajazos, y como faltan navajas las van compartiendo hasta desventrarlo «para poder contemplar la maldad que debe llevar por dentro». A los otros tres, los fusilan. Sus nombres se desconocen; el único que aparece tiempo después y que podría tener relación es el de un hermano del general Cabanellas que figura junto al de Ramiro en un documento de esas fechas que le ven a uno de los jefes del Ateneo, Eufronio Aguado.

El cuerpo descuartizado de Ramiro Ledesma Ramos es envuelto en una sábana y arrojado por el puente de Ventas al arroyo Abroñigal[6].

El 13 de julio de 1936 José Antonio escribe a Ramiro, que le ha visitado en la Celular madrileña: «Nuestra misión en España es la misma y nuestros destinos también son los mismos», le adelanta el preso alicantino. Quizá ese párrafo en especial emocione a Ramiro que durante esos días lee la carta dos veces a Emiliano Aguado, amigo de ambos[7].

Los declarantes en su capítulo de la Causa General repiten una fecha para la muerte de Ramiro: 20 de noviembre de 1936.

17 de marzo de 1936 – Martes.

Neurastenia

La neurastenia estaba entonces de moda;
casi todos nos creíamos afectados de ella.

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL, *Recuerdos de mi vida.*

Ayer han traído a Valdés, que ya hoy se pasa el día con nosotros. He empezado el régimen de cárcel. Gimnasia por la mañana, ducha fría con jabonadora deliciosa. Además, me afeito por primera vez desde el jueves. Viene mucha gente a vernos. Almorzamos muy bien. Hemos descubierto que hay una taberna de la que se puede traer suculenta comida, y aún vinos. Nuestra galería va teniendo comodidades: libros, ajedrez, una larga mesa donde comemos, leemos, jugamos y trabajamos… por la tarde hemos trabajado cada uno en una cosa. A mí lo que menos me atrae es la política. He estudiado un pleito que me han traído aquí. Todos conservamos bien el ánimo y la cortesía. Yo intervengo en el reparto de comida porque mis escrúpulos invencibles me hacen temer en los demás el manoseo y la saliva que se echa a los platos al hablarles cerca. He jugado al ajedrez varias partidas y las he perdido casi todas: las planteo bien, con gusto, pero a punto de rematar siempre hago una jugada errónea que da al contrario la iniciativa y, con ella, el triunfo. Por la noche, como en broma, planteo una conversación sobre las posibilidades de fuga. En el fondo, hay cierto barrunto de neurastenia. ¡Cuidado!

Neurastenia: trastorno funcional afectivo atribuido a debilidad del sistema nervioso. Pese al desuso del término, la explicación del

diccionario de la RAE define bien en lo que puede desembocar la estancia en prisión. Es inteligente preverla. Y muy sensato para personas que tienden a la vida solitaria desde todos los ángulos de su personalidad. José Antonio Primo de Rivera es un ejemplo neto en ese tipo de individuos. Concluye el relato de lo acaecido el día 17 con esa palabra, ese miedo: neurastenia. Tiene motivos.

José Antonio entra en la cárcel Modelo con los restos de una hepatitis que le han diagnosticado a finales de 1935. A pesar de que por entonces no se conocían los virus de la enfermedad, los especialistas pueden asociarla a una hepatitis A que se contagia por vía oral, y con reposo y dieta se recupera completamente en tres, cuatro meses. Dadas sus prevenciones, algo así no mejoraría el *atrezzo* del nuevo escenario.

Sus recelos están justificados, le preocupa cómo afrontará la repugnancia que le provocan la suciedad o los ruidos naturales de tan cercana humanidad como la que le va a acompañar en un espacio muy pequeño. Son aprensiones que le persiguen desde siempre y que raramente comparte[1].

En lo que ni se le ocurre obedecer al doctor es en el régimen de vida que le aconseja: diez horas de descanso aunque no duerma y otra de reposo tras comer[2]. Tiene un plan y rápidamente lo clava en la pared; de evitar los ejercicios, movimientos bruscos y deportes, ni hablamos: alegrar el cuerpo con ejercicio matinal para empezar. Es lo primero que impone, aunque sea arriesgado suponer que al entrenamiento se apuntara Sánchez Mazas, asténico ejemplar y poco dado al derroche físico. Gimnasia nada más levantarse, la ducha después, luego estudio y lectura en la mesa larga de la galería, todos juntos, y atención a los visitantes, que son muchos y esos primeros días el establecimiento da facilidades. Traían luego la comida del restaurante de Ananías Calzón, al que Valdés acusa de ser el delator del abnegado Alejandro Salazar, que era el repartidor cada mediodía. Ananías es tratado de manera distinta por David Jato, Rafael Sánchez Mazas y Raimundo en sus memorias; tuvo casa abierta hasta bien entrado el siglo XXI, acrecentó su prestigio en el sector y no se le encuentra reprensión ninguna en los archivos[3].

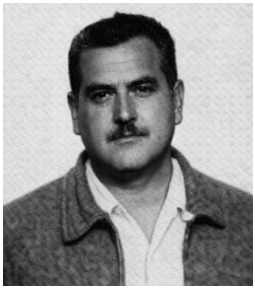
A la comida llegaban con más apetito si hubo partido en el patio.

Raimundo bromea sobre la impericia de José Antonio con el balón, pero no era un recién llegado al fútbol; le gustaba y a los dieciocho años defendía con pundonor los colores del equipo de la Facultad de Derecho junto a su hermano Miguel. No era Vicente Palacios, el falangista delantero centro del Atleti de Madrid, pero más cerca estamos de pensar que el que lo veía mal, ya le pasaba en el ajedrez, era Fernández Cuesta. Palacios fue asesinado al comienzo de la guerra, tenía una frutería con el actor Raúl Cancio y fueron a buscarle a su casa, que estaba cerca. Le mataron en la escalera; había estrellado la cabeza de uno de sus asesinos contra la pared y se iba a por los demás. Ahí mismo lo acabaron.

De pie, de izquierda a derecha: Quevedo, Alvargonzález, Manuel Valdés, José Antonio Primo de Rivera y Hernández Bravo. Sentados, de izquierda a derecha: Rubiellas y Fernández Canepa (colección privada).

A la Modelo iba a llegar el jefe de centuria José María Bedriñana por preparar un atentado contra el cacique conquense Álvarez de Mendizábal. Bedriñana era uno de los mejores amigos de Santiago Bernabéu, hacían pareja en tenis desde antiguo y fueron campeones madrileños de su categoría[4]. Bernabéu tenía otros intereses políticos; hermano de un diputado de la CEDA, el antiguo delantero del Madrid dirigía las concentraciones de verano de las Juventudes de Acción Popular en Guadarrama y según la prensa de derechas aún con más vigor se presentó armado en Tarazona de la Mancha para ponerse al

frente de los encargados de reprimir el intento revolucionario del 34. Hubo muertos allí[5].



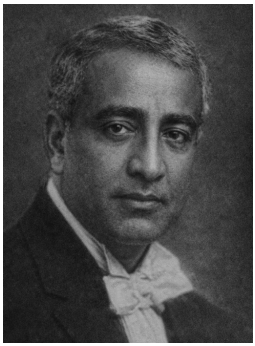
José María Bedriñana (colección privada).

Bedriñana, un *sportman,* era buen refuerzo, aunque la mejora de verdad se hubiera dado si enchironan antes a Eugenio Moriones, interior del Nacional; si en El Abanico estuviera Hedilla, ariete del Arenas en el recuerdo de García Venero, o el glorioso Antonio de Miguel, falangista, camarero, jugador, entrenador del club, fanático del Atleti de Madrid y titular con Palacios de aquella delantera de la final de Copa que Valdés, suplente allí, le recordaba de memoria a García Candau en su libro *El deporte en la Guerra Civil*. A De Miguel lo hirieron en el Cuartel de la Montaña y su rastro se difumina a partir de ahí hasta desaparecer. También cayó en el cuartel el hermano del jefe de la Falange en Torrelavega, Ruiz-Capillas, punta del Valencia y del Betis, que pasaba por Madrid y se añadió a sus camaradas.

Empiezan a ser bastantes en plantilla y parece que el jefe era titular fijo, pero el ataque hubiera quedado redondo con uno de los primeros goleadores en la historia del Madrid, también del Español, Rodríguez de Eguinoa, *Lentejilla,* que iba a jugar poco: fue asesinado por falangista ese mismo verano.

Como fichaje sorpresa, el zaguero Félix Quesada, madridista histórico, y herido en la cabeza en el atentado del Roig junto a varios falangistas, alguno de los cuales murió. Aunque no se llegó a determinar que fuera socio de la entidad, era asiduo con su novia del bar que refugiaba a una centuria de la Primera Línea. Un tipo expeditivo, Quesada. Junto a su compañero Escobal hacía raya en la defensa y por lo visto en las oficinas: el Madrid vistió un año de crema

subido porque se les puso a los dos. Y porque les fue mal en la temporada, sino aún llevarían camiseta marrón. Después de la Quinta Columna fue procurador de los tribunales con el franquismo, que le trató bien; la federación que acababa de dejar Valdés como presidente le nombró seleccionador nacional.



Eduardo Ordóñez, años cincuenta (colección privada).

Cuidado, José Antonio, un camarada te puede disputar el brazalete. Es pionero en la defensa de los derechos de los futbolistas; el primer intento de agrupar a los jugadores en una fuerza sindical parte de él. Abogado y matemático, fue un tenor reputado que actuó en los grandes teatros del mundo. De su serenidad ante el terror dan cuenta los cronistas de la cárcel, sus compañeros en el penal, Justo y Trillo. ¿Qué suplicio se le puede ocurrir a un especialista si tiene a un futbolista en el potro? A Eduardo Ordóñez le aplicaron la «bota malaya» en una checa comunista. La prensa le jaleó el día en que tiró la muleta: al medio centro del Atleti le habían dicho que nunca caminaría[6]. Pero no sólo caminó: tuvo que salir de Zaragoza a la carrera con una puñalada en la espalda porque el acto al que le habían invitado como delegado de Sindicatos era en realidad un atentado bien montado por un grupo de estraperlistas a los que había puesto a la sombra. No paró de correr hasta Puerto Rico, su tierra natal, donde fue seleccionador y catedrático en Río Piedras. A España, a ver a su Atleti, volvió poco. Había salido del Real Madrid donde jugó unos cuantos partidos, incluido un efímero ida y vuelta; le devolvió al Metropolitano Farruco Urzaiz, el secretario técnico, que también era abogado militar y defendió con éxito a José Antonio en el juicio de su enemigo Queipo

de Llano. Se retiró unos meses antes de la guerra: con veintisiete años estaba en forma, Ordóñez.

Para la portería, mejor que *Venancio* Ruiz de Alda, tenían en sus escuadras a Mata, guardameta colchonero, otro falangista del que ya supimos que fue torturado y muerto en el túnel de Usera igual que Valero Rivera, el tesorero del Real Madrid al que Santiago Bernabéu quería como un hermano y con el que colaboraba en tareas políticas.

La tradición futbolística en la prisión de Pozas continuó cuando algunos de los jugadores del primer equipo de la Falange ya habían caído. Las crónicas carcelarias de Esteban Justo y Edelmiro Trillo hablan del patio abarrotado ese verano para ver a Ricardo Zamora, a Monchín Triana —el mejor delantero en la historia atlética antes de la guerra— y a los falangistas que tenían en Javier García Noblejas a su paladín. José Antonio por entonces se distraía practicando pelota mano contra la pared de la cárcel de Alicante. Y Valdés decidió no competir nunca más, acabó así con una carrera insólita que rompió una pauta considerada dogma en el mundo del deporte: no se pueden practicar a la vez modalidades que muevan grupos musculares contrapuestos. Julián García Candau, sorprendido, lo resaltó en la propia voz del «nadador de la Falange»: «Yo contravine la teoría de que el músculo del fútbol es incompatible con el de la natación, pero cuando salí de la cárcel ya no estaba para competir seriamente en ninguna de ambas disciplinas»[7]. A José Antonio le daba igual que se retirara; lo que él quería mientras saliera a jugar al campo de El Abanico era que el figura Valdés marcara goles y el equipo ganara. Para descansar el cuerpo ya habría tiempo por la tarde[8].

Por la tarde, a escribir, despachar asuntos propios y, en su caso, la preparación de un juicio que le ocupaba y en el que la presencia de Raimundo, abogado, le venía bien. Luego naipes, a eso no entraba José Antonio, y ajedrez. Fernández Cuesta aseguraba que jugaba muy bien, pero lo comparaba, no lo medía. A él lo destrozaba, pero su matador no le ganaba una partida a Julio Ruiz de Alda, que renunciaba a la tentación de salirle con mate pastor por excesivo. José Antonio le aguantaba, mas al final Julio le tumbaba el rey indefectiblemente. Era lo último que hacían, la partida, antes de la charla política en la que el asunto recurrente era el intento de adivinación del futuro. Él eludía

manifestarse con toda crudeza, reservaba esa reflexión para sí mismo, pero la suma de sus pensamientos no le daba motivos para el optimismo.

José Antonio, su hermano y su primo, con el secretario técnico del Atleti y abogado militar, Farruco Urzaiz (archivo familiar Primo de Rivera).

18 de marzo de 1936 – Miércoles.

La princesa en su ajedrez

El Imperio español no es solamente
una entidad pretérita, sino una entidad actual,
presente, en sus efectos todavía actuantes.

GUSTAVO BUENO, *España.*

Antes de la comunicación, que es a las 12 ½, he hecho gimnasia, me he dado la ducha, he desayunado ligero y he hecho el escrito de alegaciones para el pleito que ayer estudié. Julio, con razón, me apremia para que haga unas notas políticas. Ayer nos procesaron a todos por asociación ilegal. El segundo resultando nos imputa presunta participación en los crímenes de hace unos días, pero el primero se basa en los mejores puntos de nuestro programa: "pedimos la anulación fulminante de la Constitución porque el incitar a las disgregaciones va contra la unidad de destino de España". "Tenemos voluntad de imperio, la plenitud histórica de España es el imperio", "devolveremos al Ejército la dignidad pública que merece". Julio ayer se entusiasmó y quiere que se haga un millón de ejemplares de ese resultando comentado. Le irrita un poco y no es injusto verme metido en un pleito. Pero hallo tiempo para hacer el texto que ha de lanzarse en hoja y una nota para los periódicos. Visitas, almuerzo, ajedrez, lectura… Sigo en el ajedrez como ayer y esto me hace pensar si no seré igual en todo: elegancia en los planteamientos e incapacidad para los desenlaces. Comunico esto a Rafael y me dice: "eso mismo estaba pensando yo". Termino una larga carta, divertida, en mal inglés, para Elisabeth Bibesco y escribo a Isabel, la rubia de Ávila. En la carta a esta digo: "Esta

pequeña incidencia, que ni es tan grave como para hacerle a uno acreedor al martirologio ni está tan desprovista de pequeñas incomodidades como para no tener cierto valor educativo".

Su orden personal va por delante de la zarandaja política; lo primero, primero. Ducha, gimnasia, desayuno frugal y a despejar las alegaciones del pleito pendiente. Julio Ruiz de Alda se lamenta de que no dé un papirotazo a lo demás y se ponga a dictar la revolución, que es lo que toca: el orden del navarro empieza por el compromiso político. Con lo que zampa y no desayunaría si un manifiesto espera. José Antonio le da la razón (la verdad es que siempre termina haciéndolo), pero sigue a lo suyo hasta que completa los pasos por su sitio. Alda jamás comprenderá que su camarada jefe tiene una imposibilidad nata para quebrar las pautas, una invencible rigidez para desarmarse y, como un mecano, volverse a montar a sí mismo de inmediato. Hay quien puede y hay quien no; José Antonio Primo de Rivera, no.

El ajedrez le trae por la calle del Dolor. El cerebro matemático de Julio, otra vez aplastándole en las jugadas finales. Lleva fatal lo de perder y peor lo de padecerlo siempre ante el mismo. Pero lo divertido es lo del pérfido Rafael. Ese punto inteligente y puñetero del humor esquivo es tan brillante en Sánchez Mazas como su literatura. Con la máxima ingenuidad José Antonio busca consuelo en él, testigo de sus derrotas, y le suelta esa metáfora de su vida incompleta como son incompletas sus estrategias en las partidas. José Antonio pide apoyo y el otro le suelta un «eso mismo pienso yo» que no se sabe si es porque Rafael piensa de sí mismo lo mismo que de sí mismo piensa Primo de Rivera, o es porque Rafael Sánchez Mazas le está diciendo que sí, que tiene razón, y que no acaba una bien. Gran arranque, mal final. En un alarde de candidez, José Antonio lo apunta. Más dudas para sus dudas.

Ha tardado tres días; no son tantos si medimos el volumen de sus preocupaciones. Tres días para ceder a una de sus aficiones predilectas: ellas. Deja unas cuantas líneas para su última amiga, una rubita de Ávila a la que volverá a escribir desde Alicante a través de su correo de confianza: los abogados del bufete. De ese material dispuso el único sobreviviente, Rafael Garcerán, que se lo pasa a Francisco Bravo; el

periodista salmantino incluye esos pasajes en un libro aparecido al final de la guerra, ese que incorpora también el falso manifiesto que manosea Garcerán como coartada a su paso por la Causa General. Dadivoso, Garcerán también le dio material de este porte a Ximénez de Sandoval y terminaron tarifando: el escritor recibió una confidencia sobre Pilar Azlor, el gran amor de José Antonio, y creyó que no tenía gravedad alguna revelar la fuente. Garcerán no pensó lo mismo y se enfadó muchísimo.

Cuando tachaba, tachaba. Ya vimos en la crónica de su inverosímil día 13 de marzo como se empleaba en ocultar con el plumín cualquier resquicio de satisfacción al curioso empeñado en saber qué nombre de mujer descansa bajo el manchón con el que José Antonio la protegió. Para recordarlo, la llamó I.; no parece la más eficaz de las tapaderas porque a todos los personajes incógnitos, hombre o mujer, los llamaba del mismo modo: I.

Lo que es seguro es que esta I. abulense y rubia no es la I. con la que escapa el 13 de marzo: en los renglones anteriores se disculpa por no haberle contestado a sus dos últimas cartas; llevan tiempo sin noticias el uno del otro, el factor espacio-tiempo nos aclara lo dicho. Que hay dos I.[1].

La que envía a Elizabeth Bibesco es otra cosa. Estamos ante la carta más larga que se le conoce a José Antonio Primo de Rivera; el tamaño es la razón menos importante de las que suma para alcanzar un grado de importancia inusitado en la correspondencia de José Antonio. Para localizar su contenido fue necesario espigar archivos de unos cuantos países. Su descubrimiento significó el despanzurramiento de un pelele lleno de paja y viento, el retrato mentiroso de un personaje asexuado, lejos de su condición humana, blando y peor.

La primera de las potencias en las cuartillas que parten de la cárcel es la que airea la transgresora historia de amor que unió al remitente y a la destinataria. Pero hay otras; la parte política inserta entre ironías de las que una y otro son tan partidarios, y la humana de la relación entre José Antonio y Manuel Azaña, en inteligencia con quien los presentó: Elizabeth Asquith, la princesa Bibesco.

La maleta de José Antonio Primo de Rivera con sus objetos personales en la cárcel (archivo familiar Primo de Rivera).

¿Quién era Elizabeth?

En su búsqueda, la lectura de Azaña iluminó la investigación, una frase leída en sus memorias se añadió al telegrama: «Anoche, en la embajada de México, la Bibesco tuvo la ocurrencia de proponerme que me presentaría al hijo de Primo de Rivera[2]». La denominación Bibesco elevaba a la portadora del apellido a la categoría de princesa por su matrimonio con un aristócrata rumano de vida singular. Antoine Bibesco, el príncipe Bibesco, era hijo de una escritora y desde muy joven se aproximó a las vanguardias intelectuales encarnadas en Marcel Proust hasta llegar a convertirse junto a su hermano Enmanuel, suicida a los pocos años, en predilectos del escritor (Proust vivió el acuerdo matrimonial de Antoine como un desgarro; el literato francés escribió a la princesa recién casada: «tú tienes todo lo que yo deseo»; la orientación del príncipe coincidía con la de Marcel, no con la de su mujer, a la que Proust siempre guardó cariño).

Tras salir de París, el joven rumano emprendió una carrera diplomática que le llevó con título de ministro a las cancillerías de Londres, Washington y Madrid. Viajero entre la capital londinense y la residencia que la familia tenía en el viejo París, casi cuarentón, conoció a la hija del primer ministro inglés, el liberal Herbert Asquith, una joven de diecinueve años con la que no tardaría mucho en casarse. La muchacha se llamaba Elizabeth Asquith. Elizabeth.

¿Cómo era Elizabeth?

Para conocer de un vistazo ajeno la personalidad de esta mujer, no vale ceñirse sólo a la descripción que de ella hizo Claude G. Bowers, el ya mencionado embajador de Estados Unidos ante la República de España: «Conocía yo a la princesa como autora de inteligentes novelas epigramáticas y había sabido que cuando su marido estuvo en Washington ella conquistó fama de desairar a los impertinentes. Menuda, hermosa, brillante, con chispeante inteligencia en la conversación, encontré en ella a la persona más fascinadora del cuerpo diplomático». Medio lustro después de instaurada la República, Antoine Bibesco fue destinado a Budapest. Pero su casa de Madrid permaneció abierta y en ella, largas temporadas, la princesa.

Para conocerla más hay que viajar por una sinuosa senda de vueltas y revueltas. No estamos ante una persona común. Elizabeth había nacido en 1897, era cinco años y medio mayor que José Antonio y creció en un ambiente culto, matizado por la vertical carrera política de su padre, por el éxito y el desafío[3]. Además de un precoz interés por los asuntos políticos, había en ella, como en el resto de su familia, un deseo de pasar al «lado oscuro del jardín» muy semejante al que significó el fin de Oscar Wilde, cuya orden de arresto por comportamiento inmoral firmó Herbert Asquith, el patriarca de la saga. Los Asquith parecían tentar a la tormenta para que descargara sobre ellos. Del padre, Herbert H., el primer ministro, decían que era dipsómano (también lo aseguraron del padre de José Antonio en aquel famoso acróstico que se coló en la prensa: «Primo es borracho»). La madre, Margot Asquith, escritora y mecenas, fue relacionada por la crónica amarilla de la época con Maud Allen, actriz y bailarina de gran belleza, protagonista de *Salomé* en aquel entonces; el asunto terminó en un pleito que perdió la prensa.

Elizabeth, Libby en la jerga familiar, tuvo cinco hermanastros del primer matrimonio de su padre y un hermano, Anthony, menor que ella, luego destacado director de cine; el premio más importante de los que concede anualmente la Academia Británica de Cinematografía lleva su nombre.

Desde su niñez fue atraída por la inteligencia de una manera irresistible. Sólo unos meses antes de su matrimonio tuvo una aventura

con Middleton Murry, literato y director de *The Athenaeum*. Pocos años más tarde frecuentó a Keynes y esto es lo que contó el economista más célebre del siglo a los pocos días: «La última noche cumplí con lo prometido a la princesa (Elizabeth Bibesco, la hija de Asquith), cena, teatro y *tête-à-tête*. Me llevó a la platea y en la oscuridad empezó a acariciarme sin mi consentimiento. Cuando se hizo la luz miré al lado y ¿quién estaba?, nuestro vecino de localidad no era otro que mi amigo Míster Cockerell, del Museo Fitzwilliams, ¡espero que aquello valiera para agrandar mi reputación!».

Tuvo una aventura pasajera con el pintor Quintanilla, que contó el artista en su vejez. Con poco estilo narra detalles de lo que llama un «matrimonio político», su efímera presencia en la vida de ella, y concluye: «me sustituyó en el puesto José Antonio Primo de Rivera»[4].

Elizabeth Asquith entendió al cultivado Azaña, que la admiraba y ante el que hacía el papel de *femme terrible* sin recatarse de criticarle en su propia cara. Entre sus legajos hay una referencia de la propia princesa sobre su relación con Azaña: «Recuerdo su amistad con placer. Era feo y a menudo estaba en desacuerdo con él, pero sus cartas eran una delicia. Azaña es un castellano y para mí esa palabra no admite adjetivos». De gran parecido con su sobrina nieta, la actriz Helena Bonham-Carter, escritora y valiente hasta el compromiso total con las personas a las que amaba: al conocer el proceso de José Antonio, Elizabeth logró la petición de clemencia del primer ministro británico, Stanley Baldwin, sucesor de su padre al frente de la coalición liberal-conservadora y la que imaginaba todavía más influyente de León Blum, presidente en Francia por el Frente Popular, socialista y amigo personal. Naturalmente llega a Azaña, que lo intenta y pierde.

La angustia de Manuel Azaña ante ese momento no era impostada, nacía del afecto y alguna familiaridad. La carta nos ayuda a interpretar esa relación. Esta es la traducción literal:

Madrid, 17 de marzo de 1936
Prisión Celular,
Departamento de Políticos.

Este papel, como podrás ver, no es el papel que te disgusta, con la corona y

«Estella» debajo. No hay corona ni papeles decorados aquí porque —imagina que situación tan romántica— estoy en la cárcel. Este pobre Asana es un perfecto orate. ¿Cuánta gente puede entenderle en esta inhóspita España? Fuera de ti y de mí, muy pocos. Pero tú no estás en España ahora y este idiota me pone en prisión en vez de llamarme para tener rápidamente una conversación. Este es el único aspecto que lamento (sic); por lo demás la vida en prisión (sic) es bastante deliciosa: sin teléfono, sólo una hora de visitas cada día, las horas restantes pasan despacio, la primavera comienza a poner de verde los grandes árboles de La Moncloa y la Dehesa de la Villa (que veo frente a mis ojos mientras escribo, a través de una ventana grande y soleada) y tiempo para hacer de todo: gimnasia, leer, escribir (ya verás la preciosa novela que preparo), jugar al ajedrez (¿se escribe así?). Quiero decir «échecs» (pero me temo que esté también mal escrito en francés) y hablando con cinco amigos magníficos que han sido detenidos junto a mí. Te encantarían: cada uno de ellos es un tipo humano perfecto. No han considerado su situación, ni siquiera por un momento, como un acontecimiento excepcional. No besan a sus mujeres dramáticamente cuando vienen a visitarles (a través de las rejas) y su única preocupación es arreglar convenientemente (sic) las cosas que uno necesita para no estar mal en la cárcel: jabón, una cuchilla, algo de ropa y muy pocos periódicos. También tenemos algunos libros, porque sería indecoroso (¿se escribe así?) estar sin ellos, pero rara vez leemos. No hemos tenido tiempo todavía, pues estamos ocupados preparando nuestro acomodo. No espero salir de aquí antes de un mes o dos. Sería muy desagradable mudarse de nuevo en tan poco tiempo. Felizmente, no hay temor a eso: dos procesos criminales se hallan en curso contra nosotros: uno por asociación ilegal (sic) (en el que, salvo que los jueces (sic) estén absolutamente desmoralizados por temor a nuestro pobre insensato e inofensivo amigo Asana, seremos absueltos) y otro porque dicen que yo dije que el jefe de policía tiene cuernos. Tal vez lo dije, pero no sé qué interés tiene este hombre en dejar que jueces, procuradores, abogados y gente de los periódicos hablen de esta cuestión durante un mes; hay gente divertida, ¿no es así?

La principal ventaja de mi encarcelamiento es que ahora he encontrado tiempo para escribirte una carta. Recibí un maravilloso telegrama tuyo cuando Asana llegó al poder. Puedes estar segura de que lo agradecí como si hubiese sido escrito en tu inolvidable letra; pero como estaba libre y

responsable traté de escribirte una carta larga y precisa, con el diccionario a mi lado. Por supuesto, no tuve tiempo. Ahora, que me siento culpable de grandes crímenes contra el Estado, mi vergüenza por colonizar el lenguaje es mucho menor. Ni siquiera tengo un diccionario. Discúlpame, perdóname por mi pereza y envíame algunas líneas con tus bendiciones.

José Antonio

Ni el momento más trágico debe afrontarse sin una gota de humor; esa es la máxima elegancia. José Antonio comienza riéndose de sí mismo como se divertía con la imitación que de su pose mitinera hacía Elizabeth, ese tono divertido impregna cada párrafo[5]. En su juego de palabras incluyen a Azaña que para ellos es «Asana», tal como lo debía pronunciar Libby en su español particular. Azaña está «dentro» de su microcosmos de una manera activa. No hay otra explicación para estas líneas: «¿Cuánta gente puede entenderle en esta inhóspita España? Fuera de ti y de mí, muy pocos. Pero tú no estás en España ahora y este idiota me pone en prisión en vez de llamarme para tener rápidamente una conversación». Es evidente que otras veces lo ha hecho, que le ha llamado y que se han reunido para conversar, pero ahora no cuenta con la ayuda de una intermediaria que les organice esa reunión… está fuera de España la otra persona que con él y unos pocos entienden al presidente.

Elizabeth mediaba entre dos inteligencias que no sentía contrarias. Bowers, embajador norteamericano, da más pistas: «Como ocurrían choques entre los extremistas, Azaña llamó a José Antonio Primo de Rivera, al que respetaba por su valor, y le pidió que abandonara el país voluntariamente, bajo algún pretexto, hasta que los ánimos se apaciguaran. Si en la Puerta del Sol se hubiera congregado una exaltada turba de anarquistas, el joven José Antonio no se habría sentido satisfecho a menos de montar en un caballo blanco y arremeter contra ellos. Pero Primo de Rivera se negó a salir, y Azaña lo puso en prisión, para protegerlo. Yo sé que sus amigos, y su misma familia, estaban convencidos de que Azaña, con eso, le salvó la vida». Si eso hubiera sido así, lo obvio es que la intención de Manuel Azaña sólo sirvió para diferir su final, igual de cierto que no dejó de intentarlo

hasta el último minuto; ya hemos visto su dolorosa frustración al no conseguirlo. El escritor Isabelo Herreros, histórico secretario general del partido de Azaña y fiel celador de los archivos de esa formación política, certificaba algo ya publicado sin llegar al detalle: el presidente de la República pidió al ministro de Justicia, su compañero de Izquierda Republicana Mariano Ruiz Funes, que prorrogara todo lo que pudiera el proceso de José Antonio hasta encontrar una manera de preservar su vida. Ese empeño lo desmigaba con detalles el último secretario personal de Azaña, Santos Martínez, quien aseguró a Herreros que la estima personal de su jefe a José Antonio le impelió a maniobrar hasta el último instante para guardarle.

Unos meses después de sellar la carta, en la víspera del 20 de noviembre, llega a la cárcel de Alicante un militante de Izquierda Unida, el doctor Vega, el joven médico personal de Manuel Azaña. Lleva un sobre sin remite que le ha dado Amós Salvador, superior de su partido y la única persona que tutea a Azaña fuera de su familia. El sucedido se diluía irrelevante, pero del sumidero lo salvó un periodista de raza que advirtió su valor, Enrique de Aguinaga, recordado cronista de la Villa y decano de la prensa madrileña:

> Del infructuoso desvelo de Azaña por salvar a José Antonio hay un indicio confirmado por el doctor Francisco Vega Díaz (Sevilla, 1907-Madrid, 1995) que, según sus propias palabras, no quiso «llevarse al otro mundo» el secreto guardado escrupulosamente durante cincuenta y cinco años: el mensaje que, en noviembre de 1936, entregó personalmente a José Antonio en la cárcel de Alicante.
>
> Con precisiones minuciosas, el doctor Vega relata en «Ultimidades» cómo, envuelto en extremadas precauciones y complicadas instrucciones, Amós Salvador, «antiguo y gran amigo de Azaña» le encomendó «un sobre privadísimo», sin señas, que habría de entregar en mano a una persona hasta la que llegaría siguiendo una misteriosa cadena de enlaces prevenidos.
>
> Finalmente, a solas con él, en una dependencia de la cárcel de Alicante, el doctor Vega reconoció al destinatario del mensaje: José Antonio Primo de Rivera. Como saludo, en un diálogo escueto, uno y otro recordaron sus encuentros distantes del Café de Lyon, en las tertulias de «La Ballena Alegre». En seguida le entregó el sobre.
>
> José Antonio abrió el sobre y extrajo un papel, manuscrito. Lo leyó y releyó. Sólo hizo un comentario: «No podía esperar menos de él. Lo agradezco con toda el alma». Luego añadió: «Cumplo con el compromiso,

aunque me gustaría conservar este papel». El propio José Antonio sacó de su bolsillo una caja de cerillas, encendió una y el doctor Vega deshizo la ceniza con los dedos. Antes de ser reintegrado a su celda, José Antonio se despidió del mensajero con un apretón de manos y con estas palabras: «¿Volveremos a vernos en «La Ballena Alegre»? Pienso que no…».

Después, con la misma acumulación de precisiones, Vega relata cómo dio cuenta del cumplimiento de su misión, cómo quedó comprometido a no comentarla y cómo, años después, asistiendo de un gran infarto de miocardio a Amós Salvador, que falleció en 1963, este le confesó que el mensaje que portaba era de Manuel Azaña[6].

El epílogo de esta dramática historia lo pone uno de sus dos protagonistas: ella. Como hemos visto va buscando por los despachos de los hombres más poderosos de Europa una voz que se imponga a la voz del jefe del pelotón de fusilamiento. Mientras, él habla por última vez con un periodista, el americano Jay Allen, y le recuerda que ya fueron presentados antes. Fue en Madrid. Los reunió un amigo común, el príncipe Bibesco, furibundo antifascista, añade José Antonio. Ella busca y no encuentra. Va dañando su vida al tiempo que escribe en sonetos imágenes repetidas de amor, muerte, cárcel, soledad y el amor que nada puede ante la soledad del que espera la muerte en la cárcel.

Cuando estés muerto
Las ramas, oscuras sobre
tu cabeza, apartarán el sol y el corazón dejará de latir:
la luz será vencida.
Entonces la vida, confiada,
se apagará despacio
dentro de una sombra piadosa.
Y esa paz final habrá nacido de ti.

Elizabeth, quién si no, exige la prueba desesperada del final de José Antonio antes de ceder a la fantasía de una supervivencia clandestina, preso en la Unión Soviética o guardado en una mazmorra para convertirlo más adelante en un valor cambiable, que todo eso llegó a difundirse en aquellos días[7]. Mueve otra vez sus relaciones con la diplomacia y convence al Foreing Office para que confirme oficialmente la consumación de la muerte. De nuevo es asunto callado para el franquismo, lo revela veinticinco años después Ximénez de Sandoval en las páginas de *ABC:*

El magistrado Federico Enjuto, juez instructor del sumario contra José Antonio y sus hermanos, manifestó repetidas veces en Puerto Rico —una de ellas a las personas que se encontraban en la casa de Juan Ramón Jiménez, mientras agonizaba la esposa del poeta, y por una de las cuales tengo la noticia— que, inmediatamente después de la muerte de José Antonio y de su primer enterramiento en una fosa común del camposanto alicantino, la embajada inglesa —quizá para satisfacer los deseos de alguna de las personalidades británicas interesadas en salvarle— pidió su «certificado de defunción». Por no haberse extendido este documento, Enjuto, que se había trasladado a Madrid después de cumplida la sentencia, tal vez por temor a alguna represalia, hubo de regresar a toda prisa a Alicante para asistir a la exhumación —no presenció el fusilamiento— y extender aquella certificación.

El propio Enjuto contaba cuantas veces le escuchaban que José Antonio fue enterrado de bruces y con la cabeza hacia abajo, «para que si resucitaba no pudiera ir hacia arriba»[8].

No sobrevivirá mucho. Apenas ocho años, siempre vestida de luto. Su relación sentimental se había transformado en un vínculo bien trabado, una suerte de camaradería intelectual abonada por un correo que no se detenía y del que habla admirado Salvador de Madariaga:

No conocí personalmente a José Antonio Primo de Rivera; pero sí indirectamente por la princesa Bibesco, hija del primer ministro inglés Asquith, casada con un príncipe rumano que fue ministro de Rumanía en Madrid. Y Elizabeth Bibesco me habló mucho de Primo de Rivera, a quien estimaba sobremanera, y hasta me leyó algunas cartas de él que me permitieron hacerme una opinión sobre el fundador del falangismo.

Era, desde luego, inteligente, muy inteligente; y con esa agudeza que tira más al gracejo que a la pedantería. Por este lado, pues, me pareció siempre que a Primo de Rivera le sobraban gracias intelectuales para el oficio de mandamás al que aspiraba. Y aun di en dudar si un hombre que escribía cartas tan finas, agudas y razonables, sentiría de verdad con el corazón ambiciones de mando que quizá sólo le bullían en la cabeza.

La esgrima literaria que daba forma a su relación iba a subir un escalón, lo que sucede cuando lo que encierran las misivas cuidadosas del estilo literario se abre hasta hacerse libro. Los libros son para siempre. Los ratos de escritura en la larga mesa común de la galería los ha ocupado de marzo a junio del 36 en recrear un libro que empezó a hilvanar hace tiempo; en la carta José Antonio le dice: «ya verás la preciosa novela que preparo». Alude a la segunda parte o continuación remozada de Alarico Alfós que inicia en 1924 al reclamo de un

concurso literario convocado por la revista *Blanco y Negro,* y sobre la que vuelve en 1936, tirando de los protagonistas originales a los que ha sacado del primer argumento para meterlos en su alegoría; la quiere llamar *El Navegante Solitario.* Por las pocas páginas que han perdurado sobrevuelan complicidades que una vez descubiertas liberan el fondo de la novela: su transgresora historia de amor[9].

Por supuesto Elizabeth, retada, prometió replicar con otra novela; llegó un poco tarde, pero cumplió. A tres colores, azul, rojo y un morado que le sirvió para tachar, escribió de su mano en la primera entrega:

> A José Antonio Primo de Rivera. –Dedico (tacha este «Dedico» inicial)– Este libro que te iba a dedicar sigue siendo tuyo —como si siguieras vivo (tacha «como si siguieras vivo»)— porque aquellos a los que amamos viven para siempre en nuestro corazón y mueren sólo cuando nosotros morimos.

The Romantic apareció en 1940 y para la edición definitiva alteró algo la dedicatoria manuscrita:

> A José Antonio Primo de Rivera. Te prometí un libro antes de que lo comenzara. Es tuyo ahora que está acabado. Aquellos a los que amamos mueren para nosotros sólo cuando nosotros morimos[10].

El primer ejemplar que entró en España de *The Romantic* arribó a Barcelona, perseguido incansablemente por Juan Echeverría Puig; pasó por Madrid y llegó luego a su mejor destino, Sevilla, donde lo esperaba Antonio Rivero Taravillo, el original poeta andaluz que hablaba gaélico, guardián de Luis Cernuda, traductor de Shakespeare y Yeats, y conocedor profundo del más profundo José Antonio. Antonio pasó este libro al español.

Fue su última obra; jamás volvió a escribir Elizabeth Bibesco. Releía la carta que recibió a finales del 36. Estaba fechada a 19 de noviembre. Faltaban horas. Al conocerla, su prima Marthe, también Bibesco, también escritora, también princesa, también libre actuante, dejó su impresión en un ensayo:

> José Antonio Primo de Rivera, en la víspera de su ejecución, escribió a Elizabeth Bibesco desde su prisión. Ella me dio a leer esta carta; no conozco homenaje más noble rendido al espíritu de justicia de una mujer por un hombre que sabe que va a morir[11].

Elizabeth Asquith, princesa Bibesco, murió en tierra rumana en 1945. El estudio de sus archivos, la correspondencia de esos años, muestra una profunda devastación. La mujer vestida de negro había dejado de llevarse bien con la vida. Más de medio siglo después, a principios del XXI, estuvimos con su única hija, Priscilla, en la histórica mansión de los Bibesco, el 45 del parisino Quai de Bourbon. Un ligero temblor domina el movimiento de sus manos, le acompaña una prima locuaz y algo más joven. Priscilla es muy dulce, una anciana llena de calma.

¿José Antonio Primo de Rivera? Priscilla sonríe y como para sí contesta: «Ah, José Antonio, qué hombre José Antonio». No añadió nada más Priscilla Bibesco[12].

19 de marzo de 1936 – Jueves.

Su santo en la cárcel y una duquesa

Fue un sueño ayer, mañana será tierra.
¡Poco antes nada, y poco después humo!

FRANCISCO DE QUEVEDO

Mi santo en la cárcel: enormidad de visitas, hasta el aturdimiento. Por fortuna las visitas solo duran una hora; luego vuelvo a nuestra galería de políticos como quien vuelve a casa. A Valdés le han puesto en libertad, según nos han dicho; lo han llevado a la Dirección, según un papel que mandó su hermano. Lo curioso: está procesado como nosotros y el juez lo considera en rebeldía, pide a la Policía que lo traiga y la Policía, que lo tiene aquí, lo suelta o se lo lleva a la Dirección en vez de comunicar al Juez dónde lo tiene. Miguel viene a verme y me dice que, según se afirma, Azaña, a raíz de las elecciones, 1.º de abril, va a entregar el poder a los socialistas. Esto es serio: nos cogerían aquí encerrados y nos degollarían. Hay que tomar precauciones. Julio y Rafael no creen que esto vaya a pasar. Por la tarde trabajo. Alrededor de la mesa, donde todos leen o escriben, bajo una triste luz con pantalla de papel de barba, flota como un vago malhumor. Montones de cartas y telegramas. No está, ni puede estar entre ellos el único que me importaría…

El único mensaje que le importaría no va a llegar porque ni está ni puede estar la carta o el telegrama de una mujer casada, el amor básico de su existencia, Pilar Azlor de Aragón, duquesa de Luna. Es importante añadir el título porque esa de la desaprobación paterna por

el escaso fuste del título de Estella que heredaba José Antonio fue la razón que la tradición oral ha encontrado para explicar la ruptura de José Antonio y su novia. Un título entre un ciento de ellos: Pilar Azlor Aragón, Guillamas, Hurtado de Zaldívar y Caro, duquesa de Luna y de Villahermosa, con señorío en Huesca[1] y palacio en Pedrola, fincas en Loyola y Zarauz, en Daimiel, Esplús, Monflorite, Javier y otros muchos lugares; rubia boticcelliana e inductora de cuatro o cinco leves atentados ecológicos, tantos como árboles agujereó a balazos su antiguo novio al coincidir con ella en el Parador de Gredos. José Antonio empezaba el Consejo Nacional, la de Luna su viaje de recién casados. El joven político había convocado a la Junta del Partido en la sierra para definir en común la trayectoria a seguir. Llegó cuando atardecía el 15 de junio, se aseó —vamos conociendo el protocolo de sus costumbres— y bajó a cenar. A ver qué camarada anda por el comedor. Pero a quien se encontró fue a su novia —años de noviazgo — junto a su marido. Y aquí conviene la reflexión sobre la influencia de las conmociones personales en el devenir de la historia. En la historia misma. Al día siguiente, en la charla de los riscos ante sus compañeros, José Antonio Primo de Rivera hizo una exposición bien orientada de lo que iba a ser el futuro próximo de España; les pronosticó que Largo Caballero no cejaría hasta implantar una dictadura de corte estalinista y fue el propio líder socialista quien le dio la razón nada más conocerse el resultado electoral de febrero del 36: «habrá soviet en cuanto caiga Azaña»[2].

Anticipó que se llegaría a la guerra civil como respuesta insoslayable y eso también sucedió. Lo que cuesta interpretar es la solución con la que se presentó por la mañana, jamás comentada en el ámbito falangista, nunca antes y nunca después pasada esa semana de reuniones montañesas. La aceleración que de sus planes revolucionarios experimentó la noche previa, y con los que sorprendió a todos sus camaradas en el encuentro del día siguiente, podría encontrar en el *shock* emocional la respuesta más próxima a Guillermo de Ockham, su navaja y la teoría de la parsimonia. Tendrá difícil demostrar lo contrario quien quiera encontrar una explicación más probable que esta, la más sencilla.

Pilar Azlor de Aragón (colección privada).

Esa noche larga y desvelada quizá le llevó en moto hasta Javier, la casa donde pasaba veranos Pilar y él la visitaba. El palacio en el que murió Pilar con más de un siglo. Llegaba en su motocicleta hasta «la chopera que bordea el Aragón, el río por el que bajaban almadías del Roncal» camino de Jaca. En las crónicas escritas del pueblo navarro quedaron los paseos con su chica, fijados en el recuerdo de las vecinas que entonces eran muchachas y con las que se cruzaron a la sombra del castillo del segundo de Loyola, Francisco Javier, antepasado de los Villahermosa[3]. Pilar era culta, políglota y lectora, sabía emocionarse con una carta bien escrita; el hombre jugaba con ventaja. Y seguro que esas emociones compartidas asomaron sin parar en la segunda noche más larga de su vida. Pero algo de serenidad en mitad de la tormenta, no es sencillo, le ayudaría a admitir que para una mujer de aquel tiempo casarse con veintiséis años era hacerlo a una edad casi provecta. Pilar había aguantado; quizá aguardara algo que, metida en política la contraparte, había concluido por ser imposible. No iba tan perdido el padre cuando intuía un carbonario en el pretendiente que le había salido a la niña. Cómo imaginar una relación capaz de aguantar la vida que estamos conociendo.

El marido de Pilar Azlor era noble de la alcurnia más alta, muy próximo a la casa de los Borbones y marino, Mariano de Urzáiz, conde del Puerto. El hombre al que saludó José Antonio Primo de Rivera cuando entró para cenar en el comedor del Parador de Gredos.

La explosión ante una noticia preocupante tiene su tiempo de

cocción en el comportamiento de José Antonio. A velocidad lenta. Distinto a lo que le provoca la dejadez, la indisciplina, la injusticia… lo que atenta contra su orden mental. Ahí es donde aparecen sus raptos de furor que encontraron una definición afortunada para describirlos: cólera bíblica. Afortunada para él que se regala un calificativo ejemplar, bíblica, en lo que es, sencillamente, un exceso. Cólera, a secas. Con una capacidad apreciable para compensar su arrebato, la de la reconciliación. Que es un don. El profesor Emiliano Aguado lo ejemplificaba bien en la narración del reencuentro con Ramiro poco antes de su traslado a Alicante. Se repite en su vida: no mucho antes del sonado abrazo a Indalecio Prieto que escandalizó a las derechas había saltado de las filas altas del Parlamento un ciclón nacido en la calle Génova, casi esquina Colón. Si no se juntan varias bancadas para convertirse en muralla, don Inda noqueado. Se había permitido deshonrar la obra de su padre.

La nueva que le ha traído Miguel le preocupa, la irrupción del largocaballerismo ante la posible dejadez de un asustado Manuel Azaña tendría una inmediata consecuencia: el descuido temporal de la cárcel Modelo de Madrid para fabricar una jornada sangrienta, rentable en términos de comodidad para el nuevo régimen: eliminados físicamente los enemigos más audaces y aterrados los demás tras el exterminio de los primeros.

El malestar de la noticia que ha compartido con los suyos amarillea la tarde como la luz declinante de la vieja lámpara. Había previsto también la neurastenia.

No ha llegado el telegrama. No ha llegado la carta. No podían llegar. Ha llegado la amenaza.

20 de marzo de 1936 – Viernes.

La fuerza cipaya

Con aquella cargazón, alta y picuda
como la montaña de Gáldar, malamente
se podía esperar nada bueno.

PANCHO GUERRA NAVARRO

No sé de fijo en qué lo noto, pero la cargazón de mal humor aumenta. Ninguno está alegre, como los primeros días, y todos extremamos la cortesía porque sospechamos que nos vamos exasperando unos a otros. De Julio me separa la esencial antipatía de siempre: es grosero, audaz, llena demasiado sitio, opina, escribe, elogia su propia clarividencia sobre política internacional, por ejemplo, y manosea los corchos de las botellas. Rafael, el más agudo de todos, ya ha captado mi mal humor, que disimulo cuanto puedo, y ha descubierto medios sutiles de ponerme nervioso, a pesar de que yo no se los he dicho, por ejemplo, hacer ruido para comerse una galleta.

Miguel ha estado aquí. Ha hablado con el aviador i., como ayer le encargué, y le ha pedido que le arregle la entrevista diplomática. Espléndida acogida y mucha probabilidad. El aviador enjuicia la cosa igual que nosotros: todo grave. Decidimos tomar precauciones por si viene la turba. Goicoechea ha estado por la mañana, amabilísimo y en Babia como siempre. Dice que pasado mañana es la cosa (no le creemos) y para mañana tenemos que hacer algo. Le contestamos Julio y yo con evasivas. ¡Todavía! Siguen pensando que

esta es una tropa de alquiler al servicio de la derecha y de los generales.

Es edificante que, en la mayor intimidad, sin pretensión de lectores, cuide el idioma como lo cuida. Cargazón, qué hermosa palabra para añadir a las quinientas en las que encerramos nuestro vocabulario particular. Ni una falta de ortografía, ni una coma burlada. Cargazón. Lo había previsto cuando avistó la posible neurastenia que el encierro acarreaba. Se necesitaba una mala noticia para que asomara y esa había llegado en la víspera con la previsible cesantía de Azaña a favor de la izquierda radical, lo que terminaría pasando sin que fuera necesaria la dimisión formal del presidente. Todos empiezan a preocuparse por sus vidas —hasta ese instante la sensación era más de escapada a un balneario— y de golpe se abalanza una sombra de muerte real sobre cada uno. Muy contentos no van a estar, aunque lo combatan con buena educación «extremando la cortesía». La certeza de que puede darse un asalto a la cárcel les induce a precaverse. Seguro que no con un tenedor afilado; eran los primeros tiempos de reclusión, mucha gente entraba y salía a la hora del torno, con la comida cabía algo más que unos filetes y dos botellas de Valdepeñas. No había guerra fuera, ni había extrema vigilancia política dentro. Toman precauciones y, si viene la turba, no va a salirle gratis la faena. Desde el ataque a Jiménez de Asúa han ardido iglesias, muerto ciudadanos ajenos a la batalla partidaria y el viento mueve ponzoña.

José Antonio está satisfecho de la eficacia de Miguel en la gestión que le ha encargado. La denomina «entrevista diplomática» porque habla en clave hasta con él mismo. Miguel va a encontrarse con alguien que le llama Miguelito. Un amigo de antiguo que no ha roto su relación con él, aunque haya dejado de tenerla con su hermano. Juan Antonio Ansaldo Vejarano. Desde la intentona monárquica, Ansaldo y José Antonio pueden estar mezclados toda una tarde con el mismo grupo de amigos sin dirigirse la palabra. Pero no desconocen las capacidades del otro y al jefe falangista le viene bien el arrojo del *Rubio* —facilón hipocorístico para alguien con el pelo pajizo—, su avioneta y el afecto que guarda a alguno de los que fueron sus

subordinados durante unos cuantos meses. Les va a hacer una importante faenita de aliño: en dos días sacará de España a los tres estudiantes buscados por el atentado contra Jiménez Asúa y la muerte de Gisbert, su escolta.

De los cuatro jóvenes que atentan contra Jiménez de Asúa, tres, Alberto Aníbal, Guillermo Aznar y Alberto Ortega, son alumnos del catedrático en la misma clase de su camarada Juan José Olano, asesinado a sangre fría en la víspera junto a su amigo Enrique Bellsobell cuando salían del cine. Consideran a Asúa inductor del crimen. El cuarto era el jefe directo de los tres, José María Díaz Aguado. Aciertan los autores que afirman que fue un atentado improvisado por amigos de cuya preparación nada supo José Antonio[1]. No hay más que retroceder a la reunión que el meticuloso jefe de la Falange tiene en la tarde del 12 para deducir que disponía al lado de gente de confianza bregada en la acción directa a la que encargar una vindicta tan compleja, no a unos muchachos a los que se les cala el coche en la huida, el automóvil que habían birlado al hermano de uno de ellos, y disparan con pistolas que se encasquillan.

Por todos va a pagar el primer residente de la DYA (Derecho y Arquitectura), en la calle de Ferraz 50, la casa en la que Escrivá de Balaguer basó el incipiente Opus Dei. A Alberto Ortega Arranz no le sacan un nombre de los que le acompañaban y le caen treinta años; firma la sentencia el juez Pedregal, que unos días después es atacado al salir del metro en la puerta de su casa. Los agresores, falangistas, le disparan a quemarropa, a las piernas, le parten el fémur y muere desangrado[2]. José Antonio escribe a Alberto Ortega de cárcel a cárcel en abril de 1936. Le abraza «paternalmente» en la despedida: Ortega era huérfano de padre y madre. Recibe los ánimos de su jefe en el penal de Santoña; en diciembre lo despeñan por un acantilado próximo atado a una piedra[3].

La evasión está repleta de peripecias, pero una semana después los tres están lejos; jamás pisarían una prisión. Ansaldo ha cumplido. Cómo lo hizo y cómo fue a parar al mismo sitio de siempre, Biarritz, va contado en sus más que interesantes memorias dizque narradas por su caniche. El grado de inquina que le guardó a José Antonio Primo de Rivera no disminuyó jamás, pero enloquece cuando trasladan sus

restos al Monasterio del Escorial, panteón de reyes. Que tuviera que ver él, un monárquico recalcitrante, cómo colocaban al otro para la eternidad entre Carlos I y Felipe II esquina Alfonso XII de Borbón… pensarlo, saber que la historia daba tratamiento de rey a aquel rival de tantas cosas que aborrecía al rey… el cortisol se convierte en tinta sobre el libro que le imprimió la editorial del nacionalismo vasco en Argentina[4].

Juan Antonio Ansaldo (colección privada).

Algo parecido al estrépito de lo de Asúa, que monten una gorda, parece pedirle Antonio Goicoechea, el líder de Renovación Española, que al terminar la guerra fue algo que le venía al pelo: gobernador del Banco de España. Pero en tanto la ganan, la guerra, se dispone a organizarla a razón de un golpe cada día. Se ha presentado en la cárcel tan correcto como siempre y tan despistado que puede haberle sorprendido la floja acogida de sus interlocutores presos. José Antonio, al que el antiguo colaborador de su padre tiene un evidente cariño, dice que don Antonio no se entera. En Babia, está. Por si las moscas, «para entrevistarse con él» se lleva a Julio, que le tiene mohíno, pero del que no puede prescindir cuando se trata de algo más o menos serio. Claro que su militancia en el gremio de los escrupulosos severos —y el conocimiento del personaje— le lleva a pensar que el más listo de todos, que es de Bilbao, se ha pispado de su debilidad y le cruje las galletas con el sonido irritante del masticar escandaloso que conoce bien esa mayoría ciudadana enemiga de las palomitas en el cine.

En su disloque del viernes 20 de marzo, José Antonio carga contra el que le está arrasando el orgullo con la historia del ajedrez, ninguna tontería para un carácter ganador. El ajedrez no es sólo un deporte, un juego de mesa, una distracción reflexiva: es un duelo intelectual entre

las mentes capaces de entender sus secretos. Así que Julio, victorioso, se vuelve un ogro grueso y antipático que habla de su visión de la escena política en el mundo mientras manosea un corcho, que por lo visto no es correcto. La realidad se acerca más a la definición que hizo de Ruiz de Alda su adversario en la claramente enfrentada Junta de la Falange, Raimundo Fernández Cuesta:

> Julio era la nobleza hecha carne, y esta nobleza y la sinceridad con que decía cuanto pensaba le acarreó amarguras y sinsabores, pues juzgaba por él a los demás hombres y creía que todos eran de condición análoga a la suya. Temperamento de mando y de capitanía, acató sin embargo desde el primer momento y sin reserva alguna la de José Antonio, quien correspondió a la leal colaboración y consejo que le prestara con fraternal afecto. Su optimismo contagioso, su decisión inquebrantable, su generosidad sin límites y su carácter abierto y de efusiva rudeza hacían de Julio camarada predilecto y al que toda la vida se ha de recordar con emoción[5].

Si bien tiznado de obligación protocolaria, hay un aroma de sinceridad en lo que dice de Julio y retrata bien al personaje. Tiene mérito porque se podía haber despachado con algo más etéreo que velara la sinceridad brutal de Alda como rasgo primero de su temperamento, y lo tiene en mayor medida porque Raimundo, igual que Valdés, está cómodo en el franquismo desde el que escribe estas líneas, lejos de lo que quería la Falange de Ruiz de Alda y Primo de Rivera. Julio era un revolucionario con otra idea, más elevada, de lo social y de España. Como José Antonio:

> «¡Todavía! Siguen creyendo que esta es una tropa de alquiler al servicio de la derecha y de los generales».

21 de marzo de 1936 – Sábado.

Campanas de boda

Las campanas de Roma
ya repicaron
porque los peregrinos,
mamita,
ya se casaron.

FEDERICO GARCÍA LORCA

La comunicación esta mañana ha sido más agradable que nunca: ha venido Leticia con sus dos chicas (Cristina está maravillosamente guapa), Trina, Marichu… Pero sobre todo —lo que menos me esperaba— con las cuñadas de Fernando ha venido Bidy. Ha estado silenciosa y sonriente a todo lo que le he dicho. La autoridad de estar entre rejas me ha permitido con ella una campechanía que acaso fuera de la cárcel hubiera entorpecido mi timidez. Ella estaba como contenta de que me ocupara de hacerle bromas, cosa que hice cuantas veces me dejó la muchedumbre de las visitas. La he recordado todo el día, como con un anticipo de aquellas vagas llamadas nupciales que ya sentí la primavera pasada. Por la tarde ha venido Miguel que está comportándose con una lealtad sobria, alegre y viril ejemplar. Me dice que cumpliendo un encargo que le di, rogó a Goicoechea aplazaran lo pensado, pues creo, con Julio, que eso no se puede hacer en frío. Dentro de la cárcel la tirantez, durante la mañana y el almuerzo, era insostenible. Todos la adivinábamos con temor y procurábamos disimularla. Sin embargo, ni Rafael ni Julio ni acaso yo podíamos sustraernos, de vez en vez, a la tentación de decir algo desagradable. A las ocho ha vuelto Valdés,

que ha estado dos días en la Dirección. Su presencia clara y leal ha recompuesto el círculo de la cordialidad. Desde entonces, todos, como reconciliados, hemos hablado y bebido hasta tarde, alegremente.

Pasa como una brizna, un pellizco del corazón, pero Bidy —Biddy en realidad— es un personaje cargado de sincronicidades aliadas de golpe a su alrededor. Un entreverado difícil de imaginar, casi cuántico, fascinante de conocer. Su presencia resta toda la importancia a que durante un rato siga espeso el ambiente y se libere con la vuelta de Valdés, un tipo amigable y que tiene entre sus virtudes la de vivir con espíritu deportivo, mucho tiempo en un vestuario, un sitio difícil y maravilloso, y acostumbrado a ganar pruebas por relevos donde las virtudes y los defectos son del equipo por encima de las de sus miembros. Lo arregla en un pispás, Manolo Valdés, y brindan por ello hasta que les dan las tantas[1].

Negociado Goicoechea entre líneas: que la derecha venga con propósitos que no se aceptan es lo de todos los días. La novedad es que se les ruegue que no sigan por ahí, de momento al menos.

Ha estado Bidy con las cuñadas de su hermano Fernando; son ya las hermanas pequeñas de su antigua pandilla. Y todo cascabelea hasta el reconocimiento de su particular epifanía primaveral: llega la estación de los amores y recuerda que en la anterior brotó; la ilusión tiene sonido de campanas y a lo lejos suena a boda. ¿Fue Bidy quien hizo repicar al fondo de él las campanas? Si no fue ella entonces, que seguramente sí, es ella ahora quien las agita.

Bidy es Brígida Queralt y Gil-Delgado; Biddy Santa Coloma para los salones de té de los palacetes aristocráticos y las enredaderas de sus jardines. Lo de Santa Coloma por el condesado, naturalmente. Va a cumplir diecinueve años, catorce menos que el galán, y reúne las condiciones que parecen componer el perfil ideal de su secreto pretendiente. Es muy probable que aquel temblor de la fibra cordial que le sobrevino en la última primavera tuviera una fecha exacta, una irrupción teatral. No sería la primera vez que mandaba flores al camerino[2].

Brígida Queralt y Gil-Delgado (colección privada).

El 13 de junio de 1935 volvía a los escenarios José González Marín, el fenómeno de masas que abarrotaba los teatros españoles; retornaba dos días antes de su reaparición oficial dando una función benéfica en el teatro Calderón de Madrid. Había estado muy enfermo, y ya recuperado calentaba el temple regalando un llenazo por una causa justa, muy de él. Para completar la gala contaba con una compañía de esforzadas jovencitas que llevaban meses preparando su salto a un escenario de bandera desde los teatrillos familiares de la burguesía madrileña. Su papel iba un poco más allá del que tiene un figurante en una obra coral, pero si nos ponemos, nos ponemos. Una primera parte del acto estaba dedicado a Andalucía, la segunda a Castilla, el colofón a Madrid. Las chicas daban movimiento a la palabra como si fueran un fondo regional con los trajes de sus provincias.

Biddy era una de ellas.

González Marín había estudiado Derecho y luego llegó al mundo del teatro. Un tipo inquieto, fue uno de esos rarísimos actores que un día deciden dejar de serlo y aciertan. Había encontrado una variante natural: no iba a dejar las tablas, cambiaría de registro: iba a inventar una nueva forma de recitar. Volvía la rapsodia. La memoria descomunal del malagueño —era de Cártama— y su capacidad para definir al poeta por su manera de recitarlo, le ascendieron a la cumbre por la vía más simple: sólo talento; él era la compañía entera. Escuchabas a Pemán, a Rubén Darío, a Rafael Alberti en la voz del rapsoda, en su declamación, en su gestualidad, y veías a Pemán, a

Rubén, a Alberti. Esos tres estuvieron esa noche, vivos en sus versos, bordeados por la decoración de Fontanals; con ellos, Cossío, Fernando Villalón, Tomás Borrás y bastantes más. De la organización se ocupaban los gemelos Urquijo, Bolarque para la concurrencia, que habían seleccionado el repertorio con su invitado. Pero el poema deslumbrante en la velada por aclamación popular fue el de un amigo querido para el recitador: «Los Pelegrinitos». De Federico García Lorca.

González Marín entendía muy bien el alma de Federico y tenía buena relación con José Antonio. Terminaría afiliándose por el acoso embromador del jefe falangista que cada vez que coincidía con él le preguntaba que si le hacía la ficha ahí mismo. Su chófer, Antonio López Plana, fue de menos dudar; el rapsoda le dio largas, pero —nos cuenta Jesús Cotta en *Rosas de plomo*— Antoñico ninguna: «Don José Antonio, a mí sí me puede apuntar usted ahora mismo. Me ha emocionado con sus palabras». Antonio López, *Antoñico,* era también ayudante escénico del artista y su hombre de confianza sobre cualquier otra cosa, el discreto conductor del Hispano Suiza de segunda mano que iba a buscar a Federico y José Antonio para aquellas cenas que se daban los viernes y con las que escandalizó Gabriel Celaya a la ortodoxia política del país y de unos cuantos países más[3].

Tenían cosas de qué hablar. Federico tenía un hijo: La Barraca, su compañía teatral formada por universitarios. José Antonio Primo de Rivera evitó que se lo mataran al conseguirle la subvención que le permitió respirar. El Gobierno de la derecha había decidido eliminar la ayuda ministerial para que el grupo colapsara; durante todo 1935 se acompaña de una operación de descrédito en los medios afines, pero la manduca del fin de semana va a crear una alianza que dobla el brazo a la reacción. Lo que nos permite inducir la agenda tras mostrarnos la faceta interlocutora de Portela Valladares es que la mejor vía para solucionar un problema serio era la de quien ocupaba por aquellos días la Presidencia del Gobierno. Y que seguramente le llamaría a él para arreglarlo. Portela o no, el hecho es que José Antonio salvó La Barraca al final del año (todavía en agosto, Lorca se lamenta del bloqueo en la Universidad de Santander). A regañadientes lo admite en sus memorias *Paco el Caballero,* diplomático y lo que es más destacable, hermano de Federico García Lorca[4].

José María Alfaro fue de los pocos consejeros de la Junta que escaparon de la detención. A lo largo de la guerra, esa capacidad evasiva se manifestaría de una manera asombrosa. Su vida por etapas hubiera dado para una apetitosa biografía, pero él, escritor consumado, la entregó al silencio. Como pequeños regalos iba soltando vivencias cuando pensaba que era llegado el tiempo de mostrarlas. Un día de primavera, que ha salido caluroso, camina por Madrid con la panda: el virtuoso Regino Sainz de la Maza, simpatizante de su causa; el pintor Olasagasti, aún más cercano, y su entrañable Díaz Caneja, también pintor, comunista. Los acompaña Federico García Lorca, afanado por entonces en terminar *El Público,* su inconclusa obra póstuma. No está otro de la peña que es un fijo si anda por Madrid, José Manuel Aizpurúa, el arquitecto del Náutico de San Sebastián, que con eso de ser jefe de Prensa y Propaganda de la Falange baja a menudo al Foro y tiene casa en Velázquez 31. A Aizpurúa y Caneja los ha retratado Olasagasti en dos cuadros impresionantes por la profundidad premonitoria que encierran. Caneja, en la neta melancolía del derrotado; Aizpurúa, atravesado.

No tenía remilgos el poeta con esa pandilla de mayoría falangista y lo mismo acompañaba a Sainz de la Maza a la misa dominical que les montaba una federicada, eso que pasó a llamarse *performance* por un sobrino de Federico, Andy Warhol. Que nos cuente Alfaro como les presentó su trabajo final: «Federico era una fiesta… Habíamos almorzado en La Arrumbanbaya —una taberna, por entonces, muy literaria— de la calle de la Libertad. Subiendo por la de Ayala, Lorca se quejaba de la temperatura con insistencia. Y al llegar a su piso se quitó toda la ropa, preguntándonos si no nos molestaba que se quedara así…». Y como Dios le trajo al mundo les leyó *El Público* de arriba abajo y luego pasaron al debate[5].

José Antonio cenando con Federico, la cuadrilla de marcha por las tabernas literarias… Demasiada cercanía y mucho humor como para que pasaran inadvertidos en una ciudad estrecha, que así era aquel Madrid; esa suma se llama complicidad. La Barraca ha cambiado de jefes porque su madrina, la Unión Federal de Estudiantes Hispanos, ha sido desbancada del mando de la FUE por los BEOR (Bloques Escolares de Oposición Revolucionaria) de militancia comunista. En la Secretaría

de la organización trabaja quien años después sería notable crítico literario en *El País,* Jorge Renales, Jorge Campos para la firma. A principio de la primavera del 36 asiste a la expulsión de Federico, destituido de la dirección «por no fiarse demasiado de sus relaciones políticas». Helo ahí[6].

Que Federico no era de nadie porque quería ser de todos resultaba inadmisible para la izquierda y la derecha. La derecha le aborrecía profundamente; una parte de la izquierda se estaba sumando al odio con fruición. En la última entrevista que le hace Bagaría se asusta de lo que ha respondido sobre los comunistas y corre para que quiten esa parte. Juan Ramón Jiménez acusaba horrorizado y llamaba por su nombre, infame, a la caricatura de Manuel del Arco que con veintidós años tiene complicado oponerse a la línea editorial del *Heraldo,* muy atenta al voceo de las consignas del frentepopulismo más radical. Coloca en la diana a un Federico vestido de primera comunión. La publican el 18 de julio; Lorca huye hacia la muerte. A José González Marín le aleja de ella una gira por América. José Antonio ya está en Alicante.

A José Antonio y Federico les había presentado José Díaz Ambrona, alumno de la Residencia de Estudiantes, al final de un partido de fútbol que jugó José Antonio en la Colina de los Chopos en 1921. Allí se conocieron el poeta espectador y el delantero del equipo de la Facultad de Derecho. Podía haber sido en un teatro; fue en un campo de fútbol[7].

Todavía resuena la ovación del público en pie; ha pasado Federico por el teatro Calderón, actúa González Marín.

Los dieciocho años de Biddy convocan las miradas de la clá, que esta vez es todo el aforo, idéntico en su extracción social, muy parecido en modos: madrileños del centro, pisos de techos altos, servicio heredado de sus mayores y bailes en el Kursaal de San Sebastián dentro de un par de semanas, que llegaba julio. Las demás chicas seguro que también tienen su público además del directamente familiar. Entre los que se fijan en Brígida Queralt, si fue a arropar a su gente, José Antonio Primo de Rivera, el hermano del cuñado de sus mejores amigas. Mayor, pero no tanto para lo que se llevaba cuando se cruzaba un buen partido. De hecho, lo fácil es que ya tuviera atado un novio de

ese fuste cuando visita a José Antonio en la cárcel, porque apenas un año después del coqueteo entre barrotes Biddy se casa con un noble guipuzcoano y antes de dos es madre. Su marido, ocho años mayor que ella, murió pronto y ya en la década de los sesenta vuelve a casarse en Madrid.

Tuvo una vida activa, sin que en la familia faltara alguna tragedia que ennegreció de dolor su tiempo donostiarra. Pero esta tarde de junio del 35, sobre el escenario, estaba ayudando a que un presumible espectador, contrafamilia de sus amigas, se olvidara de lo que exactamente a la misma hora estaba sucediendo en la capilla privada del palacio de Villahermosa. La dueña y heredera de los títulos, preguntada por el capellán de la casa, decía que sí en jueves, 13, a su vida futura. Vestía la gentil desposada elegante traje blanco de raso y finísimo velo de tul, que realzaba su franca belleza, decía la prensa de Pilar Azlor, justamente en la noticia siguiente a la del debut de Biddy Queralt[8].

La generosidad de José González Marín tenía un objetivo: ayudar a un colegio. Brígida Queralt y todos los que estaban allí esa noche dejaban lo suyo por ayudar a una escuela del extrarradio madrileño, refugio de huérfanas allá donde moría la capital, cruzado el río, y nacía el municipio de Carabanchel a este lado de la carretera de Extremadura. El colegio de María Cristina, en la calle Antillón.

La potente recaudación va a mejorar las instalaciones que cuidan desde hace un siglo las monjas encargadas. Pero por el tiempo en el que José Antonio escribía su diario desde la cárcel madrileña, los comunistas del puente de Segovia que tenían las cosas claras requisaron el edificio; en un alarde de amable democracia cedieron los dos pisos altos a los partidos del Frente Popular y se quedaron los de abajo. Y el sótano, especialmente el sótano. Un subsuelo lóbrego con una bañera al fondo a la que dar uso. Lo que entendían por higiene los nuevos dueños era colgar a un ser humano de una barra sobre ella y desangrarlo despacio, cuatro días cortándole tendones, en una operación matemática que calculó la autopsia: 91 puñaladas y sólo dos mortales al final:

> Resultando que el Juzgado […] instruyó sumario […], por haber sido

> hallado el día cinco de Julio del mismo año [1936], en el camino Bajo de San Isidro de este término municipal, el cadáver de Don Justo Serena Enamorado, Teniente de Complemento de Infantería y vecino de Madrid, en el que se observaron noventa y una heridas producidas por instrumento cortante en diversas partes del cuerpo, de las que únicamente eran graves las de la parte anterior del pecho y mortal de necesidad la que le lesionó el corazón, causadas todas por mano ajena y las mencionadas de pecho y corazón con posterioridad a las otras y con propósito de producir a la víctima un sufrimiento mayor y prolongado[9].

En la pieza de al lado se oían los gritos de otro falangista, hijo del dueño del Circo Price, dieciocho años; la misma práctica sin bañera debajo. Más rostros deformados ni siquiera encontraron la piedad estadística, simples nombres desaparecidos en la antesala de la guerra. No, no había empezado la guerra. Pero las checas ya se habían puesto a funcionar. El director general de Seguridad no precintaba esos comités de salud pública.

22 de marzo de 1936 – Domingo

El día del señor

Cristo, el de las manos abiertas,
el de los ojos como trigo tierno,
pasó entre los hombres dejando
una claridad de muerto recién llovido.

GABRIELA MISTRAL

Hemos oído misa en la capilla de los condenados a muerte como el día de mi santo. En la capilla hay un crucifijo rodeado de impactos, de un centinela que acribilló a tiros la puerta, frente al altar, en una noche en la que el viento la movía. Junto a la capilla el cuartito donde esperan los que han de ajusticiar. Sin duda para animarles hay en la pared, amarillento, un cuadro de papel con la lista de los asistidos por la Cofradía de la Paz y la Caridad desde 1800 a 1867: unos setecientos. Entre los presos que oyen misa está Hornachuelos: está encanecido, gordo, fofo, y con una cara impresionante de tristeza y degradación. Comulga (como el día de S. José) y no sé que tiene el espectáculo de hipócrita y repelente. Nos dan un susto: ordenan a Valdés que se traslade a una galería de comunes porque solo está encartado en el asesinato del Policía que acompañaba a Asúa. Protesto, incluso airadamente ante el Ayudante de servicio, pero en vano. Miguel, a mi ruego, logra convencer al Director de que Valdés solo está procesado hasta ahora por asociación ilegal, como los que estamos en políticos. Al fin, después de haberse trasladado, vuelve. Entra cuando acabamos de cenar juntos los de esta galería de políticos y los de la otra: nueve muchachos nuestros, dos tradicionalistas y un abogado de la CNT que fue confidente de Martínez Anido. Los convido a todos.

Este hombre, el dueño del Diario, ha leído mucho. Conoce a Edgar Allan Poe y a Jack London. Ha leído tanto que no puede escribir mal. Ni sabe ni se lo consentiría, pero es en el terreno del humor y el sarcasmo donde mejor se desenvuelve. Igual que en la poesía, cuando se deja ir por la línea salada vuelve su prosa especial. Ha escrito bastantes versos adolescentes y unos cuantos juveniles. Correctos y cursis, como debe ser si no estás tocado por el Estro. Otra cosa es cuando utiliza sus gotas de arte para defender el honor de las sopas de ajo frente al yantar del Nuncio en la embajada o para fulminar el prestigio de un docente pedantón:

Calva lustrosa, blanca pelambrera,
Barba mefistofélica y picuda,
Prominente frontal, nariz aguda,
Mirada de rabino, sorda y fiera.
Le suelta cuatro "Buonos" a cualquiera
Cuando al tomarle las lecciones duda,
Sus nociones jurídicas ayuda
Con refranes de usanza callejera.
Suele bajar de un tres de mal talante,
Después, con el librito por delante,
Nos toma la lección desde su trono
Y cuando alguien le mete algún camelo
Se queda estupefacto, mira al suelo,
Cambia la voz y dice: "Buono, buono".

¿Qué tienes en el cráneo, oh gran Benito?
¿Cuál será la materia que se esconda
bajo tu calva olímpica y redonda?
¿Corcho? ¿Tal vez serrín? ¿Tal vez granito?
Miñana, que domina lo infinito
Con su imaginación potente y honda
Dice que hay algo en la intricada fronda
De tu cráneo desnudo y monolito,
Pero ni Dante, que intuyó lo eterno
Imaginando el cielo y el infierno,

Ni Calderón, ni Bergamín, ni Prida,
Cuando contemplan tus craneanos huesos
Se atreven a jurar que hay dulces sesos
En su triste oquedad desconocida.

Asunto vital que despacha en un momento gracias a una habilidad poco común para la respuesta improvisada y para la rima si es menester. Aumenta su prestigio ante la grada estudiantil.

El damnificado de este alarde de poesía satírica fue don Lorenzo Benito, profesor de Mercantil; el necesario cómplice para las risas, además del mentado Miñana que tiene papel en la obra, otro compañero de promoción llamado César Contreras, luego abogado del Estado, que los guardó siempre y cuya hija Elisa se los hizo llegar a través de Rafael de Penagos a José Utrera, que los dio a conocer en una conferencia setenta años después de la devastación del cátedro[1].

Puede que al ver la lista de asistidos por la bienhechora cofradía que se ocupa de los penados en capilla busque su apellido en las líneas por rellenar, pero si tiene esa tentación se le pasa pronto y tira de humor para despejarla. Lo que escribe apoya un pie en Mark Twain y otro en Wenceslao Fernández Flórez. Sus palabras tienen el aroma de las que divirtieron al piloto marinero del Mississippi cuando leyó en la prensa que había fallecido el día anterior. El difunto Mark contestó al periódico con un telegrama fulminante: «Rumores de mi muerte muy exagerados. Mark Twain». Un tío putativo de José Antonio, Rudyard Kipling, se precavió de inmediato ante un caso idéntico, su esquela en página impar. Con la misma velocidad que Twain hizo llegar al Diario su respuesta: «Acabo de leer que estoy muerto. No olvide borrarme de la lista de suscriptores». Esa relación con la muerte desde la sonrisa aparece en fila, la Santa Compaña, ante los ojos de Xan de Malvis ya convertido en el bandido Fendetestas, terror aterrorizado del bosque de las ánimas que imagina hasta la genialidad Fernández Flórez. Con el mismo tono cuenta José Antonio el número de reos que aparece en la relación claveteada en la pared: 700.

Pero incluso el recurso más saludable falla, Wenceslao Fernández Flórez yerra una vez.

La joven Falange Española de las JONS ve caer asesinados uno tras

otro a sus estudiantes y a sus obreros sin apelar al Talión. Los asesinos son los mismos y eso les debiera garantizar un papel irrevocable ante la historia: si no se empieza por ahí, está mal contada.

El 18 de diciembre de 1933, Fernández Flórez escribe en su columna de *ABC:* «un criminal dispara su cargador sobre los espectadores. Y se marcha impune y tranquilamente, mientras el candoroso líder pide que conste su protesta verbal. Si el fascismo paga dos cadáveres con unas protestas verbales, no es fascismo: es franciscanismo». El crimen del que habla el articulista gallego acaece en el teatro Las Cortes de San Fernando el 12 de noviembre de 1933, primeros pasos titubeantes de una organización que tras Matías Montero verá caer uno tras otro a sus militantes. Hasta el atroz linchamiento de Juan Cuéllar en el Monte del Pardo, sin contestación.

La Falange nace a finales de octubre del 33 y reclama como el primero de sus muertos al jonsista José Ruiz de la Hermosa Fernández-Espartero, asesinado en su pueblo de Daimiel el 2 de noviembre, tras haber asistido en Madrid al mitin fundacional del teatro de la Comedia. Diez días más tarde, en un mitin electoral donde iban a participar José Llauradó, José Antonio Primo de Rivera y José María Pemán, varios hombres dispararon indiscriminadamente contra los presentes. Se llevaron por delante a uno de los espectadores, Segismundo García Mantilla, y dejaron ciega de un tiro en el ojo a Mercedes Larios.

El espíritu franciscano de Falange aguantó varios muertos más, muertos propios entre los otros muchos que cayeron esos días. El 4 de diciembre muere asesinado Juan Jara en Zalamea de la Serena, Badajoz. El día de Navidad muere Tomás Polo Gallego en Villanueva de la Reina, Jaén, tras un enfrentamiento ocurrido en la víspera. El primer día de 1934, unos socialistas asesinan a Nemesio García Pérez en Valderas, León. Diez días más tarde cae asesinado en Madrid el estudiante de veintidós años Francisco de Paula Sampol Cortés cuando compraba el semanario *FE*. El 22 de enero asesinan en Madrid a Vicente Pérez Rodríguez, capataz de ventas del periódico *FE*. El siguiente asesinato lo comete el socialista Francisco Tello, que mata a tiros a Matías Montero el 9 de febrero. El 8 de marzo, en Madrid, en una refriega entre vendedores de periódicos, muere asesinado el obrero

falangista Ángel Montesinos Carbonell. El 23 de marzo, en un enfrentamiento con unos anarquistas, muere asesinado el obrero jonsista de quince años Jesús Hernández Rodríguez de Oviedo.

José Antonio Primo de Rivera asiste al juicio contra el miembro de las Juventudes Socialistas Unificadas acusado del asesinato de Hernández. Tiene lugar el 10 de abril. A la salida del tribunal, marcha en coche junto a Andrés de la Cuerda, Manuel Sarrión y el chófer José Gómez. Cerca de la calle Altamirano, unos hombres lanzaron dos bombas contra el automóvil e hicieron varios disparos. José Antonio y sus compañeros salieron ilesos.

El 10 de mayo, en un enfrentamiento entre estudiantes en el instituto Lope de Vega, muere Luis Arroyo Rodríguez, de trece años[2].

Un mes más tarde, el 10 de junio, varios miembros de las JSU asesinan a Juan Cuéllar Campos en el Pardo: «El padre de Juan Cuéllar es policía y no le faltan sucesos espeluznantes en su memoria, pero el destrozo es tal que no puede reconocer a su hijo en el cuerpo que ve»[3].

De los aspectos del carácter del protagonista de este libro, el de su exigencia de autenticidad es sobresaliente. Más exigente cuanto más cercano. El tono de la narración se agría al mencionar a un colaborador próximo de su padre, el duque de Hornachuelos, Oficial de Órdenes del presidente del Directorio. José Ramón de Hoces está en la cárcel por la presión calderoniana de su suegro, el marqués de Fontalba, promotor del pleito de amparo de su hija que acusa a su marido de malos tratos y vejaciones a la espera de que la Sacra Rota le conceda la nulidad matrimonial. A medida que el proceso avanza, Fontalba carga la balanza con más denuncias: adulterio, dilapidación de bienes familiares, agresiones físicas en público y extorsión para la cesión de poderes. Añade los expedientes de otros juicios en los que se ve el duque por hurto y estafa, más el testimonio de unos cuantos conocidos de la pareja que significan la personalidad descontrolada del aristócrata por el abuso de alcohol y estupefacientes.

Total, que dos años después de que se citen en la sala, José Hornachuelos, antiguo presidente de la Federación de Atletismo y vice de la de Fútbol, ha salido del matrimonio, pero se ha ido a vivir al sector común que da a la calle Pozas y de ahí, última estación, a la checa de Fomento por mor de una guerra que le pillaba lejos con la

que le estaba cayendo, sin paraguas y a cuerpo. La crónica de la Causa General tiene, como tantas veces, la fuerza desgarradora de la narración maquinal, ni medio adorno literario: «DUQUE DE HORNACHUELOS, fué (sic) detenido y llevado a la checa de Fomento; al faltarle la morfina que para él era cosa necesaria, le dio (sic) como un ataque de locura. Carvajo bajó a las celdas y le dió (sic) muerte».

Carbajo es Tomás Carbajo, representante de la Agrupación Socialista Madrileña en el Comité de Salud Pública de Bellas Artes y Fomento[4].

Al salir de misa un chavalín escapa de las dos filas amontonadas que abren el paso como pueden a José Antonio. Se planta ante su jefe. Va a hablar con él por primera vez, no sabe resolver el asunto que le atormenta y ha decidido la más osada de las soluciones, preguntárselo directamente:

—Soy Eugenio Suárez, camarada, a tus órdenes.

Suárez, periodista avisado, gran conversador, tipo claro, al que la información española debe acontecimientos como *El Caso,* arietes de letra impresa contra la dictadura como *Sábado Gráfico* y joyas incomprendidas y gloriosas como *El Cocodrilo,* contaba esta historia y muchas más en una velada larga, primaveral y agradecida de su casa chamberilera. La historia azarosa de cómo surgió *El Caso,* el semanario más vendido de España; el artículo de *ABC* por el que sacaron del ministerio a Arrese y a él de la prensa durante un año; sus orígenes asturianos y su pueblo de La Mancha, refinados en falso por su matrícula colegial en el Pilar de Castelló. Y su padre, médico, cabal, hombre ponderado al que siempre hizo caso tarde o nunca:

—Soy Eugenio Suárez, camarada, a tus órdenes.

A la caza del falangista no se iba a salvar Eugenio Suárez, escuadrista de Primera Línea, especialista en meterse en líos, puede que el más joven de los inquilinos en la cárcel de Moncloa. El padre removió a las amistades hasta que consiguió la liberación del chaval. Cuando al otro lado de las rejas le avisó de su próxima suelta, el hijo, insolente, le dijo que sobre la libertad estaba la disciplina y que tenía que hablar con el mando para saber si debía salir o permanecer en prisión. Un Julio Ruiz de Alda en bajito. A Eugenio le costaba dormir de tanto darle al caletre: las dos cosas le parecían bien —salir o quedarse en chirona— y las dos cosas le parecían mal. Pues el asunto

le estaba friendo la piamadre, Eugenio resolvió que le iba a echar un par, que decida José Antonio. Bien pensado. La sola manera de verlo era solicitar autorización para acudir a la misa dominical y afrontarle allí mismo. Ese primer domingo no recibió permiso, fue al siguiente. El jovencísimo falangista se colocó en el último banco y cuando dio la bendición el cura arrancó y se puso justo en la puerta de salida. Al instante salió el jefe y se le plantó delante:

—Soy Eugenio Suárez, camarada, a tus órdenes.

Ahí estaba, con toda la decisión que le cabía en el estómago y la voz entrecortada. Pero no se detuvo. Le contó su caso, lo que su padre quería y cual había sido su respuesta. No sé qué hacer, no sé qué hacer.

A José Antonio le debió gustar la duda del guerrero. Sonrió con esa sonrisa que acompañó a Eugenio toda su vida, le puso una mano en el hombro y le dijo a los ojos: «Haz lo que tu padre diga, esa es la primera disciplina. Y sal de aquí. Este no es un sitio ni para ti ni para mí».

Eugenio Suárez salió de la cárcel y de España y cuando volvió con la guerra empezada lo hizo por Burgos: «Le vi un día, un minuto y medio, pero jamás, nunca, he admirado a un hombre tanto como a aquel hombre y por él, por la actitud que Franco tuvo ante él, su final y su memoria, me hice antifranquista, visceral y profundamente antifranquista».

Eugenio Suárez escribió crónicas y artículos hasta su muerte[5]. Como Manuel Alcántara, otro inolvidable conocedor de los secretos y las verdades. Cuando lo de Tejero el lío le pilló dentro, tenía tajo en Las Cortes esa tarde; unos cuantos periodistas escaparon por la puerta de atrás, a alguno le dejaron salir; él se fue al bar y cuando sonó la ráfaga en el techo del Parlamento, Eugenio le dijo al camarero: «otro whisky, por favor».

Luego partió a Salinas. Donde juegan partidos de fútbol orates en gayumbos, alzaron su casa sabios a los que las Ratas devoraron en la universidad su tribu de ratones sanadores; por la playa caminan bellísimas siluetas solitarias y se despiden del mundo los periodistas descubridores camino de la eternidad, sobre las olas[6].

Llega[6] José Antonio de cumplir con el precepto y otra vez Valdés da explicación. No subestimemos a Manolo Valdés, que le están dando la semanita y no pierde la calma. De un lado para otro sin saber muy bien quien mueve los hilos, pero con la seguridad de que el polichinela es él. Él, tranquilo como corresponde lo que dicen los científicos sobre que el carácter va definido por la constitución física[7].

José Antonio acierta al interpretar que el nadador vasco tiene el don del pegamento y es capaz de aproximar sensibilidades contrarias, resta importancia a las tonterías. Valdés lleva las cosas con más naturalidad que él y que los demás, que vuelva es una gran noticia, se alegra y convida a todos. Los que han pasado a cenar de la galería contigua, políticos separados por una valla, Ródenas, Canepa, Jato y el resto de la muchachada, que no tienen un clavel, felices y contentos: que se vaya y vuelva Valdés todos los días.

28 de marzo de 1936 – Sábado.

Tribunal de Urgencia

> Aunque si nací, ya entiendo que delito he cometido; bastante causa ha tenido vuestra justicia y rigor, pues el delito mayor del hombre es haber nacido.
>
> CALDERÓN DE LA BARCA

El Tribunal de Urgencia ha venido a la cárcel a juzgarme porque dije que unos precintos los había roto con los cuernos el Director de Seguridad. El fiscal me acusa cortésmente. Yo me defiendo con humor: digo que aunque hubiera dicho lo de los cuernos falta la intención de injuria porque en realidad, yo no quise aludir a desventuras conyugales del Director. No queriendo decir eso, lo de los cuernos no significa nada: en el Antiguo Testamento eran atributos de jerarquía y de poder. "El cuerno del justo será ensalzado" dice un salmo de David. Y en el libro de David: "Mi cuerno es ensalzado en Jehová". Así pues la frase que se me atribuye es, simplemente, una expresión de enojo, no una injuria. En todo caso, una injuria privada. ¿Se me hubiera admitido prueba pericial —por ejemplo— de que el Director tiene cuernos? (campanillazo presidencial). Ese campanillazo me contesta: la hipótesis es absurda. Pues bien, como en la injuria contra funcionarios se admite la prueba y aquí no, es evidente que se trata de injuria privada, no perseguible de oficio. A pesar de todo, una condena de dos meses y un día. Ha sido grato vestirme de negro, muy de mañana, e ir al tribunal acompañado de dos miembros de la Junta del Colegio que me han hecho ese honor. Al atravesar el recinto para ir a la sala, que

está en la parte de fuera, he visto a lo lejos, soleada y fresca, la calle.

Es un escritor. Ese remate final ajeno a todo lo anterior, ese giro en busca de la melodía, es una característica de todo lo que escribe, discursos, narraciones o ensayos. En estos, más acusadamente. Cuida el estilo porque ahora que llegamos al final de lo que la agenda guardó podemos deducir que lo que le había dicho a Carmen M. Rocatallada acerca de una futura redacción de su vida se lo estaba reservando para él mismo. El *Diario secreto de José Antonio Primo de Rivera* podría llamarse Notas para una Autobiografía.

Han estado trabajándose lo suyo el Antiguo Testamento en la preparación del juicio. Le hubieran venido bien sus camaradas judíos, ese Samuel Ros estelar en el documental de los compatriotas sefardíes que filmó Gecé y gira sin fin en la vieja sinagoga de Toledo[1], Isaac Hetzel, tiroteado en Castro Urdiales; o el compañero de Félix Ros en Preventorio D. En su ausencia, con Bassas, con Raimundo, con Rafael Sánchez Mazas y con la presencia esporádica de algún espontáneo, han echado unas horillas a la solanera buscando ingeniosos argumentos que pusieran en contradicción a los juzgadores. El campanillazo del presidente del Tribunal ante la osadía de insinuar una pericia que acredite la cornamenta de Alonso Mallol, o la falta de la misma, lo hubiera jaleado la corriente surrealista de la Residencia de Estudiantes con alborozo, como el descubrimiento de los carnuzos o los anaglifos. Lo que hace el abogado defensor de sí mismo es poner el campanillazo a su favor, un alarde de reflejos.

Le caen dos meses, no parece muy disgustado, todavía no ha advertido la estrategia: se trata de privarle de libertad mientras se asienta el nuevo régimen. Se dará cuenta del todo cuando le coloquen las pistolas en su casa. Un montaje grotesco que una vez adentrados en la personalidad del sujeto, detectamos mejor: no miente nunca, pero sus ataques de ira son una manifestación extrema de respuesta al desorden. La mentira es el desorden máximo. Miente quien coloca las pistolas y miente la toga del juez. Ante la falta de autenticidad está derrotado, no puede contener su reacción más primaria; que le declararan ilegal la organización lo entendió como una argucia,

esperable, que los propios tribunales corregirían. Lo predijo y sucedió; lo de las pistolas es una trampa chapucera, una arana que puede con él. El traslado es un paso más.

Lo que va con el Frente Popular es la irrevocable voluntad de acabar con cualquier resistencia que impida el dominio venidero de la izquierda radical. Tomarse la molestia de leer lo que envía Araquistain desde *Leviatán* es conocer un poco antes lo que va a pasar, lo que ya está pasando. Araquistain es el cerebro, se ha hecho con el lado fuerte del Partido Socialista, el cerebro impositivo que amedrenta a Azaña y los suyos en el Gobierno de la nación. José Antonio Primo de Rivera es un obstáculo a eliminar según esa lógica extrema.

Los procesos se van a ir encadenando y la finalidad es clara: Primo de Rivera no debe salir de la cárcel, asociación ilícita, precintos policiales violentados, desacato a la autoridad, tenencia ilícita de armas en su domicilio… y después ya veremos.

Para fundamentar la defensa del pleito que le ha puesto el antiflamenquista Pepe Alonso nos contaron que el comité de expertos se alumbraba en el patio con la Biblia que siempre acompañaba a Rafael Sánchez Mazas. Ahora vemos el resultado. El procedimiento no le puede resultar más grato a José Antonio. Le gusta la materia. Coincide con su dedicación al estudio del exiliado de la Unión Soviética Nicolás Berdiaev, que le influye tanto en la consolidación de la obra revolucionaria como en el serio afianzamiento de la base cristiana sobre la que ha de alzarse su acción política. No sólo hace suyos los axiomas básicos del ucraniano —la defensa de los desposeídos y el reconocimiento de una base incuestionable: la persona es el eje del sistema— también su mirada a Europa desde la fuerza espiritual que está en su esencia:

> La ascética medieval era una extraordinaria escuela para el hombre; daba a su espíritu un temple sublime, el hombre europeo de toda la historia moderna ha vivido del aire adquirido espiritualmente en esta escuela. Le debe todo al cristianismo. Ninguna otra escuela de espiritualidad lo ha podido disciplinar y poner a prueba de tal forma. El hombre europeo malgasta sus fuerzas, se ha prodigado y consumido. Y si aún sigue espiritualmente viviente, esto se debe únicamente a los cimientos cristianos de su alma. El cristianismo sigue viviendo en él bajo una forma secularizada, y lo ha preservado, de esta manera, de la descomposición[2].

El proceso de crecimiento que había vivido Nicolás Berdiaev es el suyo paso a paso. La crítica a los nazis tras su visita a Alemania tiempo atrás, «con esa gente no se puede hacer nada, no creen en Dios», se acera a medida que la proximidad del fin purifica su pensamiento. Libre por paradoja en la cárcel de Alicante, certifica su opinión sobre el nacionalsocialismo y el fascismo. En la defensa del individuo, Berdiaev contemplaba el nazismo como un renacimiento del paganismo alemán que sustituía a Dios por el lema romántico «sangre y suelo» como nudo deificador, el racismo como su doctrina. En los papeles que descansaban justo encima de la agenda que nos guía por sus pasos, José Antonio concluía el último análisis político de su existencia con una opinión idéntica e idéntico ritmo en el discurso. Panteísta y racista: condenable. Tiene otro párrafo para el fascismo mussoliniano que se resume en el titular: el fascismo es —subraya por elevación— fundamentalmente falso.

Claro, cómo va a ser auténtico un régimen que tiene veinte años de poder para hacer la revolución y lo que termina son unas estupendas autovías. Que su preocupación social era una pamema a la que llamaban corporativismo; lo tenía calado hace tiempo. Buñuelo de viento, lo llamó. El fascismo no acepta que el capital debe funcionar al servicio del trabajo. Desde ese mismo momento incompatible con lo defendido por José Antonio. Lo deja claro en esa suerte de testamento político que precede al formal, impresionante, de su último minuto.

Han arrancado las hojas que van del 23 al 27. No sabremos por su plumín si estuvo o no Josep Pla el 27. Desaparecen igualmente las siguientes al 29 de marzo; nada de abril o mayo y mucho menos de las que escribiría en Alicante. Mala suerte, José Antonio: roban los papeles de Azaña y aparecen todos menos los de las fechas concomitantes con esa especie de aproximación al erudito de Alcalá de Henares que asustaron tanto a Alejandro Salazar (José Antonio se nos está haciendo azañista…); por la mediación de Julián Zugazagoitia y la intervención de Prieto liberan a Fernández Cuesta y cuando llega a Zona Nacional le roban la maleta con preciosa documentación joseantoniana.

Liquidada la organización, la gente de Hedilla saca la documentación más importante en una maleta. Naturalmente, encargan la misión a un camarada de la máxima confianza que pueda

llevarla a Francia. En el sur del país galo está la parte femenina de la familia García Noblejas. Jesús García Noblejas hace parada en San Sebastián; en el hotel pasan cosas de películas de espías, amantes y discusiones con algún uniformado que se pasa por allí. Jesús García Noblejas es envenenado por el servicio de inteligencia franquista, le quitan la vida y, objetivo logrado, desaparecen los papeles que celaba[3].

De esta agenda se han llevado mucho, pero han dejado lo suficiente como para humanizar al personaje. Y aún queda un día.

29 de marzo de 1936 – Domingo

Un golpe cada día

> El saber y el valor alternan grandeza. Porque lo son, hacen inmortales; tanto es uno cuanto sabe, y el sabio todo lo puede. Hombre sin noticias, mundo a oscuras. Consejo y fuerzas, ojos y manos: sin valor es estéril la sabiduría.
>
> BALTASAR GRACIÁN

Toda la mañana ha estado llena de rumores. Que si Azaña se propone entregar el poder a los socialistas después de las elecciones municipales como acatamiento al triunfo que los socialistas obtendrían y que si, para evitarlo, se prepara un golpe de Estado; dos golpes de Estado; tres golpes de Estado. Que si todos piensan contar con la Falange (siempre como fuerza de choque, los muy cerdos[)]. Que si ya el golpe no es político ni quiere dirección política (¿creerán que un golpe de Estado es una tarea musical? ¿Qué creerán que quiere decir política?) sino que lo va a dar el Ejército. Ahora ofrecen a la Falange el lucido papel de salir a la calle a secundar y aclamar a los vencedores… Varias veces se nos ha avisado que era, sin falta, a la noche siguiente y que lo primero que harían sería venir a rescatarnos. No nos hemos dejado de acostar ciertamente por tales anuncios, ni acaso hemos tomado precauciones, que hubieran sido prudentes, contra la degollina que aquí nos esperaba, encerrados como pajaritos, si el golpe salía mal y "el pueblo" venía a hacer justicia. Por fin, a última hora, nos comunican que todo ha sido aplazado para mejor ocasión. Creo que en estos días se hablaba a gritos del golpe por todo Madrid, sin la

mínima prudencia, como cuando el 10 de agosto. Otra vez anda por la calle la máscara de la heroicidad.

Estamos casi en el mes de abril y el jefe de la Falange no se ha enterado de que hay un golpe en marcha desde que el 8 de marzo se reunieran los generales con los legitimistas en la casa de un diputado de la CEDA, calle General Arrando. Un golpe sigiloso, cuidadosamente trazado, un golpe profesional. El rumor madrileño que anuncia un salto no parte de los militares y, casi siempre, confunde la ejecución del levantamiento con las ganas de alzarse. A los espadones no les va mal que tengan distraído al Ministerio de Gobernación con búsquedas sin fundamento. La consecuencia es que la capital es un tostadero de bulos, concentrados en el Club de Campo y derivados, terrazas de primavera, Chicote, Madrid Club, Bakanik, Negresco… en los cuarteles no hay mostacho que se mueva. Alonso Mallol pincha el teléfono de todo el mundo, pero capturas ni una.

Traza de sainete tiene el famoso levantamiento de salón, una algarada bufa, la sanjurjada bis, pero con una consecuencia que puede ser fatal: hay mucha gente en la cárcel —en el verano del 32 no había — y son varios los dueños del presidio, entre ellos alguno que no padecería un rapto de tristeza si unos cuantos «espontáneos» se mueven y responden a la militarada con un escarmiento «popular». Esa es la única preocupación de José Antonio: que de verdad les dé por lanzar una asonada chapucera de la que abomina y en respuesta a tamaña estupidez les rebanen el cuello en sus respectivas celdas. No hay nada como conocer al personal, a los de la derecha y a los que para la defensa del Frente Popular perpetraron la matanza de la Modelo en agosto de 1936 con una narrativa casi idéntica a la que va describiendo en su libreta. Otra vez acierta en la visión de la jugada.

Puede que sobresalte un tanto la dureza con la que califica a los presuntos golpistas: cerdos; muy cerdos, para ser exactos. Lo que no sorprende nada es el fondo del insulto porque lo hemos leído repetidamente en las transcripciones de sus resúmenes cotidianos. Quizá este relato del último día sea un poco más acelerado, esparce las comas como si fuera un sembrador, utiliza frases sincopadas,

indignadas quizá: parece estar contando las cosas en tiempo real. Es decir, que se va a ir al camastro (vestido, claro, que así durmió todos los días en el penal) con la última noticia, de golpe nada, y con la certeza de que se vuelven a agrupar todos los vicios de la derecha, arrogancia, indiscreción, incapacidad organizativa y, piensa, aliñada con una notable falta de arrojo. El golpe de la vanidad campea por Madrid y le saca de quicio. Flojea la tinta en su estilográfica y empalidece el desprecio que encierra la última línea de su Diario, casi no se puede leer el tamaño de su desdén ante los héroes de pantomima.

Lidia con un gravísimo problema: a medida que crece la terrible intuición de que muchos de los que comparten la mesa de la galería, de la cárcel no van a salir, se ve obligado a confiar en esos incompetentes que le irritan con su anuncio de un golpe cada día porque son los únicos que tienen intención de sacarlos. No coincide en casi nada con ellos, pero es que los otros —lo cree del todo— a la mínima los trituran. Esa fue la razón primera por la que la Falange entró en la guerra: que en el otro lado los mataban; y es difícil añadir otro motivo, aunque no sea necesario ninguno más. De ahí las constantes órdenes que por escrito lanzó a sus militantes para que dieran la espalda a cualquier intentona golpista. Ni moverse hasta asegurar la prevalencia ideológica. El giro se da en el último instante.

El golpe al que se suma en la inmediata cercanía del 18 de julio lo imagina rápido, certero, justo y en lo posible garantista del orden republicano. Ha establecido una relación recelosa con Mola, pero más franca y confiable que la que le ofrece el resto del generalato. La propia condición política de Emilio Mola —un socialista humanista, decía Serrano Suñer— favorece el acercamiento. Aunque habrá un par de frenazos hasta mitad de mes, el 2 de julio escribe a Onésimo Redondo, encarcelado en Ávila, y le transmite su esperanza de acordar una salida común:

> Pero creo que eso se evitará [el falso fascismo conservador de los alfonsinos]: mediante una negociación delicadísima que llevo en persona y que me permite casi asegurar que no se hará nada sin acuerdo previamente concertado con nosotros […] No siendo así ocuparíamos un mero papel de comparsas, que es el que se aspiraba a adjudicarnos[1].

La privilegiada posición del general Mola, que puede permitirse garantizar a José Antonio Primo de Rivera que el cambio significará también la revolución social que defiende, le convence *in extremis*. Mola es la persona a la que se refiere en su carta a Onésimo. Esta vez ha evitado el uso expreso de calificativos contundentes al hablar de quienes quieren utilizar a la Falange como carne de cañón, pero José Antonio no se olvida en insistir sobre, esa, su primera preocupación.

Emilio Mola Vidal murió a los cuarenta y nueve años al estrellarse el avión en el que viajaba.

José Antonio Primo de Rivera murió fusilado a los treinta y tres años en la cárcel de Alicante.

Se había añadido al combate; no organizó el combate.

La última conclusión es que la Falange muere con José Antonio Primo de Rivera el 20 de noviembre de 1936. No dura un minuto más porque quien podía atenuar tal evidencia, Julio Ruiz de Alda, había sido asesinado tres meses antes. Era muy notable la coincidencia política de ambos y a considerar la fortaleza que daba al partido la presencia del navarro.

No elaboró una doctrina de teoría política, algo que de cuando en cuando se le reprocha. Un reproche que podría ser universal y abarcar a todos los políticos españoles de todas las épocas y, por cierto, carente de sentido. Esto lo explicó bien Gonzalo Torrente Ballester: no le interesaba dedicarse al ensayo, José Antonio definió un programa, muy avanzado socialmente. Exactamente lo que pensaba, que ningún español había hablado de República Sindicalista y él aporta el concepto tres años antes del discurso de la Comedia como opción distinta al comunismo y al fascismo[2]. Torrente reclama que se lea un poco más para evitarnos vacuidades, si hubieran ojeado el joseantoniano homenaje y reproche a José Ortega y Gasset ahorrábamos todos:

> Allí quedó claramente sentada la distinción que a su juicio existía entre el intelectual y el político en términos tales que necesariamente hay que encasillar a José Antonio en el grupo de los últimos. Estábamos en España tan acostumbrados a la incultura enciclopédica de los que a oficios políticos se dedican, que no pudimos menos de sorprendernos ante la finura mental de José Antonio[3].

No era, pues, un teórico de la revolución, sino un defensor de la redención social; ni un poeta, aunque escribía versos y gozaba de sensibilidad poética; ni un profeta pese a la exactitud helada de bastantes de sus vaticinios, en especial el más doloroso que compartió con Alda hasta el final: la Falange sería aplastada por el aluvión y desvirtuada.

Era un escritor. Pese a la medida teoría de Torrente Ballester, era un intelectual. *Intelectual* significa «el que reflexiona». Abominaba de sus raptos coléricos porque en ellos, con otras cosas, arruinaba por momentos su condición reflexiva. Y era un político. Un político cultivado en unas Cortes en las que había personas que lo eran mucho y con las que podía encontrarse en el ámbito de la reflexión compartida, comunidad intelectual quebrada por la guerra y la extinción física de José Antonio, error trágico y, lo que es peor, estúpido.

El político no consiguió que le creyeran, nunca logró abrir la brecha de serena atención que reclamaba, «los que nos comprenden no nos quieren y los que nos quieren no nos comprenden», y eso le inclinaba al desánimo. Por eso los más cercanos le escucharon que si no fuera por la deuda de sangre adquirida cancelaría la Falange y descansaría su vida en la universidad. Demasiado tarde. Juan Velarde va más lejos; para el economista asturiano José Antonio estaba sentenciado de antemano: «En 1935 formula un cuádruple planteamiento: reforma agraria, lucha contra los monopolios, reforma fiscal y estatificación de la Banca. Repásese la prensa de finales de 1935 y principios de 1936 y se verá de dónde y cómo surge el aislamiento de José Antonio. Se negó a ser fascista. Por eso la firme resolución de que fueran borrados del mapa él y su organización». Si el pulgar estaba bajado de antemano es una tesis no desdeñable, los cuatro pilares que menciona Velarde son la base del proyecto radical de los falangistas y, sí, están en las hemerotecas. Pero la guerra iba más allá de su propia eliminación; supuesto que no sabemos si se hubiera dado, lo seguro es que la guerra también le mata. Para salvarse de la muerte y porque la guerra le horroriza desde que entiende que el golpe fulminante se ha convertido en una desastrosa contienda civil, se ofrece para frenarla.

Su afán de detener la guerra era digno de ser atendido, por la

intención para empezar, pero además por la originalidad de un Gobierno de Concentración Nacional —concepto que se usaría en el proceso de la llegada de la democracia a España cuarenta años después — con Martínez Barrio al frente y, sobre todo, con el ofrecimiento de ir a Burgos dejando a su familia de rehén en Alicante. Qué carencia de reflejo político, qué falta de capacidad estratégica para negar la mediación de alguien que en el peor caso, que no parara nada, con su irrupción iba a crear un conflicto de lo más potente en la zona contraria.

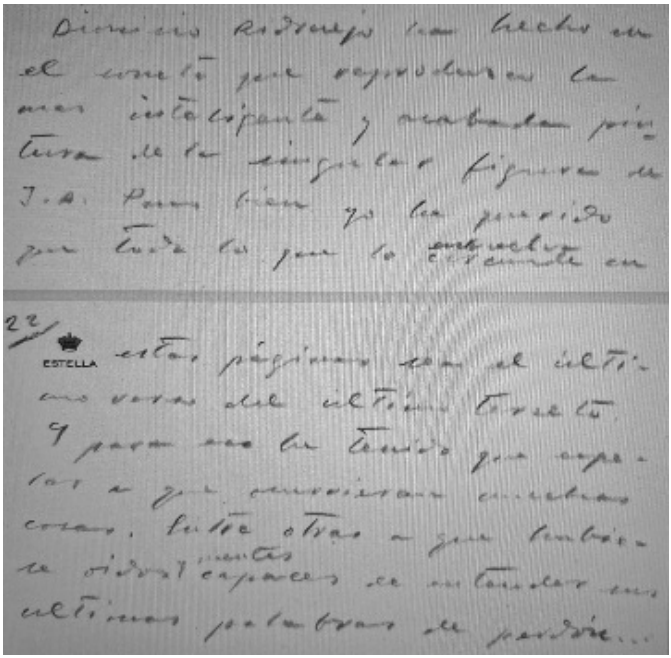
Desechado su ofrecimiento se preparó para defenderse y se preparó para morir. Todo lo que sucedió en esos días eleva la grandeza del personaje, nos falta para medirlo una agenda parecida a la que hemos leído con él. Su Diario final.

El testamento de José Antonio Primo de Rivera culmina en belleza una vida con las mismas aristas que cualquier humano tiene, gobernadas con buena mano, es cierto, pero evidentes. Mucho más si nos las cuenta. Mejor para él. Es bastante más sano el normal José Antonio que hemos conocido que el que obligaron a conocer a generaciones de españoles.

Cuando firma su legado, lo hace al pie de uno de los párrafos más estremecedores que se han escrito sobre el drama hispano. Dos años antes del Paz, Piedad, Perdón de Azaña en Barcelona, José Antonio Primo de Rivera graba en el papel un magnífico ojalá: «Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles. Ojalá encontrara ya en paz el pueblo español, tan rico en buenas calidades entrañables, la Patria, el Pan y la Justicia».

Cuatro años después de esa carta a todos, es acabado con la misma saña el socialista Julián Zugazagoitia, secuestrado en su propia casa parisina por la Gestapo y entregado a la Policía española. Lo fusilan contra un paredón madrileño, el del Cementerio del Este; en la víspera, *Zuga,* que ha leído a José Antonio en sus papeles e intentó salvarlo antes, se dirige a los suyos para que hagan saber «su firme deseo de que su sangre no sirviera nunca de mínimo pretexto para verter más sangre de españoles»[4].

No verter. El mismo verbo, verter, el mismo afán.



Dionisio Ridruejo ha hecho en el soneto que reproduzco la más inteligente y acabada pintura de la singular figura de J. A. Pues bien yo he querido que todo lo que lo envuelva en estas páginas sea el último verso del último terceto:

Dió a la espiga y a la estrella,
y, por salvar la tierra con sus días,
murió rindiendo su hermosura en ella.

La última cercanía en sus treinta y tres años de vida se la dio su hermano Miguel con un abrazo en el pasillo, al pie de la celda, camino a los fusiles. Miguel Primo de Rivera quiso escribir un libro sobre la convivencia con su hermano en la cárcel de Alicante. Lo bosquejó, apuntó un manojo de cuartillas, su lectura es interesante y prometedora… pero en eso se quedó: incompleto material inédito. Mas escribió el final y ese sí va a abandonar las sombras, tiene la fuerza necesaria para cerrar un libro que en realidad es de su hermano:

«Y para eso he tenido que esperar a que ocurrieran muchas cosas. Entre otras que hubiese oídos y mentes capaces de entender sus últimas palabras de perdón»[5].

Listado de siglas

CNT	Confederación Nacional del Trabajo
CONS	Central Obrera Nacional-Sindicalista
DYA	Derecho y Arquitectura
FAI	Federación Anarquista Internacional
FE	Falange Española
FNU	Frente Nacional Universitario
FUE	Federación Universitaria Escolar
JARE	Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles
JONS	Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista
JSU	Juventudes Socialistas Unificadas
OSO	Oposición Sindical Obrera
PCE	Partido Comunista Español
PNV	Partido Nacionalista Vasco
SEU	Sindicato Español Universitario
UGT	Unión General de Trabajadores
UME	Unión Militar Española

Bibliografía

Archivos

Archivo Carlos Esplá
Archivo familiar Illanas Gómez
Archivo familiar Primo de Rivera
Archivo familiar Ródenas
Archivo Histórico Nacional
Archivo Histórico Provincial de Zaragoza
Centro Documental de la Memoria Histórica

Hemeroteca

ABC
Ahora
Arriba
BOE
Diario de las Cortes
Diario de Las Palmas
Diario de Sesiones
El Adelanto de Salamanca
El Adelantado de Segovia
El Debate
El Día Gráfico
El Mundo
El País
El Socialista
Falange (Palma de Mallorca)
Gaceta de Madrid
Hierro
La Época
La Libertad
La Nación

La Prensa: diario americano en español
La Vanguardia
La Voz
Mirador
No Importa. Boletín de los Días de Persecución
Región
Revista Ateneo Obrero de León
Unión automovilista
Vida Nueva

BIBLIOGRAFÍA

ABAD DE SANTILLÁN, Diego, *Por qué perdimos la guerra,* Ediciones Imán, Buenos Aires, 1940.

— *Memorias (1897-1936),* Planeta, Barcelona, 1977.

AGUADO, Emiliano, «Ramiro Ledesma», *ABC*, 1/3/1942.

— *La República. Último disfraz de la Restauración,* Editora Nacional, Madrid, 1972.

AGUINAGA, Enrique de, «José Antonio y Azaña», *ABC,* 6/6/1996.

ALCOCER, José Luis, entrevista a Claudio Sánchez Albornoz, *Índice* (diciembre de 1972), citado en Heleno Saña, *Historia de la filosofía española,* Almuzara, Córdoba, 2007.

ALFARO, José María, «Federico y El Público», *ABC,* 1876/1978.

ÁLVAREZ TARDÍO, Manuel y VILLA GARCÍA, Roberto, *1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular,* Espasa, Barcelona, 2017.

ANGOSTO, Pedro Luis, *José Alonso Mallol, el hombre que pudo evitar la guerra,* Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 2006.

ANSALDO, Juan Antonio, *¿Para qué...? (De Alfonso XIII a Juan III),* Ekin, Buenos Aires, 1951.

ANSÓ, Mariano, *Yo fui ministro de Negrín: memorias ineludibles,* Planeta, Barcelona, 1976.

AZAÑA, Manuel, *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra Civil,* Crítica, Barcelona, 2000.

AZNAR, Manuel, *Historia militar de la guerra de España,* 4.ª ed., Editora Nacional, Madrid, 1964.

BADOSA, Cristina, *Josep Pla, el difícil equilibri entre literatura i política (1927-1939),* La Magrana, Barcelona, 1994.

BARREIRO, Javier, «Eugenio Noel y la literatura de viajes. Periplos andaluces», 7/9/2022. https://

javierbarreiro.wordpress.com/2022/09/07/eugenio-noel-y-la-literatura-de-viajes-periplos-andaluces/.

BELTRÁN DE HEREDIA, Pablo, Prólogo, en Jorge Campos, *Bombas, astros y otras lejanías,* Ed. Patronato Municipal de Servicios (Universidad Popular), Ayuntamiento de San Sebastián de los Reyes, Madrid, 1992.

BERDIAEV, Nicolas, *Una nueva edad media,* Apolo, Barcelona, 1933.

BIBESCO, Elisabeth, *The Romantic,* William Heinemann, Londres, 1940.

BIBESCO, Marthe, «In Memoriam: Elizabeth Bibesco», *La Revue des Deux Mondes,* 1945.

BORRÁS BETRIU, Rafael, «La última tentativa: Diego Martínez Barrio», *Nueva Tribuna,* 15/11/2011.

BOWERS, Claude G., *Mi misión en España. En el umbral de la Segunda Guerra Mundial,* Arzalia, Madrid, 2019.

BRAVO, Francisco, *José Antonio. El hombre, el jefe, el camarada,* Ediciones Españolas, Madrid, 1940.

— *José Antonio ante la justicia roja,* Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1941.

BURÉN, Rubén, *Os salvaré la vida,* Espasa, Madrid, 2017.

CABALLERO JURADO, Carlos, «Un episodio desconocido de la vida de José Antonio Primo de Rivera», 2016. https://desdemicampanario.es/2016/11/29/un-episodio-desconocido-de-la-vida-de-jose-antonio/.

CABANELLAS, Guillermo, «Fracaso en el intento de aproximarse a Franco», *Ya,* 04/11/1976.

CADENAS Y VICENT, Vicente de, *Actas del último consejo nacional de Falange Española de las J.O.N.S. (Salamanca, 18-19-IV-1937) y algunas noticias referentes a la jefatura nacional de prensa y propaganda,* Ediciones Hidalguía, Madrid, 1975.

CAMBÓ, Francesc, *Meditacions. Dietari,* La Casa dels Clàssics, Barcelona, 1982.

CAMPOS CACHO, Sergio y MARTÍN OTÍN, José Antonio, *Violencia roja antes de la Guerra Civil. Antillón 4, la primera checa de la República,* Espasa, Barcelona, 2024.

CARBAJOSA, Mónica y CARBAJOSA Pablo, *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange,* Crítica, Barcelona, 2003.

CELAYA, Gabriel, *Poesía y verdad,* Planeta, Barcelona, 1979.

CERVERA GIL, Rafael, *Violencia política y acción clandestina: la retaguardia de Madrid en guerra (1936-1939),* tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Servicio de Publicaciones UCM, Madrid, 1997.

CLEMENTE, Josep Carles, *El carlismo en su prensa (1931-1972),* Editorial Fundamentos, Madrid, 1999.
CORNIERO, Alejandro, *Diario de un rebelde. La República, la Falange y la guerra,* Ediciones Barbarroja, Madrid, 1991.
COTTA, Jesús, *Rosas de plomo: amistad y muerte de Federico y José Antonio,* edición revisada y ampliada con datos inéditos, Stella Maris, Barcelona, 2015.
CRÉMER, Victoriano, *El libro de San Marcos,* Editorial Nebrija, Madrid, 1980.
CRESPO REDONDO, Jesús, «Liberalismo y Nacionalismo en José Castillejo», *Biblioteca: Estudio e Investigación,* núm. 31, 2016, págs. 421-442.
DOMINGO, Alfonso, *El ángel rojo. Historia del anarquista Melchor Rodríguez,* Almuzara, Córdoba, 2009.
— *El ángel rojo. Melchor Rodríguez, el anarquista que salvó a sus enemigos,* Espuela de Plata, Sevilla, 2024.
ESTELRICH, Pilar, «Luis Ruiz Contreras, traductor», *La traducción en torno al 98,* Editorial Complutense, Madrid, 1998.
FAES DÍAZ, Enrique y RIESCO ROCHE, Sergio, «Con tierra de por medio: patrimonio, política y exilio de los Güell-Comillas en la España de entreguerras (1918-1945)», *Hispania,* vol. 78, núm. 260, 2018, págs. 787-816.
FERNÁNDEZ-CUESTA, Raimundo, Prólogo, en Julio Ruiz de Alda, *Obras completas,* Ediciones FE, San Sebastián, 1939.
FERNÁNDEZ MARRÓN, Icíar, «Sánchez Román, Felipe», *Política,* núm. 43, marzo-mayo de 2001.
— *Testimonio, recuerdos y reflexiones,* Ediciones Dyrsa, Madrid, 1985.
FIGUEROA, Agustín de, *Revista Mundial,* núm. 3 (6/1936).
FONTANA, José María, *Los catalanes en la guerra de España,* Ed. Samarán, Madrid, 1956.
FORMICA, Mercedes, *Visto y vivido,* Planeta, Barcelona, 1982.
— *Memorias (1931-1947),* Renacimiento, Sevilla, 2013.
FRAGOSO DEL TORO, Víctor, *La España de ayer,* vol. 6, Editorial Doncel, Madrid, 1977.
FRANCO, Dolores, *La preocupación de España en su literatura,* Ed. Adán, Madrid, 1944.
FUENTES, Juan Francisco, «Giner de los Ríos y el otro nacionalismo español», *Revista de Libros,* 7 de marzo de 2014.
FUENTES CODERA, M., *Sánchez Mazas: el falangista que nació tres veces,* Alianza, Madrid, 2024.
GALÍNDEZ, Jesús de, *Los vascos en el Madrid sitiado,* Ekin, Buenos Aires,

1945.
García Candau, Julián, *El deporte en la Guerra Civil,* Espasa, Madrid, 2007.
García Serrano, Rafael, «Larra, 14», *Libertad: diario Valladolid,* 25/08/1971.
— *La Gran Esperanza,* Planeta, Barcelona, 1983.
García Venero, M., *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla,* Ruedo Ibérico, París, 1967.
Gibson, Ian, *En busca de José Antonio,* Aguilar, Madrid, 2008.
Giner de los Ríos, Francisco, *Estudios filosóficos y religiosos,* Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 1999. Publicación original, Librería de Francisco Góngora, Madrid, 1876.
Gómez Santos, Marino, «Pequeña historia de grandes personajes: Raimundo Fernández-Cuesta», *Pueblo,* 28/10/1959.
— Entrevista a José María Alfaro, *La Libertad, diario nacional-sindicalista,* Valladolid, 16/06/1967.
— Entrevista a José María Alfaro, *Arriba,* 16/06/1967.
— Entrevista a Josep Pla, «No quiero una tercera República», *Ya,* 20/02/1977.
González Calleja, Eduardo, *Rebelión en las aulas: movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea, 1865-2008,* Alianza, Madrid, 2009.
— *Cifras cruentas,* Comares Albolote, Granada, 2015.
González Iglesias, Julio, González Pérez, Julio José y González Pérez, Jorge, «La apasionante peripecia vital de Don Salustiano Orive [I-IV]», *Gaceta Dental,* 13 de diciembre de 2010-11 de marzo de 2011. https://gacetadental.com/2010/12/la-apasionante-peripecia-vital-de-don-salustiano-orive-5733/.
Guixà, Josep, *Espías de Franco. Josep Pla y Francesc Cambó. La red de espionaje contra la revolución en Cataluña,* Fórcola, Madrid, 2014.
Gullón, Ricardo, «Olvidos de Alicante», *ABC,* 10/08/1985.
Gutiérrez Palma, E., «Cómo se han portado durante el Movimiento Nacional los obreros que antes fueron "rojos"», *Hierro: Diario de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.,* 17/07/1937.
Hedilla, Manuel, *Testimonio*, Acervo, Barcelona, 1972.
Hermoso de Mendoza, J., «Sociedad instrumental al servicio del nacionalismo vasco», Estellainfo, mayo, 2011.
Hernández Quero, Carlos, *Cuando los suburbios dejaron de ser periferia. La lucha por el control de la calle en el Madrid de los años 1930,* tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 2019.
— *El desborde de la ciudad liberal: cultura política y conflicto en los*

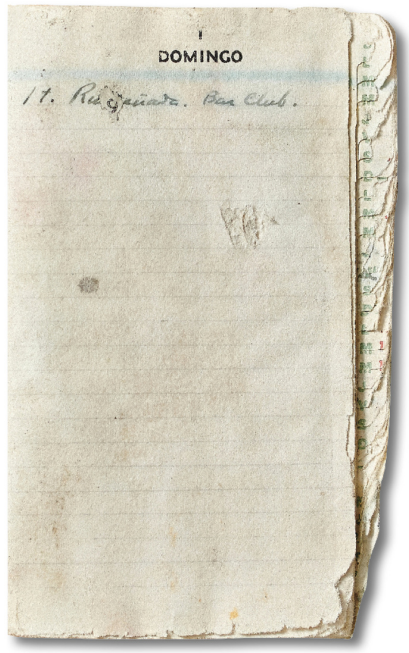
suburbios de Madrid (1880-1930), tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid/Universidad Carlos III de Madrid, 2020.
Ibáñez Hernández, Rafael, *Estudio y acción: la Falange fundacional a la luz del «Diario» de Alejandro Salazar (1934-1936),* Barbarroja, Madrid, 1993.
Jato, David, *¿A dónde vamos?,* Ediciones para el Bolsillo de la Camisa Azul, Madrid, 1944.
— *La rebelión de los estudiantes,* autopublicación, Madrid, 1975.
Jerez Riesco, José Luis, *Elegidos para la gloria. Palmas de Plata de la Falange,* Nueva República, Molins de Rei, 2003.
Jiménez, Juan Ramón, *Guerra en España,* Athenaica, Sevilla, 2024.
Justo, Esteban y Trillo, Edelmiro, *Las flechas de mi haz. La Falange en las prisiones del Madrid rojo,* Sáenz de Jubera, Madrid, 1940.
Maestú Barrio, Ceferino, «La Falange traicionó a José Antonio», *Sobre Historia de Ayer y de Hoy,* núm. 63, 2015.
— *La Falange y los sindicatos obreros,* Biblioteca Falangista. https://bibliotecafalangista.es/biblioteca/libros/la-falange-y-los-sindicatos-obreros/.
Mañas, José Ángel, «1936 día a día, 24 de enero de 1936: Los presos políticos», *Zenda,* 24/1/2026.
Martín de la Hoz, José Carlos, «Un estudiante en la residencia DYA. Cartas de Emiliano Amann a su familia (1935-1936)», *Studia et Documenta* dell'Istituto Storico San Josemaría Escrivá, núm. 2, 2008, págs. 299-360.
Martín Otín, José Antonio, *El hombre al que Kipling dijo sí,* El Gallo de Marzo, Madrid, 2005.
— *La desesperación del té (27 veces Pepín Bello),* Pre-Textos, Valencia, 2008.
— «Federico García Lorca y el Atleti de Madrid. Esa hermosa conexión», *Revista de Occidente,* núm. 412, 2015, págs. 77-87.
Martínez Arboleya, Joaquín [Santicaten], *Porque luché contra los rojos,* Talleres Gráficos de Río Branco, Montevideo, 1961.
Martínez de Vicente, Patricia, *La clave Embassy: salvamentos de judíos vía España en la IIGM,* autopublicación, 2019.
Martínez Vall, J. M., «José Antonio Primo de Rivera, abogado», *Almansa Digital,* 30/11/2016. https://www.almansadigital.org/?p=4409.
Mas Rigo, Jeroni Miquel, «Amelia Azarola Echevarría (1907-1994)», *El Catoblepas*, núm. 206, marzo de 2024.
— «Manuel Azaña y el proceso de José Antonio en Alicante», *El Catoblepas,* núm. 41, julio de 2005.

— «¿Presenció Santicaten el fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera?», *El Catoblepas,* núm. 172, junio de 2016.
— «Nicasio Álvarez de Sotomayor y la escisión de Ramiro Ledesma», *El Catoblepas,* núm. 202, enero-marzo de 2023.
— «La Falange y las conspiraciones de 1936», *El Catoblepas,* núm. 210, enero-marzo de 2025.
MATA Y MARTÍN, R., «Guerra y cárcel: el encierro y proceso de Amelia Azarola y la rebelión de las mujeres presas el 4 de noviembre de 1936», *Eguzkilore,* 32, 2018.
MÉNDEZ LUENGO, Esteban, *Tempestad al amanecer. La epopeya de Madrid,* Editorial G. del Toro, Madrid, 1977.
MERINO, Ignacio, *Serrano Suñer, Conciencia y poder,* Algaba, Madrid, 2004.
MOLINA FAJARDO, Eduardo, *Los últimos días de García Lorca,* Almuzara, Córdoba, 2011.
MONTIEL RAYO, Francisca, «Correspondencia inédita sobre la actuación de la JARE en la preparación del viaje a México de Max Aub (1941-1942)», *El Correo de Euclides,* núm. 7, 2012, págs. 135-145.
MUÑOZ, José Antonio, «Un acta notarial cambia el relato de las últimas horas de Lorca», *Ideal,* 10/08/2025.
OLLAQUINDIA AGUIRRE, Ricardo, «José Antonio Primo de Rivera en Javier», *Pregón siglo XXI,* núms. 45-46, 2013, págs. 44-45.
PÉREZ FERRERO, Miguel, *Tertulias y grupos literarios,* Cultura Hispánica, Madrid, 1975.
PÉREZ YUSTE, Antonio, *La Compañía Telefónica Nacional de España en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*, tesis doctoral, Universidad Politécnica de Madrid, Madrid, 2004.
PLA, Josep, «El testamento de José Antonio Primo de Rivera. Reflexiones sobre su estilo», *El Diario Vasco,* 08/11/1938.
— «¡¡Ante todo, era un hombre!!», *El Diario Vasco,* 20/11/1938.
— «Aquel hombre, tan nacional y tan civilizado. José Antonio Primo de Rivera», *El Diario Vasco,* 29/10/1939.
PLA, Xavier, *Un cor furtiu. Vida de Josep Pla,* Destino, Barcelona, 2024.
PLAYÀ MASET, Josep, «José Pla y los artículos falangistas», *La Vanguardia,* 28/06/2021.
PORTELA VALLADARES, Manuel, *Dietario de dos guerras (1936-1950),* Ediciós do Castro, A Coruña, 1988.
PRIMO DE RIVERA, José Antonio, «La gaita y la lira», *FE,* núm. 2 (11/01/1934).
— *Antología,* selección y prólogo de Gonzalo Torrente Ballester, Fe, Madrid, 1940.

— *Textos inéditos y epistolario,* Ediciones del Movimiento, Madrid, 1956.
— *Obras completas,* Plataforma 2003, Barcelona, 2007.
PRIMO DE RIVERA, Miguel, «La verdad entera», *Arriba,* 18/07/1961.
PUJOL, Jordi, entrevista en *Tiempo,* núm. 816 (22/12/1997).
QUINTANILLA, Joaquín F., *Al final de la cabriola: conversaciones con el pintor Luis Quintanilla,* Universidad de Cantabria, Santander, 2008.
RAMOS, V., *Lorenzo Carbonell, alcalde popular de Alicante,* Caja de Ahorros Provincial de Alicante, Alicante, 1976.
RIDRUEJO, Dionisio, *Casi unas memorias,* Planeta, Barcelona, 1976.
RÍO CISNEROS, Agustín del y PAVÓN PEREYRA, Enrique, *Los procesos de José Antonio,* Ediciones del Movimiento, Madrid, 1969.
RIPOLL I CORNELL, E., «Luis Ruiz Contreras (1863-1953): un català, un empordanès, un castelloní en la Generació del 98», *Annals de l'Institut d'Estudis Empordanesos,* 21, 1988, págs. 289-312.
RODRÍGUEZ ANTIGÜEDAD, A., «José Antonio en la cárcel de Madrid», reportaje (s. f.).
ROJAS, Carlos, *La guerra en Catalunya,* Plaza & Janés, Barcelona, 1979.
ROSSER LIMIÑANA, P. y SORIANO ARNAU, R., *Alicante en guerra: de la ciudad republicana de retaguardia y refugios, a la ciudad destrozada, derrotada y franquista,* Ayuntamiento de Alicante, Alicante, 2017.
RUIZ DE ALDA, Pablo, «Estampa y vida», en Julio Ruiz de Alda, *Obras completas,* Ediciones FE, San Sebastián, 1939.
SÁENZ DE HEREDIA, Nieves, «En la vida familiar», en *Dolor y memoria de España en el segundo aniversario de la muerte de José Antonio,* Ediciones Jerarquía, Barcelona, 1939.
SAN ROMÁN, José María, «La Falange que quiso ser de los rojos-rojos y de las JONS», *Altar Mayor,* núm. 127, marzo-abril de 2009.
SANZ JARQUE, Juan José, *La cuestión de la tierra en los Estados del Duque (Malagón, Porzuna, Fuente el Fresno y los Cortijos) (Ciudad Real),* Estudios Jurídicos, Madrid, 1976.
SERRANO, Eugenia, «Sigue encendida la llama», *El Eco de Canarias: diario de la mañana,* 20/11/1963.
SERRANO SUÑER, Ramón, «La formación jurídica de José Antonio: recuerdos de un compañero y condiscípulo (Salamanca, 1938)», en Agustín del Río Cisneros y Enrique Pavón Pereyra, *José Antonio, abogado,* Ediciones del Movimiento, Madrid, 1969.
— *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias,* Planeta, Barcelona, 1977.
TAGÜEÑA LACORTE, Manuel, *Testimonio de dos guerras,* Planeta, Barcelona, 2005.

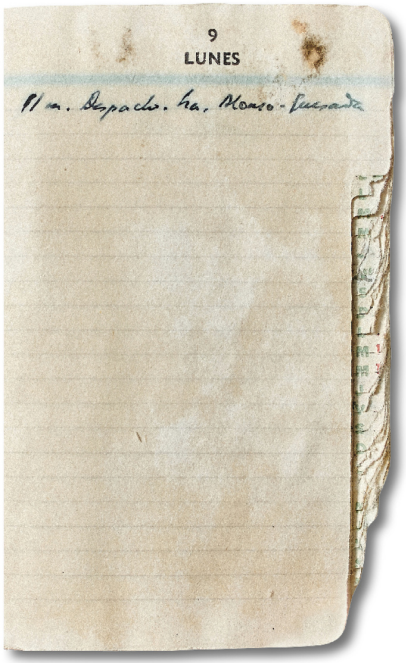
THOMÀS, Joan Maria, «Franquistes catalans i llengua catalana durant el primer franquisme», *Llengua & Literatura,* núm. 9, 1998.
— *José Antonio: realidad y mito,* Debate, Barcelona, 2022.
TORRICO, Eduardo, «Amarguras, Semana Santa y la España en llamas», *Scherzo,* 14/04/2022.
TORROBA, Luis, «Memoria histórica de las pesetas en torno a un crimen», *La Garbia,* 03/07/2017.
TRAPIELLO, Andrés, *Las armas y las letras,* Destino, Barcelona, 2010.
UTRILLO, Miguel, «Presencia y ausencia de José Antonio Primo de Rivera», *Solidaridad Nacional,* 19/11/1939.
VALDÉS LARRAÑAGA, Manuel, *De la Falange al Movimiento (1936-1952),* Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1994.
VELARDE FUERTES, Juan, «José Antonio, patrimonio espiritual de los españoles», *Arriba,* 20/11/1970.
VIDAL, César, *José Antonio. La biografía no autorizada,* Mario Muchnik, Barcelona, 1996.
VIDARTE, Juan-Simeón, *Todos fuimos culpables,* Grijalbo, Barcelona, 1977.
— *El bienio negro y la insurrección de Asturias. Testimonio del que fue vicesecretario y secretario del PSOE,* Grijalbo, Barcelona, 1978.
XIMÉNEZ DE SANDOVAL, Felipe, *José Antonio (biografía apasionada),* Juventud, Madrid, 1941.
ZAMACOLA MONIS, Alejandro, «Pequeña historia de un desertor de La Legión», *La Legión,* núm. 506, I, 2009.
ZUGAZAGOITIA, Julián, *Guerra y vicisitudes de los españoles,* Tusquets, Barcelona, 2001.

Láminas

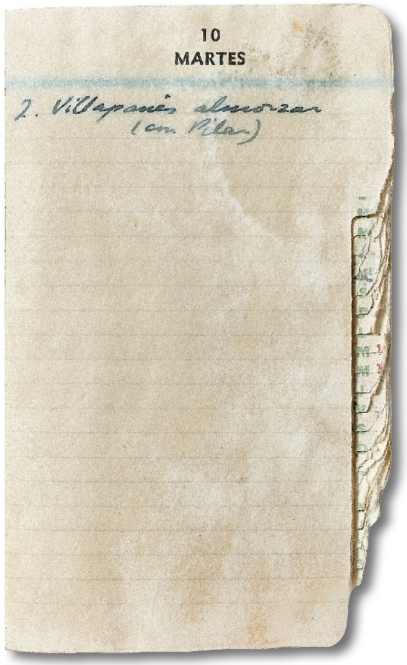


DOMINGO 1 de MARZO
1 t. Ruiseñada. Bar Club.

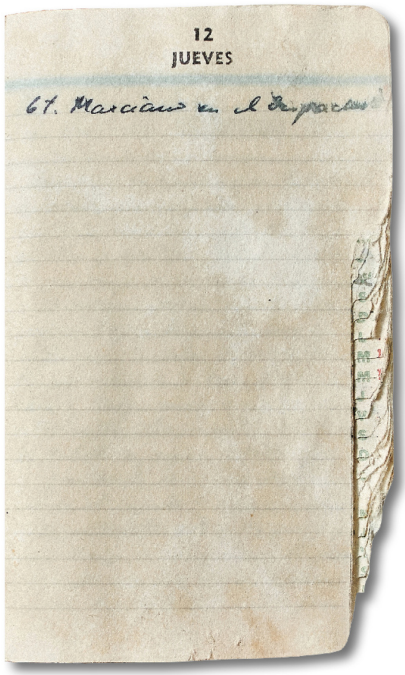
DOMINGO 8 de MARZO
Despacho. Panizo.



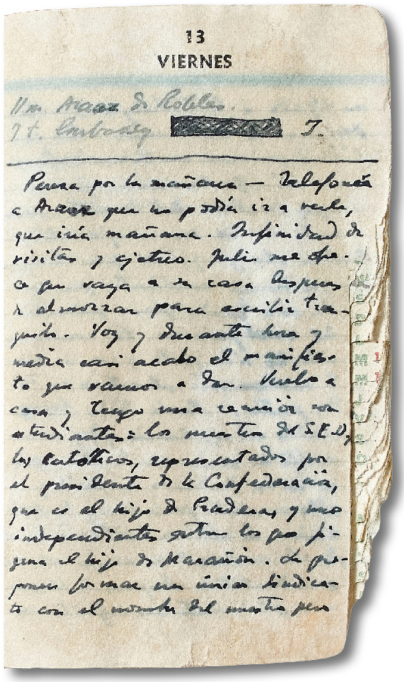
LUNES 9 de MARZO
11 m. Despacho. Sra. Alonso-Quesada.



MARTES 10 de MARZO
2. Villapanés almorzar (con Pilar).

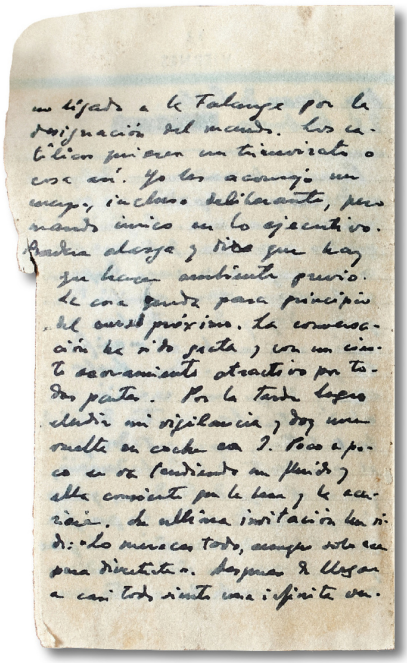


JUEVES 12 de MARZO
6 t. Marciano en el despacho.


13
VIERNES
11 m. Arauz de Robles.
7 t. Embassy. [redacted] I.
Pereza por la mañana – Telefoneé a Araoz (sic) que no podía ir a verle, que iría mañana. Infinidad de visitas y ajetreo. Julio me ofrece que vaya a su casa después de almorzar para escribir tranquilo. Voy y durante hora y media casi acabo el manifiesto que vamos a dar. Vuelvo a casa y tengo una reunión con estudiantes: los nuestros del S.E.U. y los católicos, representados por el presidente de la Confederación, que es el hijo de Pradera, y unos independientes entre los que figura el hijo de Marañón. Se proponen formar un único sindicato con el nombre del nuestro pero

VIERNES 13 de MARZO
11 m. Arauz de Robles.
7 t. Embassy. [Tachado] I.
Pereza por la mañana – Telefoneé a Araoz (sic) que no podía ir a verle, que iría mañana. Infinidad de visitas y ajetreo. Julio me ofrece que vaya a su casa después de almorzar para escribir tranquilo. Voy y durante hora y media casi acabo el manifiesto que vamos a dar. Vuelvo a casa y tengo una reunión con estudiantes: los nuestros del S.E.U. y los católicos, representados por el presidente de la Confederación, que es el hijo de Pradera, y unos independientes entre los que figura el hijo de Marañón. Se proponen formar un único sindicato con el nombre del nuestro pero

(Continúa en la página siguiente).

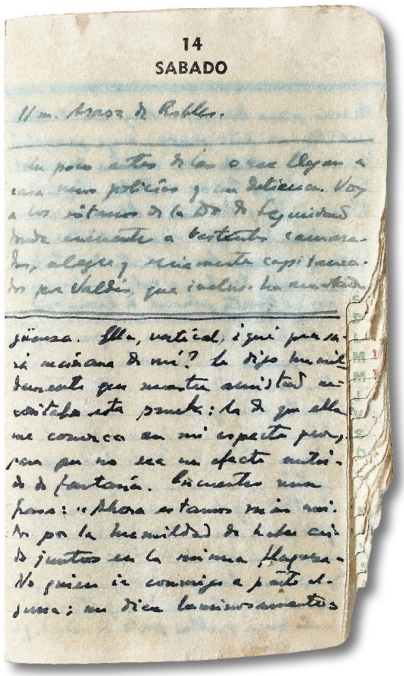


VIERNES 13 de MARZO

(Viene de la página anterior).

no ligado a la Falange por la designación del mando. Los católicos quieren un triunvirato o cosa así. Yo les aconsejo un cuerpo, incluso deliberante, pero mando único en lo ejecutivo. Pradera alarga y dice que hay que hacer ambiente previo. La cosa queda para principio del curso próximo. La conversación ha sido grata y con un cierto acercamiento atractivo por todas partes. Por la tarde logro eludir mi vigilancia y doy una vuelta en coche con I. Poco a poco se va tendiendo un fluido y consiente por la boca y la acaricia. La última invitación ha sido: "Lo mereces todo, aunque solo sea para divertirte". Después de llegar a casi todo siento una infinita ver-

(Continúa en la página siguiente abajo).

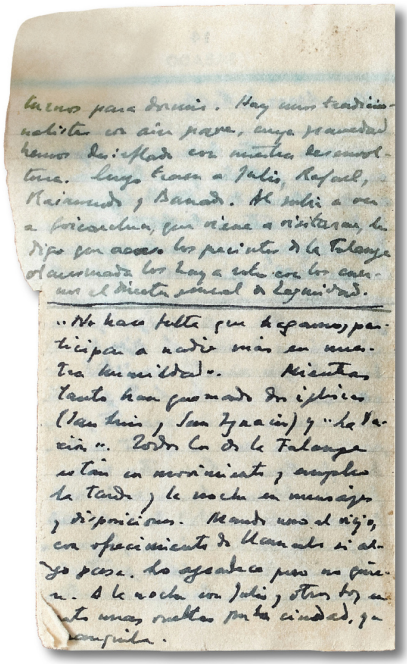

14
SABADO

SÁBADO 14 de MARZO
11 m. Araoz [sic] de Robles.
Un poco antes de las once llegan a casa unos policías y me detienen. Voy a los calabozos de la Dirección de Seguridad donde encuentro a bastantes camaradas, alegres y seriamente capitaneados por Valdés, que incluso ha montado

(Continúa en la página siguiente arriba).

VIERNES 13 de MARZO
(Viene de la página anterior).
güenza. Ella, vertical, ¿qué pensará mañana de mí? Le digo humildemente que nuestra amistad necesitaba esta prueba: la de que ella me conozca en mi aspecto peor para que no sea un afecto nutrido de fantasía. Encuentro una frase: “Ahora estamos más unidos por la humildad de haber caído juntos en la misma flaqueza”. No quiere ir conmigo a parte alguna; me dice luminosamente:

(Continúa en la página siguiente abajo).



SÁBADO 14 de MARZO

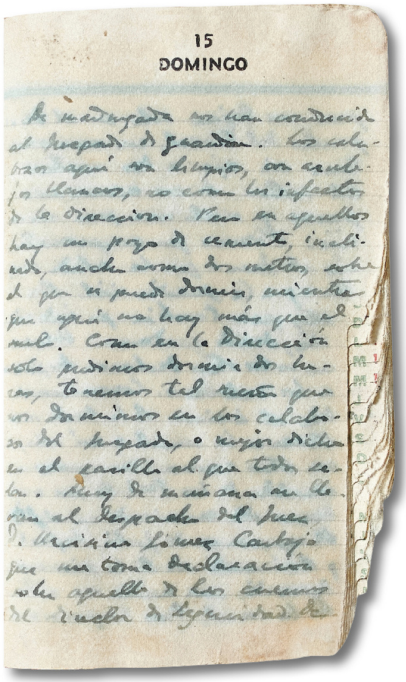
(Viene de la página anterior).

turnos para dormir. Hay unos tradicionalistas con aire grave, cuya gravedad hemos desinflado con nuestra desenvoltura. Luego traen a Julio, Rafael, Raimundo y Barrado. Al salir a ver a Goicoechea, que viene a visitarnos, le digo, que acaso los precintos de la Falange clausurada los haya roto con los cuernos el Director general de Seguridad.

VIERNES 13 de MARZO

(Viene de la página anterior).

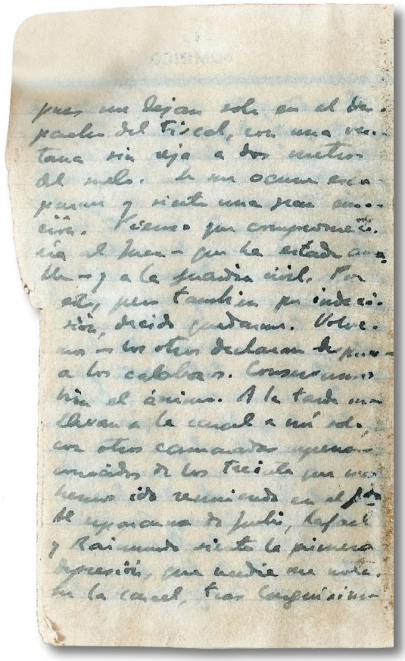
“No hace falta que hagamos participar a nadie más en nuestra humildad”. Mientras tanto han quemado dos iglesias (San Luis y San Ignacio) y “La Nación”. Todos los de la Falange están en movimiento y empleo la tarde y la noche en mensajes y disposiciones. Mando uno al viejo, con ofrecimiento de llamada si algo pasa. Lo agradece pero no quiere. A la noche con Julio y otros doy unas vueltas por la ciudad, ya tranquila.


15
DOMINGO

DOMINGO 15 de MARZO

De madrugada nos han conducido al Juzgado de Guardia. Los calabozos aquí son limpios, con azulejos blancos, no como los infectos de la Dirección. Pero en aquellos hay un poco de cemento, inclinado, ancho como dos metros, sobre el que se puede dormir, mientras que aquí no hay más que el suelo. Como en la Dirección solo pudimos dormir dos horas, tenemos tal sueño que nos dormimos en los calabozos del Juzgado, o mejor dicho en el pasillo al que todos salen. Muy de mañana me llevan al despacho del Juez D. Ursicino Gómez Carbajo que me toma declaración por aquello de los cuernos del director de Seguridad. Des-

(Continúa en la página siguiente).

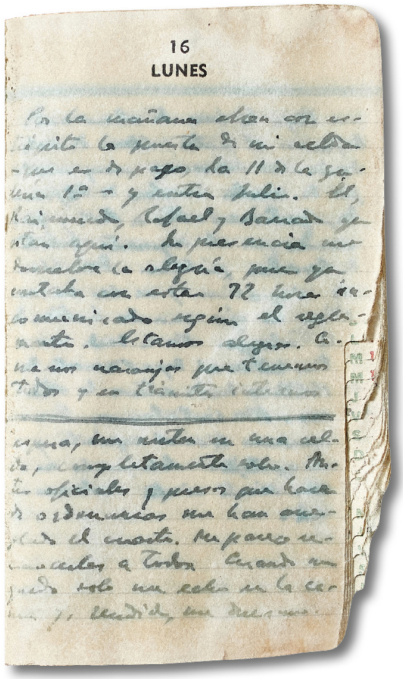


DOMINGO 15 de MARZO

(Viene de la página anterior).

pués me dejan solo en el despacho del Fiscal, con una ventana sin rejas a dos metros del suelo. Se me ocurre escaparme y siento una gran emoción. Pienso que comprometería al Juez —que ha estado amable— y a la guardia civil. Por esto, pero también por indecisión, decido quedarme. Volvemos —los otros declaran después— a los calabozos. Conservamos bien el ánimo. A la tarde me llevan a la cárcel a mí solo, con otros camaradas apenas conocidos de los treinta que nos hemos ido reuniendo en el jdo (sic, por juzgado). Al separarme de Julio, Rafael y Raimundo siento la primera depresión, que nadie me nota, en la cárcel, tras larguísima

(Continúa en la página siguiente abajo).


16
LUNES

LUNES 16 de MARZO

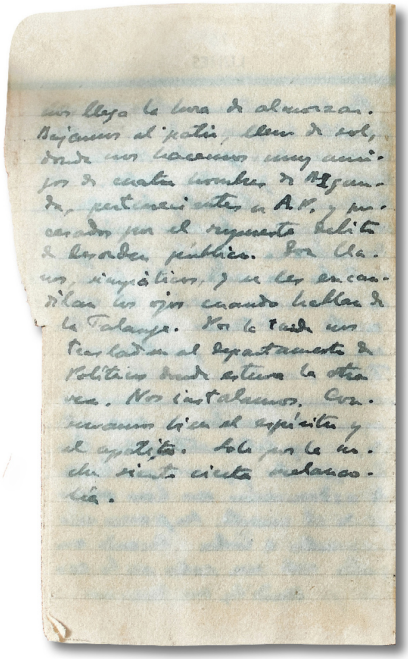
Por la mañana abren con estrépito la puerta de mi celda, que es de paso, la 11 de la galería primera, y entra Julio. Él, Raimundo, Rafael y Barrado ya están aquí. Su presencia me devuelve la alegría, pues ya contaba con estar 72 horas incomunicado según el reglamento. Estamos alegres. Comemos naranjas que tenemos todos y en trámites internos

(Continúa en la página siguiente).

DOMINGO 15 de MARZO

(Viene de la página anterior).

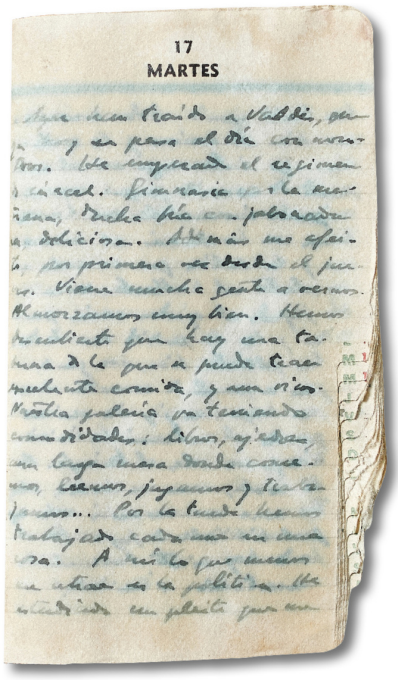
espera, me meten en una celda, completamente solo. Antes oficiales y presos que hacen de ordenanzas me han arreglado el cuarto. Me parece reconocerles a todos. Cuando me han dejado solo me echo en la cama y, rendido, me acuesto.



LUNES 16 de MARZO

(Viene de la página anterior).

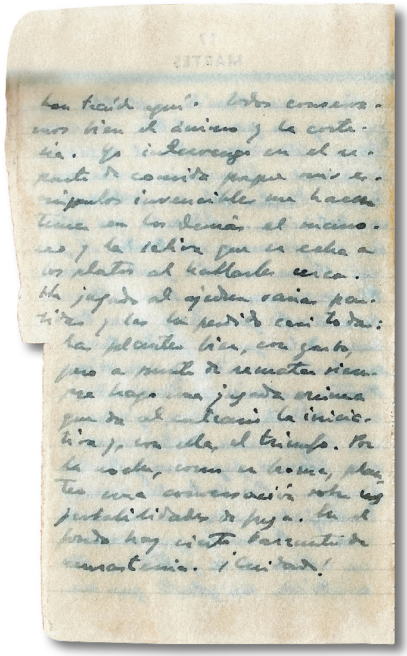
nos llegó la hora de almorzar. Bajamos al patio, lleno de sol, donde nos hacemos muy amigos de cuatro hombres de Arganda, pertenecientes a A. P. y procesados por el supuesto delito de desorden público. Son llanos, simpáticos y se les encandilan los ojos cuando hablan de la Falange. Por la tarde nos trasladan al departamento de Políticos donde estuve la otra vez. Nos instalamos. Conservamos bien el espíritu y el apetito. Solo por la noche siento cierta melancolía.


17
MARTES

MARTES 17 de MARZO

Ayer han traído a Valdés, que ya hoy se pasa el día con nosotros. He empezado el régimen de cárcel. Gimnasia por la mañana, ducha fría con jabonadora deliciosa. Además, me afeito por primera vez desde el jueves. Viene mucha gente a vernos. Almorzamos muy bien. Hemos descubierto que hay una taberna de la que se puede traer suculenta comida, y aún vinos. Nuestra galería va teniendo comodidades: libros, ajedrez, una larga mesa donde comemos, leemos, jugamos y trabajamos… por la tarde hemos trabajado cada uno en una cosa. A mí lo que menos me atrae es la política. He estudiado un pleito que me

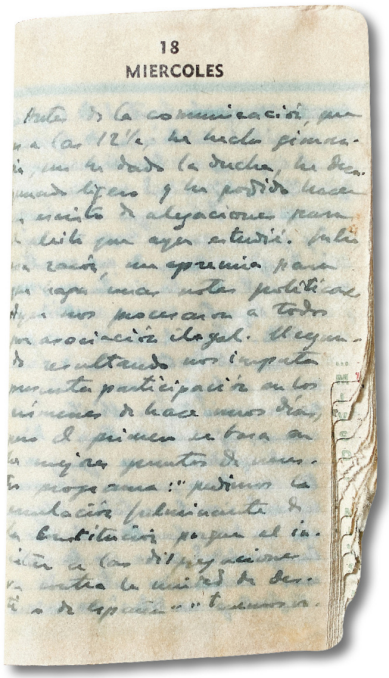
(Continúa en la página siguiente).



MARTES 17 de MARZO

(Viene de la página anterior).

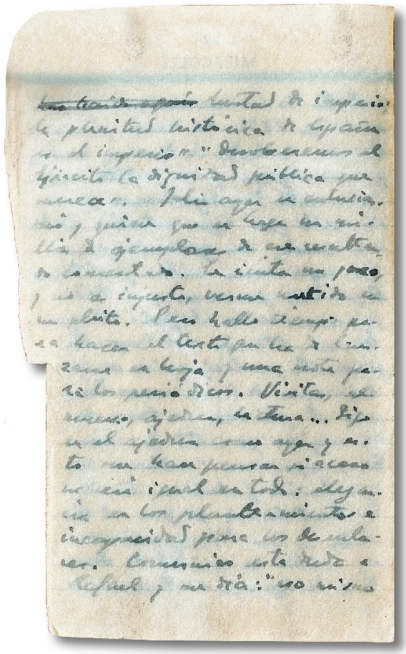
han traído aquí. Todos conservamos bien el ánimo y la cortesía. Yo intervengo en el reparto de comida porque mis escrúpulos invencibles me hacen temer en los demás el manoseo y la saliva que se echa a los platos al hablarles cerca. He jugado al ajedrez varias partidas y las he perdido casi todas: las planteo bien, con gusto, pero a punto de rematar siempre hago una jugada errónea que da al contrario la iniciativa y, con ella, el triunfo. Por la noche, como en broma, planteo una conversación sobre las posibilidades de fuga. En el fondo, hay cierto barrunto de neurastenia. ¡Cuidado!


18
MIERCOLES

MIÉRCOLES 18 de MARZO

Antes de la comunicación, que es a las 12 1/2, he hecho gimnasia, me he dado la ducha, he desayunado ligero y he hecho el escrito de alegaciones para el pleito que ayer estudié. Julio, con razón, me apremia para que haga unas notas políticas. Ayer nos procesaron a todos por asociación ilegal. El segundo resultando nos imputa presunta participación en los crímenes de hace unos días, pero el primero se basa en los mejores puntos de nuestro programa: “pedimos la anulación fulminante de la Constitución porque el incitar a las disgregaciones va contra la unidad de destino de España”. “Tenemos voluntad

(Continúa en la página siguiente).

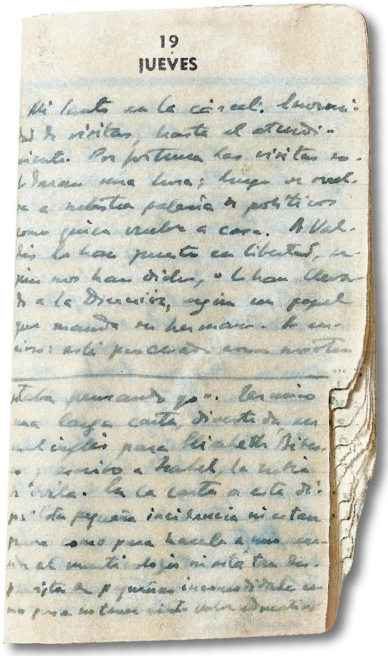


MIÉRCOLES 18 de MARZO

(Viene de la página anterior).

de imperio, la plenitud histórica de España es el imperio", "devolveremos al Ejército la dignidad pública que merece". Julio ayer se entusiasmó y quiere que se haga un millón de ejemplares de ese resultando comentado. Le irrita un poco y no es injusto verme metido en un pleito. Pero hallo tiempo para hacer el texto que ha de lanzarse en hoja y una nota para los periódicos. Visitas, almuerzo, ajedrez, lectura… Sigo en el ajedrez como ayer y esto me hace pensar si no seré igual en todo: elegancia en los planteamientos e incapacidad para los desenlaces. Comunico esto a Rafael y me dice: "eso mismo

(Continúa en la página siguiente abajo).


19
JUEVES

JUEVES 19 de MARZO

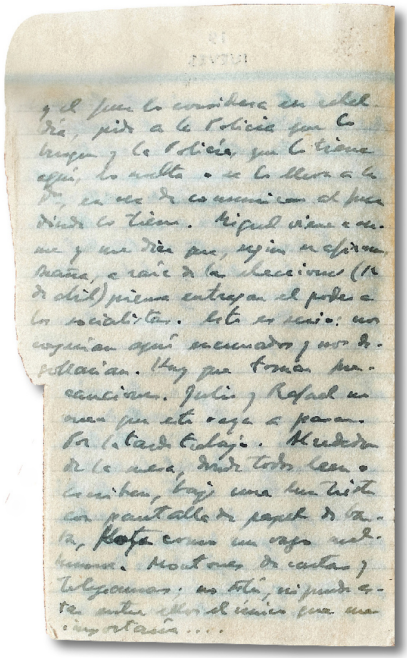
Mi santo en la cárcel: enormidad de visitas, hasta el aturdimiento. Por fortuna las visitas solo duran una hora; luego vuelvo a nuestra galería de políticos como quien vuelve a casa. A Valdés le han puesto en libertad, según nos han dicho; lo han llevado a la Dirección, según un papel que mandó su hermano. Lo curioso: está procesado como nosotros

(Continúa en la página siguiente).

MIÉRCOLES 18 de MARZO

(Viene de la página anterior).

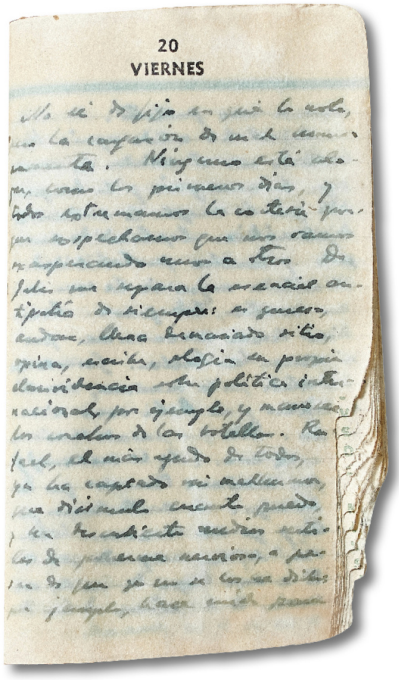
estaba pensando yo". Termino una larga carta, divertida, en mal inglés, para Elisabeth Bibesco y escribo a Isabel, la rubia de Ávila. En la carta a esta digo: "Esta pequeña incidencia, que ni es tan grave como para hacerle a uno acreedor al martirologio ni está tan desprovista de pequeñas incomodidades como para no tener cierto valor educativo".



JUEVES 19 de MARZO

(Viene de la página anterior).

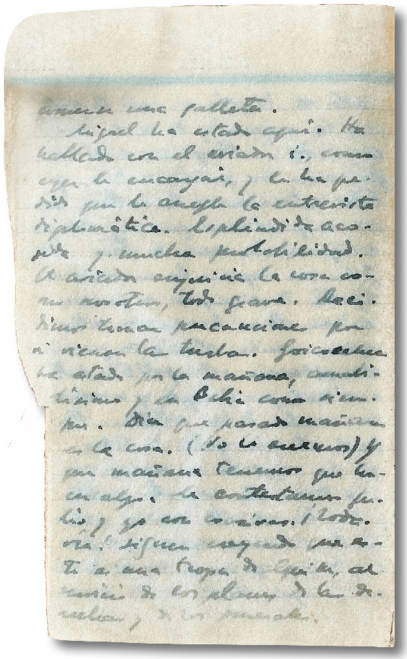
y el juez lo considera en rebeldía, pide a la Policía que lo traiga y la Policía, que lo tiene aquí, lo suelta o se lo lleva a la Dirección en vez de comunicar al Juez dónde lo tiene. Miguel viene a verme y me dice que, según se afirma, Azaña, a raíz de las elecciones, 1.º de abril, va a entregar el poder a los socialistas. Esto es serio: nos cogerían aquí encerrados y nos degollarían. Hay que tomar precauciones. Julio y Rafael no creen que esto vaya a pasar. Por la tarde trabajo. Alrededor de la mesa, donde todos leen o escriben, bajo una triste luz con pantalla de papel de barba, flota como un vago malhumor. Montones de cartas y telegramas. No está, ni puede estar entre ellos el único que me importaría…


20
VIERNES

VIERNES 20 de MARZO

No sé de fijo en qué lo noto, pero la cargazón de mal humor aumenta. Ninguno está alegre, como los primeros días, y todos extremamos la cortesía porque sospechamos que nos vamos exasperando unos a otros. De Julio me separa la esencial antipatía de siempre: es grosero, audaz, llena demasiado sitio, opina, escribe, elogia su propia clarividencia sobre política internacional, por ejemplo, y manosea los corchos de las botellas. Rafael, el más agudo de todos, ya ha captado mi mal humor, que disimulo cuanto puedo, y ha descubierto medios sutiles de ponerme nervioso, a pesar de que yo no se los he dicho, por ejemplo, hacer ruido para

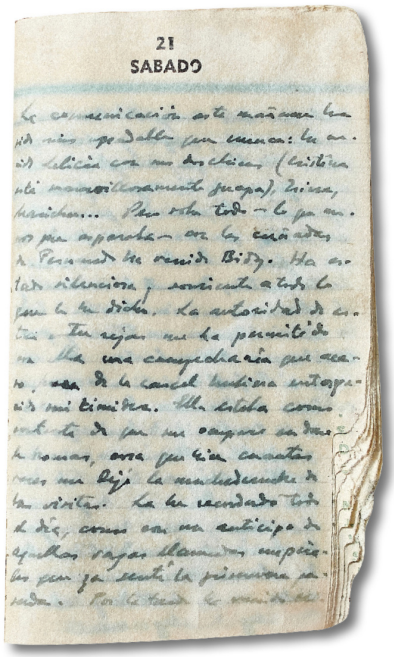
(Continúa en la página siguiente).



VIERNES 20 de MARZO

(Viene de la página anterior).

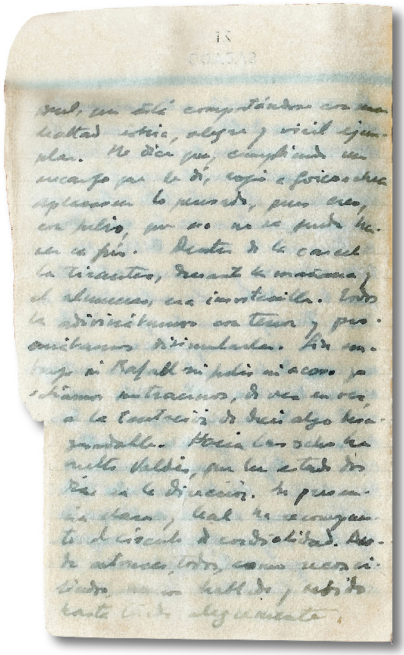
comerse una galleta. Miguel ha estado aquí, ha hablado con el aviador i., como ayer le encargué, y le ha pedido que le arregle la entrevista diplomática. Espléndida acogida y mucha probabilidad. El aviador enjuicia la cosa igual que nosotros: todo grave. Decidimos tomar precauciones por si viene la turba. Goicoechea ha estado por la mañana, amabilísimo y en Babia como siempre. Dice que pasado mañana es la cosa (no le creemos) y para mañana tenemos que hacer algo. Le contestamos Julio y yo con evasivas. ¡Todavía! Siguen pensando que esta es una tropa de alquiler al servicio de la derecha y de los generales.


21
SABADO

SÁBADO 21 de MARZO

La comunicación esta mañana ha sido más agradable que nunca: ha venido Leticia con sus dos chicas (Cristina está maravillosamente guapa), Trina, Marichu… Pero sobre todo —lo que menos me esperaba— con las cuñadas de Fernando ha venido Bidy. Ha estado silenciosa y sonriente a todo lo que le he dicho. La autoridad de estar entre rejas me ha permitido con ella una campechanía que acaso fuera de la cárcel hubiera entorpecido mi timidez. Ella estaba como contenta de que me ocupara de hacerle bromas, cosa que hice cuantas veces me dejó la muchedumbre de las visitas. La he recordado todo el día, como con un anticipo de aquellas vagas llamadas nupciales que ya sentí la primavera pasada. Por la tarde ha venido Miguel

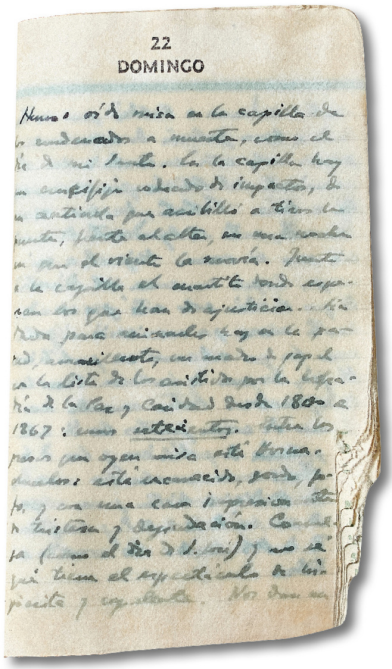
(Continúa en la página siguiente).



SÁBADO 21 de MARZO

(Viene de la página anterior).

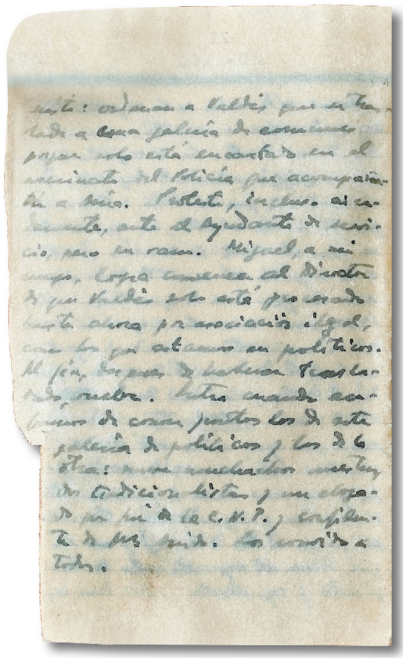
que está comportándose con una lealtad sobria, alegre y viril ejemplar. Me dice que cumpliendo un encargo que le di, rogó a Goicoechea aplazaran lo pensado, pues creo, con Julio, que eso no se puede hacer en frío. Dentro de la cárcel la tirantez, durante la mañana y el almuerzo, era insostenible. Todos la adivinábamos con temor y procurábamos disimularla. Sin embargo, ni Rafael ni Julio ni acaso yo podíamos sustraernos, de vez en vez, a la tentación de decir algo desagradable. A las ocho ha vuelto Valdés, que ha estado dos días en la Dirección. Su presencia clara y leal ha recompuesto el círculo de la cordialidad. Desde entonces, todos, como reconciliados, hemos hablado y bebido hasta tarde, alegremente.


22
DOMINGO

DOMINGO 22 de MARZO

Hemos oído misa en la capilla de los condenados a muerte como el día de mi santo. En la capilla hay un crucifijo rodeado de impactos, de un centinela que acribilló a tiros la puerta, frente al altar, en una noche en la que el viento la movía. Junto a la capilla el cuartito donde esperan los que han de ajusticiar. Sin duda para animarles hay en la pared, amarillento, un cuadro de papel con la lista de los asistidos por la Cofradía de la Paz y la Caridad desde 1800 a 1867: unos setecientos. Entre los presos que oyen misa está Hornachuelos: está encanecido, gordo, fofo, y con una cara impresionante de tristeza y degradación. Comulga (como el día de S. José) y no sé que tiene el espectáculo de hipócrita y repelente. Nos dan un

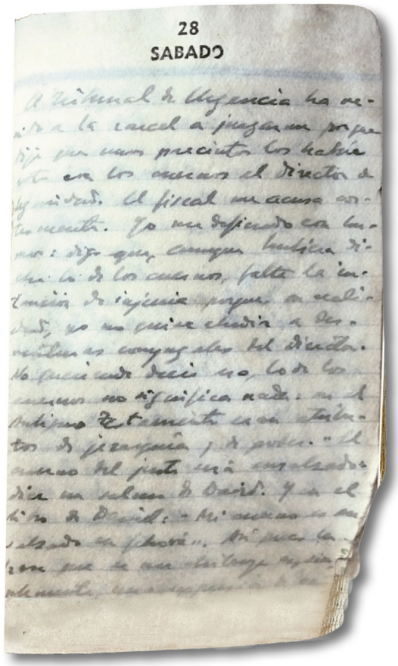
(Continúa en la página siguiente).



DOMINGO 22 de MARZO

(Viene de la página anterior).

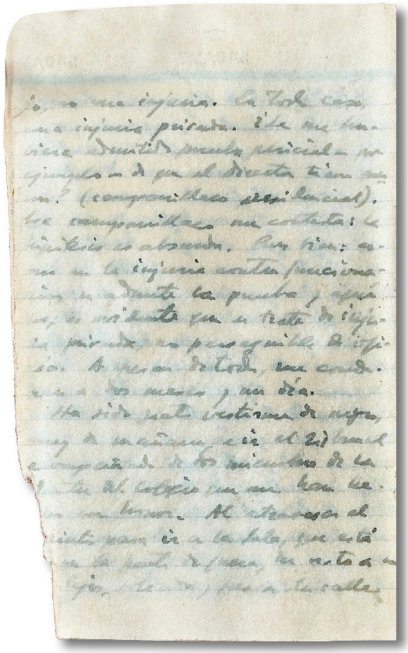
susto: ordenan a Valdés que se traslade a una galería de comunes porque solo está encartado en el asesinato del Policía que acompañaba a Asúa. Protesto, incluso airadamente ante el Ayudante de servicio, pero en vano. Miguel, a mi ruego, logra convencer al Director de que Valdés solo está procesado hasta ahora por asociación ilegal, como los que estamos en políticos. Al fin, después de haberse trasladado, vuelve. Entra cuando acabamos de cenar juntos los de esta galería de políticos y los de la otra: nueve muchachos nuestros, dos tradicionalistas y un abogado de la CNT que fue confidente de Martínez Anido. Los convido a todos.


28
SABADO

SÁBADO 28 de MARZO

El Tribunal de Urgencia ha venido a la cárcel a juzgarme porque dije que unos precintos los había roto con los cuernos el Director de Seguridad. El fiscal me acusa cortésmente. Yo me defiendo con humor: digo que aunque hubiera dicho lo de los cuernos falta la intención de injuria porque en realidad, yo no quise aludir a desventuras conyugales del Director. No queriendo decir eso, lo de los cuernos no significa nada: en el Antiguo Testamento eran atributos de jerarquía y de poder. “El cuerno del justo será ensalzado” dice un salmo de David. Y en el libro de David: “Mi cuerno es ensalzado en Jehová”. Así pues la frase que se me atribuye es, simplemente, una expresión de

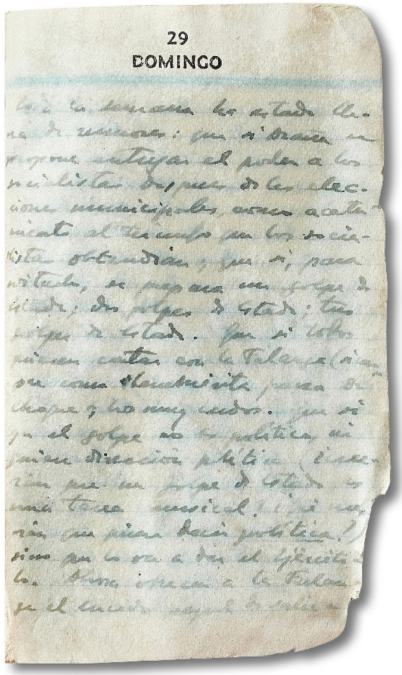
(Continúa en la página siguiente).



SÁBADO 28 de MARZO

(Viene de la página anterior).

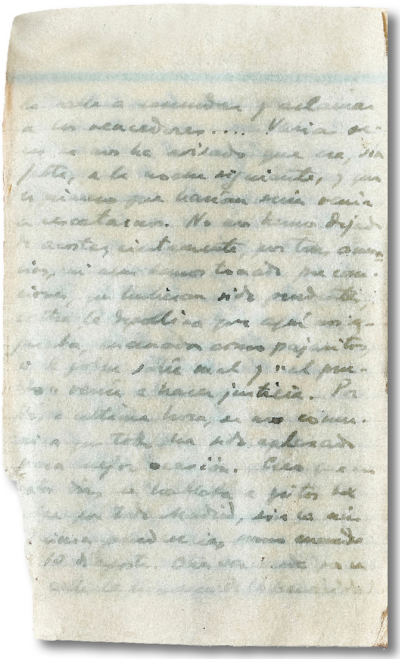
enojo, no una injuria. En todo caso, una injuria privada. ¿Se me hubiera admitido prueba pericial —por ejemplo— de que el Director tiene cuernos? (campanillazo presidencial). Ese campanillazo me contesta: la hipótesis es absurda. Pues bien, como en la injuria contra funcionarios se admite la prueba y aquí no, es evidente que se trata de injuria privada, no perseguible de oficio. A pesar de todo, una condena de dos meses y un día. Ha sido grato vestirme de negro, muy de mañana, e ir al tribunal acompañado de dos miembros de la Junta del Colegio que me han hecho ese honor. Al atravesar el recinto para ir a la sala, que está en la parte de fuera, he visto a lo lejos, soleada y fresca, la calle.


29
DOMINGO

DOMINGO 29 de MARZO

Toda la mañana ha estado llena de rumores. Que si Azaña se propone entregar el poder a los socialistas después de las elecciones municipales como acatamiento al triunfo que los socialistas obtendrían y que si, para evitarlo, se prepara un golpe de Estado; dos golpes de Estado; tres golpes de Estado. Que si todos piensan contar con la Falange (siempre como [¿?] fuerza de choque, los muy cerdos[)]. Que si ya el golpe no es político ni quiere dirección política (¿creerán que un golpe de Estado es una tarea musical? ¿Qué creerán que quiere decir política?) sino que lo va a dar el Ejército. Ahora ofrecen a la Falange el lucido papel de salir a

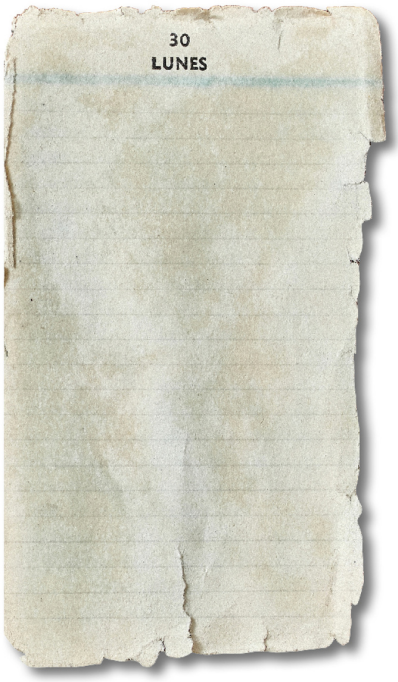
(Continúa en la página siguiente).



DOMINGO 29 de MARZO

(Viene de la página anterior).

la calle a secundar y aclamar a los vencedores… Varias veces se nos ha avisado que era, sin falta, a la noche siguiente y que lo primero que harían sería venir a rescatarnos. No nos hemos dejado de acostar ciertamente por tales anuncios, ni acaso hemos tomado precauciones, que hubieran sido prudentes, contra la degollina que aquí nos esperaba, encerrados como pajaritos, si el golpe salía mal y "el pueblo" venía a hacer justicia. Por fin, a última hora, nos comunican que todo ha sido aplazado para mejor ocasión. Creo que en estos días se hablaba a gritos del golpe por todo Madrid, sin la mínima prudencia, como cuando el 10 de agosto. Otra vez anda por la calle la máscara de la heroicidad.



LUNES 30 de MARZO

Notas

La agenda matemática

1 Carta de José Antonio Primo de Rivera a Carmen Muñoz Rocatallada, condesa de Yebes: «Querida Carmen, te envío la revista que te prometí y un ejemplar de los discursos de la Comedia en que empezó nuestro movimiento. En ellos encontrarás algunos datos para mi biografía externa encomendada a futuros historiadores superficiales, pero tampoco se te ocultarán algunos rasgos reveladores de mi biografía interna que tú estás llamada a escribir. Dios te lo pague. Sabes que es tu buen amigo. José Antonio (Chamartín de la Rosa, 27 de mayo de 1934)», José Antonio Primo de Rivera, *Textos inéditos y epistolario,* Ediciones del Movimiento, Madrid, 1956, pág. 431. Carmen, linaje altoaragonés de Panticosa, condado de la Viñaza, era la mujer más bonita que vio en su vida Pepín Bello, que tuvo tiempo para contrastar tamaña beldad, pues el muñidor del trío Lorca-Dalí-Buñuel nos dejó solos cuando iba a cumplir ciento cuatro años. En semejante juicio de Pepín no debía diferir mucho José Antonio, que improvisó una coplilla que triunfó en los ambientes, según me recordaba en su literalidad el generoso marqués de Tamarón, Santiago de Mora-Figueroa: «La ciudadana Muñoz, que a su marido aproveche, me gusta más que el arroz con leche». La condesa era una mujer de carácter independiente, liberal, amiga de Ortega y de políticos republicanos. Organizaba tertulias intelectuales y escribía; no se libró de problemas en la posguerra: el franquismo recordaba todo.

2 Joaquín Martínez Arboleya nació en Montevideo el 30 de diciembre de 1900, y dedicó la mayor parte de su vida a la actividad cinematográfica como guionista, director y productor. Con la llegada de la televisión se convirtió en el empresario más poderoso del sector audiovisual de Uruguay. Fue escritor de gran éxito comercial en su país. *Porque luché contra los rojos* es el libro donde se inventa un fusilamiento de José Antonio al que nunca asistió. Para un conocimiento detallado de la ficción originada por J. M. Arboleya, «¿Presenció Santicaten el fusilamiento de José Antonio Primo de Rivera?», es recomendable acudir a la publicación que inspirara el recordado filósofo Gustavo Bueno: *El Catoblepas,* núm. 172 (junio de 2016), pág. 11, donde el riguroso Jeroni Miquel Mas Rigo analiza las distintas contradicciones del relato del empresario uruguayo.

3 Francisco Bravo, *José Antonio. El hombre, el jefe, el camarada,* Ediciones Españolas, Madrid, 1940.

4 José Antonio Martín Otín, *El hombre al que Kipling dijo sí,* El Gallo de Marzo,

Madrid, 2005.

5 Entre la relación de objetos personales, Miguel Primo de Rivera Urquijo alude a una pequeña agenda de notas en el prólogo de *Los papeles de José Antonio,* sin referencia alguna a su contenido.

6 «13 de marzo. Dos hombres le pegan un tiro a Rafael León López […] cuando caminaba por la Gran Vía. No muere. Tras el atentado a Jiménez de Asúa, se producen graves altercados en Madrid: incendios, asalto a las fuerzas del orden… En uno de los enfrentamientos muere el guardia José de la Cal Hernández por unos pistoleros que practicaban la autodefensa de un grupo de incendiarios», Sergio Campos Cacho y José Antonio Martín Otín, *Violencia roja antes de la Guerra Civil. Antillón 4, la primera checa de la República,* Espasa, Barcelona, 2024, pág. 259. «13 marzo. Durante el entierro del policía Gisbert, un joven de veinticuatro años fue apuñalado en la calle del Barquillo», *Diario de las Cortes* de 7 de mayo de 1936. Relación de los sucesos y los desórdenes públicos acaecidos en España desde el día 1 de abril hasta el 4 de mayo de 1936, referidos por José Calvo Sotelo.

7 Josep Pla a Marino Gómez Santos: «No quiero una tercera República», *Ya,* 20/02/1977. Rafael Ibáñez Hernández, *Estudio y acción: la Falange fundacional a la luz del «Diario» de Alejandro Salazar (1934-1936),* Barbarroja, Madrid, 1993.

8 Manuel Aznar, *Historia militar de la guerra de España,* vol. 1, 4ª ed., Editora Nacional, Madrid, 1964, pág. 67.

9 «Mateo llegó a Madrid en julio de 1936 procedente de Valladolid, donde había discutido con el general Saliquet tan agriamente que el falangista fue invitado a abandonar la plaza en el siguiente cuarto de hora. Mateo portaba el mandato de José Antonio: un golpe rápido, con presencia momentánea de militares y entrega del poder a los pocos días. De natural receloso y desconfiado, lo visto en Castilla la Vieja le avisó del engaño. La sensación se acrecentó en la capital. Encargado personal y directamente por José Antonio para ajustar en Madrid la presencia de la Falange ante el golpe previsto, vio impotente cómo se rifaban las medallas los amiguetes del jefe en conciliábulos con los espadones de los que quedaba al margen. Ahí fue cuando pronunció la frase que resumía bien todo un comportamiento: “Cuando vea a José Antonio le voy a decir que en Madrid no se ha levantado la Falange, sino su bufete”. Como todo lo relativo a Manuel Mateo que acabamos de leer, la siguiente página en la historia que explica la falsedad del último manifiesto viene entresacada de un estudio de Ceferino Maestú tan voluminoso como interesante. Maestú fue el mayor estudioso del movimiento obrero falangista, de Manuel Mateo y su novelesca vida, y de sus camaradas sindicalistas de la primera hora que en muchos casos pasaron de la persecución frentepopulista a la persecución del franquismo. Ceferino Maestú, fundador de Comisiones Obreras junto a los falangistas Hernando, Matorras y Reboul, entre otros, y los comunistas Ariza y Camacho», José Antonio Martín Otín, *El hombre al que Kipling dijo sí,* ob. cit., págs. 134-137.

10 Los falangistas no participaron aisladamente en el hecho inicial de Comisiones; junto a los comunistas de OSO (Organización Sindical Obrera), fundaron Comisiones. Nadie de la primera hora ha querido negar ese hecho, está en toda la documentación

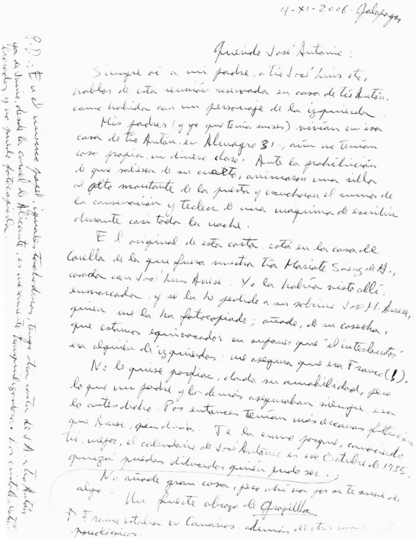
histórica de Comisiones Obreras y cuando los que permanecieron en la organización lo recordaban era para lamentar que aquella colaboración se rompiera. En su libro de memorias se lo dice Marcelino Camacho a Etsuko Asami.

11 «La pérdida de algunos de sus papeles aún antes de salir de España en 1939, atestiguada por él mismo en una carta de 1940 a Juan José Domenchina, y el secuestro de casi todo su archivo el 10 de julio de 1940 a manos de la policía franquista y de la Gestapo alemana, inducen a pensar que los Apuntes de memoria no están completos. Quizá por esta razón, la editorial Oasis de México, al publicar las llamadas *Obras completas* de Azaña, no quiso incluirlos en ellas, por considerarlos un borrador fragmentario sin elaborar. Pero tampoco se puede descartar la posibilidad de que su exclusión de aquella edición no fuera debida a motivos de índole particular o intereses de algún grupo político, ya que la publicación de las *Memorias* de Azaña suscitó en su momento, en algunos círculos de españoles desterrados en México, una callada pero eficaz oposición», en Jeroni Miquel Mas Rigo, «Manuel Azaña y el proceso de José Antonio en Alicante», en *El Catoblepas,* núm. 41 (julio de 2005), pág. 18; Rafael Ibáñez Hernández, *Estudio y acción: la Falange fundacional a la luz del* Diario *de Alejandro Salazar (1934-1936),* Barbarroja, Madrid, 1993.

12 Conversación de Ildefonso Manuel Gil con el autor. Ricardo Gullón, «Olvidos de Alicante», en *ABC,* 10/08/1985, pág. 3. Ricardo Gullón Fernández (Astorga, 1908-Madrid, 1991), escritor y crítico literario, estudió Derecho por imposición de su padre, abogado y diputado provincial, pero su pasión era la literatura. En 1933 fundó junto a Ildefonso Manuel Gil una editorial y la revista *Literatura*. Ese mismo año fue nombrado teniente fiscal de la Audiencia de Soria, pero el inicio de la guerra le sorprendió en Madrid. El 28 de julio fue destinado al Juzgado Especial nº 2 de Madrid y pasó prácticamente toda la contienda trabajando en Alicante, como fiscal jefe de la Audiencia Provincial desde el 22 de julio de 1937. Fue depurado en 1939 y se reincorporó a la carrera treinta meses más tarde. En 1956 marchó a Puerto Rico llamado por su amigo Juan Ramón Jiménez, y se dedicó por completo a la crítica y la literatura, sobre todo en Estados Unidos, hasta que regresó a España una vez muerto Franco. Recibió el Premio Príncipe de Asturias de las Letras en 1989 y fue nombrado académico de la RAE en 1990. Fichas de fiscales, magistrados, jueces, secretarios, auxiliares, alguaciles, agentes judiciales y otros cargos de la Administración de Justicia de la República, en AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 1567, exp. 25, f. 19-20; expediente sobre la Administración de Justicia de la República, AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 1568, exp. 3, f. 13. «Ricardo Gullón Fernández», Real Academia de la Historia (RAH), https://historia-hispanica.rah.es/biografias/22259-ricardo-gullon-fernandez..

13 Todo lo relativo al sumario de José Antonio permanece todavía sumido en las tinieblas. Los autores que han escrito sobre el proceso se basan en el libro de Francisco Bravo, *José Antonio ante la justicia roja,* y en *Frente a frente,* de José María Mancisidor, que recoge el mutilado texto taquigráfico del juicio de Alicante. Hay que suponer que las personalidades republicanas más interesadas en el proceso reclamarían su documentación por varios motivos, información precisa y cautela ante

la Historia sobre ellos. Azaña llegó a mandar enviados personales. Esa actitud ratifica una proximidad entre ambos políticos, José Antonio y Azaña, que el Diario muestra a través de su relación con Elizabeth Bibesco de una manera especial. Pero incluso antes hay sucedidos que permiten suponer que aquel acercamiento entre ellos, que era poco dudoso en el terreno intelectual, pudo tener alguna intentona política que no cuajó. El 20 de octubre de 1935 da Manuel Azaña un discurso esencial en su trayectoria, el mitin de Comillas en el extrarradio madrileño, donde asegura «que vale más fracasar en un empeño grande y descomunal que acertar en obras menudas». Explica el empeño grande: la unidad nacional en una empresa común bajo una bandera, la republicana, que defienda la fraternal unidad hispánica. Defiende que eso ha de hacerse poniendo como proa el avance social con la Reforma Agraria por delante. Si la música del político de Alcalá de Henares ya le complacía, esta letra va un paso más allá en concomitancia. Esto fue un domingo; el viernes siguiente, 25 de octubre, José Antonio solicita por carta a su tío Antón que le preste la casa, convenientemente despejada, para tener una reunión privadísima. El tío Antón, como siempre, le deja el piso de la calle Almagro 31 y desaparece. Pero desobedeciendo permanece en su habitación una pareja que tiene acogida, sobrinos Sáenz de Heredia. Arriman una silla al alto montante de la puerta, escuchan el rumor de la conversación y el teclear de una máquina de escribir durante toda la noche. La historiadora Graziella Sáenz de Heredia (especialista máxima en la figura de Pedro el Justiciero), hija del matrimonio, añadió en el correo privado que nos envió que los suyos le «hablaron de esta reunión como habida con un personaje de la izquierda». José Antonio se va a quejar más adelante de que Azaña le meta en la cárcel en lugar de hablar como otras veces; cabe pensar que una de esas fue, larga y ordenada, en la noche del 25 de octubre de 1935. (Carta de Graziella al autor [4/11/2006] a continuación).


4-XI-2006 - Galapagar

Querido José Antonio:

Siempre oí a mi padre, a tío José Luis etc., hablar de esta reunión reservada en casa de tío Antón, como habida con un personaje de la izquierda.

Mis padres (y yo que tenía meses) vivían en esa casa de tío Antón en Almagro 31 –; aún no tenían casa propia, ni dinero claro. Ante la prohibición de que saliesen de su cuarto, arrimaron una silla al alto montante de la puerta y escucharon el rumor de la conversación y teclear de una máquina de escribir durante casi toda la noche.

El original de esta carta está en la casa de Corella de la que fuera nuestra tía Mariate Sáenz de H., casada con José Luis Arrese. Yo la había visto allí, enmarcada, y se la he pedido a su sobrino José M. Arrese, quien me la ha fotocopiado; añade, de su cosecha, que estamos equivocados en suponer que "el interlocutor" era alguien de izquierdas: me asegura que era Franco (!).

No le quise porfiar, dada su amabilidad, pero lo que mi padre y los demás aseguraban siempre era lo antes dicho. Por entonces tenían más acceso [illegible] que Arrese, qué duda. Te la envío porque, conociendo tú, mejor, el calendario de José Antonio en ese Octubre de 1935, quizá puedas dilucidar quién pudo ser.

No añade gran cosa, pero ahí va por si te sirve de algo.

Un fuerte abrazo de Graziella

P. Franco estaba en Canarias, además de otros [illegible] psicológicos.

14 «Victorino (López Cornide) era un hombre tremendamente simpático, gallego

de Ferrol, inteligente. Cuando llegó a la biblioteca, la del antiguo Instituto de Reformas Sociales, se encontró con la mayor sorpresa. La funcionaria que había estado allí durante la guerra, temerosa de que los "triunfadores" le aplicasen represalias, le dijo: "¿A que no puede figurarse lo que tengo aquí…?". "Si usted no me lo dice…". "Son las fichas de los libros sacados, para su lectura, por José Antonio Primo de Rivera, en 1935". Victorino las examinó con asombro porque todas eran del pensamiento revolucionario desde Proudhon y Bakunin a Sorel y hasta el nacionalista George Valois. Aquel fichero era la prueba escandalosa del interés del jefe nacional de la Falange por las corrientes ideológicas de quienes, en última instancia, estaba intentando ganar. Rápidamente, mi amigo Víctor se fue a dar cuenta del hallazgo al jefe provincial de la Falange, Manuel Valdés. Cuando este las vio, no pudo contener su asombro: "Esto hay que quemarlo inmediatamente. Si se entera Franco, pensará que José Antonio era comunista…". Y se quedó con aquellos documentos que Victorino pretendió recuperar. ¿Qué fue de ellos? Nada más se sabe. Yo, por entonces, conocía a Proudhon y Sorel, pero no a Georges Valois, seudónimo de Georges Gressant, y, por mediación de mi amigo Víctor, fui leyendo para saber. De la lista que él me facilitó había títulos sugestivos: *La monarquía y los obreros, El Estado, las finanzas y la economía, La economía nueva.* Precisamente, *L'Economie Nouvelle* la examiné con especial atención porque, en sus páginas, había a lápiz muchas acotaciones con letra que parecían ser de José Antonio», José M.ª San Román, «La Falange que quiso ser de los rojos-rojos y de las JONS», *Altar Mayor,* núm. 127 (marzo-abril de 2009), págs. 11-12.

15 *The Romantic,* William Heinemann, Londres, 1940.

1 de marzo de 1936 – Domingo. Ruiseñada

1 Real Academia de la Historia (RAH), https://historia-hispanica.rah.es/biografias/20592-juan-antonio-guell-lopez..

2 José Antonio Martín Otín, *El hombre al que Kipling dijo sí,* El Gallo de Marzo, Madrid, 2005, págs. 60-62.

3 Enrique Faes Díaz y Sergio Riesco Roche, «Con tierra de por medio: patrimonio, política y exilio de los Güell-Comillas en la España de entreguerras (1918-1945)», *Hispania,* vol. 78, núm. 260 (2018), págs. 787-816.

4 Artículo de Agustín de Figueroa, *Revista Mundial,* núm. 3 (6/1936).

5 Miguel Utrillo, «Presencia y ausencia de José Antonio Primo de Rivera», *Solidaridad Nacional* (19/11/1939), pág. 3. https://ahcbdigital.bcn.cat/es/hemeroteca/detalle/ahcb-d048344. (En la misma página, un artículo de José Segura Sanfelíu titulado «El hombre que amaba a Cataluña»).

6 «… és, des de fa poc, segons ens comuniquen, redactor permanent del setmanari feixista FE […] per indicació del sen[y]or Cambó», Josep Playà Maset, «José Pla y los artículos falangistas», *La Vanguardia,* 28/06/2021.

7 Marino Gómez Santos, entrevista a José María Alfaro, *Arriba,* 16/06/1967.

8 El biógrafo Xavier Pla, titular de la Càtedra Josep Pla de la Universitat de Girona, sugiere que el autor de la sección anónima «Ventana al mundo» pudo ser José Pla Cárceles, un funcionario de la Sociedad de Naciones que compartía la visión imperialista del falangismo, pero reconoce que ni las críticas a su amigo Salvador de Madariaga ni el estilo punzante concuerdan con el de este ensayista. Y aporta como única prueba de que el misterioso comentarista vivía en Ginebra —pese a que Alfaro menciona el recado de escribir del Palace—, el comentario del 4 de abril de 1935 en el que se cita, entre otros diarios, el *Journal des Nations* ginebrino. Pero en otro de los comentarios de la revista *FE,* el del 21 de marzo, puede leerse: «Todos hemos visto en un Movietone la cara y el gesto antifotogénicos del [ministro español] señor Rocha, pronunciando para América del Sur ante un micrófono un perfecto discurso de Juegos Florales de la Raza». La anónima sección recuerda, por su ritmo y agilidad, al Pla corresponsal en el Berlín de entreguerras, adaptada al gusto del mecenas falangista. Véase también, Josep Playà Maset, «José Pla y los artículos falangistas», *La Vanguardia,* 28/06/2021.

9 «Tienes que buscar para la Sección un título llamativo, pero no cubista, ¿eh? —dijo José Antonio—. Le pregunté si le parecía bien "Ventana al mundo". Yo le pondría "Cuernos al mundo" —respondió—. Eso sí que sonaría a superrealista», en Felipe Ximénez de Sandoval, *José Antonio (biografía apasionada),* 4.ª ed., Bullón, Madrid, 1963, pág. 248.

10 Versos finales del poema «If», de Rudyard Kipling.

11 [Josep Pla], «El testamento de José Antonio Primo de Rivera. Reflexiones sobre su estilo», *El Diario Vasco,* 08/11/1938.

12 [Josep Pla], «¡¡Ante todo, era un hombre!!», *El Diario Vasco,* 20/11/1938.

13 [Josep Pla], «Aquel hombre, tan nacional y tan civilizado. José Antonio Primo de Rivera», *El Diario Vasco,* 29/10/1939.

14 «Más difícil de corroborar es la visita de Pla. Si bien sus amigos Lequerica y Aznar lo visitaron en la cárcel el 27 de marzo, según la cronología de Agustín del Río y Enrique Pavón en *Los procesos de José Antonio* (Ediciones del Movimiento, Madrid, 1969, pág. 403). El que los autores no citen la fuente nos impide comprobar si Pla iba con ellos. Por cierto, tal cronología no procede de la famosa maleta de José Antonio, según me informó un nieto suyo, ni se ha conservado el libro de visitas de la Modelo *(email* del Ministerio de Justicia, 14/02/2012)», en Josep Guixà, *Espías de Franco. Josep Pla y Francesc Cambó. La red de espionaje contra la revolución en Cataluña,* Fórcola, Madrid, 2014; Cristina Badosa, en *Josep Pla, el difícil equilibri entre literatura i política (1927-1939),* La Magrana, Barcelona, 1994, págs. 343-344, da por segura la entrevista; Xavier Pla, en *Un cor furtiu. Vida de Josep Pla,* Destino, Barcelona, 2024, pág. 641, se muestra más prudente: «El 14 de març és detingut a casa seva, a Madrid, i empresonat José Antonio Primo de Rivera. És possible que Pla el visiti un dia a la presó. L'ha conegut personalment a la redacció d'El Sol i, com molts altres, ha quedat admirat per la seva personalitat i el seu estil literari». La visita podría haber quedado registrada en el dietario que llevaba Pla en aquellos días (Escriu un dietari telegràfic en una agenda de petites dimensions. Són unes «notes

per a un diari» que comencen l'1 de gener i que manté fins al 31 de març, quan torna a Catalunya); ese dietario de cuya existencia sospechaba el autor de *Espías de Franco* y que la fundación dedicada a Pla decía desconocer. Xavier Pla lo ha consultado y al parecer no queda noticia de esa visita.

15 Josep Guixà documenta que Pla había asistido ya en octubre de 1933 a una reunión de «escritores simpatizantes» con José Antonio Primo de Rivera de la que saldría el semanario falangista *FE* Ahí (1933-1934), como en la también revista *Arriba* (1935-1936), Pla escribiría artículos, siempre anónimos, muchísimo más beligerantes y antirrepublicanos que los que redactaba simultáneamente para su diario titular, *La Veu,* en una taimada estrategia. Amén de la colaboración anónima para las revistas falangistas *FE* y *Arriba* —con la presencia de Pla en la génesis de la primera—. Guixà asegura en su libro que el escritor habría visitado al líder de Falange Española en marzo de 1936, cuando estaba preso en Madrid: «No creo que fuera mentira: no es un tema para hacer bromas con Falange», dice Guixà. El periodo es crucial: Pla utilizó en la etapa republicana su corresponsalía en Madrid y sus contactos parlamentarios para estar en el meollo conspirador, hasta el extremo de que en febrero de 1936 plantearía a Portela Valladares, presidente del Consejo de Ministros, la implantación de una dictadura en nombre del líder derechista Gil Robles. (Véase la biografía de Xavier Pla, *Un cor furtiu. Vida de Josep Pla,* ob. cit., dedicada al escritor ampurdanés, en el capítulo referente a los meses de febrero y marzo de 1936). Jeroni Miquel Mas Rigo, «Las postrimerías de José Antonio Primo de Rivera a la luz del Dietario de Portela Valladares», *El Catoblepas,* núm. 45 (noviembre de 2005), pág. 15.

16 «Cuando yo escribía en *El Sol,* allá a la una o una y media de la madrugada, pasaba por allí la masa encefálica de la nación. Venían cada noche Ortega, don Ramón Pérez de Ayala, que era embajador de España en Londres; venía Unamuno, con el cual Aznar había contratado tres artículos semanales, lo cual le tenía, muy contento porque Unamuno era un avaro tremendo. Lo único que le interesaba eran las casas de que era propietario en Bilbao; claro que, como padre de muchos hijos, tenía muchas obligaciones. Pero era un avaro total; de esto no le quepa duda. También venía mucho Primo de Rivera. —¿Don Miguel? —No, no, José Antonio, que era un hombre que cuando le mataban a un correligionario… Bueno, prefiero no entrar en juicios políticos. Era muy buena persona este hombre; yo tengo un gran respeto por él. Políticamente no me parecía muy admirador de su padre, él quería hacer otra cosa», Josep Pla a Marino Gómez Santos, «No quiero una tercera República», *Ya,* 20/02/1977.

17 «Ell hauria tingut davant la tragèdia espanyola una sensibilitat que no han tingut ni tenen els dirigents de l'Espanya blanca. Si ell visqués avui ell fóra partidari de la pau», Cambó, *Dietario,* 12/11/1938. https://www.google.de/books/edition/La_manipulaci%C3%B3n_del_proceso_de_Jos%C3%A9_An/ze-0BAAAQBAJ?hl=es&gbpv=1&dq=%22Ell+hauria+tingut+davant+la+trag%C3%A8dia+espanyola%22&pg=PA102&printsec=frontcover.

18 *ABC,* 25/04/1958, pág. 27.

19 Sentís, todo un personaje. «Fue también Ros uno de los tres que, acabada la guerra, asaltaron y saquearon el piso de Juan Ramón Jiménez de la calle Padilla, en Madrid, del que se llevaron manuscritos y libros que le eran preciosos al poeta de Moguer (los otros dos fueron Carlos Sentís y Martínez Barbeito), al que le serían restituidos en parte, meses después, por la enérgica intervención del entonces poderoso José María Pemán. "Me gustaría mucho saber por ustedes mismos —le escribiría J. R. J. con zumba diplomática al poeta catalán— que estas cosas les han sido útiles y agradables"», Andrés Trapiello, *Las armas y las letras,* Ediciones Península, Barcelona, 2002, pág. 391. Murió a los noventa y nueve años. «Lo que ha muerto a los 99 años es un gran patriota catalán. Durante muchos años costó que lo vieran. Esta bobada de que Cataluña y el catalanismo eran de izquierdas. Del Sentís suavemente racista que describe a los murcianos que llegan a Cataluña, en su briosa serie de reportajes sobre el llamado "Transmiseriano", hasta el que murió ayer en olor de santidad hay un hombre de una pieza. […] Sentís escribió en los periódicos. Hay buenas series suyas de antes y de después de la guerra, desde los murcianos hasta los esqueletos vivos de Dachau, sobre los que proyectó una mirada iniciática y exclusiva. Pero Sentís fue uno de esos políticos que eligen el periodismo. Un merodeante, y entiéndase la palabra sin más aliño peyorativo. No fue, contra lo que se dice, el hombre que trajo a Tarradellas. Esa operación tuvo un cerebro, que fue Manuel Ortínez, y Sentís solo hizo de primer mayordomo. Pero durante el franquismo y hasta 1980, el año del triunfo de Pujol, su vocación de *insider* brilló con oscuridad. Ha muerto en la Cataluña que quiso. La que empieza a amanecer», Arcadi Espada, «Sentís, en paz», *El Mundo,* 21/07/2011.

20 *ABC* (Madrid), 30 de noviembre de 1934, insertaba la siguiente nota bajo el epígrafe «El marqués de la Eliseda se aparta de Falange Española»: «Francisco Moreno y de Herrera, marqués de la Eliseda, miembro del Consejo Nacional de Falange Española de las JONS, ha visto con gravísima pesadumbre que en el nuevo programa doctrinal aprobado por la Junta Política, y publicado por el jefe, el movimiento nacionalsindicalista adopta una actitud laica ante el hecho religioso y de subordinación de los intereses de la Iglesia a los del Estado. Con ser esto, a juicio del que suscribe, una posición doctrinal insostenible, llega al colmo su tristeza cuando ve que el espíritu que informa el artículo 25 del programa es francamente herético y recuerda que por motivos semejantes fue condenado el movimiento de Action Française. Por todo ello, el que suscribe, con pena hondísima, pero cumpliendo su deber de católico, se ve obligado a apartarse del movimiento de Falange Española de las JONS». La respuesta de José Antonio: «El marqués de la Eliseda buscaba hace tiempo pretexto para apartarse de Falange Española de las JONS, cuyos rigores compartió bien poco. No ha querido hacerlo sin dejar tras de sí, como despedida, una ruidosa declaración que se pudiera suponer guiada por el propósito de sobresaltar la conciencia religiosa de innumerables católicos alistados en la Falange. Estos, sin embargo, son inteligentes de sobra para saber: primero, que la declaración sobre el problema religioso contenido en el punto 25 del programa de Falange Española de las JONS coincide exactamente con la manera de entender el problema que tuvieron

nuestros más preclaros y católicos reyes; y segundo, que la Iglesia tiene sus doctores para calificar el acierto de cada cual en materia religiosa; pero que, desde luego, entre esos doctores no figura hasta ahora el marqués de la Eliseda».

21 Entrevista de la revista *Tiempo,* núm. 816 (22 de diciembre de 1997). Declaraciones de Jordi Pujol: «Mire, sé que la cita es un riesgo, pero uno de los que entendió mejor, y en circunstancias muy difíciles, a Cataluña fue José Antonio Primo de Rivera». *Avui,* publicado el 23 de enero de 1982 y titulado «José Antonio i nosaltres», artículo de Raimon Galí, antiguo dirigente del Bloc d'Estudiante Nacionalistes y fundador de la revista *Quaderns de l'exili en México:* «José Antonio no era el enemigo de Cataluña que unos y otros nos han querido presentar. Cierto que entre sus seguidores los había. Y también granujas y aprovechados. Como en cualquier otro partido de ayer o de hoy. Pero él, José Antonio, sí que sabía bien que había de evitarse una guerra a toda costa, porque las cosas no habían madurado y convenía que en toda Europa una nueva juventud se alzara contra el infame dilema en que nos habían situado las fuerzas más decadentes, entre el fascismo y el comunismo. La guerra de España y el conflicto mundial que siguió hicieron abortar las esperanzas de una juventud limpia, que deseaba la renovación de un mundo caduco, encarcelado en un falso dilema. […] Dentro de esta línea —un poco a oscuras— es donde se movía José Antonio. Pero también nosotros, los nacionalistas catalanes, que no olvidábamos nuestra tradición obrera. La guerra prematura y provocada hizo abortar este gran ideal y cada cual se alineó donde pudo, puesto que si queríamos salvar algo tenía que ser combatiendo. […] El Alzamiento español y la guerra mundial eran queridos por esta clase de gente, que Bernanos calificaba de mediocres e imbéciles. Era preciso no dar tiempo a las juventudes y hacer abortar su pensamiento en las trincheras. Es por eso que se busca en vano la verdadera personalidad de José Antonio…». Añade Galí: «De este y de los otros encuentros sacamos las siguientes conclusiones: primera, que José Antonio respetaba la identidad de Cataluña. […] José Antonio era un personaje que atraía por su maravillosa educación y por su temperamento. De aquí su amistad con Benet Caparà. En el fondo deseaba una unidad de España querida por todos».

22 «Don Francisco Giner de los Ríos había sido excluido de su cátedra de Filosofía del Derecho en la Universidad de Madrid por negarse a aceptar la imposición de dogmas en la enseñanza, no solo religiosos, también científicos o morales. Sus ideas sobre el atraso de la docencia, la defensa de la disciplina bien entendida que surge de la bondad, la limpieza como parte de la educación, la demanda de una necesaria reforma que cambiara desde los pequeños el futuro de la patria, molestaron a los que mandaban y un ministro de Cánovas, el marqués de Orovio, le quitó de las aulas y lo confinó en Cádiz. Los ingleses, que están a la que salta, le ofrecieron al momento plaza en una de sus históricas universidades, pero él, sin una perra, se los quitó de encima en un minuto con una dignidad y una elegancia supremas: "No, no, gracias, pero esto es un pleito mío con mi Gobierno, con el Gobierno de España". Dueño de un intenso patriotismo crítico, creía ver en la educación rígida e inamovible una de las causas, quizá la primera, de la decadencia española», en José Antonio Martín

Otín, *La desesperación del té (27 veces Pepín Bello),* Pre-Textos, Valencia, 2008, pág. 37.

«Pero la Iglesia, aunque la primera y más eminente de las instituciones sociales, por la excelsitud de su origen y por lo supremo del fin a que se encamina, no es la única de ellas; otras hay a su lado, consagradas a diversos propósitos y con las cuales mantiene necesariamente las esenciales relaciones que son propias a toda institución particular dentro de la sociedad fundamental humana. Ahora bien; si hoy todavía la mayor parte de estas instituciones no han logrado salir de la organización imperfecta y rudimentaria en que do quiera las hallamos, con harta más razón, cuando nuestra Iglesia, ya en el apogeo de su desarrollo interno, volvió la vista a las demás fuerzas nacionales para concertarse con ellas en la *unidad del destino de su patria,* no pudo encontrarse sino con el Estado, que fortalecido (a más de su intrínseca virtud) por su poderoso auxilio, en un tiempo, y más tarde por el de la Monarquía absoluta, había vencido la crisis decisiva de la Edad Media», en Francisco Giner de los Ríos, *Estudios filosóficos y religiosos,* Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Alicante, 1999. Publicación original, Librería de Francisco Góngora, Madrid, 1876.

23 «En ese "patriotismo geológico" —llegó a decir Pedro Sáinz Rodríguez— se refugiaban algunos para disimular que no tenían patriotismo», Juan Francisco Fuentes, en «Giner de los Ríos y el otro nacionalismo español», *Revista de Libros* (7 de marzo de 2014).

24 «¡Maeztu! ¡Espinazos verticales! ¡Eternismo! No hay espinazos en España más horizontales que los de Azorín, Unamuno, Maeztu, ANTONIO Machado, etc.: Azorín fue siempre, como hoy lo es Marañón, un diletante de candelero. Espinazos verticales fueron los de Larra, Costa, Pi y Margall, Azcárate, Giner, Cossío, Cajal, Clarín, Ganivet, BESTEIRO, José Antonio Primo de Rivera. Esos sí que fueron "políticos"», Juan Ramón Jiménez, *Guerra en España,* Athenaica, Sevilla, 2024, pág. 609.

25 «¡Cómo tira de nosotros! Ningún aire nos parece tan fino como el de nuestra tierra; ningún césped más tierno que el suyo; ninguna música comparable a la de sus arroyos. Pero… ¿no hay en esa succión de la tierra una venenosa sensualidad? Tiene algo de fluido físico, orgánico, casi de calidad vegetal, como si nos prendieran a la tierra sutiles raíces. Es la clase de amor que invita a disolver. A ablandarse. A llorar. El que se diluye en melancolía cuando plañe la gaita. Amor que se abriga y se repliega más cada vez hacia la mayor intimidad; de la comarca al valle nativo; del valle al remanso donde la casa ancestral se refleja; del remanso a la casa; de la casa al rincón de los recuerdos.

Todo eso es muy dulce, como un dulce vino. Pero también, como el vino, se esconden en esa dulzura embriaguez e indolencia.

•

A tal manera de amar ¿puede llamarse patriotismo? Si el patriotismo fuera la ternura afectiva, no sería el mejor de los humanos amores. Los hombres cederían en patriotismo a las plantas, que les ganan en apego a la tierra. No puede ser llamado patriotismo lo primero que en nuestro espíritu hallamos a mano: esa elemental impregnación en lo telúrico. Tiene que ser —para que gane la mejor calidad— lo que

esté cabalmente al otro extremo: lo más difícil; lo más depurado de gangas terrenas; lo más agudo y limpio de contornos; lo más invariable.

Es decir, tiene que clavar sus puntales, no en lo "sensible", sino en lo "intelectual".

Bien está que bebamos el vino dulce de la gaita; pero sin entregarle nuestros secretos. Todo lo que es sensual dura poco. Miles y miles de primaveras se han marchitado y aún dos y dos siguen sumando cuatro como desde el origen de la creación. No plantemos nuestros amores esenciales en el césped que ha visto marchitar tantas primaveras; tendámoslos, como líneas sin peso y sin volumen, hacia el ámbito eterno donde cantan los números su canción exacta.

La canción que mide la lira: rica en empresas porque es sabia en números».

•

Así, pues, no veamos en la patria el arroyo y el césped, la canción y la gaita; veamos un "destino", una "empresa". La Patria es aquello que, en el mundo, configuró una empresa colectiva. Sin empresa no hay Patria; sin la presencia de la fe en un destino común todo se disuelve en comarcas nativas, en sabores y colores locales. Calla la lira y suena la gaita. Ya no hay razón —si no es, por ejemplo, de subalterna condición económica— para que cada valle siga unido al vecino. Enmudecen los númenes de los imperios —geometría y arquitectura— para que silben su llamada los genios de la disgregación, que se esconden bajo los hongos de cada aldea», José Antonio Primo de Rivera, «La gaita y la lira», en *FE*, núm. 2 (11 de enero de 1934), pág. 3.

26 «… Y por último, interesa también destacar que Sánchez Albornoz, uno de los historiadores más representativos del nacionalismo español y del castellanismo, y de cuya adhesión al liberalismo institucionista no cabe dudar, defendió ante las Cortes de la República en 1932 el Estatuto de Cataluña como diputado de Acción Republicana. En la defensa trató de conciliar la unidad de España, "unidad étnica, unidad geográfica, unidad cultural y unidad de destino"», Jesús Crespo Redondo, «Liberalismo y Nacionalismo en José Castillejo», en *Biblioteca: Estudio e Investigación,* núm. 31 (2016), págs. 421-442.

27 *Diario de Sesiones,* 24 de julio de 1936.

28 El augurio de Sánchez Albornoz en las Cortes fue impedido en Alicante, pero una vez muerto José Antonio siguió insistiendo: «Fue una gran torpeza fusilarlo. Él hubiera modificado el curso de las cosas», le confiesa el historiador al periodista José Luis Alcocer. Entrevista de José Luis Alcocer a Claudio Sánchez Albornoz, *Índice* (diciembre de 1972). Citado en Heleno Saña, *Historia de la filosofía española,* Almuzara, Córdoba, 2007, cap. XIV.

8 de marzo de 1936 – Domingo. Panizo

1 El reglamento de recompensas de Falange Española de las JONS de 1934 establece un sistema escalonado de premios para sus militantes, destinado a reconocer desde el cumplimiento destacado de tareas ordinarias hasta la conducta

heroica, y a usar esos ejemplos como estímulo colectivo. Las menciones (local y general) se conceden por distinguirse en cualquier cometido y se difunden en órdenes internas para servir de ejemplo a la unidad o a toda la organización. Las insignias materiales (aspa blanca, aspa roja, palma de plata y palma de oro) se otorgan, respectivamente, por prisión o penalidades sufridas al servicio de Falange, por heridas de consideración en acto de servicio, por hechos de extraordinaria brillantez o un año de cualidades sobresalientes, y finalmente por comportamiento heroico, siendo esta última la máxima distinción. Cada recompensa se traduce en signos visibles en la camisa (trazos blancos o rojos, palmas bordadas de plata u oro) y en el caso de la palma de oro además en privilegios internos como exención de guardias y precedencia jerárquica, reforzando así una jerarquía simbólica basada en el sacrificio militante. El reglamento prevé una Junta de Recompensas y un expediente formal de información y propuesta, de modo que el Jefe del Movimiento decide en última instancia sobre cada premio, centralizando el control político de este sistema de reconocimiento. El reglamento de 1934, en José Luis Jerez Riesco, *Elegidos para la gloria. Palmas de Plata de la Falange,* Nueva República, Molins de Rei, 2003, págs. 250-254.

2 Jesús de Galíndez, *Los vascos en el Madrid sitiado,* Editorial Vasca Ekin, Buenos Aires, 1945, págs. 167-168, nota 8.

3 Ramón Serrano Suñer, *Política de España, 1936-1975,* Editorial Complutense, Madrid, 1995, pág. 34.

4 Ramón Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias,* Planeta, Barcelona, 1977, pág. 56.

5 Declaraciones a Radio Heraldo, noviembre de 1986: «De las grandes paradojas, de las grandes contradicciones en la Historia de España, es que Franco se situara como líder del movimiento que fundara José Antonio Primo de Rivera, lo cual es un absurdo porque no hay dos personajes más contradictorios que José Antonio y Franco, y sin embargo van unidos en el mismo cajetín de la Historia ¡y están enterrados en el mismo sitio y con un panteón inmenso para los dos que es uno de los sarcasmos más bárbaros! Es hasta humorístico que para toda la vida esté José Antonio Primo de Rivera al lado de Franco. Repito que son dos personas que se odiaron en vida y que representaban, aunque parezca extraño decirlo ahora, concepciones del mundo, del hombre, de la vida, y talantes, opuestos, verdaderamente divergentes. Lo que pasa es que uno murió y otro triunfó. Azares de la historia», en José Antonio Martín Otín, *El hombre al que Kipling dijo sí,* El Gallo de Marzo, Madrid, 2005.

6 «No faltaba un domingo o día de precepto a misa y no trabajaba los días festivos», Nieves Sáenz de Heredia, «En la vida familiar», en *Dolor y memoria de España en el segundo aniversario de la muerte de José Antonio,* Ediciones Jerarquía, Barcelona, 1939.

7 «Los nuevos agentes de Cambio y Bolsa. Terminadas las oposiciones a agentes de Cambio y Bolsa, han obtenido plaza los siguientes opositores, que reseñamos por orden alfabético: Arizmendi y Ruiz de Velasco (Pablo), De la Concha y Ballesteros

(Manuel), De la Mora y Pajares (Carlos), Delgado y Hernández de Tejada (José), Fanlo Sierra (Vicente), Llovera Pocquet (Jorge), Rodríguez y García Salmones (Jesús), Rodríguez Ponga y R. de Salazar (Pedro), Romero de Lecea (Carlos), Torrente Fortuno (José Antonio), Usera y López González (Luis) y Villa Urquidi (Pablo)», *Pueblo,* 9 de febrero de 1943. José Delgado no era agente de Bolsa cuando organizó la conspiración del 8 de marzo del 36 en su casa.

8 «El 13 de marzo, Franco y José Antonio se entrevistan, por mediación de Serrano Suñer, en el domicilio particular de este último», Víctor Fragoso del Toro, *La España de ayer,* vol. 6, Editorial Doncel, Madrid, 1977, págs. 24-25.

9 Ian Gibson, en *En busca de José Antonio* (Aguilar, Madrid, 2008), dice que el 11, pero el viaje a Canarias duraba once horas y media y la prensa canaria nos dice que el 11 Franco estaba en Las Palmas y el 13 en Tenerife: *Diario de Las Palmas,* 11/03/1936, pág. 3: «Esta noche llegarán a Las Palmas la primera autoridad militar de la región, general Franco […] acudirán a recibir al general Franco las principales autoridades militares y civiles…», en «Detalle de la llegada del ilustre general Franco a Tenerife a bordo de la motonave "Dómine"», *La Gaceta de Tenerife,* 14/03/1936.

10 «Él, José Antonio, se entrevistó con Mola para instarle a que provocara un golpe militar…», César Vidal, *José Antonio. La biografía no autorizada,* Mario Muchnik, Barcelona, 1996, pág. 194.

9 de marzo de 1936 – Lunes. María Cristina Alonso-Quesada

1 España. Tribunal Supremo. Jurisprudencia civil: colección completa de las sentencias dictadas por el Tribunal Supremo en recursos de nulidad, casación civil é injusticia notoria y en materia de competencias… Tomo 11. Tribunal Supremo, Madrid, 1947, págs. 471-491.

2 Julio González Iglesias, Julio José González Pérez y Jorge González Pérez, «La apasionante peripecia vital de Don Salustiano Orive [I-IV]», *Gaceta Dental* (13 de diciembre de 2010-11 de marzo de 2011). https://gacetadental.com/2010/12/la-apasionante-peripecia-vital-de-don-salustiano-orive-5733/..

3 Ibíd.

4 Ramón Serrano Suñer, «La formación jurídica de José Antonio: recuerdos de un compañero y condiscípulo (Salamanca, 1938)», en Agustín del Río Cisneros y Enrique Pavón Pereyra, *José Antonio, abogado,* Ediciones del Movimiento, Madrid, 1969.

5 Agustín del Río Cisneros y Enrique Pavón Pereyra, *José Antonio, abogado,* ob. cit., pág. 14.

6 «Pocos saben que después de terminada la carrera, incluso el doctorado, pidió permiso al civilista Sánchez Román para asistir durante dos años más a su cátedra de la Universidad Central, pero con el ruego de ser preguntado en clase como cualquier alumno. Supe además por habérmelo contado el letrado y catedrático de Ciudad Real don Emilio Bernabéu, que le acompañó en aquella sazón por tierras manchegas, que cuando fue a Malagón, Fuente el Fresno, Fernán Caballero, Porzuna y Los Cortijos

para estudiar *in situ* la posible defensa de los vecindarios y trabajadores de esos pueblos en el espinoso y difícil pleito de "Los Estados del duque de Medinaceli", les dijo con modestia y prudencia: "Ya he quedado informado de los antecedentes. Ahora tengo que estudiarlo despacio. Y además consultaré con mi maestro, Sánchez Román"», J. M. Martínez Vall, «José Antonio Primo de Rivera, abogado», en *Almansa Digital* (30 de noviembre de 2016). https://www.almansadigital.org/?p=4409..

Sánchez Román está en la cercanía intelectual de José Antonio hasta sus últimos días: lo incluye como ministro en el Gobierno que sugiere a la República desde la cárcel de Alicante. Presidencia y Guerra: Diego Martínez Barrio; Estado: Felipe Sánchez Román; Justicia: Melquíades Álvarez; Marina: Miguel Maura; Gobernación: Manuel Portela Valladares; Agricultura: Mariano Ruiz Funes; Hacienda: Juan Ventosa; Instrucción Pública: José Ortega y Gasset; Obras Públicas: Indalecio Prieto; Industria y Comercio: Agustín Viñuales; Comunicaciones, Trabajo y Sanidad: Gregorio Marañón.

El editor e historiador Rafael Borrás Betriú reflexiona sobre la significación de ese Gabinete que proponía José Antonio y en el que da un puesto de máxima relevancia a su maestro: «El hecho de que el líder falangista encabezara aquel utópico Gobierno con el nombre de Diego Martínez Barrio, miembro del Comité Revolucionario que en 1931 se constituyó en Gobierno provisional de la II República, y masón notorio, no dejaba de ser significativo, pues de entre toda la clase política del momento parecía la cabeza más templada; el resto del Gabinete lo integraban republicanos y socialistas moderados, amén de algún nacionalista catalán, pero ni un solo miembro de la CEDA —el partido acaudillado por José María Gil Robles— ni, por supuesto, de los partidos monárquicos.

Años después, en 1996, Miguel Primo de Rivera y Urquijo certificó la autenticidad del documento al incluirlo en los papeles póstumos de su tío José Antonio, pero pensaba, con toda razón, que en el momento de redactarlo su desconocimiento de lo que ocurría en España era notorio: Melquíades Álvarez sería víctima de la infame saca de la Cárcel Modelo, de Madrid, en agosto de aquel año; Maura, en septiembre, había tenido que huir de España —avalado por el Gobierno, eso sí—, para evitar ser paseado por los pistoleros de la FAI, y se había refugiado en el extranjero; Ventosa, pasado a la zona nacionalista, se convirtió en uno de los asesores financieros de los sublevados; Ortega y Marañón, al principio leales a la República, se exiliaron voluntariamente y, ya fuera de España, se manifestaron a favor del general Franco.

En cualquier caso, el intento del joven Primo de Rivera era la consecuencia, supongo, de una amarga reflexión: todas las guerras son, en principio, una barbarie; y una guerra civil, además de una barbarie, es una ordinariez, porque el pueblo que tiene que lanzarse a ella pone de manifiesto que ha malogrado una de las gracias más grandes recibidas por la humanidad del Todopoderoso: la inteligencia y un lenguaje común para entenderse», Rafael Borrás Betriu, «La última tentativa: Diego Martínez Barrio», en *Nueva Tribuna,* 15/11/2011. https://www.nuevarevista.net/la-ultima-tentativa/.

Icíar Fernández Marrón añade un sorprendente colofón: «El estallido de la Guerra

Civil y la urgencia de formar un Gobierno de conciliación hicieron de él un hipotético ministro sin cartera la misma noche del levantamiento. Se le encargó diseñar un plan de acercamiento en el que exigía, entre otras cosas, el alto el fuego por ambas partes, el desarme de las milicias y la formación de un Gobierno Nacional/Consejo Consultivo, que diseñase un programa de reconstrucción», *Política,* núm. 43 (marzo-mayo de 2001). El plan que sugiere Felipe Sánchez Román es el mismo que ofrece José Antonio Primo de Rivera desde la cárcel.

7 «Una nota de don José Antonio Primo de Rivera», *La Voz,* 13/09/ 1924.

8 Antonio Pérez Yuste, *La Compañía Telefónica Nacional de España en la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1930)*. Tesis doctoral, Universidad Politécnica de Madrid, Madrid, 2004.

9 «3 de abril de 1925: Con matrícula N. 1605 y domicilio legal en la calle de Los Madrazo, 26, José Antonio se incorpora al Ilustre Colegio de Abogados de Madrid», en Agustín del Río Cisneros y Enrique Pavón Pereyra, *José Antonio, abogado,* ob. cit., pág. 114.

10 Claude G. Bowers, *Mi misión en España. En el umbral de la Segunda Guerra Mundial,* Arzalia, Madrid, 2019, cap. 10.

11 Juan José Sanz Jarque, *La cuestión de la tierra en los Estados del Duque (Malagón, Porzuna, Fuente el Fresno y los Cortijos) (Ciudad Real),* Estudios Jurídicos, Madrid, 1976.

12 Carlos Caballero Jurado, «Un episodio desconocido de la vida de José Antonio Primo de Rivera», 2016. https://desdemicampanario.es/2016/11/29/un-episodio-desconocido-de-la-vida-de-jose-antonio/.

13 José Antonio Primo de Rivera, «Discurso en Malagón (Ciudad Real)», 23 de octubre de 1927. *El Pueblo Manchego* (Ciudad Real), 24 de octubre de 1927, en *Obras completas*. https://filosofia.org/his/ja/c031.htm..

14 Malagón (Ciudad Real). AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 1027, exp. 7. Ramo de Ciudad Real (Capital). AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 1027, exp. 1, pág. 23.

15 Carta a Ramón Serrano Suñer, 3 de mayo de 1925, en José Antonio Primo de Rivera, *Textos inéditos y epistolario,* Ediciones del Movimiento, Madrid, 1956, pág. 391.

10 de marzo de 1936 – Martes. Villapanés

1 «Vidarte preguntó a José Antonio si la Falange se aliaría con los monárquicos para luchar por la restauración, él le contestó que era republicano y solo guardaba malos recuerdos de quien, injustamente, dejó caer o hizo caer a su padre, sin estimar sus servicios y sus muchos méritos, y después no permitió que el pueblo rindiera homenaje al cadáver, cuando le trajeron de París», en Juan-Simeón Vidarte, *El bienio negro y la insurrección de Asturias. Testimonio del que fue vicesecretario y secretario del PSOE*, Grijalbo, Barcelona, 1978, págs. 191-192.

2 «VISTA A LA DERECHA. Aviso a los “madrugadores”: la Falange no es una fuerza

cipaya»: Por la izquierda se nos asesina (o a veces se intenta asesinarnos, porque no somos mancos, a Dios gracias). El Gobierno del Frente Popular nos asfixia (o intenta asfixiarnos, porque ya se ve de lo que sirven sus precauciones). Pero —¡cuidado, camaradas!— no está en la izquierda todo el peligro. Hay —¡aún!— en las derechas gentes a quienes por lo visto no merecen respeto nuestro medio centenar largo de caídos, nuestros miles de presos, nuestros trabajos en la adversidad, nuestros esfuerzos por tallar una conciencia española cristiana y exacta.

Esas gentes, de las que no podemos escribir sin cólera y asco, todavía suponen que la misión de la Falange es poner a sus órdenes ingenuos combatientes. Un día sí y otro no los jefes provinciales reciben visitas misteriosas de los conspiradores de esas derechas, con una pregunta así entre los labios: «¿Podrían ustedes darnos tantos hombres?».

Todo jefe provincial o de las J.O.N.S., de centuria o de escuadra a quien se le haga semejante pregunta debe contestarla, por lo menos volviendo la espalda a quien la formule. Si antes de volverle la espalda le escupe el rostro no hará ninguna cosa de más.

¿Pero qué supone esa gentuza? ¿Que la Falange es una carnicería donde se adquieren al peso tantos o cuántos hombres? ¿Suponen que cada grupo local de la Falange es una tropa de alquiler a disposición de las empresas?

La Falange es una e indivisible milicia y partido. Su brío combatiente es inseparable de su fe política. Cada militante en la Falange está dispuesto a dar su vida por ella, por la España que ella entiende y quiere, pero no por ninguna otra cosa.

No ya la vida; ni una gota de sangre debe dar ningún camarada en auxilio de complots oscuros y maquinaciones más o menos derechistas cuyo conocimiento no les llegue por el conducto normal de nuestros mandos. El jefe nacional ha dicho muchas veces que así como los heridos al servicio de la Falange son ensalzados ante sus camaradas, el que padezcan herida en servicio no ordenado por la Falange será expulsado de ella con vilipendio.

Vamos a ver si nos enteramos:

Entre la turbia, vieja, caduca, despreciable política española, hay un tipo que se suele dar con bastante frecuencia: el del «madrugador». Este tipo procura llegar cuando las brevas están en sazón —las brevas cultivadas con el esfuerzo y el sacrificio de otros— y cosecharlas bonitamente.

Nunca veréis al «madrugador» en los días difíciles. Jamás se arriesgará a pisar el umbral de su Patria en tiempos de persecución sin una inmunidad parlamentaria que le escude. Jamás saldrá a la calle con menos de tres o cuatro policías a su zaga. Su cuerpo no conocerá las cárceles ni las privaciones.

Pero —eso sí— si otros a precio de las mejores vidas —¡muertos Paternos de la Falange!— logran hacer respetable una idea o una conducta, entonces el «madrugador» no tendrá escrúpulo en falsificarla. Así, en nuestros días, cuando la Falange a los tres años de esfuerzo recoge los primeros laureles públicos —¡cuán costosamente regados con sangre!—, el «madrugador» saldrá diciendo: «¡Pero si lo

que piensa la Falange es lo que yo pienso! ¡Si yo también quiero un Estado corporativo y totalitario! Incluso no tengo inconveniente en proclamarme "fascista"».

Algunos ingenuos camaradas hasta agradecerían esta repentina incorporación. Creerán que la Falange ha adquirido un refuerzo valioso. Pero lo que quiere el «madrugador» es suplantar a nuestro movimiento, aprovechar su auge y su dificultad de propaganda, encaramarse en él y llegar arriba antes de que salgan de la cárcel nuestros presos y de la incomunicación nuestras organizaciones. En una palabra: madrugar.

El «madrugador» no tiene escrúpulos. A codazos se abrirá paso en sus propias filas. Traicionará y tratará de eclipsar a sus jefes (tanto más fáciles de eclipsar cuanto más elegantemente adversos a esa especie de groseros pugilatos). Contraerá en cada instante la voz y el gesto con los que más pueda medrar. Y cultivará sin recato la adulación; en nuestros tiempos —para llamar a las cosas por sus nombres— la adulación a las fuerzas armadas. El «madrugador» siempre cuenta con el Ejército como un escabel más; está convencido de que unos cuantos jefes militares arriesgarán vida, carrera y honor para servir la ambición hinchada y ridícula de quienes los adulan.

Si lo que se ventilara fuera el acceso a los cargos públicos, ¡lleváranselos enhorabuena los «madrugadores»! Esos cargos públicos, servidos de abnegación, son la más espinosa carga imaginable. A buen seguro que ninguno de nuestros camaradas de primera fila daría de grado su libertad, su juventud, su vida llena de atractivos, por la dura servidumbre de un ministerio.

Pero no se trata de ser ministro. Para serlo, en estos tiempos en que se producen más de ochenta ministros cada cinco años, hay caminos más llanos que el de la Falange. Se trata de hacer a España.

De hacer a España con arreglo a su entendimiento de amor, que solo poseen los que lo han adquirido en las horas tensas y difíciles.

De hacer a España según una iluminada geometría, cuyos secretos solo se han entregado tras de muchas noches en vela.

Que alguien escuche y desmenuce el lenguaje de los «madrugadores»: ese lenguaje espeso, inflado, prosaico, abrumadoramente abundante y grotescamente impreciso. ¿Podrá alguien percibir en ese lenguaje el menor aleteo de la gracia?

Nuestra empresa española —ya se dijo en acto inicial de la Falange— es una empresa poética, religiosa y militar. No reside en fórmulas, y menos en fórmulas bastas. Es la aspiración permanente a una forma histórica llena de garbo y de fervor, solo percibido por una fe clarividente.

No seremos ni vanguardia, ni fuerza de choque, ni inestimable auxiliar de ningún movimiento confusamente reaccionario. Mejor queremos la clara pugna de ahora que la modorra de un conservatismo grueso y alicorto, renacido en provecho de unos ambiciosos «madrugadores». Somos —se ha dicho muchas veces— no vanguardia, sino ejército entero, al único servicio de nuestra propia bandera.

Aspiramos a ser un pueblo en marcha tras de una voz de mando. Una voz que se nos haya hecho familiar en las horas de peregrinación. No creemos en una receta o

en una colección de recetas que cualquiera puede preparar. Creemos en una mente y en un brazo.

Para que esa mente y ese brazo nos gobiernen lucharemos todos hasta el final. Para que un «madrugador» se adelante y nos diga: «¿Pero no les da a ustedes lo mismo? ¡Si yo también soy totalitario!». Para eso, no; ni un minuto.

Y será inútil el madrugón. Aunque el «madrugador» triunfara, le serviría de poco su triunfo. La Falange, con lo que tiene de ímpetu juvenil, de acervo intelectual, de brío militante, se le volvería de espaldas. Veríamos entonces quién daba calor a esos «fascistas rellenos de viento».

Nosotros, para ver pasar sus cadáveres, no tendríamos más que sentarnos a la puerta de nuestra casa bajo las estrellas.

No Importa. Boletín de los Días de Persecución, núm. 3 (20 de junio de 1936).

3 Antonio Rexach fue un militar español graduado en la Academia de Artillería de Segovia, hijo del general Ubaldo Rexach, quien sirvió en el Gobierno de Alfonso XIII. Tras servir en Artillería hasta 1922, pasó al Cuerpo de Aviación, donde alcanzó el grado de comandante. A pesar de su posición económica acomodada, eligió la carrera militar y se convirtió en uno de los fundadores de la República, combatiendo la Dictadura de Primo de Rivera en el movimiento de Sánchez Guerra y participando en la tentativa del aeródromo de Cuatro Vientos, por lo que fue encarcelado en las Torres de Cuarte. Desilusionado con la República que había ayudado a instaurar debido a la persecución que sufrió, se exilió, pero regresó a España durante la Guerra Civil para organizar la resistencia republicana contra el levantamiento franquista. Los comunistas le mataron a un hermano y huyó a Francia, parece que con dinero que le había entregado el Gobierno para comprar armas. Tras la guerra se exilió en México, donde fue asesinado a tiros en 1955 por el anarquista Juan Duarte Camacho frente al hotel Toledo.

4 «Un nuevo estilo y una unidad de destino», *La Época,* 01/07/1936.

Nos producía tanto rubor la posibilidad de que nuestras palabras aparecieran en contradicción con el más leve de nuestros gestos que nos vedamos cualquier exteriorización del deseo imperioso que sentíamos de un nuevo estilo para toda la política española. Ciertamente no habíamos hecho pasar nuestro deseo por el registro de la propiedad intelectual; jamás nos asaltó una preocupación de originalidad ni nos produjo inquietud que alguien nos regateara la cualidad de primeros usufructuarios. Nos preocupaba solamente —y eso en la medida que puede preocupar lo que se hace sin esfuerzo— no romper la línea por donde imaginábamos que nos llevaba el nuevo estilo. No nos hubiéramos perdonado nunca la vanidad de disputar un puesto, la insania de fomentar desconfianzas y discordias, ni la puerilidad de patalear histéricamente contra un aguijón, cuando no podíamos aplastar con el aguijón, sino el avispero, la avispa culpable, por lo menos. Para la Falange los resultados de la consulta son desastrosos por todo el país, y no se elige a un solo candidato de la organización.

Ni es preciso decir que padecemos tan aguda anafilaxia para el ridículo, que no hubiéramos podido conciliar el sueño si un día nos hubiéramos sorprendido con

espíritu de segundo de la clase, verdes de contrariedad por el éxito escolar del más inteligente, más estudioso, o simplemente más afortunado.

Este satisfactorio resultado de la introspección que acabamos de realizar, un poco rápidamente por la costumbre —que no nos cansaremos de recomendar a todos—, ha venido a robustecer la idea que venía halagándonos considerablemente de que es el nuestro temperamento de políticos y no de ensayistas.

El político es el hombre que no declara producto estancado las ideas que adopta, y que —en algunos casos— produce. Le nacen, cuando le nacen, con una tendencia expansiva en cuya realización goza y de la que arranca su propia acción. El ensayista, en cambio, no es un realizador; su preocupación más aguda es la de que las gentes de tal o cual cenáculo elogien su talento, aunque —como es de rigor— no dejen de juzgarle severamente apenas ha vuelto la espalda. La tarea a que se entrega más asiduamente es la de convencer a quienes le rodean de que esta o aquellas expresiones felices son parte de su fértil ingenio. A veces —aunque ello no sea frecuente— también reclama la maternidad de una idea. Maternidad —nos urge decirlo— no está escrito aquí por equivocación. El temperamento de este tipo de ensayista es esencialmente femenino. Gusta de lo brillante, de lo vistoso y de lo nuevo; su vida espiritual es un torneo de coqueterías, una carrera de intrigas y un infierno de celos. Es amable y es agria; sonríe y hiere; no tolera la proximidad de otra inteligencia, y vive, por ello, la tragedia de entregar la suya a un círculo de íntimos a los que desprecia. Por eso cuando quiere bañar el alma en el gozo de un elogio que estima, en busca de él se evade de los suyos hacia el grupo de las amigas inteligentes y bellas, o de los adversarios menos enconados. Adversarios y amigas, cuyo contacto difícilmente le perdonarían esos otros admiradores a quienes en el fondo él quiere poco.

Pero cuando al ensayista le aflige además un deseo incontenido de mando, deja de ser un ejemplar literario pintoresco para ser un peligro nacional en potencia. Peligro tanto más grave cuanto más le adornen esas cualidades accesorias que son la simpatía, la fluidez verbal, la prestancia física y el valor. Por eso, cuando ellas se acumulan en el ensayista, si la cultura, la inteligencia y un verdadero amor a la patria no sirven de correctivo a la frivolidad de su espíritu inquieto y disperso, es preciso vigilar muy de cerca a este futuro portador de daños irreparables.

En un caso de esos, nosotros pondríamos la esperanza en el ridículo. Un día pudiera declinar su estrella, en el horizonte de los menos ingenuos, por no haber sabido vencer el impulso antiestético de una rabieta histérica. Otro, para los más sabiondos, perderá cuando les descubra el disparatorio de sus interpretaciones históricas. Los espíritus sensibles padecerán considerablemente cuando le vean esforzarse por abrir a codazos el paso a primera fila.

Y si un día, cuando las angustias de la patria reclamen la formación [faltan unas diez palabras quitadas por la censura] de la «unidad de destino» —al que algún día en una escapada erudita le buscaremos el verdadero padre! — tiente el diablo la vanidad del ensayista para que abra una brecha de recelos y de desconfianzas, entonces en el ánimo de los hombres de bien se labra[rá] angustiosamente la

condenación que se reserva para las acciones irrevocablemente imperdonables.

5 Réplica de José Antonio. Carta desde la cárcel de Alicante.

4 de julio de 1936.

J. I. Valdeiglesias

Me dicen que *La Época* —ese modesto sapo semiclandestino que sigues editando con las pesetas que nos timaste a unos pocos, entre otros a mí— se mete conmigo.

Excuso decirte el inmenso regocijo que ello me proporciona. Si Vigón, tú y demás gentecilla de *La Época* me creyerais ya vencido y fracasado, sería natural que me guardaseis todas las consideraciones, aumentadas por mi estado actual de preso en que me es imposible contestar adecuadamente a las canalladas.

Pero no podéis conservar respecto de mí ni siquiera la serenidad (no digo la caballerosidad que desconocéis) porque os desasosiega y os irrita ver que, preso y todo, sigo representando en España mucho más que *La Época,* tú, Vigón y toda vuestra risible compañía.

Ya comprenderéis que me doy cuenta muy bien de que lo que os duele no es mi discrepancia, en algún punto, con las derechas; lo que os duele es la conciencia de vuestra resentida inferioridad: a ti, personalmente, el ser feo, tonto, inútil, mil veces derrotado en empresas amorosas y, por último, hijo de una madre y de un padre de los que no te puedes enorgullecer. Así sois todos: vencidos, resentidos, envidiosos… ¿Cuántos fracasos íntimos no se agitan en la rabia con que me favorece Vigón?

Podéis seguir mordiendo en ese papelucho que —para redoblar vuestra ira— no lee nadie. Si valieseis la pena de que se os tuviera odio, ¿qué mayor delicia para mi odio que saberos recomidos, recocidos, impotentes en vuestra envidia?

¡A fastidiarse, amigos!

6 Alejandro Corniero hace un retrato de Manteola en su libro *Diario de un rebelde. La República, la Falange y la guerra,* Ediciones Barbarroja, Madrid, 1991, págs. 107 y 140.

12 de marzo de 1936 – Jueves. Marciano Durruti

1 *Vida Nueva,* 09/01/1932.

2 Archivo Histórico Provincial de Zaragoza. ES/AHPZ-A/005950/0012/007. Título Expediente penal de preso de Andrés Candial Ordovás. 1936.

3 *El Socialista,* 17/01/1934.

4 Declaración personal de Antonio Otín Arruebo, en Castillo de Lerés, soldado desde los primeros días de la contienda y residente en la casa de su tío Melchor.

5 *El Día Gráfico,* 13/12/1927, pág. 12; *El Día Gráfico,* 29/07/1928, pág. 13.

6 E. Gutiérrez Palma, «Cómo se han portado durante el Movimiento Nacional los obreros que antes fueron “rojos”», *Hierro: Diario de Falange Española Tradicionalista y de las J.O.N.S.,* 17/07/1937, pág. 13; Á. Alcalde Fernández, *Lazos de sangre Los apoyos sociales a la sublevación militar en Zaragoza*. *La Junta Recaudatoria Civil (1936-1939)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 2010, pág. 133n.

Expedientes núms. 1, 2, 9, y sin número (s/n). Ángel Inglés tenía domicilio en Coso 112, zona de poco carácter obrero, y a sus veintisiete años estaba casado y tenía un hijo; su esposa, Rosa Campos Sanz, de veinticinco, declaraba que su marido había servido en Falange hasta que el 26 de julio de 1936 había muerto en el frente en «accidente de servicio, vuelco de un camión»; el informe del Registro Civil decía que había muerto «en la Facultad de Medicina» por «hemorragia interna por fractura base del cráneo», tecnicismo muy utilizado para camuflar el hecho del tiro en la nuca. Por tal cuestión aparece recogido como represaliado en los listados de Julián Casanova y otros en *El pasado oculto. Fascismo y violencia en Aragón (1936-1939),* Siglo XXI, Madrid, 1998, pág. 237. En «otros documentos hallados» se especifica que Ángel Inglés murió mientras realizaba actos de «servicios especiales», por los que supuestamente iba a ser retribuido, *aunque tras su muerte tal dinero volvió a ingresar en la caja de Falange*. Conocido el actuar de la cúpula represora que actúo en Zaragoza formada por militares (capitán Tena, coronel Gazapo…) denunciada —nombres y apellidos— por García Venero en su «Testimonio de Hedilla», y conocido el discurso revolucionario de Inglés manifestado de manera radical e incesante desde la campaña electoral de febrero del 36, el anarcofalangista pasó a convertirse en una amenaza a la que extinguir. Podría concluirse que la muerte de Inglés fue como la otros de sus camaradas: un asesinato motivado por su pasado anarquista enlazado con su militancia en Falange (Archivo Municipal de Zaragoza, c. 5880, recibos de Falange; c. 5914, relación núm. 2 y recibo núm. 7). La lesión de «fractura de la base del cráneo» era muy poco común excepto para las víctimas de las ejecuciones. Sus restos pasaron en 1961 de la fosa 1155 de Zaragoza al Valle de los Caídos junto a los de cuatro mil víctimas que yacían en el mismo lugar.

7 La de Fernando Zamacola fue una muerte tapada muy semejante a la de Inglés, según su sobrino Alejandro, que fue oficial legionario y lo narra en la publicación del tercio: «Estando al frente de esas tropas… llegó el momento fatal en el que una bala —las circunstancias de su muerte, según los supervivientes del combate de su Grupo, fueron muy oscuras— acabó con su vida», en «Pequeña historia de un desertor de La Legión», *La Legión,* núm. 506, I, 2009. Capitán Alejandro Zamacola Monis.

8 Carlos Hernández Quero, *Cuando los suburbios dejaron de ser periferia. La lucha por el control de la calle en el Madrid de los años 1930*. Tesis doctoral, 2019. *El Día Gráfico,* 29/09/1931. *La Libertad,* 27/09/1931. CDMH, «Ficha de Ramón Cobeta Moreno», DNSD-SECRETARÍA, FICHERO, 12, C0152916. Archivo Histórico Nacional. Recurso núm. 55544/1932 contra Ramón Cobeta Moreno y Purificación Amalia Salido sobre tenencia de explosivos, FC-TRIBUNAL_SUPREMO_RECURSOS, 88, exp. 55544.

9 Checa de Bellas Artes y Fomento, AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 1530, exp. 4, págs. 58 y 59.

10 *Revista Ateneo Obrero de León,* núm. 11 (octubre de 1935).

11 Victoriano Crémer, *El libro de San Marcos*, Editorial Nebrija, Madrid, 1980, pág. 190.

12 *Región,* 06/07/1934, pág. 10.

13 Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra,* Ediciones Imán, Buenos

Aires, 1940, pág. 232.

14 Diego Abad de Santillán, *Memorias (1897-1936),* Planeta, Barcelona, pág. 459.

15 Miguel Primo de Rivera, «La verdad entera», *Arriba,* 18/07/1961.

16 *ABC,* 14/04/1934, pág. 24.

17 Gran parte de lo aquí expuesto se extrae del libro de Sergio Campos y José Antonio Martín Otín, *Violencia roja antes de la Guerra Civil. Antillón 4, la primera checa de la República,* Espasa, Barcelona, 2024.

18 La reflexión puesta en boca de Buenaventura Durruti por un testigo directo de la escena aparece en las páginas 223-225 de *Tempestad al amanecer. La epopeya de Madrid,* el libro de memorias de la Guerra Civil que escribió en primera persona el anarquista Esteban Méndez Luengo (Editorial G. del Toro, Madrid, 1977). La secuencia, que presenta como vivida por él, detalla la reacción de Durruti al conocer la decisión confederal de no atender la petición de los representantes de la militancia madrileña que buscaba conmutar la pena de muerte a José Antonio Primo de Rivera, en la idea de evitar represalias sobre los compañeros apresados en la otra zona. Entendían además que José Antonio podría ser un elemento de conciliación, la misma conclusión a la que llega Durruti. La consulta se había hecho a otras asambleas regionales con resultado contrario al obtenido en Madrid. El autor da nombres y detalles que parecen acreditar la verosimilitud de lo que narra como testigo.

19 Emiliano Aguado, *La República. Último disfraz de la Restauración,* Editora Nacional, Madrid, 1972.

20 Eduardo Torrico, «Amarguras, Semana Santa y la España en llamas», *Scherzo,* 14/04/2022.

13 de marzo de 1936 – Viernes por la mañana. La cita rota

1 Felipe Ximénez de Sandoval, *José Antonio (biografía apasionada),* Juventud, Madrid, 1941, pág. 256.

2 Mercedes Formica, *Memorias (1931-1947),* Renacimiento, Sevilla, 2013, págs. 299-230.

3 Patricia Martínez de Vicente, *La clave Embassy: salvamentos de judíos vía España en la IIGM,* autopublicación, 2019.

4 Miguel Pérez Ferrero, *Tertulias y grupos literarios,* Cultura Hispánica, Madrid, 1975, pág. 69.

5 Frase textual de Ramón Serrano Suñer en *Radio Heraldo,* noviembre de 1986.

6 *Ahora,* 23/03/1935. https://gredos.usal.es/handle/10366/102361..

7 «Cuando, en marzo de 1762, un hombre nefasto, que se llamaba Juan Jacobo Rousseau, publicó *El contrato social,* dejó de ser la verdad política una entidad permanente. Antes, en otras épocas más profundas, los Estados, que eran ejecutores de misiones históricas, tenían inscritas sobre sus frentes, y aun sobre los astros, la justicia y la verdad», José Antonio Primo de Rivera, «Discurso fundacional de la

Falange», 29 de octubre de 1933.

8 Manuel Álvarez Tardío y Roberto Villa García, *1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular,* Espasa, Barcelona, 2017, pág. 13 en adelante.

9 Josep Carles Clemente, *El carlismo en su prensa (1931-1972),* Editorial Fundamentos, Madrid, 1999, pág. 29.

10 Eduardo Molina Fajardo, *Los últimos días de García Lorca,* Almuzara, Córdoba, 2011. Declaraciones de José Rosales Camacho, pág. 215.

11 «Memoria histórica de las pesetas en torno a un crimen», *La Garbia,* 03/07/2017, págs. 43-44.

12 José Antonio Muñoz, «Un acta notarial cambia el relato de las últimas horas de Lorca», *Ideal*, 10/08/2025.

13 FC-CAUSA_GENERAL,1514, exp. 5, págs. 11-12.

14 Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias,* Planeta, Barcelona, 1976, págs. 133-134.

15 Eduardo Molina Fajardo, ob. cit. Declaraciones de José Medina Fonolla, pág. 14.

13 de marzo de 1936 – Viernes a mediodía. Los estudiantes

1 Rafael Ibáñez Hernández, *Estudio y acción: la Falange fundacional a la luz del* Diario *de Alejandro Salazar (1934-1936),* Barbarroja, Madrid, 1993.

2 «Carlos Juan Ruiz de la Fuente, que fue secretario de la Vieja Guardia, me contó su experiencia personal, cuando era un joven que ayudaba en la Nacional, de la calle Marqués de Riscal, y José Antonio le encargó: “A ti que no te conocen, vete al mitin de Gil Robles, en el cine Madrid, y luego vienes y me lo cuentas”. Así lo hizo, y, cuando regresó, le dijeron que José Antonio había dado orden de que no se le molestase a la Junta política reunida. Carlos insistió y pudo entrar en la habitación. Contó lo que había escuchado y, cuando iba a marcharse, José Antonio le gritó: “¡Coño, siéntate, que esto también te interesa a ti!”. Aquel muchacho, que era del sindicato universitario (SEU), de la Escuela de Ingenieros Industriales, quedo asombrado y asustado por lo que vio y oyó. En el debate había dos posiciones radicales. Por una parte el grupo que encabezaba Raimundo Fernández-Cuesta, secretario nacional, contra José Antonio, Manuel Mateo y Julio Ruiz de Alda. Cuando terminó la reunión, Carlos Juan, según me dijo, estaba convencido de que iba a producirse una nueva escisión. Los de Raimundo apoyaban el pacto con la derecha filofascista de Gil Robles, mientras que José Antonio, no», en Ceferino Maestú Barrio, «La Falange traicionó a José Antonio», *Sobre Historia de Ayer y de Hoy,* núm. 63, 2015. https://www.fundacionjoseantonio.es/gaceta/gaceta63.pdf..

3 En la página 417 de *La preocupación de España en su literatura,* Dolores Franco sitúa a José Antonio en la cadena de los portadores de la antorcha hispánica, intérpretes de España sin los que no se puede entender certeramente la historia de esta nación. La ensayista ordena la fila, comienza por Cervantes y Quevedo, traza la línea de los siglos, llega a Unamuno y Ortega y concluye en José Antonio Primo de

Rivera como traductor activo de esa angustiosa reclamación de patria. Dolores Franco, *La preocupación de España en su literatura,* prólogo de Azorín, Ed. Adán, Madrid, 1944.

4 Vicente de Cadenas y Vicent, *Actas del último consejo nacional de Falange Española de las J.O.N.S. (Salamanca, 18-19-IV-1937) y algunas noticias referentes a la jefatura nacional de prensa y propaganda,* Ediciones Hidalguía, Madrid, 1975.

5 Rafael García Serrano, «Larra, 14», *Libertad: diario Valladolid,* 25/08/1971.

13 de marzo de 1936 – Viernes por la tarde. Adiós a la libertad

1 «Pese a ser fusilado a los 33 años nunca se le conoció mujer, ni por asomo, y sí su lealtad-amor por sus jóvenes escuadristas», José Luis Martín Prieto, *El Mundo,* 28/12/2003. También, en el mismo periódico y unos años antes, Iñaki Gil, «Aparece un libro que establece el censo de homosexuales celebres», *El Mundo,* 25/06/1997.

2 El término «corte literaria de José Antonio» fue acuñado de forma crítica por los hermanos Mónica y Pablo Carbajosa para referirse al grupo de escritores e intelectuales próximos a la Falange, especialmente durante la Guerra Civil y la inmediata posguerra. La nómina: Rafael Sánchez Mazas, Ernesto Giménez Caballero, José María Alfaro, Eugenio Montes, Luys Santa Marina, Pedro Mourlane Michelena, Jacinto Miquelarena, Agustín de Foxá, Samuel Ros y Dionisio Ridruejo. Mónica Carbajosa y Pablo Carbajosa, *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange,* Crítica, Barcelona, 2003.

3 Declaración de Julia Trapiella Sanz. FC-CAUSA_GENERAL, 1504, exp. 2, pág. 67; *La Nación,* 03/06/1935, pág. 4.

4 Antonio Rodríguez Sanz, *El Antoñito.* Véase, Carlos García-Alix, *El honor de las injurias. Busca y captura de Felipe Sandoval,* Taric, Madrid, 2007. Declaración de Josefa Álvaro del Olmo. FC-CAUSA_GENERAL, 1503, exp. 4, pág. 218.

5 Declaración de Joaquín Cabronero Uribe. FC-CAUSA_GENERAL, 1504, exp. 5, pág. 249.

6 José María Fontana, *Los catalanes en la guerra de España,* Ed. Samarán, Madrid, 1956, págs. 34 y 35.

7 Véase José Antonio Martín Otín, *El hombre al que Kipling dijo sí,* El Gallo de Marzo, Madrid, 2005.

8 Ídem.

13 de marzo de 1936 – Viernes por la noche. La puerta se cierra

1 Guillermo Cabanellas, «Fracaso en el intento de aproximarse a Franco», *Ya,* 04/11/1976, pág. 19.

2 Antes de que el Diario de José Antonio nos revele este pasaje y nos confirme la iniciativa del jefe de la Falange para invitar a Portela a encabezar la asonada, lo había intuido Jeroni Miquel Mas Rigo, que lo deduce del estudio documentado de

aquellos días y aquellos personajes. Su concienzudo análisis, «La Falange y las conspiraciones de 1936», *El Catoblepas,* núm. 210 (enero-marzo de 2025), pág. 13.

3 «Cien años de historia en el Palace», *El País,* 20/07/2012.

4 Manuel Portela Valladares, *Dietario de dos guerras (1936-1950),* Ediciós do Castro, A Coruña, 1988, pág. 207. La anotación es del 6 de septiembre de 1942.

5 Raimundo Fernández-Cuesta, *Testimonio, recuerdos y reflexiones,* Ediciones Dyrsa, Madrid, 1985, págs. 54 y 55.

6 No deja pasar un día y el 28 escribe José Antonio a su amigo Miguel Maura para comentar con él la serie de artículos y quejarse de algunas incomprensiones que detecta en ellos («Carta a Miguel Maura», en José Antonio Primo de Rivera, *Obras completas,* Plataforma 2003, Barcelona, 2007, pág. 1523). También agradece el carácter generoso que otorga el articulista a la joven militancia falangista: «Juventud magnífica de espíritu y de patriotismo, llena de abnegación y rebosante de valor personal», escribe Maura tan cerca de la noble caballería andante que veía en aquellas filas el socialista Julián Zugazagoitia.

7 AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 1563, exp. 23, pág. 74, y AHN, FC-CAUSA_GENERAL, 1513, exp. 31, pág. 5.

8 El último de los artículos de Miguel Maura sale en sábado y lo denomina Gobierno Nacional: «Un Gobierno nacional es el que entre los dos bandos en lucha cruel y sobre el campo español encarna al Estado, y en nombre del Estado impone a los unos y a los otros el cumplimiento de las leyes, desarma, castiga, reprime, recompensa, administra justicia, remedia los males, proporciona trabajo y no tolera que sin él, y menos aún contra él, pueda nadie imponer su voluntad por la fuerza. Un Gobierno nacional es, en suma, el "Estado republicano en pie"», portada de *El Sol,* 27/06/1936.

9 Todo lo referido en este capítulo a lo que contó Raimundo Fernández-Cuesta sobre la cuestión, aparece en el capítulo VI de su libro de memorias, *Testimonio, recuerdos y reflexiones,* ob. cit.

14 de marzo de 1936 – Sábado. Cárcel

1 Javier Barreiro, «Eugenio Noel y la literatura de viajes. Periplos andaluces», 7/9/2022. https://javierbarreiro.wordpress.com/2022/09/07/eugenio-noel-y-la-literatura-de-viajes-periplos-andaluces/

2 Carlos Esplá, secretario general de la JARE (Junta de Auxilio de los Republicanos Españoles), nombra delegado de la organización en Marruecos a su amigo en cuanto cruza el estrecho. JARE fleta los navíos del exilio a México. Alonso Mallol decía quién embarcaba y quién se quedaba: a Max Aub le puso la firma y partió, luego arribaría él mismo. Francisca Montiel Rayo, «Correspondencia inédita sobre la actuación de la JARE en la preparación del viaje a México de Max Aub (1941-1942)», *El Correo de Euclides*, núm. 7 (2012), págs. 135-145.

3 P. Rosser Limiñana y R. Soriano Arnau, *Alicante en guerra: de la ciudad*

republicana de retaguardia y refugios, a la ciudad destrozada, derrotada y franquista, Ayuntamiento de Alicante, Alicante, 2017, pág. 56.

4 Alonso Mallol tenía diseñado un plan de captura masiva de sospechosos para los que había dispuesto buques prisión y destierros discriminados. P. L. Angosto, *José Alonso Mallol, el hombre que pudo evitar la guerra,* Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 2006, pág. 213.

5 M. Tagüeña Lacorte, *Testimonio de dos guerras*, Planeta, Barcelona, 2005, pág. 94. Véase también el epílogo sobre la violencia en Madrid.

6 Archivo General de la Guerra Civil Española (Salamanca), APCE, sig.: 2.1/2.204; Archivo Carlos Esplá, «La triste y lamentable guerra civil del 36 al 39, en la que todos los españoles expansionaron su locura, proporcionó a Alicante la gran desgracia de que en ella se fusilara al gran joven J. Antonio Primo de Rivera», Carta al director de la Misión de Operaciones de los Estados Unidos en España. En V. Ramos, *Lorenzo Carbonell, alcalde popular de Alicante,* Caja de Ahorros Provincial de Alicante, Alicante, 1976, págs. 250-251.

7 En el análisis de la tensión política de la primavera de 1936, Jeroni Mas Rigo recupera el testimonio de Juan Antonio Ansaldo sobre la situación de los líderes falangistas. Ansaldo relata en sus memorias cómo en el mes de abril ofreció a Julio Ruiz de Alda organizar su evasión, asegurando contar con «complicidades decisivas» para ejecutarla. La respuesta de Ruiz de Alda, descrita por el autor con un gesto «noble y preocupado», rechazó la huida por lealtad a sus militantes: «Muchas gracias —le dijo—. Me anima tu optimismo y confianza y desde luego, me agradaría enormemente poder salir de aquí. Sin embargo, he embarcado a muchos en esta aventura, y aunque preveo un final desastroso para nosotros, no puedo abandonar a mi gente y marcharme yo solo» (Ansaldo, ob. cit., 1951, págs. 115-116). Esta escena es ratificada por otras fuentes del entorno falangista, como Mercedes Formica, quien también aborda el periodo en sus memorias (Formica, ob. cit., 1982, pág. 243). Juan Antonio Ansaldo, *¿Para qué…? (De Alfonso XIII a Juan III),* Ekin, Buenos Aires, 1951, págs. 115-116. Jeroni Mas Rigo, «Amelia Azarola Echevarría (1907-1994)». *El Catoblepas,* núm. 206, pág. 13; Mercedes Formica, *Visto y vivido,* Planeta, Barcelona, 1982, pág. 243.

8 Pablo Ruiz de Alda, epiloguista de *Obra Completa de Julio Ruiz de Alda,* era el siguiente en el orden familiar; murió poco después de la publicación del texto junto a su hermano Nicolás y sus mujeres sobre el cielo de Dinamarca. En un accidente aéreo, como participando del destino de El Aviador.

9 J. Hermoso de Mendoza, «Sociedad instrumental al servicio del nacionalismo vasco», Estellainfo (mayo, 2011). http://www.estellainfo.com/

10 R. Mata y Martín, «Guerra y cárcel: el encierro y proceso de Amelia Azarola y la rebelión de las mujeres presas el 4 de noviembre de 1936», *Eguzkilore,* 32 (2018), págs. 249-291.

11 «Profundamente unida a su marido, muy pronto hizo participar a éste del afecto de su maestro, el doctor Negrín, creándose entre los tres una corriente de amistad cada día más firme (…) Y por primera vez me habló (Negrín) de su amistad con mi

paisano Julio Ruiz de Alda, a quien consideraba su ángel guardián (…) Me hizo confidente de la simpatía personal con que miraba a luchadores como José Antonio y Ruiz de Alda, llenos de generosidad y patriotismo, aunque extraviados en sus tendencias y métodos, infinitamente más extranjerizantes de lo que ellos pensaban». También en *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Zugazagoitia sugiere que Negrín era «la persona a quien los falangistas, utilizando como vehículo a una discípula suya (Amelia), se habían dirigido tratando de conquistarle y conquistar a Prieto para su movimiento». M. Ansó, *Yo fui ministro de Negrín: memorias ineludibles.* Planeta, Barcelona, 1976; J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles,* Tusquets, Barcelona, 2001.

12 P. Ruiz de Alda, «Estampa y vida», en J. Ruiz de Alda, *Obras completas,* Ediciones FE, San Sebastián, 1939, pág. 17.

13 Sobre la ejecución de Julio Ruiz de Alda, Julián Zugazagoitia ofrece un relato detallado de sus momentos finales en el patio de la cárcel, destacando su actitud desafiante: «Ruiz de Alda fue otra de las víctimas. A éste lo ejecutaron en el patio. Durante el trayecto no escatimó su opinión. Abrumó con invectivas a quienes lo conducían. Repelió alguna agresión, y ya en el patio, mientras los fusileros corrían sus cerrojos, siguió gritándoles su desprecio. La escena impresionó a cuantos la vivieron. Fuerte, buen tipo, arrogante siempre, pero más arrogante en aquel momento, su figura infundía respeto. Antes de que la muerte se le fuese encima tuvo tiempo de gritar su nombre y su filiación», en J. Zugazagoitia, ob. cit., 2001, pág. 139.

Esta versión coincide con lo narrado por Juan-Simeón Vidarte. Tenía una fuente fidedigna que pudo presenciar la escena (su sobrino Joaquín, funcionario en la Modelo) y confirma la autopsia: «Heridas por arma de fuego en la región torácica posterior», lo que indica disparos por la espalda, Juan-Simeón Vidarte, *Todos fuimos culpables,* Grijalbo, Barcelona, 1977, cap. «Los asesinatos de la Cárcel Modelo», págs. 421 y sigs. Joaquín Vidarte es señalado por los presos Esteban Justo y Edelmiro Trillo en sus memorias carcelarias (Justo y Trillo, *Las flechas de mi haz. La Falange en las prisiones del Madrid rojo,* Sáenz de Jubera, Madrid, 1940, págs. 118 y 173).

R. Fernández-Cuesta, Prólogo a J. Ruiz de Alda, *Obras completas,* Ediciones FE, San Sebastián, 1939; J. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles,* Tusquets, Barcelona, 2001, pág. 139; J. S. Vidarte, *Todos fuimos culpables,* ob. cit., vol. 1, págs. 421-422. E. Justo y E. Trillo, *Las flechas de mi haz. La Falange en las prisiones del Madrid rojo,* ob. cit., 1940.

14 R. Sánchez Mazas, *Nueva Etapa: Revista del Real Colegio de Estudios Superiores de María Cristina* (23 de enero, 1915), pág. 43.

15 Entrevista de Marino Gómez Santos a José María Alfaro en *La Libertad, diario nacional-sindicalista,* Valladolid, 16/06/1967.

16 M. Fuentes Codera, *Sánchez Mazas: el falangista que nació tres veces,* Alianza Editorial, Madrid, 2024, pág. 165. Cita el libro *Bilbao,* de Patxo Unzueta, Destino, Barcelona, 1990.

17 Carlos Hernández Quero, *El desborde de la ciudad liberal: cultura política y*

conflicto en los suburbios de Madrid (1880-1930). Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid / Universidad Carlos III de Madrid, 2020.

18 R. Cervera Gil, *Violencia política y acción clandestina: la retaguardia de Madrid en guerra (1936-1939)*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Servicio de Publicaciones UCM, 1997.

19 M. Fuentes Codera, *Sánchez Mazas: el falangista que nació tres veces,* ob. cit., pág. 374.

20 A. Trapiello, *Las armas y las letras: literatura y guerra civil (1936-1939),* Destino, Barcelona, 2010, pág. 470. También en M. Fuentes Codera, ob. cit., 2025, pág. 222.

21 Narciso Perales aseguraba que esta confidencia de José Antonio se la hace en su despacho de Serrano 86 cuando lo visita allí, en el bufete-domicilio. J. A. Martín Otín, *El hombre al que Kipling dijo Sí,* ob. cit., pág. 17.

22 A. Rodríguez Antigüedad, «José Antonio en la cárcel de Madrid», Reportaje, s. f. Confirmado en R. Fernández-Cuesta, *Testimonio, recuerdos y reflexiones,* Ediciones Dyrsa, Madrid, 1985, pág. 33.

23 M. Gómez Santos, «Pequeña historia de grandes personajes: Raimundo Fernández-Cuesta», *Pueblo,* 28 de octubre, 1959. M. García Venero, *Falange en la guerra de España: la Unificación y Hedilla,* Ruedo Ibérico, París, 1967, pág. 137.

24 «Justina, delegada nacional del SEU, por expresa orden de José Antonio tras el encarcelamiento de Alejandro Salazar, aceptó por esposo a Narciso Perales que era aceptar toda suerte de renuncias por amor a los demás y firmar el carnet de pobre para los restos. Pero Justina, la magnífica Justina, lo sobrellevaba con inmensa ternura, la sonrisa puesta, un cigarrillo en la mano y la puerta abierta para todos los amigos que a deshora asaltábamos su hogar como habían hecho a lo largo del día, más ordenadamente, los enfermos a los que sanaba el "Niño de San Roque", el médico azul que no cobraba a los pobres», en J. A. Martín Otín, *El hombre al que Kipling dijo sí,* El Gallo de Marzo, Madrid, 2005, pág. 115.

25 M. Valdés Larrañaga, *De la Falange al Movimiento (1936-1952),* Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1994. M. Hedilla, *Testimonio,* ed. de M. García Venero, Ediciones Acervo, 1972.

26 C. Estornés, [Título del artículo], *Historia y Deportes,* (21 noviembre, 2021). http://historiaydeporte.blogspot.com.

27 «Era el día 29», poema alusivo al acto del teatro de la Comedia ese día de octubre del 33. Su autor, Alfonso López Gradolí, alude en su poema al partido de los colchoneros, «las noticias deportivas, anunciaban que en Vallecas el Betis jugaría con el Aleti ese domingo en que lloviznaba, pero a mediodía apareció un sol tenue y sin insistencia (al Betis le metieron cuatro goles)»; el poema va acabando: «y el aviso de un compañero alertó: "Es el hijo de Primo de Rivera el que habla", muchos no le llamaban José Antonio».

28 J. García Candau, *El deporte en la Guerra Civil,* Espasa, Madrid, 2007.

29 S. Campos Cacho y J. A. Martín Otín, *Violencia roja antes de la Guerra Civil: Antillón 4, la primera checa de la República,* Espasa, Barcelona, 2024.

30 M. Valdés Larrañaga, *De la Falange al Movimiento (1936-1952),* Fundación

Nacional Francisco Franco, 1994, pág. 44. Véase también «La Guerra Civil española: 70 años después», *El Mundo,* 2006.

31 Durante muchas décadas la figura de Melchor Rodríguez fue un arcano salvo para los iniciados. No un proscrito; un aminorado. Mientras un grupo extravagante autodenominado «Melchor Rodríguez Blues Band», tocado sin duda de un vitalismo peligroso, arrancaba todos los años, en la misma fecha y a la misma hora, la placa de la calle Fomento sobre el edificio de la checa y colaba flamante la de «CALLE MELCHOR RODRÍGUEZ», otros acertaban con la tarea intelectual: para sacarlo del marasmo fue esencial el trabajo de pionero de Alfonso Domingo. El periodista y escritor es autor del libro *El ángel rojo. Historia del anarquista Melchor Rodríguez,* Almuzara, Córdoba, 2009, ampliado años después con la edición de *El ángel rojo. Melchor Rodríguez, el anarquista que salvó a sus enemigos,* Espuela de Plata, Sevilla, 2024. Los datos anecdóticos, que también hacen historia, salpican la bonita novela de Joaquín Leguina y el directo descendiente de Melchor, Rubén Burén, *Os salvaré la vida,* Espasa, Madrid, 2017. Lo relativo a su grupo de acción «Los Libertos de la FAI», en Archivo Histórico Nacional, FC-CAUSA GENERAL, 1530.

32 J. A. Primo de Rivera, Carta a Manuel Valdés Larrañaga. Manuscrito original entregado a Margot Larios. Prisión Provincial de Alicante, 19 de noviembre de 1936.

33 *El Adelanto de Salamanca*, 10/07/1919.

34 *Gaceta de Madrid,* núm, 301 de 28/10/1931. Boletín Ordinario.

35 *Hierro*, 24/5/1938.

36 *Arriba*, 4 de abril de 1935, pág. 7.

37 *Falange,* Palma de Mallorca, 12 de enero de 1938, pág. 1.

38 Travesía del Galatea, salida puerto de Gandía en «Ignacio Barrado Herrero, 'Ibo': un periodista en el frente de Toledo (1936)». Blogspot Toledo GCE, 10, noviembre, 2025.

39 «Sigue encendida la llama», artículo Eugenia Serrano, de Pyresa, para *El Eco de Canarias: diario de la mañana*, 20/11/1963, pág. 9.

40 David Jato, *¿A dónde vamos?,* Ediciones para el Bolsillo de la Camisa Azul, Madrid, 1944, pág. 10, y *La rebelión de los estudiantes,* autopublicación, Madrid, 1975, pág. 222.

41 Pepín Bello aseguraba con total seriedad que era capaz de distinguir a un alumno del Instituto Escuela y más a cualquiera que hubiera pasado por la Residencia de Estudiantes, sólo por su manera de comportarse y sin tener noticia de su pasado.

42 Original en el archivo de la familia Ródenas.

43 Leopoldo Castedo, *Trapezoide,* cambiaría el mote luego por el de *Pájaro,* rendido al promontorio de su nariz de águila. Leopoldo Castedo y Eduardo Ródenas estaban llamados a coincidir en los mismos escenarios, a colaborar en los mismos proyectos y a desentenderse constantemente.

44 Rafael García Serrano creía recordar en *La Gran Esperanza* que se afiliaron juntos en el 33; no fue así como vemos por el carnet de Eduardo que un año antes le acredita como delegado de algunos deportes en la FUE madrileña. Quien firma al

lado es el presidente de la Federación Deportiva de la FUE, Miguel Morayta, jugador de rugby de Medicina, del Real Madrid, internacional dos veces, secretario del Ateneo y voluntario en la asonada de Jaca que acabó como acabó. Distinta es la inscripción en la sección de Filosofía y Letras a la que quizá se refiera el escritor navarro.

45 Quintanilla andará por el sur de Francia durante la guerra ideando maniobras de espionaje que pretendía tenebrosas y concluyeron en sainete. Se enredó con una propia que le pasaba la información a Troncoso, el jefe de los otros en el mismo negociado. Entre otras lindezas que siempre incluyen su alcoholismo, el informe de los suyos lo define como vanilocuo, rasgo definitivo en su carácter que le obliga a mentir constantemente cuando habla de sí mismo. Nunca estuvo en combate, fue despedido del Servicio de Inteligencia y sin ningún apetito guerrero huirá a Estados Unidos en enero de 1938. J. Fernández-Quintanilla, *La saga de los Quintanilla,* vol. 2, 2005 y *Al final de la cabriola. Conversaciones con el pintor Luis Quintanilla,* Universidad de Cantabria, Santander, 2008.

46 Mario Pedrazuela Fuentes, *Alonso Zamora Vicente: vida y filología,* Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2016, págs. 112 y 123.

47 Todos los datos sobre la muerte de Eduardo Ródenas y la conexión chequista de la que se valió Quintanilla para su captura y desaparición con ensañamiento aparecen al detalle en Sergio Campos y J. A. Martín Otín, *Violencia roja antes de la guerra civil,* ob. cit.

48 Reproducción facsimilar en *La Vanguardia Española,* de 20 de noviembre de 1958.

49 Carta a Francisco Bravo de Pilar Primo de Rivera donde precisa ese número. Entre las galerías está incluida la de comunes donde fue a parar el cántabro José María Alonso Goya por un error administrativo que, seguramente, alargó su vida hasta abril del 37, fecha de los “sucesos de Salamanca” en la que fue asesinado”

50 *La Vanguardia*, 26 de mayo de 1935, pág. 10.

51 Agustín del Río Cisneros y Enrique Pavón Pereyra, *Los procesos de José Antonio,* Ediciones del Movimiento, Madrid, 1963, pág. 21.

52 *El Socialista,* 21/12/1926, pág. 2.

53 Sobre la militancia catalanista en el origen político de Bassas no hay duda, pero dentro del nacionalismo le han llevado de la moderada Lliga de Cambó al radicalismo separatista. Al explicar que Roberto Bassas provenía del republicanismo nacionalista, quien mejor lo resuelve es el fiable Joan María Thomas, que trilla la relación con Cataluña en sus prolijos estudios del fenómeno falangista. Joan Maria Thomàs, «Franquistes catalans i llengua catalana durant el primer franquisme», *Llengua & Literatura*, núm. 9 (1998), pág. 157, y José María Fontana, *Los catalanes en la Guerra de España,* Acervo, 1977, que detalla su punto de arranque: el grupo nacionalista y de izquierda avanzada nacido en torno al semanario *L’Opinió,* 1928. Su presencia no se concretó con algún escrito en el medio que actuaba de portavoz, bien es cierto que muchas de las colaboraciones no están firmadas y que no era requisito para formar parte del equipo que lo activaba.

54 Pilar Estelrich, «Luis Ruiz Contreras, traductor», en *La traducción en torno al 98*, Editorial Complutense, 1998, págs. 15-22.

55 E. Ripoll i Cornell, «Luis Ruiz Contreras (1863-1953): un català, un empordanès, un castelloní en la Generació del 98», *Annals de l'Institut d'Estudis Empordanesos,* 21 (1988), págs. 289-312.

56 C. Rojas, *La guerra en Catalunya,* Plaza & Janés, Barcelona, 1979, pág. 53.

57 *Hermanas de la Virgen María del Monte Carmelo,* capítulo XIV: «La Guerra Civil. Historia de la Congregación», s. f. Recuperado de https://hcarm-orihuela.com/14-capitulo-xiv/

58 *La Voz,* 16 de junio de 1932, pág. 9.

59 En búsqueda por suplantación de parto y falsedad documental: Anexo único. *Gaceta de Madrid,* núm. 188, 7 de julio de 1934, pág. 168.

60 *Mirador: setmanari de literatura, art i política* (18 agosto de 1932). Año IV, núm. 185. [Portada]. Barcelona.

61 Declaración de María Carbó Pérez, viuda de Roberto Bassas, en «Testigos de la pieza principal o primera de Barcelona». AHN, CAUSA-GENERAL, 1584, exp. 4, pág. 253.

62 Ministerio de Justicia. Orden de 8 de marzo de 1946, por la que se concede la libertad condicional a cuarenta y nueve penados Prisión Provincial de Palma de Mallorca: Ramona Victoria Aurelia Sales Pedret. *B.O.E.,* núm. 105 (15 de abril de 1946), pág. 2775.

15 de marzo de 1936 – Domingo. Juzgado de Guardia

1 «He cambiado mis viejas alternancias de depresión y entusiasmo […]», carta dirigida a Marichu de la Mora, el 6 de junio de 1936. (OC, II, 1497).

2 Raimundo Fernández Cuesta, *Testimonio, recuerdos y reflexiones*, Ediciones Dyrsa, Madrid, 1985, pág. 38.

3 Archivo familiar Primo de Rivera.

4 Ídem.

5 Joan Maria Thomàs, *José Antonio: realidad y mito*, Debate, Barcelona, 2022, nota 29. También en *El hombre al que Kipling dijo sí*, ob. cit., pág. 27.

6 Dionisio Ridruejo: «Lee a Ronsard y verás qué maravilloso silencio cabe entre las palabras en poesía». Primer encuentro de Dionisio con José Antonio en la casa de Marichu de la Mora, La Granja de San Ildefonso. Dionisio Ridruejo, *Casi unas memorias,* Planeta, Barcelona, 1976, pág. 53.

7 Josep Pla a Marino Gómez Santos: «No quiero una tercera República», *Ya,* 20/02/1977.

8 José Ángel Mañas, «1936 día a día, 24 de enero de 1936: Los presos políticos», *Zenda*, 24/1/2026.

9 Carta a Ramón Serrano Suñer, 13 de septiembre de 1932: «Comprenderás que de haber tomado parte en el complot hubiese ocupado mi puesto de peligro. Pero no

tomé parte alguna, no porque sólo considere lícitos, ni mucho menos, esos procedimientos de la superstición electoral que se llaman los «medios legales», sino porque estimo a España atrasadísima para la implantación de un sistema autoritario, y desde luego no consideraba capaces para dirigirlo a los organizadores de este movimiento», Ignacio Merino, *Serrano Suñer, Conciencia y Poder,* Algaba, Madrid, 2004.

10 Poema manuscrito, «Carcelera», escrito por José Antonio y publicado en *Ellas,* 19 (2 de octubre de 1932). Estos versos, y multitud de documentos inadvertidos, se incluyen en la edición de las *Obras completas de José Antonio Primo de Rivera* editada por la Plataforma 2003 en el año 2007, gracias al trabajo ciclópeo de Rafael Ibáñez Hernández.

16 de marzo de 1936 – Lunes. Cárcel Modelo

1 J. A. Martín Otín, *El hombre al que Kipling dijo sí,* ob. cit., pág. 20. Agenda de Fernando Chausa.

2 *Unión automovilista: órgano de la Federación de Propietarios de Automóviles de Alquiler*, abril de 1932.

3 «Cuando un afiliado a Falange Española discurseaba a unos sindicalistas, es agredido a tiros», «En la calle se origina una colisión - Cuatro heridos». *La Época,* 29/5/34, pág. 1. Análisis del hecho en el blog La Verdad ni Teme ni Ofende. https://laverdadnitemeniofende.home.blog/2020/02/11/asi-se-escribe-la-historia/

4 Archivo Familiar Illanas Gómez.

5 Jeroni M. Mas Rigo, «Nicasio Álvarez de Sotomayor y la escisión de Ramiro Ledesma», *El Catoblepas,* núm. 202 (enero-marzo de 2023), pág. 10.

6 El relato completo de la muerte de Ramiro Ledesma Ramos en Sergio Campos y J. A. Martín Otín, *Violencia roja antes de la Guerra Civil,* ob. cit., págs. 218-221. Documentación, en checa de Bellas Artes y Fomento, Archivo Histórico Nacional, FC CAUSA_GENERAL, 1530, exp. 4; págs. 58 y 59.

7 Disertación de Emiliano Aguado sobre «Ramiro Ledesma», *ABC*, 1/3/1942, pág. 18. Extensión en J. A. Martín Otín, *El hombre al que Kipling dijo sí*, ob. cit., pág. 34; declaraciones de Emiliano Aguado, profesor del autor.

17 de marzo de 1936 – Martes. Neurastenia

1 «El Sr. Don Jose Antonio Primo de Rivera ha sido estudiado por mi poder los datos recogidos por anamnesis, examen directo, exploración radiológica, análisis microquímico de sangre etc. —creo se trata de lo siguiente:

Ligera hepatitis difusa con pletora vesicular.

Hipertonía del vago.

Síndrome de astenia consecutivo a la ligera intoxicación del origen arriba indicado.

El pronóstico de esta enfermedad tanto en cuanto a la vida como a la posibilidad

de una completa remisión es francamente favorable.

Pasados tres meses deberá hacerse ver de nuevo».

Diagnóstico del Dr. Gutiérrez Arrese, 2/11/1935. Archivo familiar JAPR.

2 Régimen de vida. Por la noche guardará reposo durante unas diez horas aunque no duerma. Se recostará durante una hora tras la comida del mediodía sin dormirse. Mucha vida al aire libre. Ejercicio moderado sin fatigarse. Evitará toda clase de ejercicios violentos y movimientos bruscos (deportes, largos viajes, etc.). *Ídem.*

3 Manuel Valdés, *De la Falange al Movimiento (1936-1952),* Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1994, pág. 9; Raimundo Fernández-Cuesta, *Testimonio, recuerdos y reflexiones,* Ediciones Dyrsa, Madrid, 1985, pág. 61; David Jato, *La rebelión de los estudiantes,* autopublicación, Madrid, 1975, pág. 222.

4 *ABC,* 6/4/1926, pág. 38.

5 Crónica de Ramón de Urquiola, *Gaceta de Tenerife,* agosto de 1935; *El Debate,* 19/10/1934, pág. 2.

6 *La Libertad,* 20/5/1939

7 Julián García Candau, *El deporte en la Guerra Civil,* Espasa, Madrid, pág. 374.

8 Texto excluido de la edición de *El hombre al que Kipling dijo sí*: «José Antonio aparece en un comunicado homenaje del Real Madrid a los socios del club caídos en la guerra. Tienen el mérito de su primera difusión Félix Martialay y Bernardo Salazar; lo recoge Pérez de Tudela en un artículo; con mucha seriedad el historiador Ángel Bahamonde y algunos textos más de principio de siglo. Todos ellos añaden otro documento aún más preciso, el de su condición de socio del Athletic Club de Madrid con el número 4.839, firmado por el secretario del club, presidente más tarde, Cesáreo Galíndez.

Los Primo de Rivera tenían una casa de verano en Chamartín de la Rosa, hoy Paseo de la Habana con Bernardino Sahagún; a cinco minutos andando del viejo Chamartín. Ahí estaba el gimnasio que regentaba el maestro Heliodoro, un cubano listo, quintacolumnista muy destacado, que tenía mucho cariño a los hermanos Miguel y José Antonio. Naturalmente, para acudir al gimnasio era obligatorio hacerse socio, aunque los colores se te dieran una higa y no fueras a ver un partido de fútbol jamás. José Antonio Primo de Rivera era socio del Madrid por el gimnasio y del Atlético de Madrid porque le daba la gana. Iba los domingos al Metropolitano con su colega Valdés y alguna noche le dieron las tantas en el Restaurante del Estadio, chaflán aterrazado con Reina Victoria, en conversaciones con adversarios políticos que él no quería que lo fueran. Años después, el hombre que decidió con su voto que José Antonio fuera jefe nacional de la Falange, Jesús Suevos, ocupó la presidencia del Atlético de Madrid; sustituía a una directiva en la que estaba Miguel Primo de Rivera».

18 de marzo de 1936 – Miércoles. La princesa en su ajedrez

1 Carta a I., *O. C.,* pág. 1420.

2 Manuel Azaña, *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra Civil,* Crítica, Barcelona, 2000, pág. 781.

3 En la tumba rumana de Elizabeth aparece como año de nacimiento el 1898; seguramente, coquetería hasta el final.

4 Joaquín F. Quintanilla*, Al final de la cabriola: conversaciones con el pintor Luis Quintanilla,* Universidad de Cantabria, Santander, 2008. El capítulo concluye así: «Resulta que al "Ausente" el amor imposible con que soñaron después de muerto tantas solteronas falangistas, que tenían su retrato en la cabecera junto al Crucifijo, se lo llevaba a la cama una extranjera alcoholizada», pág. 45.

5 Joaquín F. Quintanilla, *Al final de la cabriola,* ob. cit., pág. 44.

6 Enrique de Aguinaga, «José Antonio y Azaña», *ABC,* 6/6/1996.

7 Sobre la especie que hizo correr Franco, un José Antonio castrado en los sótanos de la KGB stalinista, y denunció su cuñado, Ramón Serrano Suñer, ver J. A. Martín Otín, *El hombre al que Kipling dijo sí,* ob. cit., pág. 98.

8 Felipe Ximénez de Sandoval, *ABC* (Madrid), 19 de noviembre de 1961, pág. 55.

9 La explicación exhaustiva de las claves que identifican su romance como basamento de «El Navegante Solitario» viene dada, clave a clave, en *El hombre al que Kipling dijo sí.*

10 Como en el relato de José Antonio, «El Navegante Solitario», todo en *The Romantic* gravita en torno a una relación adúltera, la de una joven casada con un hombre mucho mayor que ella. En extraña pirueta sicológica, la esposa justifica en el amor al marido distante, la búsqueda de un amante perfecto que haga las veces de elemento fecundador. Esa es la novela que Elizabeth dedicó al joven Primo de Rivera. Su novela final. Ya no escribió más.

11 Marthe Bibesco, «In Memoriam: Elizabeth Bibesco», *La Revue des Deux Mondes,* 1945. Se sabe del paquete de cartas, once, que José Antonio entregó a Margot Larios para distribuirlas. Ximénez de Sandoval habla de doce. Por otras vías salieron otras cartas no tan familiares. Un proceso de búsqueda más para los historiadores del futuro.

12 Esa tarde y otras tardes fue Paz Caruana, para *El hombre al que Kipling dijo sí,* quién visitó a Priscilla, con la que trabó esa relación de personas imantadas al primer golpe de vista: una veinteañera española pasó a ser el cascabel de aquella tertulia parisina de octogenarias. La vida de Priscilla también se llenó de aventura desde la adolescencia.

19 de marzo de 1936 – Jueves. Su santo en la cárcel y una duquesa

1 He leído alguna vez que Huesca no es una ciudad hermosa. A lo mejor lo piensa quien lo escribe y entonces no es mentir —decir lo contrario de lo que se piensa— simplemente es una estupidez. Cómo no va a ser hermosa si tiene una de las médulas más bonitas e inteligentes que pudo diseñar nadie. Ese eje que usted debe conocer nace de un elegante edificio colonial al que ajardina un parque de música verde,

agua, madera y flor. Es el Casino o Círculo Oscense, que gobierna una plaza insólita; para el mundo tiene dos nombres y los dos valen: Plaza de Navarra y Plaza de Zaragoza. Conecta en su salida con los Porches de Galicia que arco tras arco inicia su elevación a la plaza que lo fue del Mercado y nos deposita en un claustro imposible, el de la Iglesia de San Pedro el Viejo, misterio de luz; no mucho más arriba la ciudad quiso juntar los dos poderes, el civil y el eclesiástico, y ponerlos en un mismo plano de convivencia: el ayuntamiento y la catedral respaldada por el Museo Diocesano. La Zuda y la Muralla se insinúan en el casco ascendente hasta llegar a la Plaza de la Universidad, por la que camina aún el alma de Sertorio a la sombra del Museo de Huesca; el viejo palacio fue también el instituto donde se juntaron tres bachilleres definitivos: Joaquín Costa; el inventor de la Criminología en España, Félix Casillas, y su compañero de clase Santiago Ramón y Cajal, quizá el español más importante entre siglos. El tramo que va entre los Porches y la Plaza del Mercado tiene nombre de mecenas: esa cuesta es la de la Duquesa de Villahermosa que cedió su palacio para usos benéficos y educativos. La ciudad se lo reconoció con un homenaje a principios de los ochenta. Yo era un reportero recién escudillado al que sus jefes mandaron con el magnetofón para entrevistar a la duquesa. PILAR AZLOR. Y por ahí andará le entrevista. O no. Pero con toda seguridad faltó la pregunta que había que hacer y que, como tantas otras veces, la ignorancia impidió: ¿cómo era José Antonio? A eso no hubiera contestado, con toda seguridad. Me hubiera bastado con ver su cara al escuchar la pregunta. Y recordar ese gesto.

2 *La Prensa: diario americano en español,* 21 de febrero de 1936 (Nueva York).

3 Ricardo Ollaquindia Aguirre, «José Antonio Primo de Rivera en Javier», *Pregón siglo XXI*, núms. 45-46 (2013), págs. 44-45. Era muy conocida la afición de Ramiro Ledesma por las motocicletas; entre los mencionados en este libro hay un campeón de motociclismo, Alfonso Ródenas Arregui, padre de Eduardo, pero este de José Antonio motorista apuntado en la crónica navarra es un descubrimiento para nosotros.

20 de marzo de 1936 – Viernes. La fuerza cipaya

1 Que fue una acción improvisada y pasional en contestación a los recientes asesinatos de falangistas, seis en cinco días, y muy especialmente a los de sus compañeros de aula Olano y Bellsobell, está prolijamente explicado en la crónica de esos días en Sergio Campos y J. A. Martín Otín, *Violencia roja antes de la Guerra Civil,* y concretado, entre una amplia relación de autores, en Eduardo G. Calleja, *Rebelión en las aulas: movilización y protesta estudiantil en la España contemporánea, 1865-2008,* Alianza, Madrid, 2009, pág. 201.

2 *El Adelantado de Segovia*, 14 de abril de 1936.

3 AGP, serie A.4, leg. 231, carp. 2, exp. 4, donde se recogen noticias de prensa sobre el atentado y el juicio. Fue enviado al penal de Santoña y —en los primeros días de la guerra, o algo más tarde— lo asesinaron, echándole al mar con una piedra

al cuello. José Carlos Martín de la Hoz, «Un estudiante en la Residencia DYA. Cartas de Emiliano Amann a su familia (1935-1936)», *Studia et Documenta* dell'Istituto Storico San Josemaría Escrivá, núm. 2 (2008), págs. 299-360.

4 Juan Antonio Ansaldo Vejarano, *¿Para qué…?,* Ekin, Buenos Aires, 1951, pág. 115.

5 Raimundo Fernández Cuesta, prólogo a Julio Ruiz de Alda, *Obra Completa,* Ediciones FE, 1939.

21 de marzo de 1936 – Sábado. Campanas de boda

1 Valdés ha estado en la Dirección General de Seguridad porque la policía le relaciona con el atentado de Jiménez de Asúa. Había tomado un café la noche siguiente con alguno de los autores del hecho.

2 Un episodio que acredita esa forma de presentación que José Antonio utilizaba en *El hombre al que Kipling dijo sí*: «José Martín López, desaparecido empleado del teatro de la Zarzuela, recordaba que una tarde de domingo de 1935, antes del entreacto de la obra en cartel, un joven espectador salió de las filas delanteras y abordó al primer acomodador que halló, ¿sabe dónde podría conseguir un ramo de flores? Es fiesta, imposible, replicó el interpelado. ¿No hay manera? Sí, la hay, rectificó una voz que se acercaba por detrás. Era la de José Martín; había reconocido al hijo del dictador, un caballero, explicaba al contarlo, y afablemente le reconvino: vaya a su asiento, vaya, que la obra y la primera actriz merecen la atención y vuelva cuando esté a punto de caer el telón. El ordenanza bonachón tiró de su dominio del barrio. Quizás pensó en ese rato que su hijo mayor le había hablado un par de veces de aquel hombre, pero con tanto trajín como llevaba para ganar el bocado de Clotilde y los siete chavales, casi no le había atendido. Creía recordar que le había hablado bien de él. Seguramente bien porque años después, en el puerto de Barcelona, Pepe Martín Ventaja, su hijo mayor, bajaría del Semíramis para abrazarle tras once años de cautiverio en Rusia por seguir al joven del teatro. Pero entonces no lo sabía. Volvió con rosas. Algún camerino floreció esa tarde».

3 Jesús Cotta*, Rosas de plomo: amistad y muerte de Federico y José Antonio*, edición revisada y ampliada con datos inéditos, Stella Maris, Barcelona, 2015, págs. 99-100. La confesión de Gabriel Celaya sobre la regañina de Federico y su amistad con José Antonio, en su libro *Poesía y verdad*.

4 El mejor amigo de Federico García Lorca fue Pepín Bello, constante en la amistad. Antes de morir de un ataque de agotadora luz centenaria dejó grabado esto: «Yo no sé, la verdad, si Federico y José Antonio cenaban todos los viernes, pero que se conocían de ir y venir por el Café Lyon, es un hecho. José Antonio tenía una tertulia en los bajos del local, donde estaba el mural gigante de Hidalgo de Caviedes, *La Ballena Alegre,* e iba muy a menudo por allí, lo mismo que Federico, que la tenía en la parte de arriba. Ya digo que se conocieron y que, frente al pasmo de Celaya, la única sorpresa de este asunto para los que estábamos cerca de Federico fue la

velocidad con la que se hicieron amigos José Antonio y Federico». Y concluyó don José: «Les diré algo, en el drama vital que era España entonces, me atrevo a sostener, estoy seguro, de que la única persona que podía comprender a Federico en toda su gigantesca extensión era José Antonio Primo de Rivera. Estoy seguro». José Antonio Martín Otín, *La desesperación del té,* Pre-Textos, Valencia, 2008, págs. 80-82.

5 José María Alfaro, *ABC,* domingo, 18 de junio de 1978, pág. 28.

6 Prólogo de Pablo Beltrán de Heredia en Jorge Campos, *Bombas, astros y otras lejanías,* Ed. Patronato Municipal de Servicios (Universidad Popular), Ayuntamiento de San Sebastián de los Reyes, 1992.

7 José Antonio Martín Otín, «Federico García Lorca y el Atleti de Madrid. Esa hermosa conexión», *Revista de Occidente,* núm. 412 (2015), págs. 77-87.

La cosa viene de mucho antes, ya en 1921 hay retrato del Federico aficionado. Está jugando en el hermoso campo de la Colina de los Chopos el equipo de la Residencia, camisa azul con el orgulloso escudo residente, calzón blanco. El cuadro institucionista no es ninguna tontería: ha quedado campeón de la C madrileña, una tercera división, y ascendido, por lo tanto. Aquella tarde se enfrentan al de la Facultad de Derecho, lo sabemos porque la reseña se la escribe años después el alumno José Diaz Ambrona a Margarita Sáenz de la Calzada y esta lo recoge en su libro *Los Residentes:* «Jugaron por aquellos (los de Derecho), entre otros, José Antonio y Miguel Primo de Rivera. Y en aquella tarde presenté al estudiante José Antonio al incipiente poeta, Federico García Lorca».

8 *La Nación,* 13de junio de 1935, pág. 4. Las dos noticias van encadenadas en la misma columna.

9 AHN. Audiencia territorial de Madrid. Sumario 266/1936. Véase también, Sergio Campos y José Antonio Martín Otín, *Violencia roja antes de la Guerra Civil,* ob. cit.

22 de marzo de 1936 – Domingo. El día del señor

1 La generosidad y el buen talante de José Utrera Molina facilitaron la primera publicación de este poema desconocido que luego hicimos llegar al recopilador de la obra poética joseantoniana, Rafael Inglada, el historiador y poeta malagueño que había editado ya *11 Poemas de José Antonio* en la emocionante Imprenta Sur. Con los añadidos, Rafael llevaría las reediciones ampliadas a trece poemas y quince poemas.

2 Luis Escobar era falangista, lo ratifica el periódico *Haz* y años después José Luis Gómez Tello, falangista de primera hora, en un artículo titulado «Escuadristas».

3 Sergio Campos y José Antonio Martín Otín, *Violencia roja antes de la Guerra Civil,* Espasa, Barcelona, 2024. José Antonio Primo de Rivera mantuvo durante meses una contención ejemplar ante las presiones de sus bases para responder con violencia sistemática a los asesinatos de sus camaradas, manteniendo el «franciscanismo» del movimiento y un código de honor que concebía la Falange como «orden de caballería», como la describió el socialista Julián Zugazagoitia, pero cambia su perspectiva ante el cadáver de Juan Cuéllar.

La violencia izquierdista, especialmente la socialista y la comunista, se había impuesto en España tras la proclamación de la República. En el primer bienio (1931-1933), las izquierdas cometieron tres de cada cuatro víctimas de violencia política. El dato es relevante: durante buena parte de este bienio, Falange Española ni siquiera existía como partido, lo que descarta cualquier lectura que la sitúe como factor iniciador o como provocación previa.

Durante el segundo bienio (1934-1935), y dejando fuera tanto las muertes causadas por las fuerzas de orden público republicanas como las derivadas del golpe socialista de octubre de 1934, la desproporción es abrumadora: 256 muertes atribuibles a las izquierdas frente a 54 atribuibles a las derechas, es decir, casi cinco veces más. Octubre de 1934 constituye el punto de inflexión: ese mes la insurrección socialista dejó en Madrid 43 víctimas mortales, cifra que también excluye las causadas por las fuerzas del orden público. La diferencia entre los dos bienios no es de naturaleza, sino de grado: la asimetría existente desde 1931 se agrava y adquiere un carácter cada vez más organizado.

Tras el triunfo del Frente Popular el 16 de febrero de 1936 la violencia se acelera de forma vertiginosa. El análisis de los altercados que requirieron intervención policial en Madrid provincia arroja una proporción de siete a tres a favor de los simpatizantes del Frente Popular como promotores de los incidentes. En prácticamente todos los casos, los episodios violentos ya habían comenzado antes de que la fuerza pública hiciera acto de presencia, lo que descarta a esta última como factor desencadenante. El protagonismo mayor dentro del Frente Popular correspondió por este orden a socialistas, comunistas y anarquistas.

Para Madrid capital, y excluyendo tanto las víctimas del golpe de Sanjurjo como las del golpe socialista de octubre de 1934 y las producidas por fuerzas del orden público, el recuento arroja 79 víctimas en 65 atentados políticos. El desglose es el siguiente: 7 muertos en enfrentamientos entre grupos de izquierdas por cuestiones sindicales internas; 16 víctimas atribuibles a elementos de derechas en 14 sucesos; 49 víctimas atribuibles a elementos de izquierdas en 38 atentados; y 8 víctimas cuya autoría permanece sin esclarecer en 7 sucesos. La relación entre víctimas de izquierda (49) y de derecha (16) en Madrid capital es de 3:1.

Los datos, tomados en conjunto y por periodos, no sostienen una lectura de violencia simétrica entre extremos equivalentes. La asimetría no es un episodio puntual, sino una constante que se mantiene y se agrava a lo largo de los cinco años republicanos anteriores a la guerra. La violencia de las organizaciones de izquierda no fue meramente reactiva: las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas se constituyeron en marzo de 1933, siete meses antes de la fundación de Falange, y operaban con una estructura organizativa —troikas, células, escuadras de acción directa— calcada del modelo leninista. A esa infraestructura se sumó, desde la primavera de 1936, el uso operativo de los ficheros incautados a Falange, Acción Popular y la UME (Unión Militar Española): según un estudio en curso basado en declaraciones de la Causa General, aproximadamente el 50 % de los asesinatos en la retaguardia republicana de Madrid capital se cometieron sirviéndose de esa

documentación. La violencia no fue, pues, producto del caos ni de una espiral simétrica: tuvo dirección, tuvo listas y tuvo una cronología planificada mucho antes del 18 de julio de 1936. Estadísticas basadas en las fuentes ofrecidas por Eduardo González Calleja en *Cifras cruentas,* Comares Albolote (Granada), 2015.

4 FC-CAUSA_GENERAL, Madrid, D. Pieza 4. Checas. Signatura: FC-CAUSA_GENERAL, 1530, exp. 4, pág. 33.

5 *La Nueva España,* desde Asturias, y el diario *El País,* fueron los generosos e inteligentes medios que dieron cobijo a Eugenio Suárez hasta el final. Murió a los noventa y cinco años.

6 Saúl Fernández, *La Nueva España,* 31/12/2014.

7 La aceptada clasificación biotipológica de Kretschmer relaciona contextura física y personalidad. La morfología atlética se corresponde con los seres de cintura estrecha, hombros anchos, praxitelianos de temperamento estable y tenaz, sin grandes alteraciones y poco dados a compartir interioridades, pero sensibles al narcisismo. Los asténicos, filiformes, largos, estrechos y obsesivos de carácter. Calculadores, inamovibles. Están en los cuadros de El Greco. De ese grupo, Sánchez Mazas. Los pícnicos aparecen en los de Botero, anchos de caderas, estrechos de espalda, a menudo calvos, ciclotímicos y, a veces, en sus picos creativos, geniales; grandes artistas tenían esta conformación. Es raro encontrar tipos exactos; Valdés lo era y, en el caso de los compañeros de prisión, José Antonio se muestra como un atlético con clara derivación pícnica. En menor medida también Julio, aunque netamente más cercano a la condición atlética.

28 de marzo de 1936 – Sábado. Tribunal de Urgencia

1 «Los judíos de patria española». Documental de Ernesto Giménez Caballero, 1929.

2 Nicolas Berdiaev, *Una nueva edad media,* Apolo, Barcelona, 1933.

3 Expediente Aranzadi, Archivo Memoria Histórica País Vasco, Diligencias previas, núm. 782/37. Testimonio oral de Javier Doussinague, sobrino de Jesús García Noblejas y cronista de la familia. En la casa de Villaviciosa guarda la familia la colección de cinco pulseras con inscripción que encargó Laura Brunet de García Noblejas para recordar la muerte de cada uno de sus hijos. En la de Jesús, el grabado indica: «Misteriosamente envenenado en San Sebastián». Al retornar de la División Azul, el superviviente de los hermanos, Ramón, inició su particular trabajo de investigación que concluyó en un jerarca madrileño, importante quintacolumnista en la guerra, Hipólito Fernández Arqués. Quedaron en Madrid al comienzo de la tarde en la que Ramón y sus compañeros de faena venían de Villaviciosa de Odón a celebrar el final de la cosecha. Arqués se había comprometido a contarle la verdad de lo que había pasado con Jesús. El coche en el que iba Ramón, subido al portante desde el pueblo porque eran muchos, volcó y acabó con la vida del último de los hermanos García Noblejas.

29 de marzo de 1936 – Domingo. Un golpe cada día

1 Javier Martínez de Bedoya, *Memorias desde mi aldea*, Ámbito, Valladolid, 1996, págs. 90-91. Citado por Jeroni M. Rigo en su ensayo «La Falange y las conspiraciones de 1936», *El Catoblepas,* núm. 210 (enero-marzo de 2025), pág. 13.

2 «Pero en Derecho político pueden considerarse diversos regímenes sin órgano legislativo de tipo parlamentario; así —en cierto modo— el fascismo y, desde luego, el comunismo soviético y el sindicalismo. Para los que sólo tengan por ley lo acordado en un Parlamento, ni los Soviets, ni una República sindicalista podrían legislar», *La Nación,* 15/04/1930.

3 José Antonio Primo de Rivera, *Antología,* selección y prólogo de Gonzalo Torrente Ballester, FE, Madrid, 1940.

4 Prólogo de Santos Juliá al libro de Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles,* Tusquets, Barcelona, 2001.

5 Miguel Primo de Rivera, Memorias inéditas, Archivo familiar de José Antonio Primo de Rivera.

Diario secreto de José Antonio
José Antonio Martín Otín

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir las imágenes publicadas en esta obra. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

© José Antonio Martín Otín, 2026

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorialplaneta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-670-8117-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Carmate Ediciones